GRANDES GUERRAS DE NUESTRO TIEMPO

CHRISTIAN ZENTNER

LAS GUERRAS DE LA POSTGUERRA

2



BRUGUERA

GRANDES GUERRAS DE NUESTRO TIEMPO

Grandes guerras



CHRISTIAN ZENTNER

de nuestro tiempo

LAS GUERRAS DE LA POSGUERRA

(II)

Conflictos armados
de 1955 a 1967

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA · BOGOTA · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

TÍTULO ORIGINAL:
DIE KRIEGE DER NACHKRIEGSZEIT

1.ª ed. en 15 vols.: Enero, 1980

Printed in Spain - Impreso en España

Depósito legal: B. 35.306 - 1979 (II)

ISBN 84-02-06789-1 (II)
ISBN 84-02-06791-3 (Obra completa)

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Carret. Nacional 152 Km 21.650. Parets del Vallès, Barcelona - 1980

Trece días que estremecieron al mundo

«Hungría a los pies de Vuestra Majestad» – Mátyas Rákosi – La «táctica del salchichón» – Los métodos brutales del AVO – Aniquilamiento del campesinado como clase – Rebelión de los trabajadores en la Alemania Oriental – Carros de combate soviéticos en Berlín – Desestalinización – Octubre polaco – «¡Traidores! ¡Lacayos del imperialismo! ¡Bribones!» – Manifestaciones de solidaridad en Budapest – ¡Arriba, húngaros, la patria os llama! – ¡Queremos a Imre Nagy! – Stalin cae del pedestal – ¡Queremos que la radio sea del pueblo! – Con las metralletas del AVO a la espalda – Los rusos nos matan a balazos – Se desata el infierno – Pál Maléter se decide – «Contrarrevolucionarios» y «pandilla de fascistas» – El triunfo de la revolución – Las tropas soviéticas abandonan Budapest – Calma engañosa – Mal despertar en Budapest – Se reanuda la lucha – Traición a Maléter – La impotente ONU – János Kádár, el judas de la revolución – Camino de Rusia a la fuerza – «Prisioneros voluntarios» – La sentencia de muerte de Budapest – Treinta y dos mil muertos.

En raras ocasiones se ha sentido tan estremecido el mundo por un acontecimiento histórico como cuando ocurrió el levantamiento del pueblo húngaro. Y tampoco nunca la opinión pública internacional fue tan unánime en juzgar un hecho.

El 24 de octubre de 1956, las tropas soviéticas estacionadas en Hungría, reforzadas más tarde por unidades procedentes de Rumania y de la propia Unión Soviética, atacaron primero la capital húngara y ocuparon extensas zonas del país. La población húngara se defendió con encarnizamiento y las tropas soviéticas hubieron de retirarse. Pero el 4 de noviembre los rusos reanudaron la ofensiva, y esta vez aplastaron al pueblo húngaro, que se había levantado contra su propio Gobierno comunista.

El mundo seguía tenso la heroica lucha y por último la tragedia de esta pequeña nación. Se admiró el valor de los húngaros y su entrañable amor a la patria; pero aún se admiró más el odio ardiente con que los húngaros se defendieron contra el invasor soviético. Sólo unos pocos sabían por qué los rusos eran tan odiados en Hungría. No era sólo porque venían sometiendo a Hungría como potencia ocupante, desde hacía casi doce años, ni por haber impuesto a la nación un régimen al estilo soviético, que en modo alguno deseaba el pueblo.

No, este odio tenía raíces más profundas, que calan en la historia de Hungría. Lo que el país pensaba aún en 1956, lo que seguía nutriendo su odio, había sucedido más de un siglo antes. En 1848 toda Europa se hallaba en agitación. La burguesía, los ciudadanos con riquezas económicas, posesiones y cultura, aspiraban a alcanzar el poder político, o al menos a que se les escuchara. Las ideas de la Revolución francesa no habían sido olvidadas. Y detrás de la burguesía apareció, como hijo de la incipiente industrialización, un nuevo estrato social, que también luchaba por sus derechos. En los países agrícolas son los campesinos, que o bien escapan a la servidumbre o quieren independizarse y dejar de ser aparceros. La revolución, que alcanzó a toda Europa, había partido de Francia. Ya en febrero de 1848 se rebeló el pueblo de París. Al mismo tiempo lo hicieron los Estados de la Alemania meridional; luego siguió, del 13 al 15 de mayo, la revolución en Viena, la capital de la monarquía austrohúngara. En abril llegó a Budapest y a la zona transilvana del país, donde el pueblo se sublevó contra el dominio de los austríacos.

Después de unos meses de agitación en Viena, y el cambio de trono en Austria el 2 de diciembre de 1848, que pasó del emperador Fernando a Francisco José, se notaban ya los signos de una fuerte contrarrevolución. En Hungría no fue reconocido ese cambio de trono. La revolución se encendió de nuevo y los amotinados quedaron victoriosos. Los rebeldes consiguieron hacerse con el poder en amplias zonas del país. El 14 de abril de 1849, Hungría anunció su separación de la monarquía supranacional habsburguesa. Luis (Lászlo) Kossuth fue nombrado regente de Hungría. Las tropas austríacas estacionadas en el país se encontraban en situación desesperada, pues ya no podían resistir ante el empuje del Ejército de liberación húngaro.

Y entonces intervinieron los rusos, que temían

una amenaza para el antiguo régimen. La entretanto cada vez más creciente solidaridad entre Hungría y Polonia hacía peligrar al Estado ruso, pues también los polacos luchaban por su libertad, puesto que no querían continuar siendo súbditos del zar ruso. En diversas ocasiones, las tropas de liberación polacas se habían retirado a Hungría y desde allí volvían de nuevo al ataque. Se practicaba de vez en cuando una estrecha colaboración entre los patriotas húngaros y los polacos. El jefe del Ejército polaco de liberación era el general Bem y su ayudante el joven escritor húngaro Petöfi.

A finales de abril de 1849 las tropas rusas cruzaron la frontera húngara y se pusieron al lado de los austríacos en la lucha contra las fuerzas combinadas polaco-húngaras. Las sangrientas luchas se prolongaron durante más de tres meses. Solamente el Ejército ruso en Hungría contaba con más de 120.000 hombres. Ni los húngaros, ni sus aliados polacos habían contado con esta poderosa fuerza.

A finales de agosto había sido aplastada la última resistencia de los patriotas húngaros. El mariscal ruso Paskievich Erivanski pudo comunicar a su soberano: "Hungría está a los pies de Vuestra Majestad."

Sobre el país vencido se desató una oleada de castigos. Millares de húngaros, rebeldes e inocentes, fueron fusilados y ahorcados. Muchos pueblos fueron incendiados, se abusaba de las mujeres y se mataba a los niños, en medio de un espantoso escenario de horror. Y el zar Nicolás I, ebrio de triunfo, dirigió un manifiesto a toda Europa: "Inclinaos, pueblos."

La libertad de Hungría se había disipado en sus humeantes pueblos y ciudades. Pero el recuerdo de esa libertad seguía siendo un aliento y sólo la brutal intervención de las tropas rusas pudo convertir en sangrienta derrota la ya incipiente victoria contra la monarquía de los Habsburgo. Este recuerdo ya se había debilitado un poco, cuando en 1918 la monarquía del Danubio se desmoronó al terminarse la Primera Guerra Mundial y, con ella, uno de los pueblos sometidos al dominio de dicha monarquía. Hungría formó su propio Estado independiente. Por ello, la República soviética dirigida por Béla Kun tuvo una existencia efímera. Los comunistas húngaros eran considerados como "moscovitas", como agentes del nuevo zar rojo Lenin. El nuevo Estado húngaro era formalmente una democracia parlamentaria, bajo el mando de un regente, el almirante Nikolaus Horthy. Había toda una serie de partidos, desde la izquierda socialdemócrata hasta los fascistas, "cruzados de las flechas". A pesar de la democracia formal, seguían dominando los poderosos, es decir, los terratenientes.

Junto con Finlandia, fue Hungría la que en junio de 1941 se alineó junto a Alemania en la Operación Barbarroja, es decir, en la guerra contra la Unión Soviética. Cuando la derrota de Hitler sólo era una cuestión de tiempo, Hungría intentó establecer, en 1944, una paz por separado con los aliados, sobre todo con los soviéticos, pero el intento fracasó. Los soviéticos sabían demasiado bien que Hungría se hallaba al borde del colapso y que el Ejército rojo no tardaría en apoderarse del país. Y Hitler impidió a su modo que cayera su aliado Horthy, mandándole detener y trasladándolo a Alemania. Pero no logró impedir el hundimiento de la vieja Hungría. Ya luchaban voluntarios húngaros al lado de los soviéticos, en su mayor parte guerrilleros, entre ellos el coronel del Honved, Pál Maléter, más tarde héroe de la Revolución húngara contra la Unión Soviética.

Después de la victoria de los aliados, Hungría pronto cayó en manos de los soviéticos. El Ejército rojo ocupó toda Hungría, pero aún respetó las libertades democráticas. Para ello tenía sus buenas razones. En 1944 Stalin y Churchill habían convenido en Moscú que, después del triunfo, Bulgaria y Rumania quedarían dentro de la esfera de influencia soviética, y Grecia de la inglesa. Yugoslavia y Hungría estarían al mismo tiempo bajo la influencia británica y soviética.

De modo que inmediatamente después de terminada la contienda, Stalin quiso mantener una apariencia exterior democrática, su máscara de *good old Joe,* que por el momento no quería dejar caer. Además, los más destacados personajes del Kremlin estaban convencidos de que, incluso en unas elecciones libres, los comunistas lograrían la mayoría parlamentaria mientras se encontraban bajo la protección de los amenazadores cañones de los carros de combate soviéticos. En tales elecciones, los soviéticos experimentaron vergonzosas derrotas en todas partes, en diciembre de 1945 en Sofía, en la primavera de 1946 en Praga y Berlín, en Varsovia y en Bucarest.

Pero esto no lo sabían aún, pues estas primeras elecciones en un país ocupado por las tropas soviéticas tuvieron lugar en Hungría en 1945. Todavía estaban en funciones en la capital húngara las misiones militares de Gran Bretaña y Estados Unidos, y los periodistas occidentales podían moverse libremente por el país. Los soviéticos no podían entrometerse demasiado abiertamente en las elecciones. Los intentos para ello fracasaron. El mariscal Voroshilov, el más alto representante de los aliados en Budapest, propuso confeccionar una lista única de candidatos. Naturalmente, para "consolidar la democracia" y evitar la lucha entre los partidos, en interés del pueblo húngaro. Pero el Gobierno provisional húngaro se defendió triunfalmente de esta injerencia mediante la

ayuda de ingleses y norteamericanos, de manera que los comunistas no pudieron alzarse con el poder por el momento.

Ni la alegría por el final de la contienda, ni la indudable superioridad propagandística y financiera de la ayuda soviética, ni la amenaza de las bayonetas, ni el temor a una intervención soviética por la fuerza, lograron cambiar un hecho fundamental en la vida política de Hungría: el país ha sido y es una tierra de campesinos. De unos cuatro millones de trabajadores que había en 1930, casi las dos terceras partes se ocupaban en la agricultura. Y estas circunstancias no habían variado mucho en 1945. Hasta la fecha, nadie puede decir que los campesinos europeos se hayan hecho comunistas por voluntad propia.

Así se celebraron las primeras elecciones democráticas en un territorio bajo el dominio de las armas soviéticas y que terminaron con una aplastante derrota para el comunismo, si bien éste tenía el poder efectivo en las manos. Los pequeños labradores, los peones del campo y las mujeres del país llano votaron en masa por el partido de los campesinos. Y eso a pesar de que dicho partido, fundado en los años veinte en los tiempos de Horthy, representaba más bien los intereses de los grandes terratenientes y de la nobleza inferior antes que los de los pequeños campesinos. Pero el fantasma del comunismo significaba para los pequeños labradores la colectivización, y el partido de los propietarios menores demostró ser una barrera formidable que impedía la marcha hacia la forzada implantación de los koljoses.

En 1938, y en el último Parlamento de paz húngaro, el partido de los pequeños campesinos logró alcanzar doce escaños. Pero en noviembre de 1945, este partido representaba a 2,7 millones de personas, o sea, al 58 por ciento del censo electoral. Había asimismo una serie de pequeños partidos y grupos de intereses, cuyos votos no bastaban para lograr escaños en el Parlamento, y por eso apoyaron al partido de los pequeños campesinos, que lograron 245 diputados del total de 409 con que contaba el Parlamento. Los comunistas lograron solamente el 17 por ciento de los votos.

Los comunistas, en previsión de lo que podía suceder, exigieron antes de las elecciones una condición que para los demás careció de importancia: que el período de legislatura fuese solamente de dos años. Los comunistas pensaron que en el caso de salir victoriosos, siempre podrían anular la validez de tal condición y, en el caso de salir perdedores, tendrían una nueva oportunidad al cabo de dos años.

Pero en las elecciones de 1947 las cosas sucedieron de un modo diferente a como habían pensado los comunistas. Aún cuando hasta entonces, y muy a la callada, habían ido consiguiendo puestos importantes en la Administración, en las agencias oficiales de noticias, en la radio y sobre todo en el servicio secreto, y a pesar de contar con el pleno apoyo de Moscú y ser el partido más rico en medios económicos, y por tanto el que más gastaba en propaganda electoral, y a pesar de que las fuerzas soviéticas de ocupación exhibían claramente su amenaza, los comunistas sólo lograron aumentar muy ligeramente el número de escaños en el Parlamento.

Sólo hasta 1949 no variaron las cosas. Hacía algún tiempo que la guerra fría se hallaba en su apogeo, y a los soviéticos ya no les preocupaban lo más mínimo las protestas de Occidente. En este año, y al igual que en otros Estados satélites y de los propios fundados frentes nacionales, se propusieron unas listas únicas de candidatos. Solamente podían ser elegidos aquellos que figuraban en la mencionada lista. Y he aquí el resultado: el 96 por ciento de los votantes lo hicieron por el candidato del frente nacional. Mátyás Rákosi, el jefe del partido comunista húngaro, habló poco después de este método, de esta victoria y con ella del poder ilimitado de los comunistas sobre el pueblo húngaro. Lo llamó la "táctica del salchichón". La oposición contra los comunistas era muy fuerte en Hungría, y siempre lo será, manifestó, para que pueda ser eliminada de un solo golpe. Por eso hay que cortar del poder de los "enemigos de clase" una delgada rodaja detrás de otra, como se hace con un salchichón, hasta que éste acaba por desaparecer. Rákosi descubrió conjuras contra el Estado democrático: aquí era desenmascarado un espía, allí un complot de los elementos reaccionarios con actuales miembros del Gobierno. Otros enemigos de categoría fueron presionados por sus debilidades humanas, hasta que lograban hacer de ellos comunistas a la fuerza. Para algunos fue suficiente una campaña de agitación en la prensa comunista para hacerlos adictos o de lo contrario eran relevados de su puesto. Y por si todo eso no fuera suficiente, ahí tenían a mano las fuerzas de ocupación soviéticas. Incluso se inventó una acción contra los gloriosos liberadores del fascismo y entonces intervino en el asunto el servicio de seguridad ruso.

Quienes más tuvieron que sufrir con esta "táctica del salchichón" fueron los miembros del partido húngaro mayoritario, el de los pequeños campesinos. Uno detrás de otro fueron separados de sus cargos. El primero de ellos fue Ferenc Nagy, que no tiene el menor parentesco con el comunista Imre Nagy. Ferenc Nagy fue uno de los primeros ministros de Hungría en la posguerra. La prensa comunista le vituperaba impu-

nemente. Cuando Nagy tuvo que hacer una cura de reposo en Suiza, las calumnias se transformaron en veladas amenazas. Ferenc Nagy comenzó a temer por su vida y desde su rincón de Suiza envió su dimisión como primer ministro, y nunca más volvió a Hungría.

Zoltán Tildy era primer ministro y jefe de Estado. Rákosi le reprochó que el embajador en El Cairo, Csornóky, fuera su yerno. Csornóky había entregado la clave del Ministerio de Asuntos Exteriores húngaro al servicio secreto norteamericano, de manera que el jefe de Estado, Tildy, tuvo que dimitir.

Rákosi hizo desaparecer casi de inmediato a los más peligrosos enemigos del comunismo entre los elementos del partido de los pequeños campesinos. Uno de ellos, el más importante, era Béla Kovács, el secretario general de dicho partido. Rákosi hizo que el AVO, el servicio de seguridad húngaro, comunista desde el principio, descubriese una "conspiración antisoviética". No se trataba naturalmente de ninguna conjura, sino de la eliminación con apariencia legal de un político destacado, que podría poner de relieve la ilegalidad de las acciones comunistas, resultando por tanto altamente perjudicial e indeseable para sus manejos. Béla Kovács había participado en una serie de reuniones con los comunistas, en las que se habló de asuntos delicados. Eso fue suficiente para que Rákosi ordenase la detención de Kovács. El secretario general del partido de los pequeños campesinos desapareció por espacio de nueve años en la Unión Soviética, tras unas alambradas.

Lo mismo que a estos tres representantes del partido de los pequeños campesinos les ocurrió a otros muchos políticos. Por último, Rákosi y sus partidarios se dedicaron a limpiar las filas de su propio partido, que por motivos tácticos había dejado de llamarse partido comunista. También los más destacados políticos socialdemócratas llevaban bastante tiempo entre rejas, entre ellos la jefa del partido, Anna Késthly. Las masas socialdemócratas, después de la disolución de su partido, pasaron al de Rákosi, partido obrero húngaro.

Quien aún no había ido a parar a la cárcel, tenía miedo por lo menos, y por eso aprendió a guardar silencio y a retirarse de la política. Lo fundado del temor lo prueba un informe de la comisión investigadora de la ONU sobre la rebelión húngara. Esto se decía en el año 1957:

"El comité se sintió profundamente conmovido por las comunicaciones sobre las penalidades que el pueblo húngaro sufrió bajo los auspicios del AVO. Se ha quedado horrorizado por los malos tratos que una policía sin control, y por tanto omnipotente, ha infligido sin piedad y con ignominia a la población. El comité ha comprobado la existencia de tal institución, cuyo poder secreto se introduce en todos los aspectos de la vida privada y pública de los habitantes del país, a los que priva de los más elementales derechos humanos, tergiversando los fines de toda institución independiente.

"El AVO estaba formalmente encargado de las investigaciones relacionadas con los atentados a la seguridad del Estado. En realidad concentraba en sí la defensa del régimen y, sobre todo, la de aquellas personas que entonces estaban en el poder. Con una absoluta libertad de acción concedida por el régimen, aumentó considerablemente el número de sus funcionarios teniendo además espías y denunciantes por todas partes. Con su ayuda se infiltraban los funcionarios en las fábricas, en los domicilios y en las escuelas, en las residencias de las misiones diplomáticas y en los tribunales. Mucho más que otros funcionarios, constituían un grupo privilegiado, con sustanciosas ventajas económicas. Sus miembros estaban separados del resto de la población por un muro de odio. El AVO era como un Estado dentro de otro, un grupo especial que vigilaba a la población mediante el terrorismo y la presión. Durante los días de octubre y noviembre los revolucionarios descubrieron en los archivos del Cuartel general del AVO listas negras con informaciones sobre cada habitante del país, numerosos informes sobre conversaciones telefónicas y privadas, además de bien dotadas cámaras de tortura."

Muchos testigos, entre ellos un cierto número de jefes comunistas, que comparecieron ante el comité, habían sido en alguna ocasión víctimas del AVO. ¿Cuál era la importancia de la palabra "tortura", que tantas veces aparece repetida en el material de prueba? En las actas de las sesiones del comité investigador se encierran descripciones vergonzosas, cuya publicación no autorizó el comité, al menos en parte, por la necesidad de defender a las familias de los testigos.

Junto a los innumerables ejemplos de brutalidad e indignantes formas de trato, y los indescriptibles tormentos físicos, se aplicaban métodos psicológicos, como, por ejemplo, ejecuciones simuladas, amenazas contra los familiares, prisión ilimitada en condiciones infrahumanas, con la intención de vencer la voluntad y arrancar confesiones.

Estos procedimientos del AVO fueron de especial brutalidad entre 1948 y 1953. La presión cedió algo entre 1953 y 1955, siendo primer ministro Imre Nagy. En adelante sería más difícil volver a los antiguos métodos. El mismo régimen parecía haber comprendido los daños infligidos por los desenfrenados activistas del AVO. Los

familiares de las víctimas y prisioneros, liberados por el cambio operado en la situación política, exigían seguridad y venganza. El entonces primer ministro Hegedüs reconoció ante la Asamblea Nacional, el 30 de julio de 1956, la absoluta necesidad de someter a "estricta vigilancia" a la policía y a los órganos encargados de velar por la seguridad del Estado. El fiscal general, György Non, declaró públicamente que "varios altos representantes de la autoridad habían abusado de sus poderes, obteniendo confesiones por medios coercitivos, físicos y psicológicos". Mencionó asimismo los "procedimientos ilegales" utilizados y tad, seguidos por la mayoría de la población, fue sin duda la evolución económica de la República Popular Húngara. De acuerdo con la máxima estalinista de conceder prioridad a la industria de bienes de producción antes que a la de artículos de consumo —al igual que ocurre en los restantes países satélites—, también intentó en Hungría montar en gran escala la industria pesada. Pero Hungría es un país de terratenientes, pequeños campesinos y pastores de la puszta. La estrategia económica soviética se basaba en el montaje de un vasto complejo industrial desde Sajonia a Siberia; por otra parte, los comunistas perseguían



Befehl!

Ueber die Stadt Halle ist der

Ausnahmezustand

verhängt. Demonstrationen, Versammlungen und Zusammenrottungen jeder Art sind verboten.

Jeder Aufenthalt auf den Straßen ist von

21.00 bis 4 Uhr

verboten.

Im Falle von Widerstand wird von der Waffe Gebrauch gemacht!

Halle, den 17. Juni 1953

Chef der Garnison und Militärkommandant der Stadt Halle (Saale)

"la disipación del tesoro nacional para satisfacer su desmedida codicia".

Pese a tales manifestaciones y propósitos de reforma, y aun cuando se sintió cierto alivio después del otoño de 1955, el pueblo húngaro continuaba siendo vejado y alimentaba en su interior un fuerte sentimiento de odio.

Sin embargo, tal vez las humillaciones políticas y el temor alentado por la omnipresente policía secreta no hubiesen bastado por sí solos para que el pueblo húngaro decidiera levantar barricadas en octubre de 1956. Una de las causas que empujaron a los intelectuales que aspiraban a la liber-

Traducción del documento reproducido (arriba, derecha) en alemán, su lengua original:
"¡Edicto!
"Se ha decretado el estado de excepción sobre la ciudad de Halle. Quedan prohibidas todas las manifestaciones, las reuniones y los amotinamientos de cualquier tipo. Se prohíbe asimismo permanecer en las calles a partir de las 21.00 hasta las 4.00 horas. ¡En caso de resistencia, se hará uso de las armas!

"Halle, a 17 de junio de 1953.

"El jefe de la guarnición y comandante militar de la ciudad de Halle (Saale)."

la destrucción del campesinado como "clase", de acuerdo con la doctrina leninista.

Si en 1938 la proporción de ingresos del pueblo húngaro fue del 35 por ciento en cuanto a la industria, en 1954 se elevó al 64 por ciento. La economía agraria y otras ramas afines contribuyeron solamente con el 36 por ciento del volumen global. Los pueblos se quedaron desiertos y las ciudades, sin aumentar sus dimensiones, hubieron de admitir a un número de personas cada vez mayor. Los húngaros experimentaron algo que les era desconocido; la escasez de viviendas a una escala jamás imaginada. Cierto que vieron aumentados sus salarios, pero no el nivel de vida.

Hungría, que antiguamente había sido una de las primeras naciones exportadoras de cereales, tenía que importar ahora grano panificable y otros destinados a pienso. Los campos se quedaron yermos, antes de que fuera impuesta la colectivización mediante el terror. Ni los propios campesinos tenían interés en su trabajo, toda vez que el producto del mismo no les pertenecía. Mientras los diarios del partido y la radio anunciaban sin cesar que el ciudadano vivía cada vez mejor en la Hungría socialista, la realidad era que su nivel de vida disminuía por momentos.

Sólo se produjo una leve mejoría entre 1953 y comienzos de 1955. Después de la muerte de Stalin, en marzo de 1953, se modificó un tanto el clima político. Rákosi tuvo que renunciar a su cargo de primer ministro, sucediéndole Imre Nagy, también veterano comunista. Al igual que Rákosi, había residido muchos años en la Unión Soviética como emigrante. En el Gobierno Rákosi había ostentado ya los cargos de ministro del Interior y de Agricultura.

Luego, como primer ministro, formuló una política enteramente nueva: en su programa de gestión ocupaban un lugar destacado los intereses primordiales de campesinos y obreros. Impulsó la producción de bienes de consumo a fin de aumentar lo más rápidamente posible el nivel de vida de sus conciudadanos. La nueva orientación de Imre Nagy resonaba como una grata profecía evangélica entre la gente del campo: "El Gobierno está dispuesto a suprimir las granjas colectivas, puesto que tal es el deseo de la mayoría."

Se alzó un unánime suspiro de alivio en toda la nación. Y no sólo en Hungría, sino en los restantes países "socialistas", donde se esperaba una política inspirada en el desarrollo económico de la URSS. Malenkov, sucesor de Stalin, fue el primero que de modo oficial renunció a otorgar exclusiva atención a la industria pesada, gran mimada del fallecido dictador. Tampoco se hablaba de la "agudización permanente de la lucha clasista", base ideológica del terror que ejercían el Estado y el partido.

Las cosas rodaban de forma parecida en las otras naciones satélites. La "táctica del salchichón" no fue un invento de Mátyás Rákosi; éste se limitó a ser el primero en darle nombre. En muchas naciones dominaba un partido único; sólo para fines de enmascaramiento se crearon otras asociaciones políticas de cariz patriótico o nacionalista, en apariencia independientes de aquél. A la hora de convocar elecciones, no había más que una lista única de candidatos; los campesinos se veían obligados a integrarse en las granjas colectivas; la industria pesada continuaba gozando de absoluta prioridad en los planes de desarrollo. La sección política del partido se había erigido en dueña absoluta de la situación; en todas partes se restringía la libertad de prensa, de reunión y de expresión. También resultaron disminuidos los salarios como consecuencia de la elevación de las tasas de productividad, que no había modo de cumplir. Y así, poco después de que Imre Nagy fuese nombrado primer ministro húngaro y de que Malenkov difundiera desde el Kremlin sus nuevas directrices, surgió el primer levantamiento de las masas trabajadoras contra el poder soviético en los treinta y seis años de su historia. Esta rebelión de la clase proletaria estalló donde menos se esperaba, precisamente en una comunidad que siempre se había distinguido por su espíritu de sumisión a la autoridad, por su orden, férrea disciplina e inagotable celo por el trabajo.

El alzamiento contra la dominación comunista brotó nada menos que en Alemania, en la zona ocupada por los ejércitos soviéticos: la RDA (República Democrática Alemana). Walter Ulbricht, el Rákosi alemán, tenía bien presente el signo de los nuevos tiempos, pero se oponía a la evolución que se operaba en el bloque oriental. Ulbricht continuaba fiel a la política estalinista, incluso contra la voluntad de los nuevos dirigentes del Kremlin; en resumen, se negaba a ponerse a la altura de las circunstancias, quizá por temer que la democratización mermaría sensiblemente sus ilimitados poderes. Ni siquiera pensó en abrir un resquicio que diera salida a la ira popular que llevaba varios años en período latente; por el contrario, endureció la línea estalinista con la creación del servicio de trabajo y de una milicia del partido, además de retirar las cartillas de abastecimiento a quienes no fuesen obreros. De este modo acabó por producirse la explosión.

El pretexto que desencadenó los sucesos del 16 y 17 de junio fue muy poco importante: una elevación del rendimiento en el trabajo. Los obreros, en particular los del ramo de la construcción, se sintieron defraudados en sus salarios. Se declararon en huelga y no tardaron en manifestarse ante varios edificios gubernamentales; ya no se trataba

de cuotas de producción, sino de algo más. Los trabajadores pedían más libertad; el problema del rendimiento era sólo una parte ínfima de su descontento. Solicitaban nada menos que la dimisión del Gobierno, por ser éste el origen de sus males. La clase trabajadora solicitaba elecciones generales, pues sólo de este modo se vería libre del régimen de Grotewohl.

Nunca hasta entonces formularon los obreros reclamación alguna, pero ahora se habían unido al clamor general centenares de miles, porque la voz del pueblo ansiaba ser escuchada.

La masa trabajadora, congregada en la Stalin-Allee berlinesa para dirigirse al Ministerio, sito en la Leipziger Strasse, obraba impulsivamente, con espontaneidad y sin la menor vacilación.

Las primeras noticias de los sucesos divulgadas por la prensa del partido socialista unificado alemán no reflejaban sino la postura oficial; según ésta, se trataba, como siempre, de una provocación urdida por los "berlineses occidentales". Esta vez, sin embargo, la lógica esgrimida por las autoridades comunistas se desmoronaba por entero, puesto que si bien entonces no había obstáculos fronterizos en el área berlinesa, los límites zonales con el resto de la Alemania oriental eran absolutamente infranqueables. Ningún berlinés occidental podía trasladarse a Magdeburgo, Chemnitz, Erfurt o Jena; y, sin embargo, en estas ciudades también hubo disturbios y huelgas. En este caso, hablar de "provocadores berlineses occidentales" resultaba sencillamente absurdo; tampoco cabía achacar la culpa a grupos alborotadores indígenas, pues los agentes del orden dominaban la situación.

El hombre de la calle exigía la dimisión del Gobierno; éste, sin duda, sólo estaba sobre el papel en la víspera de aquel dramático 17 de junio. De hecho no podía enfrentarse a un levantamiento popular; las voces de los agitadores quedaban ahogadas por la multitud, y gran parte de las fuerzas de policía rindió las armas, negándose de un modo terminante a intervenir. Al Gobierno de la República Democrática Alemana no le quedó otro recurso que pedir auxilio a la potencia ocupante.

Los tanques soviéticos efectuaron su aparición en la Karl-Marx-Platz berlinesa, antiguo parque de recreo, en la Puerta de Brandeburgo, Leipziger Strasse y en los puntos de comunicación interzonal. También se presentaron en las calles de Magdeburgo y Erfurt, y en otros focos de rebelión. El alto comisario ruso decretó el estado de sitio y se hizo cargo de las fuerzas del orden. Prácticamente, el Gobierno de la República Democrática Alemana había capitulado, dejando el campo libre a los carros soviéticos, los cuales debían aplastar la sublevación de las masas obreras germano-orientales. El fermento político que suscitó la rebeldía actuaba desde varias semanas antes del 16 de junio. Damos a continuación unas cuantas noticias aparecidas en la prensa de aquellas localidades que más tarde serían escenario de las revueltas.

Freie Wort, Suhl, n.° 113, 19 de mayo de 1953: "En el distrito de Suhl se están produciendo, desde hace varios días, serias dificultades en el suministro de pan, originadas por reiterados cortes de fluido eléctrico."

Sächsische Zeitung, Dresde, n.° 121, 29 de mayo de 1953: "Los habitantes de este distrito sufren una gran escasez de mantequilla, margarina y azúcar a causa de irregularidades en el suministro."

Freiheit, Halle (Saale), n.° 118, 26 de mayo de 1953: "A pesar de los indudables aciertos durante los últimos meses, se han producido graves deficiencias en la comercialización y abastecimiento de varios artículos."

Der Handel (revista de comercio interior), n.° 9, 1953: "Poco después de la Feria Mundial, el precio de los siguientes artículos era: camisa, 4 marcos; pantalón, 6 marcos; blusa, 4 marcos; falda, 6 marcos. En la actualidad, la cooperativa de consumo del distrito de Halberstadt nos comunica lo que valen dichas prendas de vestir: camisa, 11 marcos; pantalón, 15,95 marcos; blusa, 11,40 marcos; falda, 20,55 marcos. Las amas de casa no se explican a qué se debe este súbito aumento de los precios."

Das Volk, Weimar, n.° 114, 15 de mayo de 1953: "Junto a numerosas mejoras, el Consejo de Ministros ha decidido aumentar la calidad del pan. Esto, naturalmente, significará un incremento en el precio de tan indispensable y básico alimento."

Neues Deutschland, n.° 113, 16 de mayo de 1953: "La camarada Elli Schmidt ha criticado con dureza la tardía y escasa información que reciben nuestros conciudadanos sobre las últimas medidas tomadas por el Gobierno acerca de la regulación de precios de la carne y el azúcar."

Volkswacht, Gera, n.° 98, 28 de abril de 1953: "¡Abajo los zánganos! ¡Pedimos al Estado que aumente los cupos de productividad!"

Las nuevas normas, publicadas el 28 de mayo de 1953, tropezaron con gran resistencia desde el principio, tanto abierta como veladamente. Traducidas a la práctica, significaban para los albañiles una pérdida de salario de hasta el 30 por ciento; en el caso de los ebanistas y carpinteros, la merma se elevaba al 42 por ciento. Un obrero de la construcción, que hasta entonces venía percibiendo de 2,40 a 3 marcos a la hora, sólo obtenía de 1,70 a 1,80 marcos en igual período de tiempo.

En la tarde del 16 de junio, el primer ministro

Grotewohl convocó una reunión de urgencia en el Palacio Friedrichstadt con objeto de suprimir el aumento de las normas de rendimiento en el trabajo y proponer "nuevas orientaciones". Si estas promesas no lograban evitar a tiempo la rebelión, ya se encargarían las tropas soviéticas de restablecer el orden en la República Democrática Alemana, garantizando por la fuerza el cumplimiento de las "nuevas orientaciones". Unos meses antes parecía que en los dominios de Ulbricht comenzaba a imperar, si no la democracia, al menos el sentido común, en beneficio propio del régimen comunista. Sin embargo, en las postrimerías de 1953, la dirección del partido volvió a los antiguos métodos.

Por lo que respecta a Hungría, las esperanzas del pueblo se dilataron por más tiempo. Imre Nagy ostentó el cargo de primer ministro hasta abril de 1955 e hizo cuanto estuvo a su alcance para llevar a cabo su programa, que en realidad sólo pudo cumplir a medias; "sólo" era jefe de Gobierno, y según la doctrina comunista es el partido el que dirige el Estado. Como es natural, a la cabeza del partido hay un jefe, y éste era, en Hungría, Mátyás Rákosi.

Rákosi entorpecía cuanto se desviaba de la línea estalinista. Podía hacerlo sin arriesgarse personalmente en lo más mínimo, ya que Stalin era considerado todavía como el gran maestro, el teórico y práctico genial, sucesor de Marx y Lenin. Por último, en abril de 1955, Rákosi logró desplazar a Nagy de su cargo; en la Unión Soviética, el diunvirato Kruschev-Bulganin había relevado a Malenkov. Rákosi no podía hacer otra cosa; tras la muerte del todopoderoso zar rojo, ya no resultaba tan fácil eliminar a los rivales internos, como se hizo en Hungría con el veterano comunista László Rajk, en Bulgaria con Traitsho Kostoff y en Checoslovaquia con Rudolf Slansky, liquidados por orden de Stalin. Todo cuanto Rákosi podía hacer ahora era expulsar a Nagy de las filas del partido e impedirle el acceso a cualquier cargo público.

Poco después se efectuaba el gran cambio, que sacudió incluso los cimientos del hasta entonces firme bloque soviético: en Moscú tuvo lugar el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, en febrero de 1956. El primer secretario del partido, Nikita Kruschev, se hizo famoso con su discurso secreto sobre los crímenes de Stalin. El mismo Kruschev, en su visita a Belgrado el 2 de julio de 1955, se había congraciado oficialmente con Tito. Este había sido expulsado de la Kominform por orden de Stalin, porque consideraba factible el jefe yugoslavo "la transición pacífica del capitalismo al régimen comunista". En el mencionado XX Congreso, Kruschev se sumó abiertamente a dicha teoría.

Desde Moscú comenzó a irradiar una corriente desestalinizadora hacia los Estados satélites y, en consecuencia, destacados estalinistas hubieron de abandonar el escenario político. Además, se procedió a la rehabilitación de jefes comunistas purgados por el régimen de Stalin. Lógicamente, había pasado también la hora del estalinista húngaro Rákosi, quien el 18 de mayo de 1956 abandonó el cargo de primer secretario del partido y regresó a la Unión Soviética, que en realidad había sido su segunda patria durante muchos años. Los nuevos dirigentes soviéticos procedieron con suma cautela a la desestalinización de Hungría, lo cual en modo alguno habría de significar la descomunistización. Con su política realista, Kruschev no buscaba el desmoronamiento del bloque oriental, sino su consolidación sobre una base más humana. Se trataba de un cambio dirigido, impulsado como siempre desde la central moscovita.

Pero la relajación operada despertó el sentir nacionalista, que no se hallaba dispuesto a ser dirigido desde lejos. Las primeras dificultades surgieron en dos países del bloque oriental.

En junio de 1956 estalló un levantamiento obrero en Posen, mientras se celebraba una feria industrial a la que asistían numerosos expositores extranjeros. Y como tres años antes había sucedido en Berlín oriental y en la República Democrática Alemana, la rebelión obedecía al incremento de normas de rendimiento en el trabajo, que afectaba especialmente a determinada rama de la industria.

Al comienzo, el movimiento de protesta involucró algunas fábricas, pero no tardó en declararse la huelga general en toda la ciudad. Siguieron nutridas manifestaciones y más tarde se produjeron choques violentos con la policía y las milicias, e incluso con las tropas regulares. El motín se prolongó por espacio de cuatro días, en el primero de los cuales hubo 49 muertos y más de 300 heridos. El régimen se avino por fin a escuchar las reivindicaciones de carácter económico, pero no las de matiz político, formuladas por los obreros, que contaban con el respaldo de los estudiantes de Posen. Al sepelio de las víctimas acudieron elementos del partido y del Gobierno. A diferencia de lo ocurrido tres años atrás en la República Democrática Alemana, los funcionarios polacos no imputaron los hechos a "los agentes provocadores fascistas", sino que admitieron sin rodeos la naturaleza puramente laboral de los disturbios, mediante los cuales los obreros protestaban por ciertos errores cometidos por el Gobierno y la jefatura política.

Esto resultaba inédito en el ámbito del bloque socialista. Por primera vez, los culpables admitían públicamente sus errores, pero no instigados por

Stalin y su omnipotente policía secreta, sino por el pueblo. Edvard Ochab, secretario general del partido, manifestó en la VII Asamblea Plenaria del Partido Obrero Polaco:

"Este séptimo pleno del Comité central se reúne tres semanas después de los lamentables sucesos de Posen. Resultaría absurdo echar la culpa a los agentes provocadores imperialistas. Lo que de veras importa es buscar las causas reales de los incidentes, sin duda de naturaleza socioeconómica; al mismo tiempo, el partido debe comprender que existen ciertas diferencias con diversos sectores de la clase trabajadora."

Con todo, lo más notable se manifestó en forma de importante desviación del mando comunista de un país del bloque oriental respecto a las directrices marcadas por la Unión Soviética. Porque en Moscú aún se continuaba propugnando el manido tópico de las "conjuras urdidas por los reaccionarios fascistas". Tres días más tarde, los mariscales Bulganin y Zukov se presentaron inesperadamente en Varsovia para exigir al Gobierno polaco que reconsiderase su actitud. Bulganin manifestó: "Los recientes sucesos de Posen, instigados por agentes enemigos, prueban que los reaccionarios internacionales persisten en sus descabelladas ideas de reinstaurar el sistema capitalista en nuestro bloque."

Sin embargo, el mando comunista polaco no compartía la opinión del Kremlin. Sintiéndose seguros del apoyo popular, llevaron adelante sus esfuerzos democratizadores. Se alzaban voces en el país de que sólo una profunda reforma evitaría el desastre económico en el sector agrario; sólo Wladyslaw Gomulka poseía la autoridad necesaria y el perfecto conocimiento de sus súbditos para salvar la crisis. El 19 de octubre, los elementos pro Gomulka deseaban elegir a su héroe secretario general del partido obrero polaco. En agosto de 1956, Gomulka reingresó en las filas del partido.

El mismo día comparecieron inopinadamente en Varsovia los dirigentes soviéticos Kruschev, Mikoyan, Molotov y Kaganovich. El primero, señor todopoderoso en el Kremlin y el vasto imperio socialista, quiso intervenir personalmente para modificar el proceso democratizador polaco. El avión militar en el que viajaban tuvo que sobrevolar largo tiempo el aeropuerto de Varsovia, antes de recibir permiso de aterrizaje. Los no invitados huéspedes moscovitas permanecieron en el aparato hasta la llegada de un grupo de funcionarios del Politburó polaco.

Kruschev fue el primero en salir y gritó iracundo a Edvard Ochab, secretario general del partido, los siguientes insultos:

"¡Traidor! ¡Lacayo del imperialismo! ¡Canalla!"

Gomulka intervino para cortar la sarta denostadora. Aún no era jefe del partido y las discusiones acerca de su elección se habían visto interrumpidas por la llegada de los visitantes de Moscú. Pero una hora antes, Ochab había presentado su dimisión y sugerido, al propio tiempo, el nombramiento de Gomulka para secretario general. Este saludó fríamente a los rusos en lengua polaca.

Kruschev se quedó mudo por unos instantes, pues nadie hasta el momento había osado interrumpirle. Se dirigió a Ponomarenko, embajador soviético en Varsovia, que había acudido presuroso a dar la bienvenida a su jefe, con estas palabras: "¿Quién es ese individuo?"

Gomulka, que hablaba perfectamente el ruso, se anticipó a contestar, también en polaco, como antes: "Soy Gomulka, el que estuvo encarcelado por ustedes durante varios años."

Las discusiones con los "huéspedes" de Moscú se prolongaron hasta bien entrada la noche en el Hotel Belvedere. Pero la ciudad estaba en vigilia, pues había corrido el rumor de que habían llegado los dirigentes soviéticos y todos se hallaban ansiosos de tener noticias. ¿Ordenaría Kruschev a las tropas soviéticas estacionadas en Polonia que marcharan sobre la capital? ¿Cómo reaccionarían en tal caso las fuerzas polacas, mandadas por el mariscal soviético Rokossovski? En las fábricas, los obreros estaban listos para intervenir en el caso de que Gomulka y con él la democratización de Polonia se vieran amenazados.

Hacia la madrugada, concluyó la enconada polémica en el Hotel Belvedere. Gomulka había rechazado las exigencias de los jefes soviéticos, insistiendo en que Polonia era un Estado soberano y, por tanto, seguiría su propio camino hacia el socialismo: "No puedo decir más aquí, pero me dirigiré en seguida por radio a mis compatriotas para informarles de lo que ustedes han pretendido y de por qué hemos rehusado."

Los rusos acabaron por ceder. Entretanto, Kruschev se enteró de que las tropas polacas no estaban dispuestas a obedecer ni a los asesores soviéticos incorporados en cada unidad, ni a su jefe supremo el mariscal Rokossovski. Y esto hubiera significado la guerra.

A las nueve de la mañana, Radio Varsovia anunció lacónicamente: "Esta madrugada, a las seis, la delegación soviética compuesta por los camaradas Kruschev, Mikoyan, Molotov y Kaganovich ha emprendido en avión el viaje de regreso a Moscú. Han acudido a despedirla los camaradas del Politburó polaco, con el camarada Gomulka al frente."

De este modo supieron Varsovia y el mundo entero que la intervención rusa había fracasado, y que por primera vez un Estado "democrático

popular" dijo "no" al Kremlin, obligando a los jerarcas soviéticos a respetar la voluntad de un pueblo sojuzgado. En ninguna parte fuera de Polonia se celebró con entusiasmo tan insólito acontecimiento como en Budapest.

Poco después del levantamiento de Posen, los estudiantes e intelectuales tomaron la iniciativa. Lo más notable fue, sin embargo, que el comité directivo de la organización juvenil estatal DISZ, directamente subordinada al partido, fundó el Club Petöfi, donde grupos de jóvenes obreros, estudiantes y autores discutían los problemas más candentes de la nación. Todos podían expresarse con absoluta libertad, y no tardaron en expresarse fuertes censuras contra los elementos estalinistas que regían los destinos de Hungría.

Poco después los periódicos y revistas literarias publicaron artículos cargados de diatribas contra el régimen. La marea aumentó de nivel con motivo de la rehabilitación y traslado a un suntuoso mausoleo del asesinado ex ministro de Asuntos Exteriores, László Rajk. Julia, su viuda, informó de los actos vandálicos perpretados por el régimen estalinista húngaro. En la ceremonia del traslado de los restos mortales del antiguo jefe comunista Rajk participaron más de cien mil personas.

Una vez ausente de Varsovia la delegación soviética, en la capital húngara se aguardaba con vibrante impaciencia la prosecución de la Octava Asamblea Plenaria del Comité Central del Partido Comunista Polaco. Contrariamente a la prensa de otros Estados satélites, la de Hungría informó con todo detalle sobre dicha asamblea. En Varsovia se revelaron sin tapujos los crímenes estalinistas; Gomulka declaró con valentía que Polonia era una nación autónoma, que el partido comunista polaco era independiente y que las reuniones de su Comité central trataban asuntos internos exclusivos del partido comunista polaco. Esto significaba una clara advertencia a los jerarcas soviéticos.

El 21 de octubre circuló la noticia de que tropas rusas acantonadas en Prusia oriental iniciaban un movimiento en dirección sur. Hubo protestas en el seno del Comité central, mientras que en el Ejército polaco se celebraron reuniones en las que se decidió apoyar a Gomulka y oponerse a una posible intervención soviética. Se supo, asimismo, en Budapest que el comandante en jefe de las fuerzas en Polonia, mariscal Koniev, ordenó a sus tropas el regreso a las bases de partida, es lógico suponer que por mandato del Kremlin.

Gomulka expuso ante el Comité central la desastrosa situación del agro nacional, el bajísimo nivel de vida de la población y, acto seguido, denunció las causas: planes absurdos para la industria, exceso de burocracia, represión de la crítica y de la iniciativa privada, falsedad en los informes relativos a los logros alcanzados por los planes de desarrollo y ausencia de estímulo en los trabajadores para mejorar su situación. Polonia, tierra eminentemente agrícola, lo mismo que Hungría, ha dedicado siempre atención preferente a las cuestiones del campo, y por eso insistió Gomulka en la ruina que se cernía sobre la agricultura polaca. Y como remate, afirmó que tal estado de postración se debía a la irreflexiva y brutal coacción con que se había realizado la colectivización agraria. Propuso ante el pleno del Comité central la disolución de las granjas que liquidaban el ejercicio con pérdida —esto ocurría en innumerables casos— y que en lo sucesivo tuvieran los campesinos plena libertad de acogerse o no al sistema de granjas colectivas.

Durante las sesiones, los enemigos estalinistas de Gomulka también hicieron uso de la palabra. Todavía eran poderosos, y aun cuando su situación no resultaba lo bastante firme, en modo alguno se consideraba precaria. En la última sesión se perfiló quién se alzaría con el triunfo, pero ¿cómo iba a resolverse la votación de las cuestiones planteadas por Gomulka? ¿Por quién se decidiría el Politburó?

Pronto se despejó la incógnita, y Gomulka hizo prevalecer su opinión. Esta pasó a formar parte del nuevo Politburó, mientras que un cierto número de estalinistas quedaron al margen. También dejó de ser miembro de dicho organismo el



ministro de Defensa polaco, mariscal soviético Rokossovski. En las elecciones para cubrir el puesto de secretario general, el nombramiento recayó en Wladyslaw Gomulka.

Para el 23 de octubre, los universitarios húngaros decidieron manifestar espontáneamente su solidaridad con el pueblo polaco. Ellos reclamaban iguales derechos, los mismos que habían conseguido los polacos sin que la Unión Soviética osara intervenir. Una imprenta estaba dispuesta a imprimir el llamamiento para tal manifestación. Se distribuyeron proclamas por toda la ciudad, mientras los estudiantes recorrían fábricas y oficinas pidiendo a obreros y empleados que se unieran a la manifestación.

El Gobierno, que todavía estaba en manos del estalinista Ernö Gerö, sintió el peligro que le amenazaba. La manifestación estaba convocada a las 14.00 horas frente a la Embajada polaca. Durante toda la mañana, funcionarios del partido visitaron numerosos talleres y oficinas, para advertir al personal que cuantos secundasen la manifestación recibirían un castigo ejemplar. Pero alrededor de las doce los esbirros del AVO informaron a sus jefes de que muchos trabajadores habían abandonado su puesto, sin duda con la idea de sumarse a la demostración.

László Piros, ministro del Interior, recurrió a un último medio. Poco antes de las 13.00 horas ordenó interrumpir una emisión de música zíngara que tenía en el aire Radio Budapest para difundir con carácter de urgencia este aviso:

"Atención todos los radioyentes: con objeto de preservar el orden público, el ministro del Interior prohíbe hasta nuevo aviso toda clase de reuniones y manifestaciones públicas. Repito: hasta nuevo aviso..."

Sin embargo, la comitiva de manifestantes había iniciado su formación. La advertencia del ministro Piros llegó demasiado tarde. A las 14.23 horas se interrumpió por segunda vez el programa musical para difundir el siguiente comunicado:

"El ministro del Interior, László Piros, ha levantado la prohibición de celebrar reuniones y manifestaciones públicas."

Al parecer, el Gobierno estalinista húngaro decidió consentir, como mal menor, la manifestación ante la Embajada polaca, en vista de que las medidas tomadas para impedirla habían llegado demasiado tarde. Por el momento se permitiría continuar a los manifestantes ya congregados, en tanto se disponía lo necesario para impedir que se formaran otros grupos. Pero todo sucedió de una manera muy distinta a la imaginada por los estalinistas y algo diferente a como pensaron los iniciadores del movimiento de solidaridad polaco-magiar.

Durante la manifestación ante la Embajada de Polonia no se produjo el menor incidente, a pesar de que la muchedumbre se hallaba bastante excitada. A pesar de la prohibición, todos entonaron





El bloque oriental se conmocionó hasta sus mismos cimientos con la "desestalinización" introducida oficialmente por Kruschev, o sea, con la eliminación y condena del terror masivo estalinista y de los campos de trabajos forzados, así como con la rehabilitación de los dirigentes comunistas perseguidos por Stalin y por los estalinistas, y la concesión de mayores libertades en los campos de la economía y de las artes. PAGINA IZQUIERDA: "El pésame del partido." Con lágrimas de cocodrilo, los asesinos del antiguo ministro húngaro de Asuntos Exteriores, Rajk, dan el pésame a la viuda. "El yunque (Gomulka) resiste"; el martillo (representado por el ministro ruso de Defensa de Polonia, Rokossovski), se rompe al ser utilizado por los señores del Kremlin (Die Weltwoche, *Zurich). El caballo desbocado simboliza a los satélites a quienes Kruschev ha soltado las riendas; caricatura del periódico inglés* The Manchester Guardian.

el antiguo himno nacional húngaro: estudiantes, obreros, empleados, incluso policías y soldados que se habían unido a la manifestación, bien en acto de servicio o por su voluntad. Se exhibieron banderas húngaras, la clásica tricolor verde, blanca y encarnada, pero sin la estrella roja soviética, mandada colocar por Rákosi desde hacía varios años.

Mas no ocurrió nada aún. La muchedumbre no se dispersó una vez terminado el acto, como esperaba el Gobierno, sino que se encaminó hacia el monumento levantado en honor del general polaco Bem, que en 1848-1849 participó con los húngaros en la guerra patriótica contra los rusos. El poeta magiar Petöfi, cuyo nombre se había pronunciado con frecuencia en los últimos meses, había sido ayudante de campo del mencionado general polaco.

Junto al monumento conmemorativo se habían congregado más de diez mil personas. Los estudiantes depositaron al pie de la estatua una gran corona de laurel. Y de nuevo se oyeron las estrofas del antiguo himno nacional "Dios guarde a Hungría..." Un joven estudiante trepó hasta la cima del monumento al general polaco que más de un siglo antes había combatido por la libertad de Hungría y recitó la poesía compuesta por Petöfi el 15 de marzo de 1848, al estallar el movimiento de liberación:

¡Arriba, húngaros, la patria os llama!
Ha llegado el momento, ahora o nunca.
Juramos por Dios que en el futuro
no permitiremos la esclavitud.
¡Lo juramos!

Apenas hubo terminado el estudiante, más de diez mil gargantas corearon el último verso: "¡Lo juramos!"

La enardecida multitud prosiguió hacia el monumento a Petöfi, símbolo de la libertad húngara y de la lucha por la independencia, cuyo primer hálito llegó de Polonia hacía más de un siglo. Y al igual que antaño, el enemigo era el mismo: el imperialismo ruso. Esto al menos pensaban todos, no obstante las amenazas que gritaban sobre ellos.

Durante muchos años se les venía diciendo que la Rusia actual nada tenía que ver con la de los zares, que Rusia era un país socialista cuya única misión consistía en liberar a otros pueblos, y que los rusos actuales se habían forjado en la lucha contra el zarismo. Todo eso se repetía hasta la saciedad a húngaros y alemanes de la zona ocupada por los soviéticos, lo mismo que a checos y eslovacos, a búlgaros, rumanos y polacos. Muchos, al principio, creyeron que la estrella roja significaba la liberación, pero ya se habían dado cuenta de que dicha estrella era un símbolo de opresión, como en otro tiempo lo fue el águila imperial zarista.

Este fue el motivo por el cual los húngaros entonaron su himno, prohibido por el nuevo régimen, lo mismo que tres años y medio atrás se prohibió a los obreros congregados en la Stalinallee y a los trabajadores metalúrgicos de Hennigsdorf cantar el himno alemán. A pesar de los esfuerzos comunistas, el sentir nacional se manifestaba con fuerza en todas partes, incluida Budapest, la capital de Hungría.

Durante la congregación ante el monumento a Petöfi se repitieron los discursos, aunque su naturaleza ya no se refería a la solidaridad con los polacos. Ahora se formulaban peticiones concretas acerca de la situación en Hungría.

"Igualdad de derechos en la amistad ruso-húngara. La verdadera amistad sólo es posible en un plano equivalente."

"Retirada de las tropas soviéticas acantonadas en suelo húngaro."

"Participación obrera en las empresas."

"Cese de la colectivización forzosa del agro."

"Libertad de prensa para Hungría."

"Comparecencia de Rákosi ante un tribunal húngaro."

"Dimisión de Gerö."

A estas reclamaciones últimas, concernientes por vez primera a individuos concretos, se unió una tercera. ¿No acababa de triunfar un hombre en Polonia sobre los amos del Kremlin? Gomulka, el nuevo dirigente polaco, se había convertido en un héroe para los habitantes de Budapest. También en la capital había un Gomulka magiar; lo mismo que el polaco, había sido encarcelado por los estalinistas. Cuando durante dos años ocupó el cargo de primer ministro abogó por la misma política que Gomulka: aumento de los bienes de consumo para mejorar el nivel de vida, estímulo a los agricultores, libertad de prensa y un camino nacional hacia el socialismo. Ya es hora de que nombremos al Gomulka húngaro.

"¡Queremos a Imre como primer ministro! ¡Queremos a Imre Nagy!"

Todas las peticiones se resumían ahora en una, y solamente se escuchaba un nombre: Imre Nagy.

Mientras tanto, se habían difundido por toda la ciudad las noticias relativas a las manifestaciones. De pronto, Budapest se vio inmersa en una especie de acceso febril. Al caer la tarde se lanzaron a la calle quienes no habían osado hacerlo al mediodía, en contra de las advertencias de los elementos del partido, que les habían prohibido ex profeso abandonar sus centros de trabajo. Muchos de ellos supieron por primera vez que se habían celebrado diversas manifestaciones en el casco urbano. Y sucedió lo que habían pla-

neado los estudiantes e intelectuales promotores del movimiento de solidaridad polaco-magiar: el inicio de una protesta espontánea del pueblo entero contra un régimen aborrecido.

Parte de los manifestantes se dirigió a la plaza de Stalin, que antes se denominaba plaza de los Héroes. En este lugar se habían congregado a la fuerza nutridas muchedumbres, con motivo de actos oficiales promovidos por los jerarcas de un régimen que desde hacía varios años tenía sojuzgada a la población. Dominaba la plaza una gigantesca estatua de Stalin, símbolo de tiranía para los habitantes de Budapest.

Los manifestantes seguían adelante, en perfecto orden, camino del Parlamento, y desembocaron en la plaza Mária-Jászai, donde se alza, antes de llegar al Parlamento, una enorme construcción: el Ministerio del Interior, inaugurada después de la última guerra, que al propio tiempo era el Cuartel general del aborrecido AVO, la policía secreta del régimen. Agentes y funcionarios contemplaban desde las ventanas de sus despachos las interminables columnas en marcha. Ante las diversas entradas al imponente edificio montaban la guardia, como siempre, centinelas armados. Estos y los manifestantes no tardaron en hallarse frente a frente.

La gigantesca plaza se atestó al fin con una muchedumbre de 200.000 personas, es decir, que uno de cada seis ciudadanos se había concentrado frente al edificio del Parlamento. Y de nuevo, más atronadora que nunca, sonaba la voz del pueblo invocando a Imre Nagy. La multitud le suponía presente en el Parlamento, cuyo edificio albergaba al propio tiempo importantes departamentos ministeriales.

Pero Nagy no se encontraba en dicho centro oficial, pues los estalinistas al saber lo que se avecinaba le habían separado de sus funciones. Diez días antes lo llamaron al seno del partido, si bien en calidad de simple miembro. Dos de sus amigos, que habían participado en las manifestaciones, abandonaron finalmente la plaza del Parlamento para ir en busca de Nagy, recluido en su domicilio particular.

Mientras tanto, un destacado elemento oficial que se hallaba en el edificio del Parlamento ordenó apagar las farolas que iluminaban la plaza. La oscuridad se abatió sobre el gentío por unos instantes, pero en seguida brotaron hogueras por doquier. La masa no se dispersó como habían imaginado los miembros del Gobierno, sino que prendió fuego a montones de periódicos, octavillas y bandos. Unas diez mil improvisadas farolas alumbraban millares de rostros cuyas bocas gritaban a coro: "¡Queremos a Imre Nagy! ¡Queremos a Imre Nagy!"

Por último volvieron a encenderse las enormes farolas y lámparas de arco, y las hogueras se extinguieron paulatinamente. Con ellas se apagó también el entusiasmo de la multitud y de súbito reinó en la plaza un silencio absoluto. No es posible repetir el mismo grito durante horas sin que nada ocurra, y en este caso, o se daba una satisfacción a los congregados o volvía a estallar la resistencia. La exaltación cede si no se produce algo nuevo que la inflame.

En ese momento apareció Nagy. En el interior del edificio, el vicepresidente del Gobierno, József Mekis, trató de impedir que Nagy se asomara al balcón para hablar a la muchedumbre; todavía no se había dado cuenta de lo que se trataba:

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó a Nagy en tono arrogante—. Su caso será discutido la próxima semana en el Comité central. Tenga paciencia hasta entonces.

Por fin, los amigos de Nagy consiguieron convencer a Mekis de que lo único que pretendía aquél era apaciguar a la muchedumbre y evitar que empeorasen las cosas. Luego apareció Nagy en el balcón. Los congregados guardaron silencio al principio, pues de momento, a causa de la oscuridad, nadie le había reconocido. De pronto alguien dirigió el haz de un reflector al rostro de Nagy.

De inmediato, la multitud prorrumpió en gritos de júbilo. ¡Allí estaba por fin Imre Nagy! ¡Era la primera gran victoria! ¡El pueblo lo había conseguido!

Nagy comenzó a hablar:

—¡Camaradas!

Inmediatamente después de pronunciar esta primera palabra le interrumpió un furioso y estridente silbido. Y se oyeron exclamaciones aisladas de: "¡No somos camaradas! ¡No queremos oír más esa palabra!"

En aquel momento, Nagy comprendió que no se trataba de una manifestación corriente en solicitud de algunas reformas, sino de un acto destinado a exigir profundas transformaciones en la vida política de la nación. Nagy calló unos momentos y, luego, reanudó su discurso:

—¡Amigos míos! ¡Patria húngara!

Estas palabras arrancaron de la masa nuevas exclamaciones de alegría; al disminuir éstas en intensidad, Nagy pudo continuar, aunque se sentía un tanto confuso por no tener la menor idea de las soluciones que podía proponer. En esta ocasión sólo trataba de calmar a la masa.

—Me habéis llamado y aquí estoy. Saludo de todo corazón a los aquí presentes. Pondré todo mi empeño en lograr una Hungría democrática, y me dirijo muy especialmente a la juventud, destinada a eliminar con su entusiasmo los obstáculos que dificultan la marcha del país por el camino del socialismo democrático. Mediante



El 23 de octubre de 1956 se reunió una gran multitud ante el monumento a Petöfi, en Budapest. Empleando las mismas palabras de una poesía del héroe de la libertad húngara, Sándor Petöfi, que fueron pronunciadas por él en 1848, las masas exigen que se les conceda la libertad: "Juramos no ser nunca más esclavos." La protesta pacífica de la población de Budapest contra la soberanía extranjera ejercida por los soviéticos y contra los estalinistas existentes aún en el partido comunista y en el Gobierno, acabó por convertirse en la primera gran rebelión producida dentro del bloque oriental contra el imperialismo rojo. Ante la alegría de todos los presentes, los patriotas húngaros derrumbaron la estatua colosal de Stalin, la pasearon por las calles de Budapest y escupieron sobre la cabeza del dictador ruso.





debates y discusiones en el seno del partido iniciaremos nuevos rumbos que nos conducirán a la solución de nuestros problemas. Pero ante todo hemos de mantener la disciplina. El Gobierno no tardará en manifestar su parecer. Os lo prometo. Y ahora marchad tranquilamente a vuestros hogares y esperad.

La multitud guardó silencio. No se escucharon aplausos. Desconcertado, Nagy se volvió. De repente estalló un concierto de silbidos. Nagy se asomó de nuevo al balcón y alzó la mano en demanda de silencio:

—¿Por qué me silbáis, amigos?

—¡No es a ti, Imre, sino a tus palabras! —respondió un coro de voces—. ¡Nada está claro! ¡Gerö y Hegedüs deben retirarse! ¡Hungría te reclama como primer ministro!

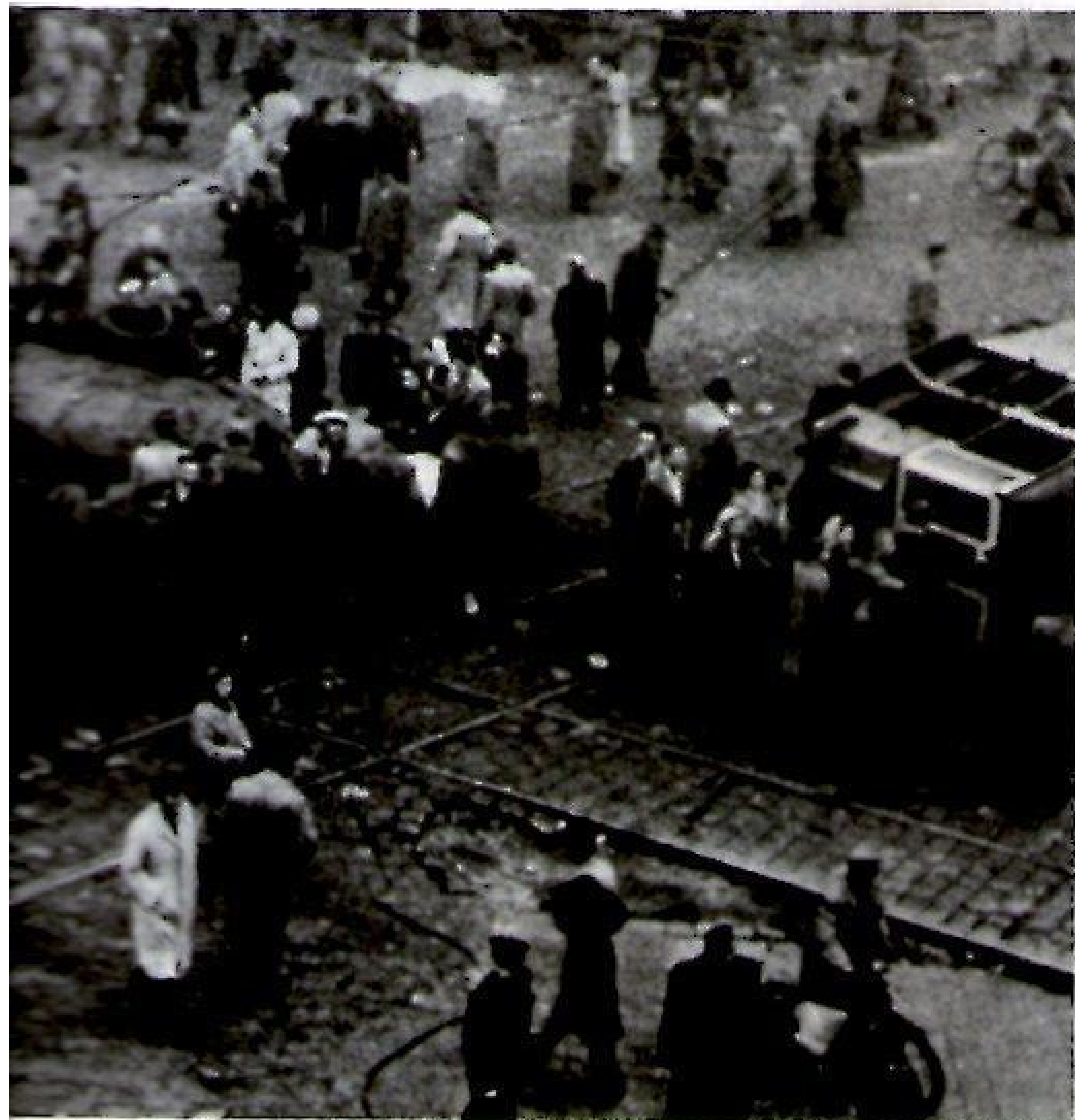
Nagy extendió los brazos en un gesto de impotencia. En la plaza reinaba un gran silencio. En aquel momento, muchos de los congregados se preguntaron si aquel hombre sería en realidad el Gomulka húngaro. La calma prosiguió hasta ser interrumpida por Nagy. El hombre solitario asomado al balcón del edificio del Parlamento comenzó a entonar el himno húngaro, cosa que no se hacía desde muchos años. Las jerarquías comunistas lo habían prohibido. Tímidamente al principio, y poco a poco, con gradual energía, los habitantes de Budapest reunidos en la grandiosa plaza se sumaron al canto del himno, cuyas notas se alzaron hacia la bóveda celeste que sirve de techo al Danubio:

"Los húngaros juramos ante Dios
que no nos dejaremos esclavizar en el futuro..."

Un silencio definitivo se adueñó entonces de la plaza del Parlamento. La gente se dispersó; gran parte de ella se retiró a sus hogares, mientras el resto permaneció en el mismo lugar, en silencio, o discutiendo en grupos reducidos. Todo giraba en torno a la misma cuestión: ¿cómo irían las cosas en el futuro?

Sin duda, algo nuevo se había puesto en marcha. Las antorchas de la revolución, extintas ya en la plaza del Parlamento, empezaron a lucir en otros dos puntos de la capital húngara: en la plaza Stalin, donde se elevaba el monumento al dictador, y en la calle Sándor, frente al edificio de la emisora.

Las luminarias ante la estatua de Stalin parecían oscilar alegremente. Lo que ocurría al pie de ella presentaba más trazas de fiesta popular que de levantamiento. Había en la plaza tractores y camiones que tiraban de largos cables de acero, con los cuales se aprestaban a derribar la estatua de Stalin. Al acercarse la muchedumbre a la misma surgió de las filas delanteras una tempestad de risas. Alguien había colocado en la peana un cartel que rezaba: "¡Rusos, cuando os





vayáis a casa, no olvidéis llevarme con vosotros!" El rostro del dictador parecía sonreír amistosa y paternalmente.

Un joven trepó hasta las botas de la estatua, que alcanzaban la altura de un hombre normal, se quitó el reloj de pulsera, lo agitó y, luego, descendió y se inclinó ante la figura de bronce, a cuyas plantas depositó el reloj.

—Mira, padrecito —exclamó mientras levantaba el rostro—. Aquí te dejo un reloj. Sabemos que a vosotros los rusos os agrada mucho. Tómalo, pero vete en seguida de aquí.

La multitud estalló en sonora carcajada. Todos recordaban que al irrumpir el Ejército soviético en el país, en 1945, ningún reloj estaba seguro ante la presencia de los soldados rusos.

Poco después, los cables de acero fueron atados a la estatua. Los tractores se esforzaban por derribarla, dando fuertes tirones a los cables. La gente acompañaba los intentos con gritos de entusiasmo.

Pero desde el primer momento se vio que la estatua de Stalin era más fuerte que los tractores húngaros. Sus cadenas patinaban y los cables se rompieron uno detrás de otro. Por fin dos jóvenes obreros dotados de sopletes procedieron a fundir la estatua a la altura de las rodillas. Se trajeron nuevos cables y los tractores, tras un breve esfuerzo, consiguieron derribar la estatua, que cuando cayó produjo gran estrépito, casi apagado por los gritos de júbilo de la multitud. El coloso de bronce estropeó el pavimento de la plaza.

Esto sucedía a las 21.35 horas.

Al mismo tiempo la antorcha de la revolución se encendió frente al edificio de la emisora, esta vez con sangriento resplandor. Los manifestantes que se habían congregado allí eran estudiantes en su mayoría, que el día anterior habían pretendido que la emisora lanzara al aire un manifiesto de 14 puntos redactado por un grupo de jóvenes universitarios. La dirección de la Sender Kossuth, emisora de Budapest, previendo lo que se avecinaba, se negó a recibir a una delegación de estudiantes, pero vieron cómo una inmensa multitud se congregaba poco a poco ante el edificio. Los animos se exaltaban por momentos.

La delegación de estudiantes desapareció en el interior de la emisora. La recia puerta de hierro de la entrada se cerró tras ellos. Hubo encendidas discusiones; precisamente tres meses atrás, el 23 de enero de 1957, el Gobierno Kádar publicó un informe sobre los hechos, que comenzaba así:

"—¿Qué queréis de la emisora? —preguntó Valéria Benke, directora de Radio Budapest.

"La mayor parte de los delegados permanecía en silencio, pero de pronto uno de ellos se adelantó para decir:

"—Queremos que la emisora se haga eco de la voz del pueblo. No saldremos de aquí hasta que nos escuchen y atiendan nuestras peticiones

"—¿Qué es eso de que 'la emisora se haga eco de la voz del pueblo'?

"—Pues que se lleve un micrófono a la calle para que la gente pueda emitir su opinión —dijo un delegado del Círculo Petöfi, que aprovechó la oportunidad para tomar parte en las negociaciones.

"—La emisora lucha desde hace tiempo por el fortalecimiento de las libertades democráticas —manifestó Péter Erdös—. ¿Creéis que se sirve a la causa con sólo bajar un micrófono a la calle? Ni vosotros podéis garantizar la seguridad de las personas aquí reunidas; queréis saber quién hablará y lo que piensa decir.

"El joven respondió:

"—¡Basta ya de tanta demagogia! ¡Con esto no engañáis a nadie!

"Erdös enrojeció de ira.

"—¡Cómo se atreve a hablar de demagogia! ¡Ya he oído bastante de eso en los calabozos del AVO!

"Uno de los jóvenes apaciguó a sus camaradas y dijo en tono suave:

"—Sólo deseamos que se retransmitan nuestros catorce puntos."

Las discusiones se prolongaron durante bastante tiempo, pero el manifiesto no se leyó ante los micrófonos. En su lugar, a las ocho en punto estuvo en el aire la voz del primer secretario del partido, Ernö Gerö, el estalinista más odiado después de Rákosi. Su discurso se había anunciado repetidas veces durante la tarde y el público lo aguardaba con impaciencia.

Gerö era el peor enemigo de Tito, que, según él, era un "fascista, agente del capitalismo y asesino". Ahora, a instancias de Moscú, tenía que hablar en desagravio de Tito. La población esperaba que anunciase su renuncia. Se había extendido la noticia de que Imre Nagy había pronunciado un discurso desde el balcón principal del edificio del Parlamento, y se contaba con que Gerö anunciaría la restitución de Nagy en el cargo de primer ministro.

Con esta concesión podría haberse extinguido la naciente chispa de la revolución. Pero los altavoces instalados en la vía pública y las radios transmitieron un discurso muy distinto. Gerö no tenía la menor intención de dimitir y, pese a su reciente visita a Tito, continuaba siendo el mismo estalinista acérrimo que no deseaba tener contacto con el pueblo y estaba convencido de que la masa estúpida y levantisca tenía que ser dominada por la fuerza bruta.

"—Condenamos las tentativas de inocular a nuestra juventud el virus del patrioterismo y de las libertades democráticas, que nuestro Gobierno ya se encarga de impedir que se transmitan a las

clases trabajadoras, y también reprobamos que se usen como pretexto para organizar manifestaciones de carácter nacionalista."

Gerö insinuó que los manifestantes, en su mitad pertenecientes a la población adulta de la capital, no eran sino "enemigos del pueblo":

" —El objetivo de esos enemigos del pueblo consiste en minar el poder de las clases trabajadoras, aflojar los lazos que unen a obreros y campesinos, reducir el papel dominante de las clases trabajadoras y destruir su confianza en el partido.

"Piensan que nuestras relaciones con la Unión Soviética no descansan sobre una base equitativa, y que hemos de proteger nuestra independencia, no ante los países capitalistas, sino respecto a la Unión Soviética. Esto no son más que embustes, propaganda enemiga, en la que no existe el menor atisbo de verdad."

Al terminar su discurso con las palabras usuales de siempre, que el pueblo no había cesado de oír en muchos años, y sobre todo lo de "las relaciones fraternales con la Unión Soviética", se desbordó la ira popular. Al parecer, nada había cambiado; las cosas seguían como antes; la voluntad del pueblo no contaba para nada, y el mismo pueblo era considerado como "enemigo".

La gente agrupada frente a la emisora se dirigió apresuradamente a la plaza del Parlamento, todavía atestada de manifestantes que discutían, viendo que Imre Nagy había escuchado impasible el discurso de Gerö. Pero éste no estaba en el edificio, y entonces comprendieron que la alocución del jefe del partido había sido grabada en cinta magnetofónica.

Mientras tanto se habían producido conatos de violencia ante el edificio de la emisora. La masa estudiantil esperaba el regreso de la delegación que negociaba la difusión por la radio de los 14 puntos de su programa. Sin embargo, tras la retransmisión del indignante discurso de Gerö, se consolidó la sospecha de que los miembros de la delegación habían sido detenidos por los elementos del AVO que prestaban servicio en la emisora.

Los estudiantes querían acudir en auxilio de sus camaradas. De una obra cercana se trajeron ladrillos para lanzarlos contra las ventanas. Varios estudiantes treparon hasta la primera planta, apoyándose en las rejas de los grandes ventanales de los bajos, hasta alcanzar los balcones del primer piso. La fuerza del AVO estaba compuesta por unos 500 hombres en total, de los que 350 se habían incorporado en el transcurso de la tarde, sin que los manifestantes trataran de impedirles el acceso al edificio. Por el momento, los agentes del AVO se defendieron del ataque lanzando gases lacrimógenos. Pero aquello se convirtió en un arma de dos filos, puesto que las nubes de gas penetraban en el edificio por las ventanas, en las que no había cristal sano, lo cual perjudicó seriamente a los guardias. De pronto sonó una voz de mando, *"Hajra"* ("Adelante"), y los policías cargaron a la bayoneta. La puerta de hierro se abrió de pronto y los guardias se abrieron paso a través de los manifestantes hasta una calleja situada frente al edificio. Los hombres del AVO, hombro con hombro, se prepararon para disparar.

Hacia las nueve de la noche —a pocos centenares de metros de donde estaba la derribada estatua de Stalin— sonaron los primeros disparos.

Nunca se ha sabido con certeza quiénes fueron los iniciadores del tiroteo. Es muy posible que al principio se tratara de una advertencia. Pero esto, en la oscuridad, nadie lo podía saber. De la multitud partieron asimismo algunos tiros; tal vez algunos soldados y policías agregados a la manifestación se defendían del ataque de los agentes del AVO. Lo cierto es que éstos dispararon a ciegas sobre la masa, que emprendió la huida dominada por el pánico. La calle Sándor Brody quedó sembrada de muertos y heridos. Los guardias ocupaban la calle entera y, desde ella, hacían fuego hacia las calles laterales, atestadas de manifestantes.

Desde los alrededores del Museo Nacional acudieron dos carros de combate húngaros, que no abrieron fuego sobre la multitud, sino que con su presencia la obligaban a buscar refugio. En aquel momento aparecieron cinco camiones con soldados, enviados para reforzar a los defensores de la emisora. Sin embargo, los soldados se negaron a atacar; no querían disparar sobre la población civil. Al ver la matanza provocada por los guardias del AVO, accedieron a los ruegos de estudiantes y jóvenes obreros y les entregaron sus armas, que guardaban en los camiones. No tardó en desarrollarse una batalla en toda regla. Acudieron en gran número trabajadores de la industria, sobre todo de la isla Csepel, en el Danubio. Muchos llevaban armas consigo, que guardaban desde el período de instrucción premilitar. Después se procuraron armas en arsenales y cuarteles. Los manifestantes, transformados ya en revolucionarios y defensores de la libertad, no tardaron en irrumpir en las habitaciones inferiores del edificio de la emisora.

También arreciaba la batalla en otros puntos de la ciudad. En la lucha por la conquista de la emisora los revolucionarios se habían dado cuenta de la importancia de dominar este medio de comunicación, si tenían que informar al pueblo de la verdadera situación en que se encontraba el país. Se luchaba ya por el edificio del *Szábad Nép*, órgano del partido comunista húngaro, que al fin cayó en manos de los manifestantes. Estaba en marcha una revolución que nadie había planeado. A las dos de la madrugada del miércoles

24 de octubre de 1956, la revolución se había convertido en auténtica guerra. Todavía se luchaba encarnizadamente por la posesión de la emisora, cuando unos carros de combate soviéticos se incorporaron a la acción. ¡La Unión Soviética hacía la guerra al pueblo húngaro!

La comisión investigadora de la ONU, compuesta por delegados de Australia, Ceilán, Dinamarca, Túnez y Uruguay, enviada por el pleno del Consejo de Seguridad, relató como sigue los hechos y circunstancias que desembocaron en este conflicto:

"Aun cuando se haya dicho que las tropas soviéticas fueron llamadas para contribuir a sofocar los disturbios iniciados en la noche del 23 al 24 de octubre, existen pruebas demostrativas de que entre el 20, 21 y 22 de octubre las autoridades soviéticas ya habían tomado las medidas necesarias para facilitar la intervención de sus fuerzas armadas. En la noche del 20 al 21 de octubre se concentraron en Zahony, lugar próximo a la frontera ruso-húngara, una gran cantidad de pontones. Al día siguiente se cancelaron los permisos del personal militar ruso que poseía conocimientos del idioma húngaro. El 22 de octubre, las fuerzas armadas soviéticas de guarnición en la zona occidental del país emprendieron la marcha en dirección a Budapest.

"El día anterior a la manifestación en masa, es decir, el 22 de octubre, tuvieron lugar en Budapest numerosas reuniones de estudiantes. Los alumnos de la Escuela de Arquitectura redactaron una lista con 16 peticiones en la que manifestaban su opinión en cuestiones de política nacional. Estas peticiones tenían, en general, el mismo contenido que el manifiesto inicial. Destacaban como cuestiones importantes:

"Retirada inmediata de las tropas soviéticas.

"Reorganización del Gobierno a las órdenes de Imre Nagy, el cual, entretanto, había sido readmitido en el seno del partido.

"Elecciones libres.

"Autorización de los partidos políticos; y amplias mejoras en las condiciones de vida de obreros y campesinos.

"Durante las reuniones se supo que la Liga de Escritores Húngaros había propuesto para el día siguiente un acto de solidaridad con Polonia, en el que se depositaría una corona en el monumento erigido al general Bem.

"Millares de jóvenes participaron en el acto, entre ellos estudiantes, obreros de la industria, soldados uniformados y otros. Otra manifestación similar se efectuaba ante la estatua de Petöfi.

"El presidente de la Liga de Escritores, Péter Veres, leyó un manifiesto que incluía las peticiones formuladas por los comerciantes. La mayor parte de los manifestantes cruzaron el Danubio para reunirse con los congregados ante el edificio del Parlamento; sobre las seis de la tarde habría en la plaza cerca de 300.000 personas. Tras repetidas llamadas apareció en el balcón el ex primer ministro Imre Nagy, que dirigió una breve alocución a la muchedumbre.

"Hasta aquel momento todo parecía indicar que las manifestaciones acabarían por diluirse, con el regreso de los participantes a sus respectivos hogares. Pero algo sucedió alrededor de las 20.00 horas que excitó al máximo el ánimo popular. Gerö, secretario general del partido, había regresado aquella misma mañana de realizar una visita al mariscal Tito. El público esperaba un discurso que tenía que difundirse sobre esa misma hora. Todo el mundo confiaba en que Gerö comunicaría la aceptación de las peticiones presentadas por los estudiantes, que daría cuenta real de lo que sucedía en el país y que anunciaría inmediatas mejoras. Sin embargo, no hubo en sus palabras la menor alusión a las tan deseadas mejoras, y el tono del discurso soliviantó al pueblo."

El informe de la ONU describía sucintamente las negociaciones de la delegación de estudiantes con los directivos de la emisora, manifestando asimismo el ataque de los guardias del AVO a las 21 horas, la consiguiente matanza en torno al emplazamiento de la emisora y la actuación de las unidades del Ejército, que simpatizaban abiertamente con los manifestantes, la intervención de los obreros de Csepel y la lucha por la sede del diario *Szábad Nép,* órgano del partido.

El informe da la ONU continúa diciendo:

"Durante los combates por el dominio del edificio de la emisora los carros rusos hicieron su aparición en Budapest sobre las 2 de la madrugada del 24 de octubre. No se comunicó oficialmente la intervención hasta las nueve de la noche.

"Antes de que Radio Budapest diera a conocer la entrada en acción de tropas soviéticas, se anunció a las 8.13 horas que el Comité central del partido comunista húngaro había recomendado el nombramiento de Imre Nagy como primer ministro. Cada media hora se daban noticias de la situación. El locutor anunció que se promulgaría un decreto 'firmado por Imre Nagy, primer ministro'. Poco después, a las 9, se informaba de que el Gobierno había 'solicitado ayuda a las tropas soviéticas' con objeto de garantizar el orden en el país. Comentadas así las cosas por Radio Budapest, se tenía la impresión de que Nagy era el responsable de la adopción de esta medida. Pero muchos suponían que Nagy estaba luchando con todas sus fuerzas contra las medidas arbitrarias dictadas por el régimen, así como por conseguir

la suavización de las duras condiciones en que vivía la población. Pero nadie se llamó a engaño; por otra parte, Nagy no ostentaba cargo alguno el día anterior. De haber sido él quien recabó el concurso de las tropas soviéticas, éstas no habrían estado a las 2 de la madrugada del 24 de octubre en Budapest, partiendo de acantonamientos de Cégled y Székesfehérvár.

"En realidad, Nagy no tenía nada que ver con la intervención de las tropas soviéticas para mantener el orden. Ni siquiera tenía la menor idea de que había sido nombrado como primer ministro cuando la noticia fue comunicada a la población.

"Es más, en la noche de la carga de los agentes del AVO contra los manifestantes congregados frente al edificio de la Embajada, Nagy decidió dirigirse al Comité central del partido, aunque en realidad no podía hacerlo por haber dejado de pertenecer a él. En la sede del partido, sita en la calle de la Academia, le recibieron Gerö y el primer ministro en funciones, Hegedüs, estalinista fanático, quien le hirió con frases insultantes y cargadas de odio. Por su intervención en el Parlamento y por sus antiguas actividades 'subversivas', se imputaba a Nagy la responsabilidad de lo que sucedía. Gerö le dijo que ahora le tocaba 'cocerse en su propia salsa'.

"Nagy se defendió como pudo, recordándole que en varias ocasiones había advertido a los mandos del partido de que estaban jugando con fuego. Se inició una viva polémica, sin resultado positivo, a la que se fueron agregando varios miembros del Comité central, hasta el punto de que la discusión parecía ser una verdadera sesión improvisada. Al ausentarse Nagy, la mayoría del Comité central le nombró primer ministro. Radio Kossuth, emisora de la ciudad de Budapest, emitió a las 8.13 el siguiente comunicado:

"'En sesión del 24 de octubre de 1956, el Comité central del partido obrero húngaro eligió como nuevos miembros a los camaradas Ferenc Donáth, Géza Losonczy, Ferenc Münnich e Imre Nagy. El Comité central confirma y robustece la posición del camarada Ernö Gerö como primer secretario. También se ha decidido que el camarada Imre Nagy ocupe el cargo del primer ministro de la República Popular y que el camarada András Hegedüs ostente el puesto de vicepresidente.'

"'¡Atención, atención! Repetimos la noticia. Imre Nagy es el nuevo primer ministro y Andrá Hegedüs vicepresidente.'

"Hasta la segunda reunión del Comité central, celebrada en la mañana del 24 de octubre, Imre Nagy no supo que ya era primer ministro, cumpliéndose así una de las principales peticiones de quienes se habían manifestado el día anterior. Mejor es decir que 'parecía' haberse cumplido, pues en realidad el nombramiento no era sino una maniobra de los estalinistas para calmar la excitación popular. ¿Qué se decía en el comunicado? Que se confirmaba y robustecía la posición del camarada Ernö Gerö en sus funciones como secretario general."

Mientras tanto, Gerö y sus camaradas hicieron algo más, que poco después demostraría ser verdaderamente peligroso. Anunciaron que el Gobierno había solicitado la ayuda de las tropas soviéticas para luchar contra los "bandidos fascistas", además de declarar el estado de sitio, con lo que el tomar parte en una manifestación pacífica podía castigarse con la máxima pena. Quienes se enteraron al principio de que Nagy era primer ministro, y luego supieron lo de la "ayuda" de las tropas rusas y la declaración del estado de sitio, creyeron que se trataba de los primeros actos oficiales del Gobierno Nagy.

El informe de la comisión especial de la ONU se refiere a ello sin lugar a dudas:

"Según el material de pruebas, Nagy se encontró en la sede central del partido el miércoles, jueves y casi todo el viernes, es decir, el 24, 25 y 26 de octubre. Al principio nadie podía visitarle, ni tampoco podían llamarle por teléfono, ni él utilizar el aparato. Parte del tiempo permaneció encerrado en una habitación con su yerno."

Dice el informe, respecto a la intervención de las tropas soviéticas:

"Cuando se produjo el levantamiento se hallaban en Budapest unidades rusas acantonadas en Cégled y Székesfehérvar, a unos 70 kilómetros de la capital, la primera en dirección sudeste y la segunda al sudoeste. Los carros de combate procedentes del sudoeste aparecieron en Budapest sobre las dos de la madrugada del 24 de octubre. A esa hora se les vio en el cinturón de ronda Móricz-Zsigmond, de Buda, marchando hacia Pest. Cruzaron el puente Szabadsag entre las tres y media y las cinco, y permanecieron estacionados en la zona este del puente. Entre las cuatro treinta y las cinco treinta de la madrugada otros carros de combate atravesaron el puente Margarita en su marcha hacia Pest.

"Otros carros blindados fueron vistos en la calle de la Ribera, que corre de norte a sur junto a la margen izquierda del Danubio. Otros se concentraron en torno a los grandes edificios de Pest. Poco después acudieron carros de combate procedentes de Cégled; éstos se situaron en los distritos exteriores de Budapest alrededor de las seis de la madrugada. Los movimientos de las tropas soviéticas daban la impresión de que se trataba de una operación previamente planeada.

"Al intervenir las fuerzas armadas soviéticas, los habitantes de Budapest llevaban varias horas de lucha con los elementos del AVO. La acción

se había iniciado la tarde anterior en el edificio de la emisora. Durante la noche, el pueblo, que entretanto se había procurado armas, atacaba a los guardias dondequiera que los encontraba.

"Al amanecer del 24 de octubre la población ya no se enfrentaba con las fuerzas del AVO, sino contra las tropas de la Unión Soviética. A las seis de la madrugada, una formación de vehículos blindados, procedentes del oeste, abrió fuego sin previo aviso en la calle Ullöi gran arteria situada junto al parque Pépliget. Otros vehículos blindados soviéticos, procedentes de la zona opuesta, dispararon sobre la misma hora en las proximidades del Matadero Municipal y a las siete de la mañana en la confluencia de las calles Soroksári y Nagy-Sándor. Así se inició el conflicto entre la población de Budapest y las fuerzas armadas de la Unión Soviética.

"Se les había dicho a éstas que su tarea consistía en el aniquilamiento de bandas contrarrevolucionarias, y en lugar de ello se encontraron con la tenaz resistencia de un pueblo sojuzgado.

"Pero Imre Nagy, el nuevo primer ministro, no tenía la más leve sospecha de tales hechos. Aislado de sus amigos, sin el menor contacto con el público, recibía exclusivamente la información por conducto de los funcionarios estalinistas. A los pocos días de hacerse cargo de la jefatura del Estado, Nagy creía que las justas reivindicaciones de los manifestantes en la jornada del 23 de octubre habían creado una situación, que permitió a ciertas bandas de reaccionarios organizar un *putsch* armado."

Si bien es cierto que Nagy no llamó a las tropas soviéticas ni proclamó el estado de sitio, también es verdad que se dirigió por radio a los patriotas ordenándoles que depusieran las armas. Quienes lo hicieran antes de las dos de la tarde, es decir, al terminarse las dos horas concedidas, no sería castigado de acuerdo con las normas dictadas al proclamarse el estado de sitio.

Las primeras alocuciones radiadas por Nagy fueron precedidas de vivas discusiones con Gerö. En cierta ocasión éste puso en manos de Nagy un texto, diciéndole al mismo tiempo: "Habla para grabar esto." Nagy se negó a hacerlo, después de haber leído el texto. Testigos del hecho explicaron posteriormente que Gerö deseaba cargar a Nagy con la responsabilidad de dicho texto, que en lugar de suavizar las cosas añadía más leña al fuego. El discurso comenzaba así: "Vosotros, rebeldes y bandidos fascistas..."

Nagy redactó al fin otro discurso, pero fue revisado y modificado por Gerö; cuando éste lo autorizó, agentes del AVO vigilaban a Nagy cuidando de que no modificara una sola palabra durante la grabación. Es seguro que Nagy accedió a pronunciar este discurso porque no tenía idea de lo que ocurría en el exterior. ¿Qué hubiera ocurrido de haber sabido Nagy la verdad? Pues ésta era la misma que poco después de estallar el conflicto armado entre las tropas del AVO y las soviéticas, de un lado y, del otro, los jóvenes y estudiantes universitarios y los obreros de Csépel, quienes levantaban barricadas, atacaban los cuarteles del AVO y lanzaban cócteles Molotov sobre los carros de combate rusos. Y casi todos eran partidarios de Nagy.

¿Cómo se hubiera comportado Nagy de haber sabido que una unidad completa del Ejército popular húngaro, al mando de expertos oficiales comunistas, no luchaba al lado de las tropas soviéticas, y que si bien tampoco lo hacía en favor de los amotinados, al menos les procuraban armas?

En efecto, el 25 de octubre una unidad del Ejército popular húngaro, al mando de expertos oficiales comunistas, se pasó abiertamente al bando revolucionario. Esta unidad, compuesta de tres batallones pertenecientes a la sección técnica de una brigada acorazada del cuartel Kilián, estaba al mando de un militar que pronto se convertiría en un símbolo de la resistencia, era el coronel Pál Maléter. Nacido en 1917, combatió en 1944 como teniente en el frente oriental. A los pocos meses fue hecho prisionero por los rusos. Al igual que muchos soldados y oficiales alemanes, asistió durante su cautiverio a unos cursillos antifascistas y, al fin, se hizo comunista convencido. Antes de que terminara la Segunda Guerra Mundial, Maléter luchó, esta vez en el bando soviético, como jefe de una unidad de guerrilleros húngaros. Maléter ingresó en el partido comunista, siendo funcionario del mismo, y terminada la guerra siguió la carrera militar con toda normalidad, como un jefe cualquiera de otros ejércitos.

El 24 de octubre de 1956 tenía bajo su mando una brigada acorazada de servicio en el Estado Mayor del Ministerio de Defensa. Lo había iniciado al mediodía. Hizo a pie el trayecto desde la base de su unidad hasta el Ministerio, a fin de informar personalmente acerca de la situación en la ciudad. Hasta entonces, Maléter no poseía información exacta ni a través del Ministerio de Defensa ni por la radio. Radio Kossuth emitía sin descanso música de baile, Nagy no había pronunciado aún su discurso ordenando a los sublevados deponer las armas, pues discutía con Gerö con las metralletas del AVO a su espalda.

Maléter quedó impresionado por el panorama que ofrecían las calles de Budapest. Sólo había tenido escasas noticias sobre las "bandas fascistas"; en todas partes ondeaban banderas tricolores húngaras, verde-blanca-encarnada, pero en todas había un gran agujero en el centro, donde

antes estaba la estrella roja; numerosos grupos de obreros armados, jóvenes y maduros, mujeres y niños ayudando a los hombres a levantar barricadas; tranvías volcados y automóviles en llamas.

El coronel inició su guardia en el Ministerio después de haber visto estas escenas. Ahora, en el centro del poderío militar de la República Popular Socialista Húngara, tuvo acceso a información que hasta entonces le fuera vedada. Por las noticias que llegaban de continuo desde todos los rincones del país, comprendió que no sólo en Budapest se había lanzado el pueblo a la calle para tomar el poder en sus propias manos. En todo el país ardía la fiebre de la revolución.

Uno de los partes interesó especialmente al coronel. Los tres batallones técnicos del cuartel Kilián pertenecían a su brigada. Por la madrugada se anunció que los obreros sublevados habían irrumpido en el cuartel con el propósito de apoderarse de las armas. No encontraron muchas, pues tratándose de una unidad técnica, dedicada al mantenimiento y reparación de los carros de combate, no las tenían en tanta abundancia como una unidad de combate. Mientras tanto, el cuartel —llamado antes de María Teresa, emplazado en la esquina de la calle Ullöi con el paseo Férenc— se hallaba bajo el fuego de los carros de combate soviéticos, cuyos mandos no tenían, al parecer, una idea exacta de la situación.

En la mañana del 25 de octubre el coronel Maléter terminó su servicio en el Ministerio. Se puso al habla con el ministro de Defensa, teniente general Bata, solicitándole permiso para trasladarse al cuartel Kilián para informarse personalmente de la situación y además aportar refuerzos. Bata le autorizó, y cinco carros de combate del tipo T-34, enarbolando insignias húngaras, marcharon hacia el cuartel Kilián, con el coronel Maléter a la cabeza. Los carros se abrieron camino entre los amotinados, sin que hubiera disparos por ninguna de ambas partes.

Una vez en el cuartel, el coronel se informó de la situación, solicitó luego dialogar con los rebeldes que habían sido capturados. En el grupo llevado a presencia del coronel para ser interrogado sólo había obreros y estudiantes. Maléter se dirigió a uno de los estudiantes y le preguntó su nombre, por qué había tomado las armas y por qué luchaba.

Entonces ocurrió algo que asombró a Maléter. Resultó que el joven era miembro del partido, al igual que el coronel. De su carnet sacó una hojita impresa con las peticiones de los estudiantes y las leyó. Luego, dijo: "Camarada coronel, luchamos para que se cumplan nuestras peticiones, y por una Hungría libre, democrática y socialista."

Maléter salió de la estancia. Se le oyó llamar por teléfono desde una pieza contigua. Luego volvió a reunirse con los prisioneros y les dijo:

—Escuchen, les voy a dejar en libertad. Digan a sus camaradas que voy a proponer una tregua. Todos somos húngaros. No dispararé sobre ustedes, pero eso significa que deben hacer que cese el fuego.

—De acuerdo —exclamó el joven revolucionario.

El coronel y el estudiante se despidieron con un fuerte apretón de manos, un afectuoso saludo entre dos comunistas.

Poco después Maléter apareció junto a la puerta del cuartel. La multitud le aclamó jubilosa. En el patio, los soldados también manifestaban su alegría. Uno de los rebeldes pidió al coronel que se pusiera el emblema de Kossuth, el tradicional de Hungría, en la puerta del cuartel. El coronel Maléter accedió. Varios soldados treparon por la puerta, dotados de martillos, palanquetas y cinceles, para quitar la estrella soviética. Pronto ocupó su lugar el escudo de Kossuth, y de todas partes se elevaron manifestaciones de júbilo. La multitud hacía numerosas preguntas al coronel.

—¿De qué lado está usted, camarada coronel? —preguntó un viejo trabajador—. ¿Qué piensa hacer? Los rusos disparan sobre nosotros y destruyen nuestra ciudad.

Maléter respondió que se mostraba partidario de una Hungría libre y socialista, y que las tropas soviéticas no tenían que hacer nada en Budapest. Lo que sucedía era solamente una cuestión a resolver entre los húngaros. Esa era su opinión.

Cerca del cuartel Kilián se levantaba el gigantesco bloque del cine Corvin y las galerías del mismo nombre. En esa zona no cesaba el estruendo del combate. Los rusos trataban de reducir a los defensores de dicho bastión. La multitud congregada ante el cuartel se retiraba hacia el cine Corvin. Los soldados del coronel Maléter no habían intervenido aún en la lucha. Maléter les prohibió participar en los combates. No se había decidido todavía a lanzarse a la pelea contra las tropas soviéticas.

Maléter cambió de parecer en el transcurso de la jornada. Llegaban cada vez en mayor número los informes relativos a ataques soviéticos contra la multitud y de los destrozos causados por la artillería rusa. Pero la terrible noticia recibida alrededor del mediodía hizo que el coronel se inclinara resueltamente del lado de los patriotas rebeldes. El militar húngaro que abrazó el comunismo en la Unión Soviética, que luchó a favor de los soviets como guerrillero y llegó a ser funcionario del partido, cambió de idea al enterarse de la matanza realizada por los rusos en la plaza del Parlamento.

Sobre las diez de la mañana, dos carros de



IMAGEN IZQUIERDA: Sólo le queda una pierna, pero en cambio tiene dos fusiles; todo un símbolo del espíritu combativo de los patriotas húngaros. IMAGEN CENTRAL: Civiles

combate T-34 rusos y un vehículo blindado se habían estacionado ante el hotel Astoria y sus tripulantes confraternizaron con la población. No lejos de ellos marchaba la columna de manifestantes, unas dos o tres mil personas entre hombres, mujeres y niños, en dirección al Parlamento. No se trataba de rebeldes armados, sino de pacíficos manifestantes desarmados, que procedían de la Embajada norteamericana, donde pidieron ayuda a Estados Unidos para defenderse de los ataques rusos. Y ahora se encaminaban al Parlamento, con la esperanza de poder hablar con Imre Nagy, para saber qué les deparaba el futuro, sin saber que Nagy era prisionero de la camarilla de Gerö. La multitud que venía del hotel Astoria se cerró en torno a los tres vehículos de combate soviéticos. Los soldados rusos dejaron que los manifestantes subieran a los carros. Al llegar la nutrida comitiva a la plaza del Parlamento, los allí congregados vieron con estupor que los carros de combate rusos se hallaban atestados de manifestantes y que en las torretas ondeaban banderas húngaras. La gente gritaba de entusiasmo y aclamaba a los soldados rusos que saludaban desde las torretas.



armados, hombres y mujeres en una calle de Budapest en donde se han desarrollado los combates. A la izquierda de la imagen asoma el cañón de un tanque ruso destrozado y al fondo se



observan las fachadas de las casas destruidas. IMAGEN DERECHA: Las botellas llenas de gasolina, llamadas cócteles Molotov, fueron el terror de los tanques rusos.

Había otros carros de combate rusos apostados en torno a la plaza del Parlamento. Estaban inactivos, aun cuando la muchedumbre gritaba: "¡Abajo Gerö!" Y también: "¡Rusos, fuera de Hungría!"

Los manifestantes que rodeaban a los tres vehículos soviéticos se hallaban a punto de entrar en la plaza, cuando sonaron varios disparos y ráfagas de ametralladora. Desde el tejado de los edificios que circundaban la plaza, los hombres del AVO hostigaban a la masa. ¿O tal vez se trataba sólo de una advertencia? De todos modos el fuego iba en dirección de los carros de combate rusos apostados ante el Parlamento. El comandante de uno de los carros creyó que le atacaban a él y empezó a hacer fuego en dirección a los "carros manifestantes", que se creyeron atacados a su vez. Uno de los T-34 disparó una granada contra un carro de los suyos, situado ante el edificio del Parlamento.

Y entonces se desató un verdadero infierno.

Todos los carros de combate rusos dirigieron el fuego de sus ametralladoras sobre la multitud. Se originó una espantosa confusión. Los sobrevivientes y testigos oculares de la matanza, y el público que más tarde acudió a la plaza contaron de 200 a 300 muertos, entre ellos mujeres y niños. El número de heridos era muy superior.

Los soviéticos disparaban sobre cuanto se movía en la plaza. Una doctora y dos sanitarios, fácilmente distinguibles por sus brazaletes con el emblema de la Cruz Roja, fueron abatidos por una ráfaga de ametralladora, mientras acudían a prestar auxilio a unos heridos. Sólo cuando en la plaza reinó la más absoluta inmovilidad dejaron de disparar. Las manchas de sangre permanecieron allí mucho tiempo; los húngaros no querían borrar las huellas de la brutal represión soviética.

La noticia de lo sucedido afectó profundamente al coronel Maléter. Telefoneó al ministro de Defensa e intentó hacer lo mismo con el Alto Mando ruso. En el ministerio se enteró de que las comunicaciones con los soviéticos estaban interrumpidas. Mientras tanto, los carros de combate rusos se aproximaban al bloque Corvin. El propio Maléter observó por medio de unos prismáticos cómo destrozaban con granadas una casa detrás de otra en la avenida Férenc.

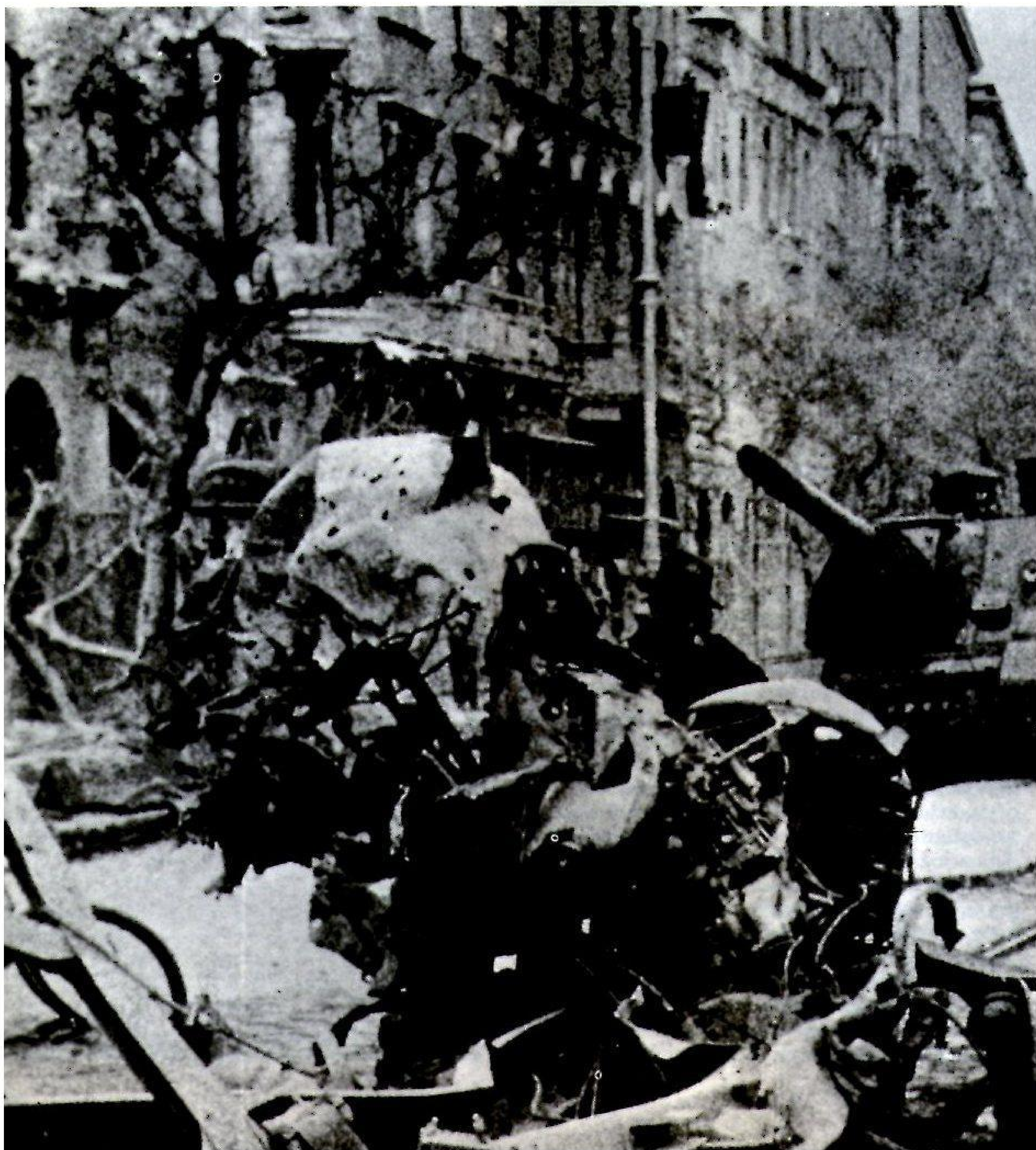
Los soldados del antiguo cuartel María Teresa

se sentían inquietos. Aquella mañana habían luchado contra los rebeldes, aunque sin mucho entusiasmo; al final de la jornada toda su simpatía estaba del lado de los revolucionarios. Ahora exigían pelear contra los rusos, que habían atacado ostensiblemente al pueblo húngaro.

Los carros soviéticos se acercaban cada vez más. Y desde los portales de las casas, esquinas y tiendas en ruinas surgían numerosos patriotas, incluso niños, que con botellas de líquido inflamable trataban de incendiar los tanques, lográndolo en muchas ocasiones.

El coronel Maléter llamó de nuevo al ministro de Defensa. El teniente general Bata no tardó en acudir al teléfono. La conversación se desarrolló del siguiente modo:

—Intervenga usted cerca del mando soviético, camarada ministro. Los rusos deben ordenar a sus tanques que se retiren. Están atacando al pueblo húngaro.



El ministro:

—Lo siento, camarada coronel; pero, por desdicha, no tengo la menor influencia sobre las operaciones soviéticas.

El coronel Maléter, en voz alta y recalcando cada sílaba:

—En ese caso, camarada ministro, debe saber que he abierto fuego sobre los primeros carros de combate rusos que se han aproximado al cuartel Kilián.

Pál Maléter había tomado una decisión. Al aliarse con los revolucionarios se convirtió, sin premeditación y de manera espontánea, en el primer jefe militar sublevado, que al mando de una unidad del Ejército popular húngaro se sumaba a la lucha de los patriotas contra la tiranía y la brutalidad soviéticas. Y ambos hechos, que comenzaron como una bola de nieve —valga el símil—, alcanzaron en poco tiempo el volumen de un enorme alud que engrosaba por momentos y

Casas destruidas, tanques destrozados, vehículos incendiados; típica imagen de las luchas callejeras de Budapest.



se hacía fatalmente cada vez más irresistible.

Imre Nagy, amenazado todavía por las pistolas del AVO, no cesaba de repetir la orden de deponer las armas, dilatando el plazo cada vez más. La emisora de Budapest, Radio Kossuth, informaba con frecuencia de que se entregaban nuevos grupos de rebeldes, que en muchas zonas volvía a reinar la tranquilidad y que el Gobierno dominaba la situación. Y cuando se anunciaba que un grupo de "contrarrevolucionarios y jóvenes mal aconsejados" había depuesto las armas, el Gobierno Nagy, prisionero inerme, continuaba retrasando el vencimiento del plazo dado para deponer las armas. ¿Por qué?

La gente no hacía el menor caso de las emisiones de Radio Budapest. Se sabía que durante muchos años Radio Kossuth no había transmitido más que embustes. ¿Por qué razón iba a dejar de hacerlo ahora? Además, el edificio de la emisora estaba en poder de los patriotas. ¿Qué clase de emisora era la que daba tales noticias? El público ignoraba que las instalaciones principales de la emisora no se hallaban en el edificio. Por eso, los revolucionarios no tenían posibilidad de hacer llegar su voz al pueblo, a pesar de su victoria sobre las fuerzas del AVO en el edificio de la emisora. En la planta central, sita en otro lugar, seguía actuando el mismo equipo de redactores mentirosos de siempre, que con sus textos provocaban la ira popular. Sin embargo, no tardó en saberse la verdad: el alud de la revolución avanzaba por todo el país. Una ciudad tras otra seguía el ejemplo de Budapest.

La primera en que triunfó la revolución, mucho antes que en Budapest, fue Debreczen, la segunda capital provincial en importancia, con 140.000 habitantes. En ella se había manifestado la juventud en la mañana del 23 de octubre, pese a que el día antes la jefatura del partido había advertido a los jóvenes que sus peticiones no serían publicadas en el órgano del partido. A las cinco de la tarde se produjo la siguiente y más numerosa manifestación, esta vez con la participación de los obreros de las fábricas, a los que se sumó una gran parte de la población.

El tráfico quedó interrumpido a causa de lo compacto de la manifestación. Los tranvías estaban inmovilizados. Ya no ostentaba en ellos la odiada estrella roja; los mismos tranviarios la habían borrado de sus vehículos. En la tarde del 23 de abril aparecieron en Debreczen las banderas tricolores, verde, blanca y roja, en todas las ventanas y balcones, con un orificio en el centro, donde había estado la estrella roja.

Los vendedores de periódicos distribuyeron una edición extraordinaria del órgano del partido, *Néplap*. Pero lo más notable era que contenía, sin el menor recorte, las peticiones de la juventud. ¿Es que en Debreczen no había estalinistas o tal vez no se atrevían a intervenir?

El Ayuntamiento estaba dispuesto a abrir sus puertas a los manifestantes. Nadie defendía el centro oficial. Del tejado del edificio se había quitado la gran estrella roja, que incluso lucía de noche, para mostrar a la gente quiénes eran los verdaderos amos de Hungría. Ahora estaba en la calle, hecha pedazos.

Sólo se había producido un incidente ante la jefatura superior de policía. Los agentes dispararon sobre los manifestantes. Un anciano zapatero resultó muerto y otros tres hombres heridos. En la jefatura brillaba aún la estrella roja, pero en la noche del 23 de octubre era la última en Debreczen.

A primeras horas de la mañana del día siguiente se constituyó el comité revolucionario que, sin hallar resistencia, se dirigió al Ayuntamiento para comenzar su actuación; el gobierno de la ciudad estaba en manos de los patriotas. Aquella misma tarde los propios agentes retiraron la última estrella roja que había en la jefatura.

Las cosas empezaron a sucederse de igual modo, primero en una, luego en dos y después en cuatro importantes ciudades. Y lo más destacable: al mismo tiempo que el poder, los revolucionarios se hacían cargo del control de las emisoras. Así, los húngaros no tenían que oír las patrañas difundidas por Radio Kossuth, sino que otras emisoras informaban, a ellos y al mundo entero, de la realidad de los acontecimientos de Hungría. En las ciudades que se citan a continuación, los patriotas dominaban el Ayuntamiento y las emisoras:

Raab (Györ), Dunapentele, Erlau (Eger), Kaposvar, Miskolc, Fünfkirchen (Pecs), Steinemanger (Szombathely) y Stuhlweissenburg (Székesfehérvar). Además surgieron una serie de otras emisoras, como la Csokonai, según el nombre de un poeta húngaro del siglo XVIII; Rakoczy, de un patriota húngaro de finales del siglo XVII y principio del XVIII; Roka (Zorra) y Rajk, destacada emisora comunista, que se dirigía ante todo a los afiliados al partido, instándoles a ponerse a la cabeza de la revolución.

Mientras la revolución triunfaba en todas partes, sucedió algo en Budapest que, de haberse producido antes, tal vez habría evitado la lucha: Ernö Gerö fue destituido como jefe del partido. Al mismo tiempo que Pál Maléter se decidía por el bando revolucionario y que los camiones retiraban a los muertos y heridos de la plaza del Parlamento, a la vez que los patriotas destruían cinco carros de combate soviéticos junto al bloque de viviendas Corvin en la mañana del 25 de octubre, terminaba para siempre la carrera política de Gerö.

Hacía seis días que los jefes soviéticos habían intentado en Varsovia limitar los esfuerzos de Gomulka en pro de la libertad. Ahora se habían trasladado apresuradamente a Budapest. En esta ocasión se trataba de Mikoyan y Suslov, el principal teórico del partido. Pero ya no se trataba de frenar a un "liberal" como el polaco Gomulka, sino de derribar a un estalinista. La historia había cambiado mucho en sólo seis días.

En Moscú se preocupaban mucho por los acontecimientos de Hungría. Sin duda, Gerö había informado mal al Kremlin sobre la verdad de la situación. Moscú, entretanto, se había dado cuenta de que en Hungría se había producido un auténtico levantamiento popular, aun cuando TASS y *Pravda* continuaban con sus viejos tópicos de "contrarrevolución" y "bandas fascistas". Y Moscú también había notado que la rebelión era encabezada por estudiantes comunistas, intelectuales y obreros. Mikoyan y Suslov se esforzaban por salvar lo que todavía se pudiera salvar. En el ínterin supieron que sus soldados combatían en Budapest. En el resto del país se habían mantenido neutrales o bien, en parte, se inclinaron por los revolucionarios en su lucha con los agentes del AVO y protegieron a la población civil de las iras de la policía de seguridad. Y ahora había llegado el momento de apaciguar los ánimos con mucho tacto, no por la violencia. Al mismo tiempo se imponía comprobar hasta qué punto las propias tropas habían sido atacadas por el virus de la revolución. Todo eso había que hacerlo sin manifestar las propias opiniones, sin perder la calma.

Para ello tenían que encontrar un cabeza de turco. Resulta poco frecuente en la historia, pero en esta ocasión le tocó la suerte al verdadero culpable. Gerö fue criticado por ambos funcionarios del Kremlin en presencia de los miembros del Politburó húngaro y, además, escarnecido. Gerö fue apartado del cargo de primer secretario del partido, del Politburó y excluido del Comité central.

En la tarde del mismo día 25 de octubre, Mikoyan y Suslov se dirigieron al aeropuerto de Budapest escoltados por una sección de carros de combate, para emprender el viaje de regreso a Moscú en avión, llevándose a Ernö Gerö, que dos días antes era el hombre más poderoso de Hungría. Corrió el rumor de que Gerö fue ejecutado sin juicio previo poco después de su llegada a la capital soviética.

La emisora de Budapest difundió el mismo día la siguiente noticia:

"En la sesión celebrada hoy, 25 de octubre, el Comité central del partido obrero húngaro ha separado al camarada Ernö Gerö de su cargo de primer secretario del Comité central. El Politburó ha designado en su lugar al camarada János Kádár. Después de la reunión, los camaradas János Kádár e Imre Nagy han leído una declaración ante los micrófonos."

"¡Húngaros! ¡Haced que ondee en todas partes la bandera nacional!"

Esto se radiaba a las 12.33. Poco después, Radio Kossuth daba otra noticia: "Hace breves momentos hemos informado sobre la decisión del Politburó. Las noticias de nuestros corresponsales hablan del entusiasmo de la población de Budapest al enterarse de los hechos. En Angyafold los obreros se abrazaban satisfechos. Esta incontenible alegría se exteriorizó en las grandes arterias, en la avenida del Museo y en muchos otros lugares de la ciudad. Se entonaban por doquier el himno nacional y la *Marsellesa.*"

Luego hablaron Kádár y Nagy. Kádár se presentó como el nuevo jefe del partido. Pero después cometió un gravísimo error en su discurso. En lugar de exhortar a la calma con la alusión de que las justas peticiones de los manifestantes y rebeldes habían sido atendidas en su mayor parte y que las futuras que se presentasen serían cumplimentadas por los nuevos dirigentes, dijo: "La jefatura del partido ha decidido por unanimidad que los ataques armados a las fuerzas de la República Popular serán reprimidos con todos los medios disponibles."

Y Nagy empleó un tono parecido cuando a continuación hizo uso de la palabra:

"En los días pasados nuestro país ha vivido acontecimientos trágicos. Un reducido grupo de contrarrevolucionarios provocadores se ha levantado en armas contra el orden de nuestra República Popular, apoyados por una minoría obrera de Budapest, amargada por la crítica situación reinante en el país."

Cierto que Nagy hizo después una serie de promesas en el sentido de que no volverían a repetirse los errores del pasado; se refirió a un programa de reformas, a emprender de inmediato bajo su dirección, además de estudiar las peticiones de los manifestantes del 23 de octubre. Pero la revolución calzaba botas de siete leguas, y Nagy y sus colaboradores andaban en zapatillas tras los acontecimientos.

Posteriormente, Nagy manifestó, refiriéndose a su discurso, que no siempre estuvo bien al corriente de la situación. Y, además —esto se confirmó después por testigos ante un comité del AVO—, desde la partida de Mikoyan y Suslov se hallaba bajo la vigilancia constante de dos oficiales del servicio de seguridad soviético y no podía expresarse con entera libertad. Pero al referirse a un "pequeño grupo de contrarrevolucionarios provocadores" demostraba que no había comprendido la situación, bien por carecer de informes suficientes o por no haber penetrado lo bastante en la evolución del espíritu revolucionario.



Pál Maléter



Mátyás Rákosi *Ernö Gerö* *Imre Nagy*

Al principio, la multitud que se manifestó pacíficamente, se dirigió contra los propios dirigentes estalinistas y especialmente contra Rákosi, que había anunciado y practicado la "táctica del salchichón" para bolchevizar a su país, y contra el odiado Gerö. Cuando estalló la verdadera rebelión, Imre Nagy y Pál Maléter se convirtieron en los dirigentes de los patriotas húngaros. Hechos prisioneros por sus enemigos, a causa de la traición y del incumplimiento de la palabra dada, estos dos hombres fueron deportados primero a Rumania y finalmente fueron condenados a muerte y ejecutados. "El ajusticiamiento (de Nagy y Maléter) sólo puede ser considerado por el mundo civilizado como un indignante acto de terror. La Unión Soviética es

El nombramiento de Nagy como primer ministro y la caída de Gerö como jefe del partido fueron celebrados por los manifestantes como grandes victorias. Kádár, el nuevo jefe del partido, declaró que no volverían a cometerse los errores del pasado, y Nagy dijo que hacía suyas las peticiones de los manifestantes y que se incluirían las mismas en el nuevo programa del Gobierno. Kádár podría haber sido acogido con júbilo como jefe del partido porque durante cuatro años estuvo encerrado en las cárceles del AVO, donde se le torturó casi hasta la muerte. Sin embargo, nadie se acordaba de ello.

Pero la gente juzga por lo que ve en la superficie, y lo que presenciaban era el fuego indiscriminado y violento de los carros de combate soviéticos en las calles de Budapest, los muertos y heridos entre la población civil. Los comités de obreros se habían hecho cargo de las fábricas, para que fuesen realmente patrimonio popular, y los campesinos luchaban por recuperar sus haciendas absorbidas por el koljós.

El viernes 26 de octubre, Nagy recibió a la primera delegación de comités obreros de Budapest, entre los que figuraban miembros de los comités revolucionarios y nacionales de la provincia. Aún estaba custodiado por los oficiales de seguridad soviéticos y guardias del AVO. Pero Nagy podía al menos formarse una idea bastante exacta de la verdadera situación del país. Empezaba a comprender que no habían sido los fanáticos provocadores los que habían iniciado la rebelión armada, sino los manifestantes del 23 de octubre, los mismos que habían exigido su retorno al poder, sus amigos, muchos de ellos comunistas, afiliados al partido como él y que nada tenían de fanáticos provocadores.

Nagy supo que en todo el país se habían entablado combates no contra las tropas soviéticas, que en provincias se mantuvieron neutrales, sino contra la fuerza de seguridad del Estado, el AVO. Los revolucionarios se hicieron cargo del poder en varias ciudades. El panorama comenzaba a variar. Nagy se inclinaba cada vez más por el bando revolucionario. De no estar vigilado, seguro que lo hubiera hecho antes, ya que hubiese recibido mayor información.

Las noticias procedentes de Budapest no eran tan esperanzadoras como las de provincias, donde en muchas zonas se había vuelto a la normalidad después del triunfo de los patriotas. En Budapest, las fábricas del complejo industrial de la isla Csépel se hallaban bajo el fuego constante de la artillería soviética. Los obreros de la isla —que desde mucho tiempo era un bastión comunista— se defendían con valor y encono.

Budapest ofrecía ya un cuadro desolador. Casas destrozadas, vidrios rotos, tendidos eléctricos caí-



János Kádár



El primer ministro Nagy, imagen de días más felices.

totalmente responsable de este último delito contra el pueblo húngaro y contra toda la humanidad. El asesinato de estos dos dirigentes húngaros, que prefirieron servir los intereses de su patria en lugar de los de la Unión Soviética, hace que la traición soviético-comunista contra el pueblo húngaro alcance su máximo punto." Esta declaración del ministro norteamericano de Asuntos Exteriores fue acogida con aprobación por todo el mundo libre. Pero no sólo fueron los soviéticos los que traicionaron al pueblo húngaro, sino que también entre sus propias filas hubo traidores. János Kádár, que antiguamente había sido perseguido por el estalinista Rákosi, llegando a ser encarcelado, se convirtió en el Judas de la Revolución húngara.

dos, tranvías destrozados, carros de combate transformados en montones de chatarra ennegrecidos, y muertos, innumerables muertos. Entre ellos numerosos agentes del AVO, linchados allí donde eran capturados por una multitud espoleada por el odio y sedienta de venganza. Algunos guardias fueron rociados con gasolina y quemados vivos. Otros fueron colgados de un árbol cabeza abajo y apaleados hasta la muerte. Budapest ardía por los cuatro costados. Fuera de la actividad imprescindible para la subsistencia, los obreros habían declarado la huelga general. La población tenía prohibido circular por la calle. Sólo entre las diez de la mañana y las tres de la tarde podían salir de su domicilio para adquirir lo indispensable. Los puentes estaban cerrados al tráfico, por lo que Buda y Pest estaban aisladas. Los puntos estratégicos y los más importantes centros oficiales estaban vigilados por los carros de combate soviéticos.

Entonces, por primera vez, se elevaron en Occidente voces en favor de los húngaros que peleaban por su libertad. El presidente norteamericano Eisenhower se refirió por televisión a los acontecimientos húngaros, condenando la injerencia soviética. Manifestó asimismo que las reclamaciones de los patriotas sublevados estaban de acuerdo con la Carta de las Naciones Unidas. "El corazón de América late en estos momentos por Hungría", fueron sus últimas palabras.

En la noche del 26 de octubre se supo que Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia pidieron la reunión del Consejo de Seguridad, para tratar la cuestión de Hungría. La opinión mundial abrió nuevas esperanzas. ¿Ayudaría Occidente a los húngaros?, ¿y el mundo entero?, ¿y la Organización de las Naciones Unidas?

A pesar de los repetidos llamamientos a los patriotas para que se rindiesen, ellos no estaban dispuestos a hacerlo. Sabían que algunos grupos se habían entregado y, acto seguido, fueron liquidados por los rusos o por los agentes del AVO. En provincias nadie tenía la menor intención de entregar las armas, al menos mientras los rebeldes no se hubiesen adueñado del poder. Un ejemplo típico de lo que sucedía fuera de la capital lo ofrece un artículo del corresponsal en Budapest del *Daily Worker*, órgano del partido comunista británico. Peter Fryer, antiguo militante comunista, visitó la granja estatal Bábolna, en la que se criaba una famosa yeguada. El secretario del partido y el director de la granja —cerrajero de oficio, que nada entendía de agricultura— fueron destituidos de sus cargos. No hubo lucha ni se derramó una gota de sangre.

Peter Fryer dice:

"A la mañana siguiente se reunió el nuevo comité de trabajadores, a fin de elegir un nuevo

director. El comité manifestó que sería bien acogida la presencia de periodistas extranjeros, de modo que nos dirigimos al edificio administrativo de la granja.

"Nos invitaron a presenciar la irrupción en la oficina del comité del partido, la apertura de la caja fuerte y el hallazgo de cientos de expedientes personales, relativos a los trabajadores de la granja. En dichos expedientes figuraba el historial completo de cada uno, si era o no de fiar políticamente, y todo, en fin, de cuanto convenía saber sobre una persona. Los sórdidos denunciantes de poca monta, que guardaban rencor a algún compañero de trabajo, estaban seguros de que sus informes, verdaderos o falsos, serían consignados con todo detalle en el expediente del denunciado. En algunos casos se investigaba el pasado de un hombre hasta los últimos veinte años o más. En toda Hungría se procedió a la búsqueda e incineración de esos expedientes, cuyo contenido desconocían los interesados. El expediente acompañaba al titular de un puesto de trabajo a otro; según los informes, o bien impedían la promoción del interesado o podían llevarle a la detención, al destierro, la tortura, la prisión e incluso la muerte.

"La asamblea del comité de trabajadores comprendía unos ochenta delegados, que representaban las distintas secciones de la granja. Algunos se hallaban sentados ante una larga mesa formada por tablas montadas sobre caballetes y los demás en varias filas de sillas. Un secretario tomaba nota de todo cuanto se decía.

"En primer lugar se pasó revista a los acontecimientos en general: la revolución, sus fines, sus problemas y su tarea de convertir la granja Bábolna en una parcela de la nueva Hungría, auténticamente socialista y democrática. Disponemos de una traducción bastante completa, de la que vamos a transcribir las frases más destacables: 'Nuestra misión es garantizar que se elija a los mejores.' 'Esta es ahora nuestra tierra.' 'Hemos de impedir drásticamente cualquier venganza personal.' 'No queremos que los húngaros se destruyan entre sí.' 'Rákosi ha engañado y defraudado al pueblo.'

"Otro delegado se dirigió al periodista británico: 'Informe usted al pueblo inglés y a sus amigos de allá sobre el valor heroico de esta pequeña nación.' La intervención de varios delegados no dejaba lugar a dudas de que se trataba de comunistas. Un orador, sin embargo, exigió la prohibición o la disolución voluntaria del partido comunista, como organización desacreditada.

"No tardaron los delegados en proceder a la elección de su jefe y en eso se produjo un excitado murmullo. Había tres candidatos para el puesto de director, los tres oriundos del lugar. La elección tuvo lugar por voto secreto. Cada uno recibió una hoja de papel en la que escribía el nombre de uno de los candidatos. Acto seguido se recogieron las hojas, que se llevaron a la mesa presidencial, donde se procedió al recuento. Huelga citar que la operación requiere algún tiempo. Uno de los delegados se acercó y me dijo algo por mediación de Károly que no se me olvidará nunca: 'Siento que esto vaya tan despacio. Pero debe usted comprender que no tenemos experiencia en eso de las elecciones.' En aquel momento creo que se destruyó en mí el resto de ilusión por el pasado.

"El experto agrícola fue elegido director por 57 votos, contra 13 que obtuvo su inmediato rival. Después el consejo procedió a elegir una comisión. Salieron 15 miembros, uno o dos como delegados de cada sección. Nuevamente se procedió a la votación secreta; también en esta ocasión necesitaron su tiempo estos bisoños de la democracia. Pero al fin salió nombrada la comisión y la asamblea se disolvió.

"Abandonamos la sala con los delegados. Pero la comisión nos mandó llamar para preguntarnos si nos había gustado presenciar su actuación y que podíamos seguir haciéndolo si lo deseábamos. Nos quedamos una hora más. Se discutieron todas las cuestiones posibles, desde las más importantes a las de escaso interés. Era imposible no descubrir el sentido de responsabilidad que mostraban los nuevos jefes en el desempeño de su labor. Por ejemplo, se discutió si debía conservarse el tratamiento *elvtárs* (camarada) o sería mejor sustituirlo por el de *polgártás* (ciudadano). La mayoría se decidió por el último. Se habló de las medidas a tomar sobre la creación de una milicia local que protegiera el orden y la propiedad en la granja. Se trató también de los límites en la facultad decisiva del director sin tener que consultar con la comisión. Y ¿qué podía hacer la granja para enviar víveres a la famélica población de Budapest? Después de un cambio de impresiones se convino en enviar una delegación del Comité nacional de Raab, para saber cuántos camiones tendrían disponibles para mandar a Bábolna y cargar carne, leche, huevos, mantequilla y harina para la población de la capital.

"La cuestión más discutida era la siguiente: ¿Podía hablarse en Bábolna de 'terror blanco'? ¿Dónde estaba la contrarrevolución? ¿Y los reaccionarios? ¿Dónde estaban los prosélitos de Horthy? ¿Y el temible fantasma de la bestia fascista sobre los pacíficos campos de Hungría?, según había dicho D. T. Shepilov en su discurso ante la asamblea general de las Naciones Unidas el 22 de noviembre. ¿Qué habían hecho los trabajadores

jera?"

Lo que narra el corresponsal comunista Peter

Fryer sucedió en casi toda la provincia. La Hungría occidental y meridional estaban en manos de los Comités revolucionario y nacional. En buena parte de ambas zonas la conquista del poder se efectuó de forma pacífica; a lo sumo, algún funcionario poco amable del partido recibió unos golpes antes de ser expulsado de su oficina. Sólo se dio un caso de matanza en la provincia. Sucedió en la pequeña ciudad de Magyárovár, en el rincón noroeste de Hungría.

La población estaba ya en poder de los revolucionarios: únicamente en el techo del cuartel de la policía de seguridad figuraba todavía la estrella roja. Los guardias del AVO se hicieron fuertes en el cuartel para escapar de la ira popular. El 27 de octubre, miles de personas, en gran parte obreros de una instalación productora de aluminio, en huelga desde hacía varios días, se manifestaron ante el cuartel. No faltaban los estudiantes, mujeres y niños. Iban desarmados y su petición era: retirada libre de los guardias del AVO y desaparición de la estrella roja que había en el tejado, estrella que no deseaban ver más.

Los policías habían excavado trincheras ante la fachada del cuartel, en las que se alojaron treinta hombres. Un oficial salió al encuentro de los manifestantes y saludó a algunos que conocía personalmente. Se negó a aceptar la pretensión de los manifestantes y corrió de nuevo donde se apostaban sus hombres, levantó la pistola y disparó al aire. Eso equivalía a una orden para sus subordinados.

De modo completamente inesperado treinta hombres del AVO abrieron fuego de ametralladora y fusilería sobre la apretada muchedumbre. El periodista italiano Bruno Tedeschi se refirió a ello en el *Giornale d'Italia:*

"Todo ocurrió en una fracción de segundo. Muchos estudiantes y obreros cayeron mortalmente heridos. Un espantoso griterío de terror se elevó hacia el cielo de Magyárovár; la sangre manaba a raudales de las heridas. Entre el crepitar de las ametralladoras se oían las explosiones producidas por las granadas de mano lanzadas por los policías.

"El escenario de tan horrible matanza estaba sembrado de jirones de carne humana. Numerosos habitantes, en la creencia de que los policías se entregarían sin resistencia, observaban a distancia la escalofriante escena.

"Los sobrevivientes a la matanza iniciaron la retirada para ir en busca de refuerzos. Al volver, a medida que se aproximaban al cuartel, todo parecía indicar que el lugar había sido conquistado. Aún quedaban tres oficiales que trataban de escapar; uno se arrojó desde el tercer piso y se destrozó el cráneo sobre el pavimento. Los dos restantes fueron atrapados por la multitud, que los apaleó hasta dejarlos convertidos en guiñapos sanguinolentos. Luego hicieron trizas lo que quedaba, dejándolos igual que si en ellos se hubieran cebado fieras salvajes."

En Czegléd y Kscskemét, dos importantes ciudades agrícolas situadas en la llanura danubiana, los revolucionarios conquistaron el poder por la fuerza de las armas. Esto ocurrió el 27 de octubre. Mientras tanto, en Budapest seguían proliferando los incendios.

Los sucesos de Hungría acaparaban la atención mundial. El papa Pío XII exhortó a los cristianos a rezar por Hungría. La Liga Internacional de Sindicatos Libres exigió la condena de la actuación de las tropas soviéticas y la celebración de elecciones libres en Hungría. En París hubo manifestaciones. Los estudiantes de la Universidad Humbdolt, de Berlín Este, organizaron un acto de simpatía pro húngaro, disuelto de inmediato por la policía popular. Se produjeron manifestaciones en España y Portugal, así como en Londres y Nueva York.

El 28 de octubre, según comunicado oficial, había 3.500 paisanos heridos en los hospitales, de los que 250 fallecieron el mismo día.

A las 7.30 de la mañana Radio Kossuth transmitió un comunicado del Ministerio de Defensa que decía:

"Las personas que aún tengan armas en su poder deberán entregarlas a las unidades del Ejército popular. En tal caso se les garantiza la inmunidad."

Y no se hablaba de plazo determinado, ni de castigos, ni de ley marcial. Los siguientes comunicados muestran con qué rapidez había cambiado la situación en una sola jornada. El 28 de octubre demostró ser la fecha decisiva del triunfo de la revolución.

Hacia las 8 de la mañana Radio Kossuth anunció que se habían entablado negociaciones entre el Alto Mando del Ejército y los rebeldes. A la 1.20 de la tarde se difundió una orden del Gobierno que presentaba otro cariz:

"¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! El Gobierno de la República Popular Húngara, a fin de evitar inútiles derramamientos de sangre y asegurar el orden, ha dictado la prohibición de hacer fuego. Las unidades armadas del Gobierno han recibido la orden de hacer uso de las armas sólo en el caso extremo de ser objeto de agresión directa. *Imre Nagy* Presidente del Consejo de Ministros." Cuatro horas más tarde, a las 5.25 de la tarde, Imre Nagy volvía a ponerse ante el micrófono. Pero en esta ocasión había tras él un oficial del servicio secreto ruso; no estaba presente ningún agente del AVO. Lo que Nagy manifestaba era su propia opinión. Hungría le escuchaba.

"El Gobierno no comparte la afirmación de

que los movimientos populares a gran escala signifiquen contrarrevolución. No se puede discutir que en esos movimientos de fuerzas elementales se contiene una gran acción unificadora nacional-democrática que pone en tensión al pueblo entero. Y esa acción se ha fijado como objetivo alcanzar la independencia nacional, nuestra autodeterminación y nuestra plena soberanía."

Aunque resulte increíble, Imre Nagy, el propio Gobierno, se ponía a la cabeza del levantamiento popular. Desde el anuncio radiado invitando a deponer las armas hasta este discurso de Nagy se había andado un largo trecho. Nagy no prometió en vano al decir que el Gobierno estaba dispuesto a acceder a las peticiones presentadas. Dijo a este respecto:

1.° El Gobierno se muestra conforme con la creación de comités obreros.
2.° ...
3.° De las unidades del Ejército Honved (Nagy empleó por vez primera la antigua denominación del Ejército nacional húngaro, en lugar de la expresión "Ejército popular") y la policía, así como de los grupos juveniles armados, se organizará una nueva fuerza armada.
4.° Se acordará con el Gobierno de la Unión Soviética que una vez organizadas las nuevas fuerzas armadas húngaras, las tropas soviéticas se retiren de Budapest.
5.° El Gobierno entablará negociaciones con la Unión Soviética para tratar de la retirada de las tropas soviéticas acantonadas en Hungría.
6.° El organismo encargado de velar por la seguridad del Estado (AVO) será disuelto inmediatamente.

Otras peticiones de los revolucionarios serían consideradas y atendidas por el Gobierno. Esto significaba claramente que la revolución había triunfado. Ahora sólo cabía esperar que los rusos cesaran el fuego en Budapest y se retirasen de la ciudad. De todos modos, los húngaros no disparaban ya sobre sus compatriotas. La revolución había terminado. Si aún se luchaba era una guerra de un país contra otro, de la Unión Soviética contra Hungría.

Al mismo tiempo se reunía en Nueva York el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para tratar del problema húngaro. El delegado estalinista húngaro en la ONU, Pétér Koós, de origen soviético, hizo uso del veto. No obstante, la sesión se celebró. El delegado ruso aún no había tenido noticias del giro experimentado por los acontecimientos en Hungría. Protestó por la inclusión del tema húngaro en el orden del día. Dijo que en Hungría había estallado una revuelta fascista, pero era una cuestión interna del susodicho país. El tema se incluyó al fin en el orden del día por 9 votos a favor, uno en contra y la abstención de Yugoslavia.

Las gestiones de ayuda efectuadas en todo el mundo comenzaban a manifestarse en Hungría. La frontera austro-húngara estaba abierta. Las tropas fronterizas se fueron pasando al otro lado durante el curso de la jornada, antes de que la radio difundiera la declaración de Nagy. Caravanas de vehículos con el emblema de la Cruz Roja pasaban la frontera repletos de víveres procedentes de Austria y Checoslovaquia, camino de Budapest, para mitigar el hambre de la población. Numerosos periodistas occidentales cruzaron la frontera sin el menor inconveniente y circulaban con entera libertad por todo el territorio húngaro. Comprobaron que a excepción de la capital, el resto de la nación estaba en manos de los recién constituidos Comités nacionales.

El lunes 29 de octubre se hizo evidente el cambio operado el día anterior. Reapareció el órgano comunista *Szábad Nép,* pero no con la estrella soviética en primera página; en su lugar figuraba el venerado escudo de Kossuth. También dejó de aparecer en primera página el lema "Proletarios de todos los países, uníos". El artículo de fondo, que antaño no dejaba tranquilas ni un solo día a las "hordas fascistas" y a las "bandas reaccionarias", estaba redactado así:

"La rebelión armada de la juventud húngara ha desembocado en la victoria, señalada por el comienzo de la retirada de las tropas soviéticas, la disolución del AVO, así como la realización de otras muchas peticiones. Esta gran victoria de la magnífica juventud húngara es el reconocimiento de la justicia que encierra nuestra causa. En vista de las calumnias y embustes que se han difundido hasta ahora, consciente o inconscientemente, es de gran importancia poner las cosas en claro."

El *Szábad Nép* se atrevió incluso a escribir sobre la justicia de "nuestra causa". También Radio Budapest manifestó oficialmente:

"Lo sucedido estos últimos días no ha sido ninguna intentona militar, ni la contrarrevolución, sino una auténtica revolución y el estallido de la honda irritación popular."

Por la tarde, Radio Budapest difundió una nota del Ministerio de Defensa:

IMAGEN DERECHA:
Toda la rabia del pueblo húngaro se dirigió contra los miembros de la tan odiada AVO. Muchos de ellos fueron víctimas de una despiadada justicia de linchamiento.



Los agentes de la AVO miran temerosos los fusiles de los patriotas húngaros, sabiendo que tienen la muerte ante sí. Segundos

después, sus rostros se transforman. Bajo los disparos del pelotón de ejecución, sus cuerpos se doblan, cayendo al suelo.

"De conformidad con lo establecido en el bando hecho público el domingo, los grupos de resistencia de la capital han iniciado la entrega de sus armas a las tropas húngaras. Las fuerzas soviéticas se retirarán de Budapest veinticuatro horas después de que haya capitulado el último grupo de resistencia."

La emisora libre de Raab (Györ) se refirió a esta comunicación en los siguientes términos: "Las fuerzas revolucionarias no deben hacer entrega de las armas. Nadie puede confiar en las promesas de los comunistas."

La United Press informó desde Viena que la mayor parte de las tropas soviéticas se encontraban ya fuera de Budapest. Pero dichas unidades no estaban muy lejos de la ciudad, en la que aún patrullaban la infantería y los carros de combate soviéticos. Textualmente: "Todo indica que en tales circunstancias los rebeldes no piensan deponer las armas y que el estallido de una segunda batalla por la capital entra en el campo de lo posible."

Palabras verdaderamente proféticas de la agencia de noticias. Pero no adelantemos acontecimientos. La primera batalla por Budapest había concluido; cierto que aún se combatía, pero no eran sino escaramuzas aisladas. Las tropas soviéticas permanecían a la expectativa. La masa de la población pensaba ya en la paz, que al fin empezaba a vislumbrarse. En algunos puntos se habían comenzado los trabajos de desescombro y las tiendas abrieron las puertas, aunque poco había para vender. Sin embargo, las voces de escepticismo iban en aumento, sobre todo en provincias. Que nadie podía confiar en los soviéticos era cosa bien sabida. Pero ¿podía tenerse fe en Nagy? Cierto que había hecho suyas las peticiones de los revolucionarios... ¿O acaso no fue él quien, como primer acto oficial, solicitó la ayuda de los rusos para combatir al pueblo? ¿Y no fue su primera medida, al frente del nuevo Gobierno, declarar el estado de sitio el 24 de octubre? Después de todo, ¿quiénes formaban el Gobierno? ¡Todos eran elementos comunistas! Lo mismo que antes. Un régimen de partido único, como en años anteriores, situación que tendría que haberse superado. Los comités revolucionarios mandaban delegados a Budapest pidiendo al Gobierno que interviniera en las funciones de mando, así como la admisión de elementos afiliados a otros partidos, además del comunista.

Nagy dio a conocer el 30 de octubre la formación de un nuevo gabinete con representantes comunistas, del partido campesino nacional, del socialdemócrata y de los pequeños agricultores. Nagy manifestó que se había puesto de acuerdo con todos los comités revolucionarios de provincias y que había entablado negociaciones con los delegados del Comité revolucionario central. Nagy también prometió la celebración de elecciones libres, que no tardarían en llevarse a cabo.

A las 15.15, Radio Budapest dio a conocer que la emisora se llamaría en lo sucesivo Emisora Libre Kossuth. El Comité revolucionario de la nueva emisora difundió una nota que decía:

"En estos momentos se abre un nuevo capítulo en la historia de la radiodifusión húngara. Esta emisora ha sido durante muchos años el instrumento de la mentira, pero no hacía sino cumplir órdenes. Se mentía las veinticuatro horas del día y a través de todas las ondas."

A las 5 de la tarde, la Emisora Libre Kossuth difundió un breve comunicado del primer ministro que decía así: "Gracias a los esfuerzos del Gobierno, se ha iniciado la retirada de las unidades del Ejército soviético."

Una hora y media después, la emisora difundió un comunicado del nuevo ministro de Defensa, Károly Janza:

"Las tropas soviéticas que todavía se encontraban en Budapest han iniciado la retirada a las cuatro de esta tarde. La operación concluirá en la madrugada del 31 de octubre."

En la tarde del 30 la agencia oficial de noticias MTI comunicó que el primado de Hungría, cardenal Mindszenty, había sido liberado de la cárcel del AVO por una sección del Ejército.

Radio Moscú dio a conocer una noticia sensacional: el Gobierno soviético se mostraba dispuesto a revisar la cuestión de la presencia de tropas soviéticas no sólo en Hungría, sino también en Polonia y Rumania. El Gobierno soviético había dado instrucciones al Alto Mando de retirar las tropas de Budapest, tan pronto como lo deseara el Gobierno húngaro.

En los días que siguieron reinó una mezcla de turbulencia y de agobiante tranquilidad. Las tropas soviéticas se retiraban efectivamente de Budapest, pero "no hasta el amanecer del 31 de octubre". Los incendios de Budapest habían sido extinguidos y las tareas de desescombro se hallaban en pleno auge.

La turbulencia dominaba sobre todo en la vida política. Los antiguos partidos, que Rákosi había dividido en rodajas en su "táctica del salchichón" hasta destruirlos por completo, iniciaron su reorganización. Nagy había anunciado que se formaría un gabinete de coalición. Los partidos se mostraron dispuestos a colaborar; únicamente los socialdemócratas parecían indecisos. En este partido existían ciertas disensiones internas referentes a su jefatura, que desaparecieron con el nombramiento de Anna Kéthly. Surgieron entonces las dificultades para la formación del Gobierno. ¿Qué partidos, cuántos ministerios y cuáles habrían de designarse?

El Gobierno en funciones —el "gabinete limitado"— se constituyó el 30 de octubre. Estaba compuesto por tres comunistas, Nagy, Kádár y Losonczy, así como representantes de los pequeños agricultores, Béla Kóvacs y Zoltán Tildy, y por el partido nacional campesino, Ferenc Erdei. Los seis habían desempeñado funciones de Gobierno en el régimen democrático popular. Zoltán Tildy, por ejemplo, había ostentado el cargo de jefe de Estado. Por este motivo, el recién formado Gobierno no satisfacía a muchos en el país, aunque los seis habían sufrido prisión bajo el régimen de Rákosi.

Nagy no ignoraba que era necesario ceder, pues de lo contrario se reiniciaría la lucha. Y entonces sería cuando de veras recabaría la ayuda de los soviéticos. Pero esto sería imposible. Nagy optó por la solución más consecuente y decidió formar un gabinete sobre la base de la antigua democracia parlamentaria. Las negociaciones se prolongaron hasta el 3 de noviembre. Lo que sucedió viene resumido en forma dramática por los boletines informativos de las distintas emisoras en dicho día.

13.25: "¡Atención! ¡Atención! Vamos a ofrecer una noticia de suma importancia.

"En interés de la ampliación y consolidación del Gobierno nacional, la presidencia de la República Popular ha investido de carteras ministeriales a las siguientes personalidades: Anna Kéthly, Gyula Kelemen y Jószef Fischer, así como a Iván B. Szabó, István Bibó y Ferenc Farkas. El general Pál Maléter ha sido designado ministro de Defensa."

14.25: el Comité revolucionario de las fuerzas del orden ha tomado la siguiente resolución:

"El comité elige por unanimidad al general de brigada Béla Király como jefe supremo de la guardia nacional, y a Sándor Kopácsi, coronel de la policía, como subjefe. Además, delega a ocho de sus miembros al mando supremo de la guardia nacional.

"El comité se encargará de velar por la independencia y neutralidad de nuestro país. Cualquier atentado contra nuestra soberanía y neutralidad encontrará la mayor resistencia. Hasta la celebración de elecciones democráticas libres utilizaremos todas nuestras energías para defender el orden y haremos que se cumplan las medidas dictadas por el Gobierno. Sabremos destruir los intentos de los agitadores reaccionarios empeñados en obstaculizar la restauración del orden.

"La interrupción del trabajo lesiona seriamente el potencial defensivo de la nación; por tanto, los huelguistas deberán reintegrarse de inmediato a sus puestos. Aquellos que pertenezcan a la guardia nacional tendrán siempre a mano las armas, incluso en los centros donde presten servicio laboral, para que en caso de agresión puedan intervenir con rapidez y contundencia.

"A partir de esta fecha, los individuos que no pertenezcan a la policía o al Ejército no podrán llevar armas, a menos que sean miembros de la guardia nacional. Las personas que no están alistadas en cualquiera de los tres organismos armados de referencia serán despojadas de las armas en aras de la consolidación de la paz.

"¡Miembros de la guardia nacional! ¡Viva la independencia de nuestra santa patria! ¡Viva su neutralidad! ¡Viva nuestra victoriosa Revolución democrática nacional!"

Por delegación de la asamblea general del Comité revolucionario firmaron la orden el general de brigada Béla Király y el coronel de la policía Sándor Kopácsi.

15.18: una noticia de interés:

"Esta mañana se ha reunido una delegación conjunta de los altos mandos húngaro y soviético. Ambas partes expusieron su respectivo parecer sobre los problemas técnicos de la retirada de las tropas soviéticas.

"La aludida delegación conjunta ha acordado estudiar cuidadosamente las soluciones propuestas y ha resuelto convocar una segunda reunión para esta noche a las diez. Mientras tanto, la delegación soviética ha asegurado que los trenes dispuestos para cruzar la frontera húngara no la cruzarán."

La Emisora Libre de Miskolc difundió a las 13.25:

"Como hemos adelantado en anteriores boletines informativos, las unidades soviéticas acantonadas en Vasarosnameny se han puesto en movimiento hacia Debreczen.

"Los carros de combate se aproximan. Por las calles sólo circulan las patrullas soviéticas. Nyeregyhaza está incomunicada. La zona se halla ocupada. La situación es en extremo tensa.

"La Emisora Libre de Dunapentele llama la atención sobre la propaganda de la radio soviética y de las fuerzas armadas rusas acerca de supuestas atrocidades fascistas en Hungría: es imposible que los soldados soviéticos crean estas calumnias, que manchan la pureza de la Revolución húngara. Sugerimos que todas las emisoras libres del país desmientan dichos rumores en emisiones en lengua húngara y rusa, y que propaguen la noticia de la ejecución de antiguos miembros del partido comunista, así como de diversos funcionarios húngaros."

La Emisora Libre Steinamanger dio la siguiente noticia a las 16.10:

"Un miembro del Comité revolucionario del distrito de Bekes ha informado al corresponsal de la agencia MTI de los movimientos de las tropas soviéticas en aquella zona:

"Una unidad soviética se halla estacionada al sudoeste de Bekecssaba y otras más al sur, en Szarvas. A mi entender, tratan de efectuar un cambio en la ciudad. El comandante soviético se sorprendió cuando le rogué que evitara las zonas muy pobladas, pues dado el estado de ánimo de la población civil podía producirse un choque armado. Respondió que sus hombres fueron enviados con la orden de luchar contra los fascistas que pretendían reinstaurar en Hungría el régimen fascista."

La Emisora Libre de Rajk hizo saber en sus noticiarios de las 19.30:

"Hemos de manifestar abiertamente a los partidos hermanos que en vista de los acontecimientos de las últimas y sangrientas jornadas, y a consecuencia de las irresponsables matanzas efectuadas por los oficiales soviéticos, nuestro partido se encuentra hoy al borde del desastre. Nosotros, los comunistas, somos ahora peores que en nuestros comienzos de 1945.

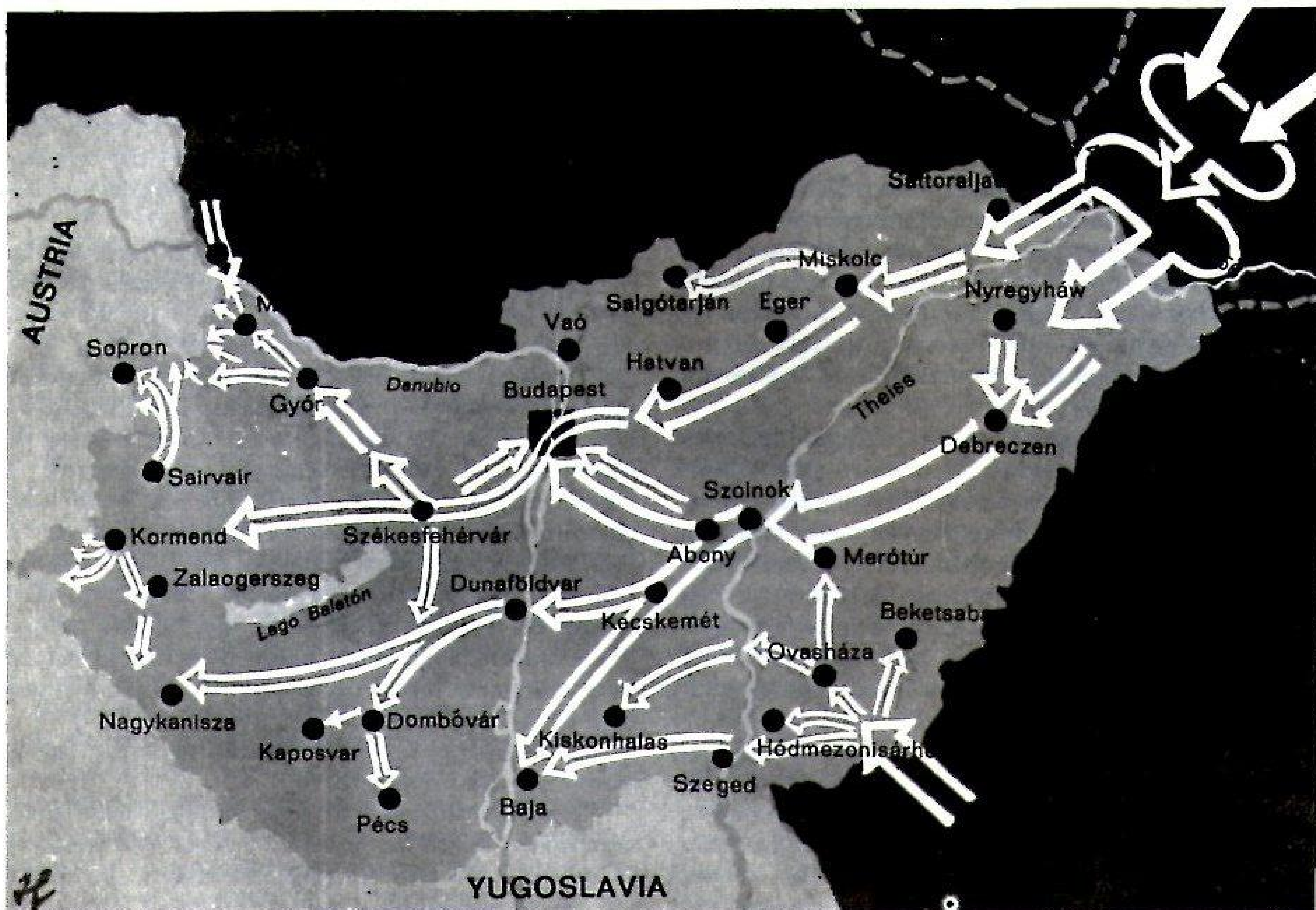
"Una nueva potencia invasora puede querer asegurarse de que Hungría sea por último una colonia soviética. Pero en tal caso habrían desaparecido de nuestro país, sin dejar rastro, las enseñanzas del marxismo-leninismo."

La Emisora Libre de Fünfkirchen comunicó a las 19.35:

"¡Atención! ¡Atención! Unidades rusas se acercan a nuestra ciudad. Pedimos a la población civil que conserve la calma y no forme grupos en las calles. ¡Un solo disparo significaría la destrucción de la ciudad!"

Otras emisoras informaban que los rusos penetraban masivamente en Hungría. Reina la inquietud en el país. La noche se presenta llena de temor y ansiedad. Sólo en Budapest se duerme con sosiego, quizá por la victoria alcanzada. Pero tal vez tendrían un amargo despertar. El varias veces citado mensaje de las Naciones Unidas advertía:

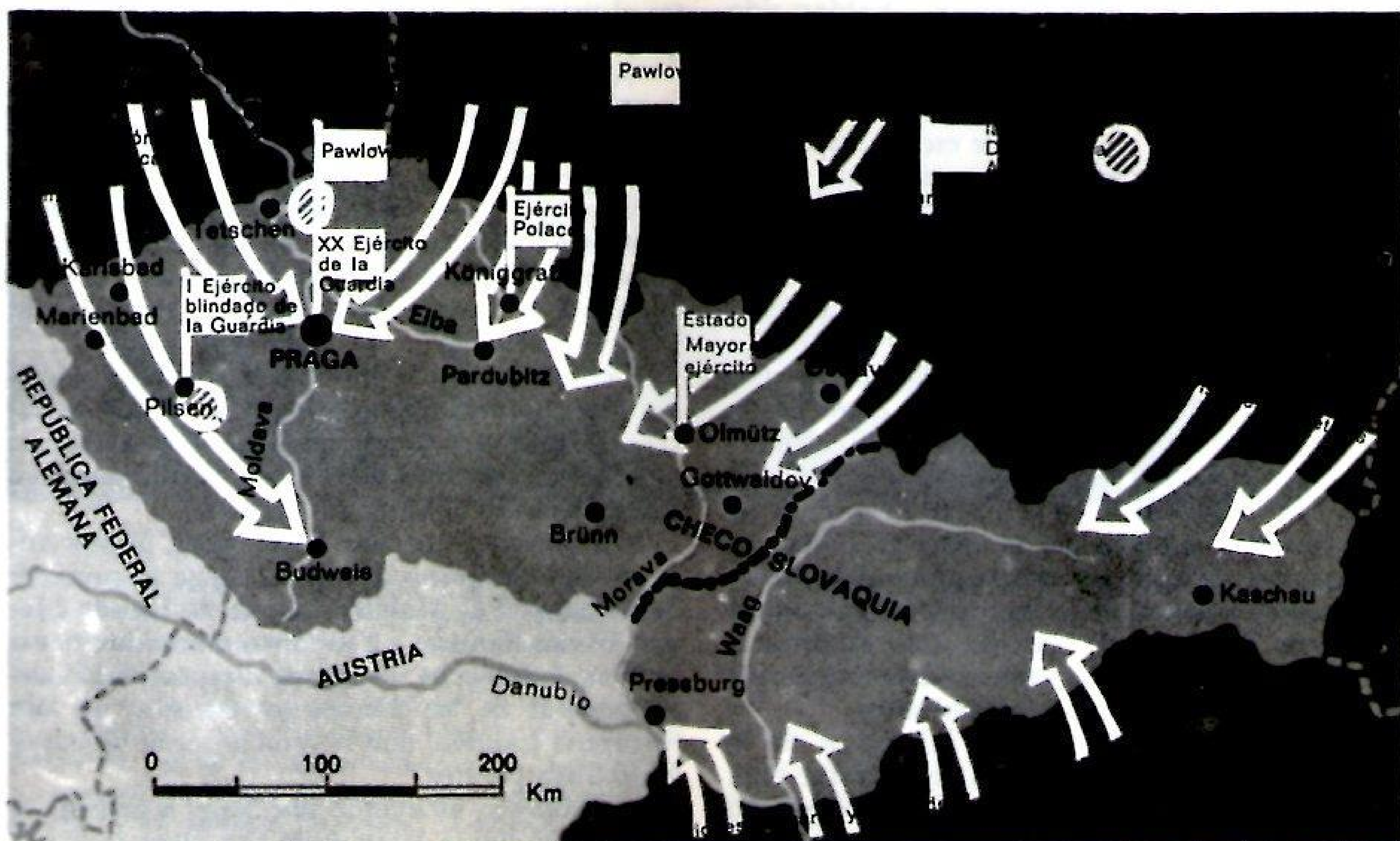
"Durante los últimos días de octubre y principios de noviembre, las tropas soviéticas efectuaron tres movimientos distintos de tropas en Hungría. El primero consistió en la retirada de la capital y otras ciudades de la provincia. El segundo fue la rápida aportación de tropas de refuerzo procedentes del este, de diversos puntos estratégicos de Hungría, en apoyo de la retirada de las fuerzas armadas soviéticas, como anunció Andropov, el embajador soviético. El tercer movimiento tomó forma de concentración de unidades acorazadas



pesadas a ambos lados de la frontera húngara, que cuatro días después serían empleadas en aplastar el levantamiento húngaro. Los dos primeros movimientos —al exterior de Budapest, pero dentro de los límites fronterizos húngaros— se realizaron en puntos estratégicos paralelamente a las grandes vías terrestres que cruzan el país, para formar un semicírculo al este de Budapest, a unos 150 kilómetros de la capital."

Entre el fin de las hostilidades en octubre, hasta el segundo ataque de las fuerzas soviéticas en la mañana del domingo 4 de noviembre, media un lapso de tiempo inferior a una semana. Durante este período la comisión recibió auténtico material probatorio sobre la situación en Budapest. Hasta la víspera del segundo ataque se había restablecido el orden en las destrozadas calles de la capital. La población se entregaba de lleno a la tarea de retirar los escombros. Esto era un buen progreso hacia el reforzamiento de la situación política y la vuelta de los obreros a sus puestos de trabajo se esperaba con seguridad para el lunes 5 de noviembre. Habían concluido las negociaciones sobre la creación de la guardia nacional que mandaría el general Király. Este Cuerpo armado garantizaría la seguridad interna del país. Entre los ciudadanos de Budapest reinaba un clima de confianza. Desde las 9 de la noche del 3 de noviembre, la ciudad estaba completamente rodeada. De los puestos de observación llegaron noticias de que centenares de carros de combate marchaban por las grandes rutas nacionales en dirección a la capital. Se recibieron informes de que en determinadas zonas se instalaron pequeñas unidades, probablemente para incitar a los rebeldes a abrir fuego. De conformidad con la orden de retirada del 31 de octubre, según la cual las tropas debían evacuar Budapest, los comandantes de la plaza, a instancias de Nagy, no permitieron abrir fuego. El ministro de Defensa impartió repetidas veces la misma orden. Según manifestaciones de testigos presenciales, no se produjeron disparos por parte de los rebeldes. Sobre las tres de la madrugada, los carros de combate avanzaron por la avenida Soroksár hasta la plaza Boráros, en el lado del río que baña a Pest, y aislaron la isla de Csépel del interior de la ciudad. Movimientos de avance parecidos se realizaron en la avenida Vácil, al norte, junto a la margen oriental del río, separando así a Ujpest de la parte de Buda. No había noticias fidedignas de las restantes zonas de la capital, pero se sabía

La voluntad de libertad de los Estados del bloque oriental es impotente cuando Moscú decide utilizar su fuerza militar. *Cualquier intento de resistir a las tropas y tanques rusos de invasión, está condenado al fracaso.*



que las tropas soviéticas habían iniciado la lucha a la 4.25 de la madrugada en la localidad de Budaörsi, al sur de la vieja ciudad de Buda. Poco después se escuchaba el cañoneo en todos los distritos de la ciudad.

Los combates se iniciaron en todos los puntos donde se ofrecía resistencia. Los carros de combate soviéticos evolucionaban en las principales avenidas que convergen en el Danubio de forma radial. Los patriotas levantaban barricadas en los cruces más importantes de las vías exteriores de Pest. Se luchaba con encarnizamiento en las calles Ullöeien, Marx y Kávin, en el cuartel Kilián y en el edificio Corvin. En el lado de Buda los encuentros arreciaban en el monte Géllert, en el castillo, en el Palacio Real, en la estación férrea del sur, en la plaza Szena y en la avenida Móricz-Zsigmond. La resistencia variaba en intensidad, según las fuerzas disponibles. En realidad, si se hubiera organizado un plan de resistencia en la ciudad, ésta habría cesado a las ocho de la mañana, poco después de que las tropas soviéticas ocupasen la emisora. Los distintos grupos continuaron la lucha hasta agotar las municiones o resultar destruidos sus puestos de combate por el intenso fuego de los tanques rusos. El cuartel Kilián sufrió un intenso ataque de tres horas de duración y un bombardeo aéreo, pero se tardó tres días en ocupar el edificio. La conquista del castillo, defendido por los patriotas reforzados con tropas del Ejército, se prolongó hasta el 7 de noviembre. Los soviéticos sufrieron muchas bajas, dado que las posiciones defensivas habían sido bien elegidas. En la avenida Móricz-Zsigmond y en otras partes de la ciudad se peleaba con gran dureza; parecía como si los rusos no se preocupasen demasiado por objetivos de escasa importancia y por tiradores aislados, pues sin duda creían restablecer el orden en breve plazo. Cuando se vio que no era éste el caso, los carros de combate empezaron a apostarse en las grandes arterias, abriendo fuego indiscriminado sobre los edificios, tratando de amedrentar a la gente y obligarla a rendirse. Los disparos ocasionaron grandes destrozos, tanto en las grandes avenidas como en las calles adyacentes donde los patriotas ofrecían resistencia.

El 8 de noviembre ya se notaban mucho las destrucciones causadas por la lucha en Budapest. Centenares de edificios estaban completamente destruidos y miles de ellos presentaban serios destrozos. En la tarde anterior sólo se peleaba aquí y allá, ciñéndose los encuentros, en su mayor parte, a las zonas externas industriales.

Según declaraciones de los miembros de la comisión, no puede decirse con certeza que toda la población de Budapest hubiese participado en los combates, pero lo cierto es que apenas había diferencia entre el personal civil y militar. Hombres, mujeres y niños rivalizaban en lanzar "cócteles Molotov" desde la ventana de los pisos altos, para hostigar a los tanques soviéticos.

En las zonas industriales de Budapest, la mayor parte de los combatientes eran obreros. Este fue especialmente el caso en los distritos de Pest junto al Danubio, sede de casi toda la industria pesada húngara. Cada distrito o cada grupo de distritos estaba bajo las órdenes de un comité revolucionario. El personal militar que se unía a los patriotas no solamente reforzaba sus efectivos, sino que a menudo aportaba armas y municiones. De este modo, el Comité revolucionario de Csépel obtuvo 85 piezas de artillería, procedentes de los cuarteles de la isla. Muchos oficiales y soldados se unieron a los patriotas, a pesar de las órdenes de sus superiores.

Los distritos industriales de Ujpest al norte, de Köbánya y Pestszebterzébet al sur, de Soroksár y la isla de Csépel ofrecieron la más enconada resistencia, que se prolongó hasta el 11 de noviembre. Con excepción de algunas escaramuzas en las colinas de Nógrád y en el suburbio de Baranya, puede decirse que aquellos distritos presentaron la más tenaz resistencia armada en la segunda fase de la intervención.

A las 5.20 de la madrugada del 4 de noviembre, Radio Kossuth se dispuso a emitir una noticia urgente. La voz del locutor reflejaba nerviosismo y excitación:

"¡Atención! ¡Atención! Dentro de unos instantes el primer ministro se dirigirá al pueblo húngaro.

"Aquí el primer ministro, Imre Nagy:

"Esta madrugada las tropas soviéticas han lanzado un ataque sobre nuestra ciudad con el evidente propósito de derrocar al Gobierno democrático legal de la República Popular Húngara. Nuestras fuerzas se hallan en pie de guerra. El Gobierno continúa firme en su puesto. Pongo al corriente de los acontecimientos a mi país y al mundo entero."

A continuación se interpretó el himno nacional. La comunicación de Nagy se repitió varias veces, a intervalos de dos minutos, en los idiomas inglés, francés, ruso y alemán. A las 5.56 propagó Radio Kossuth el siguiente mensaje:

"¡Atención! ¡Atención! Imre Nagy, primer ministro del Gobierno nacional, ruega al ministro de Defensa, Pál Maléter; al jefe de Estado Mayor, István Kovács, y a los otros delegados, que a las diez de la noche de ayer se dirigieron al Cuartel general de las fuerzas soviéticas y no han regresado todavía, que se reincorporen de inmediato a sus puestos."

Pál Maléter, ascendido por Nagy a general de división, se había trasladado con otros militares

al Cuartel general soviético para tratar de ciertos detalles relativos a la evacuación de las tropas rusas acantonadas en Hungría. La invitación soviética no fue más que una trampa bien preparada. Los negociadores fueron detenidos por agentes de la "aliada y hermana Unión Soviética". El general Iván Serov, jefe del servicio de seguridad ruso, capturó personalmente a los militares húngaros en plena reunión.

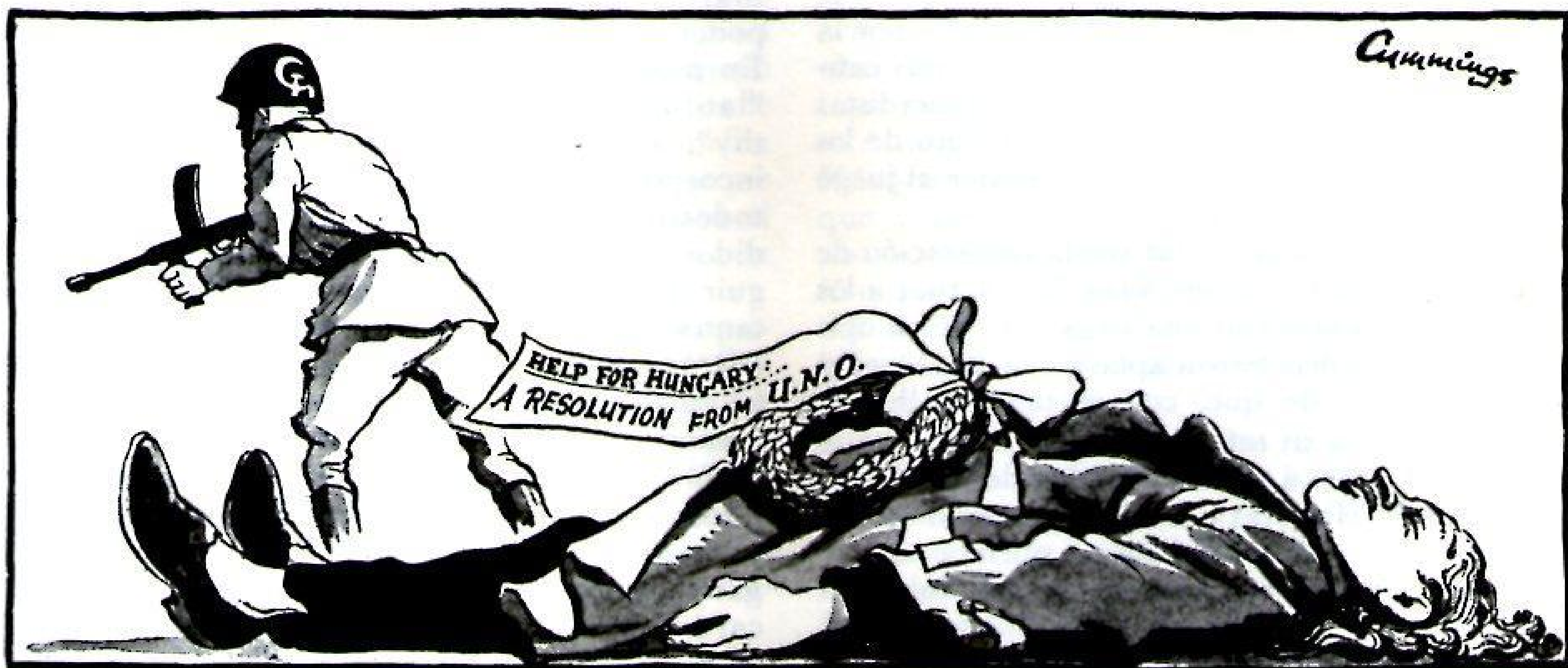
Imre Nagy no tardó en seguir el mismo destino que sus compañeros. Poco antes de que los tanques rusos y una compañía de infantería rodearan el Parlamento, Nagy y otros miembros del Gobierno abandonaron el edificio y se encaminaron hacia la Embajada yugoslava para solicitar asilo. Los patriotas húngaros habían quedado, pues, sin mando central político y militar; a pesar de ello, continuaron luchando hasta el 11 de noviembre, cuando ya carecían de víveres y municiones. No podían esperar ayuda de ninguna parte.

¿O tal vez sí? El 4 de noviembre se reunió en Nueva York el Consejo de Seguridad y, al día siguiente, se convocó la asamblea general de las Naciones Unidas.

Se decidió por gran mayoría realizar una investigación de los acontecimientos en Hungría. Al propio tiempo se exigió al Gobierno soviético que dejara de inmiscuirse en los asuntos internos húngaros. También se le conminó a "retirar inmediatamente sus fuerzas armadas del territorio magiar".

Se comprende que la Unión Soviética no abrigaba la menor intención de aceptar lo acordado por la asamblea general. Rusia alegaba que la intervención en Hungría pretendía afianzar su política de coexistencia pacífica, fórmula que ganaba adeptos en el concierto mundial, si bien en realidad los intereses imperialistas aparecen siempre en el primer plano de la política soviética, a los que todo queda subordinado.

Por desdicha, las Naciones Unidas no podían adoptar las medidas necesarias para frenar el imperialismo soviético. Nada se lograba contra la voluntad de una de las superpotencias. De ella no cabía esperar ayuda. El único y eficaz auxilio, es decir, el militar, sólo podía prestarlo Estados Unidos. Sin embargo, el presidente Eisenhower no deseaba recurrir a la ayuda militar para no exponerse a un "conflicto general", que podría desembocar en la Tercera Guerra Mundial, y era un precio demasiado elevado por defender la libertad de Hungría. Así pues, Estados Unidos hizo lo único que estaba en sus manos sin comprometerse demasiado: prepararse para prestar ayuda a los refugiados, a los que huían de



"Ayuda para Hungría: una resolución de la ONU", pone en la corona que ha sido colocada sobre el patriota húngaro. Esta caricatura del Daily Express *simboliza la impotencia de la organización mundial para intervenir en Hungría. Al mismo tiempo que se producían los acontecimientos en el Cercano Oriente, la emisora húngara libre Rákóczi expresó en una de sus últimas emisiones la desesperación y amargura del pueblo húngaro: "Bajo estas condiciones, apelamos a la conciencia del mundo. La posibilidad de perder el canal de Suez no es indiferente para Inglaterra y Francia, ya que estas naciones han emprendido una inmediata 'acción de policía'. ¿Es que al mundo le es indiferente que un pequeño país pierda ahora su libertad? ¿Es que sólo son importantes los intereses de las grandes potencias? ¿Por qué no escucháis las llamadas de auxilio de nuestras mujeres e hijos? ¡Nosotros no tenemos ningún canal de Suez en Hungría! ¿Será tal vez por eso que no os decidís a acudir en nuestra ayuda?"*

las represalias soviéticas. Además, hizo todo lo posible, sin reparar en medios, para condenar la agresión rusa.

¿Por qué motivo emprendieron los rusos esta segunda intervención? ¿Para reprimir con ella los impulsos húngaros hacia la libertad? El casi simultáneo ataque de israelíes, ingleses y franceses contra Egipto no pudo ser la causa del súbito cambio de ideas de Moscú. Pero sí fue ante todo una oportunidad de amenazar a los ingleses con el empleo de cohetes, acudiendo en defensa del nacionalismo árabe y al mismo tiempo para hacerles desistir de la invasión. Otro motivo para el segundo ataque de los soviets en Hungría pudo ser el temor del Kremlin de que Hungría pasara a integrarse en el campo occidental. Se hizo marcha atrás para ganar tiempo y también para evitar lo peor.

Béla Kovács, jefe del pequeño partido agrícola y jefe de Estado en el último Gobierno, expresó su parecer acerca del segundo ataque soviético en una entrevista concedida al periodista americano Leslie B. Bain:

" —¿Cuáles fueron, en su opinión, las causas que movieron a los rusos a cambiar de táctica y volver nuevamente a la carga?

"—Son dos. En primer lugar, habíamos llegado demasiado lejos, y muy pronto, por lo que los rusos se asustaron. En segundo lugar, los rusos se sintieron heridos en su amor propio. Sin duda se habrían logrado todos los objetivos fijados por la revolución, de haberse procedido con más cautela. En elecciones libres los partidos izquierdistas se habrían llevado más del 30 por ciento de los votos. Los comunistas temían arriesgarse al juego de unas elecciones libres."

"Pregunté a Kovács si tal vez la declaración de neutralidad del Gobierno Nagy hizo actuar a los soviets. Respondió con una negativa. En su opinión, los rusos decidieron aplastar la Revolución húngara antes de que, con el tiempo, llegara efectivamente a triunfar. Además, es seguro que a los rusos no les agradaba la idea de una Hungría neutral. Mientras que la cooperación económica entre los países del Este no sufriera menoscabo, los rusos no se sentían demasiado insatisfechos con sus satélites."

También pueden comprenderse las razones de la conducta soviética si se comparan Hungría y Polonia.

Gomulka consiguió que los delegados soviéticos regresaran a su país, evitando de antemano la intervención; eso es lo importante. Gomulka no era entonces una figura relevante en el partido, pero estaba seguro de que llegaría a ocupar un alto cargo. El poder de los estalinistas en Polonia se había debilitado mucho. Por el contrario, en Hungría ocupaban los puestos más eminentes: Gerö, primer secretario, y Hegedüs, primer ministro, ambos estalinistas convencidos, que gozaban de poderes ilimitados. Nagy, el "Gomulka húngaro", se hallaba en su domicilio y no tenía noticia de los acontecimientos del 23 de octubre, hasta que, demasiado tarde, le condujeron al edificio del Parlamento. Así se llegó, provocada por los estalinistas, a la primera intervención de los soviets.

Finalmente se presentó una situación análoga a la de Polonia. El 30 de octubre los rusos estaban dispuestos a retirarse, Nagy era primer ministro, los estalinistas habían sido encarcelados, y Kádár, que padeciera tormento en las mazmorras del AVO, ocupaba la secretaría general del partido. Los estalinistas habían sido privados del mando. Lo mismo que en Polonia, los soviéticos cedieron. Pero justamente entonces la nueva jefatura húngara perdió la unión y la solidaridad.

Al principio, la rebelión estaba encabezada por los comunistas. Los estudiantes pertenecían a la organización juvenil comunista DISZ; el club revolucionario Petöfi había sido creado por dicha organización, es decir, por el partido. Los escritores e intelectuales que redactaron las peticiones al Gobierno eran casi exclusivamente comunistas, y los obreros que desde el primer día se sumaron a la revolución, sobre todo en Budapest, fueron guiados por los comunistas. Pero otras fuerzas marchaban adelante tratando de conquistar el poder, procedentes sobre todo de las tierras llanas. En modo alguno se trataba de "reaccionarios", "latifundistas", "bandidos" y "fascistas de Horthy", aunque naturalmente algunos se habían incorporado en las filas revolucionarias. Pero de todos modos se trataba de anticomunistas decididos que veían llegada su oportunidad de conseguir que realizaran las peticiones de los manifestantes del 23 de octubre, máxime teniendo en cuenta que el propio Gobierno había hecho suyas las mencionadas peticiones. Sin embargo, su actuación llegó demasiado tarde.

El 30 de octubre fue liberado de su encierro el cardenal Mindszenty, quien se dirigió varias veces a la opinión pública. Pero el primado húngaro obró de manera distinta a como lo hizo el cardenal polaco Wyszynski. Con posterioridad se le recriminó a menudo el haber pronunciado discursos reaccionarios, que contribuyeron al regreso de los soviets. Sin embargo, eso es falso. Lo cierto es que en Polonia, tan pronto la revolución pacífica terminó con la inclusión de Gomulka en la dirección política de la nación, el cardenal Wyszynski encontró un cierto respiro, así como las fuerzas necesarias para activar el progreso de la evolución democrática sin tener que recurrir a la violencia y de recabar la unidad de los católicos polacos, exhortándoles a prestar

apoyo a Gomulka y a su actuación política.

Mindszenty actuó de otro modo. No sólo olvidó hablar a los húngaros pidiéndoles que secundaran al Gobierno Nagy, sino que hasta renunció ex profeso a apoyarles. Esto sólo pudo haberlo hecho de haberse fundado en Hungría un partido cristiano parecido al CDU de Alemania occidental (Unión Social Cristiana). Si el cardenal primado hubiese prestado un relativo apoyo al Gobierno habría causado una impresión muy favorable en Hungría. Pero sus palabras minaron la base de confianza que necesitaba el Gobierno de Nagy para trabajar e iniciar las tareas constructivas de que tan necesitado estaba el país.

Para la segunda intervención rusa existen razones de índole estratégica. Polonia estaba situada entre Estados "socialistas": la Unión Soviética al este, Checoslovaquia al sur y la República Democrática Alemana al oeste. También en este punto cardinal linda con Hungría y Austria, países con los que le unen siglos de historia común, y en cuanto a la Yugoslavia de Tito, éste había sido caracterizado recientemente como "asesino fascista" y "agente del imperialismo". Por tanto, el Kremlin veía en los acontecimientos de Hungría una evolución peligrosa por sus posibles repercusiones en Polonia.

Destaca especialmente la diferencia entre Polonia y Hungría, si se consideran las personalidades que ostentan el mando en ambos países. Dicho de un modo simple: en Hungría no existió un Gomulka y en Polonia faltó un Kádár. Nagy no era Gomulka, y sus aptitudes ideológicas no le capacitaban como hombre de acción. Si Gomulka aceleró la evolución, para luego detenerla porque había adquirido excesiva velocidad y escapaba al control, Nagy corría en pos del desarrollo y se dejaba arrastrar por él antes de dominarlo.

Polonia no tuvo un Kádár. János Kádár, primer secretario del partido y miembro del Gobierno Nagy, traicionó a sus camaradas ante los soviets. Es posible que también hubiera funcionarios comunistas en Polonia, que en los días de octubre se inclinaran por los amos del Kremlin, traicionando los intereses del pueblo polaco. Pero no había un Kádár entre ellos, ni un secretario general del partido.

El 2 de noviembre, Kádár sostuvo una larga entrevista con el embajador soviético en Budapest. En la tarde del mismo día entraba a formar parte del Gobierno. Luego desapareció sin dejar rastro. Nadie le vio durante unos días. Con él desaparecieron los miembros del Gobierno Antal Apró y Ferenc Münnich.

No fue sino hasta las seis de la mañana del 4 de noviembre, a las dos horas de iniciarse el ataque soviético, cuando se tuvieron noticias de Kádár. Se escuchó su voz desde una emisora desconocida: "¡Atención, atención! Habla el camarada János Kádár. Se ha formado el Gobierno de los campesinos y obreros revolucionarios húngaros. El creciente influjo de los elementos contrarrevolucionarios y la debilidad del Gobierno Nagy ha hecho peligrar nuestros logros socialistas, nuestra democracia popular, el poder de nuestros obreros y campesinos. Esta situación nos ha movido a los patriotas húngaros a formar un Gobierno revolucionario de obreros y campesinos. El Gobierno revolucionario húngaro de obreros y campesinos ha rogado al mando soviético, en interés de nuestro pueblo y de la clase trabajadora del país, que preste la ayuda necesaria a fin de aniquilar a las tenebrosas fuerzas reaccionarias y restablecer el orden y la tranquilidad en el país."

¿Así que Kádár había suplicado a los soviets? Fue todo lo contrario; los rusos "pidieron" a Kádár, según el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Shepilov, que protegiera a la nación "de la bestia fascista".

Hungría ya tenía nuevo Gobierno. Como es habitual, prometió mucho, algo más que el Gobierno Nagy. Si el gabinete Kádár hubiera tomado en serio sus obligaciones se habría situado sin duda a la cabeza de la revolución, lo mismo que el Gobierno Nagy. Y entonces se habría llegado al resultado paradójico de que las tropas soviéticas se hubieran convertido en el brazo armado de los patriotas rebeldes. Como eso suena absurdo, los patriotas llegaron a la conclusión lógica inversa, es decir, que Kádár mentía.

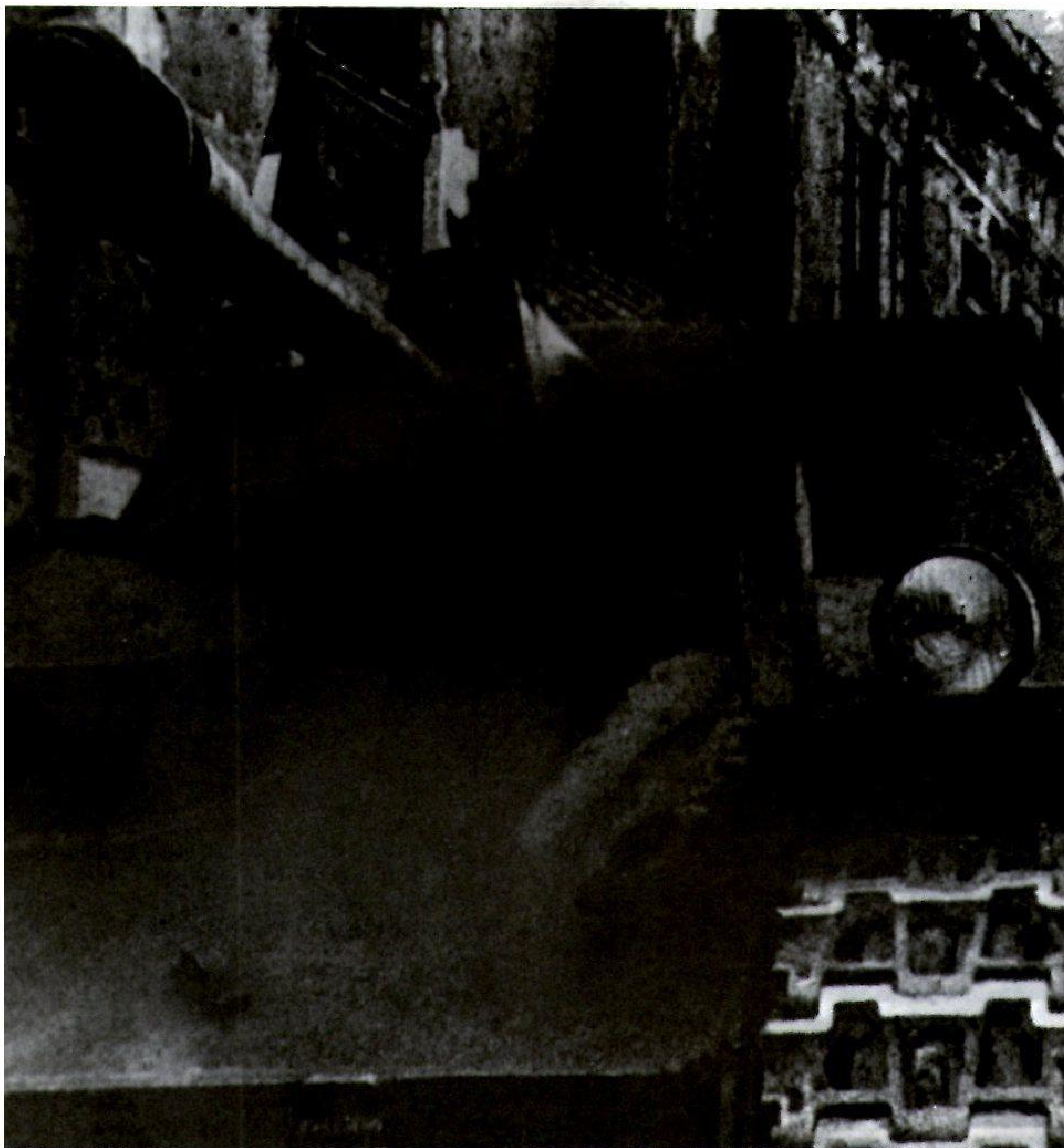
A la absoluta desconfianza en el Gobierno de Kádár se unía el odio contra el invasor soviético, que a pesar de las promesas y seguridades del nuevo Gobierno seguía atacando a los patriotas. Y cuando la lucha se acabó, bien porque los rebeldes habían muerto o porque se les terminaron las municiones y los alimentos, vinieron muchas semanas de huelgas.

No tardó en demostrarse que Kádár había mentido descaradamente. El Gobierno es para los comités de trabajadores, se dijo. Y, sin embargo, dichos comités fueron disueltos y sus dirigentes, entre los que se contaban numerosos comunistas, fueron encarcelados. Se dijo que ninguno de los patriotas que participaron en los combates sería castigado, pero en todas partes sonaban las descargas de los pelotones de ejecución. El tristemente célebre AVO continuaba en vigor y los disparos que segaban las vidas de los patriotas salían de los fusiles de los guardias del "disuelto" AVO. La fraternal Unión Soviética no pensaba en deportar a los patriotas húngaros; eso era una burda patraña urdida por los fascistas. Sin embargo, la realidad era muy distinta. Las agencias de noticias Reuter y United Press dieron una

muestra de ella el 21 de noviembre, al hacer pública la siguiente información:

"Ayer, los corresponsales occidentales vieron una hoja de papel que el lunes fue arrojada en las cercanías de Szolnok. La hoja informaba que el tren conducía a unas 2.000 personas camino de la deportación a Rusia. La nota decía: 'Hoy hemos sido detenidos por los agentes del AVO, que nos han entregado a los rusos. Nos han trasladado en camiones hasta Vecsés, donde hemos sido embarcados en este tren. Nos llevan al cautiverio, a la Unión Soviética. Por favor, avisen a nuestros padres y a la Cruz Roja Internacional.'"

En la hoja aparecían cinco nombres y direcciones, con las respectivas firmas, que todos los corresponsales pudieron ver.



Una muchacha que formaba parte de un grupo que regresó a Budapest manifestó que le habían advertido que sería fusilada si daba noticias de sus compañeras de infortunio. Algunas de ellas fueron violadas por los rusos.

El informe de la comisión investigadora de la ONU confirma las deportaciones:

"La comisión de las Naciones Unidas se ha ocupado con gran interés del asunto de la deportación de ciudadanos húngaros a la Unión Soviética.

"El número de los expatriados parece ser bastante considerable, al menos durante las tres semanas siguientes al 4 de noviembre. Numerosos testigos afirman que a mediados de noviembre salían casi a diario varios trenes de mercancías atestados de prisioneros, desde la estación terminal de Budapest. Este tráfico se prolongó hasta mediados de diciembre, pero hay indicios de que continuó, si bien en menor intensidad, hasta enero de 1957. La mayoría de los deportados procedían de provincias, sobre todo de las zonas orientales del país. Los prisioneros eran colocados en camiones rusos y transportados a las prisiones o a los puntos de concentración, donde eran divididos en grupos de 400 o 500 personas. Se les confiscaban los objetos de valor y, en muchos casos, los zapatos y la ropa. Los trenes se componían de 20 a 35 vagones, cada uno con 30 o 70 deportados. No había víveres suficientes y la asistencia sanitaria dejaba mucho que desear. El personal ferroviario y el de vigilancia era ruso.

"Basándose en las declaraciones de testigos y del material probatorio recopilado por la comisión de las Naciones Unidas, se sabe que desde el 4 de noviembre de 1956 la deportación de súbditos húngaros a la Unión Soviética alcanzó una cifra bastante elevada, que no ha podido calcularse con exactitud, pero que alcanza varios millares de personas. La comisión no tiene noticias de que desde entonces parte de dichos prisioneros hayan sido reintegrados a su lugar de origen."

Los personajes de la Revolución húngara, capturados por los soviets, también fueron deportados, pero no a la Unión Soviética. El Gobierno de Kádár dio noticias de la deportación, aunque usando el eufemismo del "viaje voluntario". Dichos personajes eran Imre Nagy y sus más íntimos colaboradores y amigos.

¿Cómo fue eso posible? En la mañana del terrible 4 de noviembre, Nagy había solicitado asilo político en la Embajada yugoslava, asilo que le fue concedido. ¿Cómo pudo ser deportado, o mejor dicho, cómo pudo emprender un "viaje por su propia voluntad"?

Durante la estancia en la Embajada yugoslava, Nagy se puso en contacto con el Gobierno de Tito, en solicitud de un acuerdo con el régimen de Kádár, relativo a quienes buscaban asilo político, entre quienes se contaban la viuda de Lászlo Rajk y otras quince mujeres, así como diecisiete niños. Nagy y los otros querían salir de la Embajada yugoslava, si Kádár daba garantías de que no les ocurriría nada. El grupo en torno a Nagy, por su parte, aseguraba al Gobierno de Kádár que le apoyaría con todas sus fuerzas o bien que

En 1953 en Alemania oriental, en 1956 en Hungría y en 1968 en Checoslovaquia: la última razón del imperialismo soviético fueron y siguen siendo los tanques rusos. A pesar de todos los cambios de estrategia y táctica en la política exterior soviética producidos después de 1945, la unidad del bloque oriental bajo la dirección de Moscú siguió siendo una premisa de la política del Kremlin que no se podía poner en duda. Esta situación no la ha cambiado siquiera la política de la "coexistencia pacífica". Porque esta "coexistencia pacífica" sólo es aplicable a las relaciones entre los Estados socialistas y capitalistas. Por el contrario, en el interior del campo socialista predomina el principio del "internacionalismo proletario". De este modo legitiman los soviéticos su hegemonía sobre los demás países comunistas, de donde no sólo se desprende el derecho, sino también el deber de ejercer la solidaridad proletaria para la defensa común ante las situaciones "contrarrevolucionarias". Sin embargo, el mundo occidental entiende que esto no es más que el ejercicio de una política brutal de violencia mediante la cual los comunistas fieles a Moscú acuden en demanda de ayuda a los miembros de la comunidad comunista de Estados para evitar una acción política contraria al socialismo. La doctrina Breznev sólo admite de un modo limitado el derecho de los pueblos a su autodeterminación.

se retiraría de la escena política, guardando un comportamiento leal.

Tras largas deliberaciones se llegó a un acuerdo. El 21 de noviembre Kádár dirigió un escrito personal al Gobierno yugoslavo; en él aseguraba que los asilados podrían regresar a sus domicilios sin ser molestados y que, además, no serían perseguidos en el futuro. Kádár garantizó a Nagy y al Gobierno yugoslavo la plena libertad para quienes abandonasen la Embajada yugoslava y se reintegrasen a su hogar.

Los "prisioneros voluntarios" de la Embajada yugoslava discutieron durante mucho tiempo si debían confiar en las promesas. Por fin decidieron abandonar la Embajada y volver a casa. Al fin y al cabo, Kádár había dado su palabra al Gobierno yugoslavo, no a ellos personalmente. Respecto a lo que sucedió el día siguiente nos remitimos a la edición del 24 de noviembre del órgano del partido comunista yugoslavo, *Borba:*

"Imre Nagy y sus colegas agradecieron al Gobierno yugoslavo el asilo político concedido. A las 6.30 de la tarde de ayer subieron a un autobús enviado por las autoridades húngaras, que debía conducirlos a sus domicilios. Cerca aún del edificio de nuestra embajada, en la esquina de la plaza de los Héroes y la calle Stalin (hoy calle de la Juventud), subió al autobús un oficial soviético. Los diplomáticos yugoslavos protestaron ante el oficial de esta ofensa a una tercera potencia, que nada tenía que ver en los acuerdos entre los Gobiernos yugoslavo y húngaro.

"Un automóvil ocupado por agentes de seguridad rusos se detuvo frente al autobús; otro lo hizo detrás. El convoy se dirigió a la comandancia general rusa con sede en la avenida de Gorki. Los dos diplomáticos yugoslavos que viajaban en el autobús, y que protestaron contra el atropello perpetrado por los soviets, fueron apeados del vehículo sin ninguna clase de miramientos. Al indicar que los hechos no respetaban el acuerdo, el oficial soviético manifestó que él nada tenía que ver con el pacto, sino que se limitaba a cumplir la orden de arrestar a esa gente. Dos vehículos blindados tomaron el lugar de los automóviles, y el autobús que conducía a Imre Nagy y a sus compañeros prosiguió viaje con rumbo desconocido."

A las 8 de la noche del mismo día, Radio Budapest difundió la siguiente noticia:

"Como se sabe, el ex primer ministro Imre Nagy y sus partidarios solicitaron asilo en la Embajada yugoslava el día 4 de noviembre; se accedió a sus deseos y han permanecido refugiados en dicha Embajada hasta el 22 de noviembre.

"Durante dos semanas Nagy y sus compañeros han intentado conseguir del Gobierno húngaro el permiso para trasladarse a otro país socialista. Con la aprobación del Gobierno de la República Popular Rumana, Imre y sus camaradas han pisado, el 23 de noviembre, el territorio de dicha república hermana."

En el informe de la comisión investigadora de las Naciones Unidas se da otra versión muy distinta de los hechos:

"Con las pruebas de que dispone esta comisión investigadora y las manifestaciones de personas dignas de crédito, esta comisión se halla convencida de que el ex primer ministro Nagy y sus acompañantes no se han dirigido voluntariamente a Rumania, según reza el comunicado húngaro, que sin duda ha sido radiado a instancias de los soviéticos. Se sabe que han sido obligados a subir a un avión, sin conocer el destino del viaje. Según otros testigos, Nagy y sus compañeros siguen detenidos en Rumania."

"Pronto se extendió como un reguero de pólvora la noticia de que el mundialmente famoso filósofo marxista György Lukács había desaparecido de su domicilio, así como Zoltán Szánto y Zoltán Vas. También habían buscado refugio en la Embajada yugoslava, pero se ausentaron de ella por voluntad propia antes que Nagy y su grupo, o sea, antes de establecerse el acuerdo entre los Gobiernos yugoslavo y húngaro. Se les retuvo un día, se les interrogó y luego fueron puestos en libertad. Károly Kiss, miembro del Comité del partido socialista obrero húngaro lo confirmó ayer en una reunión de los activistas del partido. Añadió que probablemente se encontraban en Rumania, con Nagy y sus compañeros."

Neues Deutschland escribió el 25 de noviembre:

"Mientras tanto, Imre Nagy y sus seguidores se encuentran sin novedad de viaje por la República

Mi pobre, pobre pueblo

Desde los Cárpatos hasta el bajo Danubio
ruge la tormenta en todas partes.
En medio de la tormenta, con los pelos enmarañados
cayendo de la frente, solo está el húngaro.
¿Acaso no vine al mundo como húngaro?
A este pueblo pertenezco hasta la médula.
Un pueblo tan abandonado,
como no hay ningún otro sobre la tierra.
Mi pobre, pobre pueblo, tierra devastada,
¿qué hiciste para que te sometieran,
para que Dios, demonio y todo te hagan la guerra,
y quieran destruir el árbol de tu vida?

(Sándor Petöfi, marzo de 1848)

El proceso contra Imre Nagy

Verdad y falsedad

El proceso contra el antiguo primer ministro húngaro, Imre Nagy, cuya condena y ejecución fueron dadas a conocer en Budapest el 17 de junio de 1958, pertenece a la serie de grandes procesos, que en todos los tiempos han terminado, dentro del movimiento mundial comunista, con determinadas formas de actuación. El Estado soviético totalitario se vale de la eliminación de las opiniones de oposición como único medio para mantener la unidad de la doctrina comunista. La acusación que se lanza en estos procesos siempre representa una nueva repetición de la misma historia; las desviaciones que aparecen en el seno del partido son condenadas como herejes y eliminadas de la historia, siendo tachadas de contrarrevolucionarias y de traición. El proceso contra Imre Nagy también se ha basado en este mismo mecanismo; sin embargo, mientras que en procesos anteriores, los acusados se encontraron o bien bajo la presión física, o bien tuvieron una sensación de lealtad incondicional al partido, sancionando a fin de cuentas el triunfo de éste mediante el reconocimiento público de su culpa, las figuras principales de la Revolución húngara, Nagy, Szilagyi y Maléter, permanecieron rodeadas de misterio después de su detención. Geza Losonczy, otra de las figuras importantes, murió en la prisión, al parecer como consecuencia de un castigo físico despiadado. Por otra parte, los detenidos nunca reconocieron públicamente el triunfo de la nueva doctrina del partido.

Pero el proceso de Imre Nagy aún se diferencia de otros procesos anteriores en un punto destacado. Mientras que la acusación se había basado en procesos anteriores en hechos desconocidos para la opinión pública, aquí se trataba ahora de acontecimientos que se habían desarrollado a la vista de todo el mundo, una parte de cuyos protagonistas se encuentran actualmente en el mundo libre. Es posible comprobar punto por punto la acusación lanzada contra Imre Nagy. Un grupo de amigos y colaboradores de Imre Nagy emprendieron la ardua tarea de confrontar los documentos oficiales del proceso con antiguos comunicados del Gobierno y con declaraciones libres de testigos presenciales de los hechos. Gracias a esto, disponemos en la actualidad de una serie de documentos que demuestran sin lugar a dudas el carácter arbitrario de las acusaciones presentadas contra Nagy y sus colaboradores (La vérité sur l'affaire Nagy).

Los autores del libro en que han sido publicados estos documentos indican que no ha sido su intención presentar una defensa de las ideas de Nagy, cuya discusión más bien pertenece al ámbito interior de servir a la verdad histórica. ¿Vale la pena ocuparse tan detalladamente de una acusación tan arbitraria, como así lo ha entendido y condenado todo el mundo no comunista? En un prólogo excelentemente formulado, Albert Camus plantea esta misma pregunta y la contesta afirmativamente. Con amargura y repulsión afirma alejarse de aquellos intelectuales que sienten simpatías por el comunismo y que, aún rechazando y condenando el juicio emitido contra Nagy, no consideran como dignos de ser discutidos los motivos y las supuestas necesidades del proceso. Todo el mundo sabe que Nagy fue inocente. Albert Camus se pregunta: "¿Y entonces para qué tomarse la molestia de presentar al mundo esas acusaciones, cuando ese mundo sólo se interesa por el viaje a la Luna y la boda de las personalidades reales?" Su contestación es terminante: "Sobre todo porque la falsedad, la mentira pura y desvergonzada no puede permanecer sin contestación durante años y años. Desde luego que nadie cree a estas gentes; pero el hombre es un ser débil que se cansa con facilidad. En un momento de descuido o de debilidad, podría aparecer un solo hombre sobre la tierra que dijera: ¿y por qué no? En ese momento, sería como si todas las víctimas del comunismo hubieran sido ajusticiadas por segunda vez. Y paso a paso la saciedad y el deseo de olvidar permitirían que la mentira apareciera revestida con las ropas de la verdad; entonces, nos dejaríamos convencer de que la libertad sólo puede existir a la sombra de la violencia, que no hay más igualdad que la del sometimiento y que hay que dejar en manos de los abogados del Estado la definición de lo que se puede considerar como socialismo permitido. Estos son los motivos por los que es necesario presentar la verdad, con tranquilidad y exactitud, sobre el sangriento juicio de Budapest." Para Camus, el sentido de este libro se encuentra en la "fuerza de contagio" de la mentira.

Los autores han solucionado su tarea con gran habilidad. La acusación es desmembrada pieza a pieza y confrontada con las anteriores manifestaciones de Kádár y de la actual dirección del partido húngaro, así como con los informes de los periódicos y las declaraciones de los colaboradores de Nagy que fueron testigos presenciales de los hechos. Esta confrontación se lee a veces como si se tratara de una novela criminal, y no tiene nada que desear en cuanto a argumentos convincentes. El análisis es completado con un repaso general sobre el transcurso de los acontecimientos, lo que permite comprender con claridad la transformación de la actitud soviética frente a Nagy, desde los primeros días de la rebelión hasta la acusación de traición formulada contra Imre Nagy.

(Del Neue Zürcher Zeitung, *21 diciembre 1958.)*

Popular Rumana. Allí tienen la oportunidad de detenerse con regularidad, y de moverse con entera libertad, como cualquier otro ciudadano del país. El Gobierno rumano informará de la estancia y actividades de tan distinguidos visitantes húngaros."

Durante un año y medio el mundo careció de noticias relativas a Imre Nagy, Miklós Gimes, Jószef Szilagyi y los que con ellos salieron de la Embajada yugoslava el 22 de noviembre de 1956 con destino a "su casa". Tampoco se supo nada del general Pál Maléter y Ferenc Erdei, desaparecidos sin dejar rastro el 3 de noviembre de 1956, en el curso de unas negociaciones con los soviéticos.

La mañana del 17 de junio de 1958, al cumplirse exactamente cinco años del levantamiento popular en la República Democrática Alemana, la TASS difundió una noticia que causó enorme sorpresa en todo el mundo. La citada agencia soviética manifestó que el ex primer ministro húngaro Imre Nagy, "junto con tres cómplices", había sido juzgado y condenado a la la última pena por un tribunal húngaro, acusados de actividades contrarrevolucionarias y de alta traición.

"La sentencia ha sido cumplida de inmediato."

Cuatro horas después, la agencia húngara MTI anunciaba textualmente la misma noticia transmitida desde Moscú, añadiendo los nombres de los sentenciados a muerte y ejecutados: Imre Nagy, Pál Maléter, Miklós Gimes y Jószef Szilagyi.

Aquel mismo día se manifestaron en todo el mundo centenares de miles de personas ante las distintas Embajadas soviéticas. Por todo el mundo se extendió una ola de indignación. Casi se había olvidado ya la tragedia húngara y ahora su recuerdo aparecía vivo en la mente de todos. Tito, el presidente yugoslavo, protestó con energía ante Moscú y Budapest.

Szénási, fiscal general húngaro, no tuvo más remedio que hacer unas declaraciones a la prensa internacional, dos días después.

"Con motivo de salvaguardar los intereses del Estado —comentó—, el proceso contra Nagy y sus cómplices tuvo que celebrarse en secreto." Y añadió con cinismo: "Los hechos consumados siempre ejercen una influencia tranquilizadora en las masas."

Nadie supo dónde y cuándo tuvo lugar el pro-



ceso, ni quiénes fueron el fiscal, el juez y el defensor. Y en esto reside lo asombroso, pues hasta entonces los comunistas solían escenificar tales procesos, para "probar" al mundo que los acusados eran realmente merecedores de ser juzgados y condenados. Al parecer, no se hizo así porque muchos de los sentenciados a la última pena en tales procesos habían sido rehabilitados con posterioridad, y por eso se temía que surgieran las comparaciones. ¿O existían otros motivos para dar cuenta del asunto cuando ya era "un hecho consumado"?

Seis años y medio después se dio a conocer una nueva versión de los hechos. Un destacado funcionario comunista húngaro se pasó a Occidente e informó sobre la cuestión. Cuando la TASS dio la noticia del proceso y la ejecución, Nagy y sus colegas ya habían muerto un año y medio antes. Según el artículo publicado en la revista alemana *Der Spiegel*, no se llevó a cabo ningún proceso. Nagy y sus camaradas no fueron "ejecutados", sino asesinados en Rumania.

El y sus compañeros fueron encerrados en un castillo cerca de Sinaia. El 20 o el 29 de enero de 1957 llegó el comando encargado de darles muerte, compuesto por agentes del AVO procedentes de Budapest. Imre Nagy, Erdei y Szilagyi fueron asesinados en el sótano del castillo con disparos de metralleta. El 30 de enero, los hombres del AVO viajaron en un vagón especial del expreso Bucarest-Budapest, en ida y vuelta desde Predeal. Las autoridades fronterizas rumanas recibieron del Ministerio del Interior la orden de dejar paso libre al "grupo" sin someterlo a las formalidades de rigor.

A su llegada a Budapest, el comando fue recibido por un grupo al mando de un coronel. Frente a la estación aguardaban dos grandes automóviles y un *jeep*. Uno de los automóviles, en el que se acomodó el jefe del comando, llevaba

IZQUIERDA: Refugiados húngaros llegan a Austria en noviembre de 1956, huyendo de las tropas soviéticas.
ABAJO: Las víctimas de la rebelión húngara son amontonadas en las calles y cargadas sobre camiones del Ejército. En total encontraron la muerte 7.000 soldados soviéticos y 25.000 húngaros. Más de 100 patriotas húngaros hechos prisioneros fueron condenados a muerte. Otros 150.000 húngaros abandonaron su patria.



un distintivo: A 17. Los servicios secretos occidentales sabían que el vehículo estaba asignado al fiscal general húngaro.

El pueblo húngaro goza hoy de más libertad que antes de la revolución, disfruta de mejor nivel de vida y se muestra satisfecho. János Kádár, "el Judas de la revolución", sabe exactamente lo que es oprimir con exceso a un pueblo. El lema es en la actualidad: "Quien no está contra nosotros, está con nosotros." Su posición de fuerza en Hungría no está amenazada. Los dogmáticos le acusan de aflojar demasiado las riendas, que el nivel de vida es demasiado pomposo en función de la escasa productividad laboral, y de practicar un "comunismo de opereta", pero nada de esto le quita la tranquilidad a Kádár, que ha logrado controlar el proceso de desestalinización sin tener roces con Moscú. Sus limitadas concesiones de libertad al pueblo húngaro constituyen un éxito indirecto de la fracasada Revolución húngara.

Dicha revolución ha demostrado bien a las claras que la tendencia al relajamiento del bloque oriental puede liberar tremendas energías y que la posición comunista ya no ofrece el monolitismo de antaño. Tras los acontecimientos de Hungría llegó la gran pugna entre Pekín y Moscú, Rumania adquirió una mayor independencia y, en 1968, Checoslovaquia siguió el mismo camino.

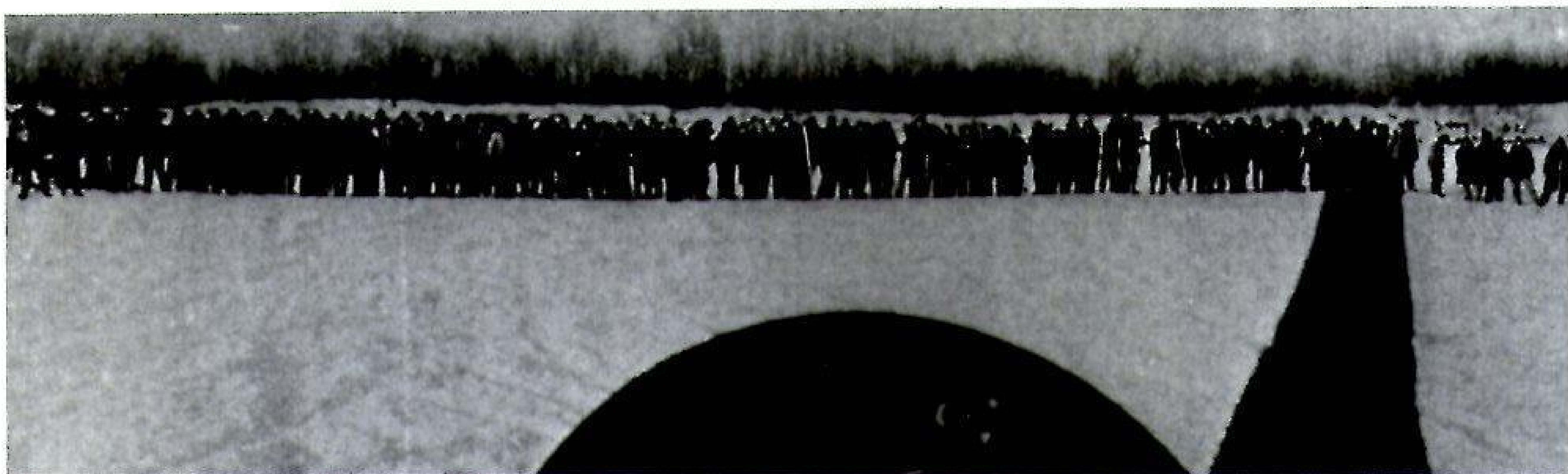
Cuando las tropas soviéticas y las unidades del Ejército popular alemán, así como de Polonia, Hungría y Bulgaria irrumpieron en territorio checo en la noche del 20 al 21 de agosto de 1968, el Kremlin temió por segunda vez perder un dominio en beneficio de Occidente. Y de igual manera que actuara Kruschev en Hungría, lo hizo Brezhnev en Checoslovaquia. Sólo que, a diferencia de los húngaros, los checos no se opusieron a la agresión con medios militares. El destino y la tragedia húngara habían sido un ejemplo demasiado patente; además, dada la situación mundial, un levantamiento en plena esfera de influencia soviética, y con la presencia del Ejército rojo, sólo podía terminar en infructuosa matanza. Desengañados y amargados, los checos recurrieron a la resistencia pasiva. Ninguno de ambos pueblos puede manifestar sus impulsos de libertad nacional en contra de la voluntad de Moscú En el bloque oriental el único medio de obtener un poco más de libertad es el de tener una paciencia tenaz y una gran habilidad para reclamar. Los amos del Kremlin no lo permiten de otro modo. Los trece días de otoño de 1956, que estremecieron al mundo, no deben ser olvidados. Son dignos de admiración el ánimo y la valentía de los patriotas húngaros. Pero su triste derrota ha de ser una lección de frío razonamiento para los pueblos del campo socialista que aspiren a conquistar la libertad.



Doce años después de los acontecimientos ocurridos en Hungría, los tanques rusos volvieron a rodar en contra de la voluntad de la población de un país amigo, perteneciente al campo socialista. El mundo libre había asistido con grandes esperanzas y mucha simpatía al experimento de Dubcek y de otros reformistas checoslovacos, que pretendían crear un socialismo más libre. Al principio, apenas creyó nadie que Moscú se atrevería a realizar lo mismo que hizo en Hungría. Sin embargo, los señores del Kremlin volvieron a utilizar la violencia militar, el medio tan bien acreditado entre ellos, para imponer su propia voluntad sobre un "Estado socialista hermano". La población de Praga protestó inútilmente, en la fotografía ante el monu-



mento a san Wenceslao. Dubcek y sus amigos fueron desmoralizados sistemáticamente y finalmente expulsados del poder. En la actualidad, aún no existe ninguna oportunidad de que en alguno de los Estados que forman el bloque socialista se produzca una liberalización en el sentido de las reformas de Praga.
PAGINA SIGUIENTE: "Las fronteras de la Unión Soviética son intocables", se dice en el título de la revista Unión Soviética*, que se publica en los idiomas alemán y ruso (véase la traducción íntegra en el Apéndice, página 534). Sin embargo, el Gobierno de la República Popular China no opina lo mismo y exige una revisión de las fronteras que le fueron impuestas durante la época de los "tratados desiguales" por parte del "imperialismo ruso zarista". El conflicto ideológico entre la República Popular China y la Unión Soviética, estallado abiertamente en 1960, ya ha provocado un enfrentamiento militar en la frontera, junto al río Ussuri. En el nuevo estatuto del partido comunista se exige ex profeso al partido comunista chino el cese de "la lucha para el derrocamiento del revisionismo soviético". La presión de las masas chinas sobre los despoblados territorios asiáticos de la Unión Soviética, así como la hostilidad ideológica de los dos grandes Estados comunistas, han creado una peligrosa situación conflictiva. Al mundo sólo le cabe esperar y confiar en que estas dos potencias atómicas no se ataquen la una a la otra con todos los potentes medios de que disponen.*



DIE GRENZEN DER SOWJETUNION SIND UNANTASTBAR!



Gefechtsstand der sowjetischen Grenzer am Ussuri-Fluß. Oberstleutnant A. Konstantinow gibt den Befehl zum Gegenangriff

Was wir im Raum der Damanski-Insel gesehen haben, hielten wir auf diesen Bildern fest. Hier sind auch Fotos aus dem Archiv der Grenzer. Sie zeugen davon, wie die Maoisten die Spannung in diesem Raum immer mehr verschärft hatten. Sie begannen mit provokatorischen Demonstrationen längs der Grenze. Aufgeputschte Menschen schwenkten Zitatenbändchen. Dann folgten Grenzverletzungen. Unsere Grenzsoldaten ließen sich nicht provozieren; auch wenn es zum Handgemenge kam, drängten sie die Grenzverletzer auf ihr Gebiet zurück, ohne Waffen zu gebrauchen.

Schließlich gingen die Maoisten zu bewaffneten Provokationen über, die die Aufmerksamkeit der ganzen Welt auf die im Ussuri-Fluß liegende, bisher kaum bekannte Insel Damanski lenkten. Die geheiligten Grenzen des sowjetischen Landes verteidigend, vergossen unsere Soldaten ihr Blut. Niemals werden wir die letzte Begegnung mit Oberst D. Leonow vergessen, auch seine Worte, die wir zuletzt gehört hatten, werden wir für immer im Gedächtnis behalten. Er sagte:

„Alles wird in Ordnung sein. Sollten sie versuchen einzudringen, werden wir sie zurückschlagen."

Wir sahen die Standhaftigkeit und Tapferkeit der jungen, noch nicht kampferprobten Soldaten. Und wenn es auch nur ein winziges Stück des sowjetischen Bodens ist, so ist es dennoch jedem sowjetischen Menschen unendlich teuer. Die Grenzen der UdSSR sind auf ihrer ganzen Länge, auf jedem beliebigen Abschnitt unantastbar. Und jeder, der es versuchen sollte, sie zu verletzen, wird eine vernichtende Niederlage erleiden.

Reportage unserer Sonderberichterstatter
J. KOROLJOW und M. NATSCHINKIN

Rechts: Oberleutnant W. Bubenin wurde verwundet in das Lazarett eingeliefert. Er und Untersergeant J. Babanski erhielten ebenfalls den Goldenen Stern eines Helden der Sowjetunion

Oberst D. Leonow und Oberleutnant I. Strelnikow. Ihnen wurde postum der Titel Held der Sowjetunion verliehen.



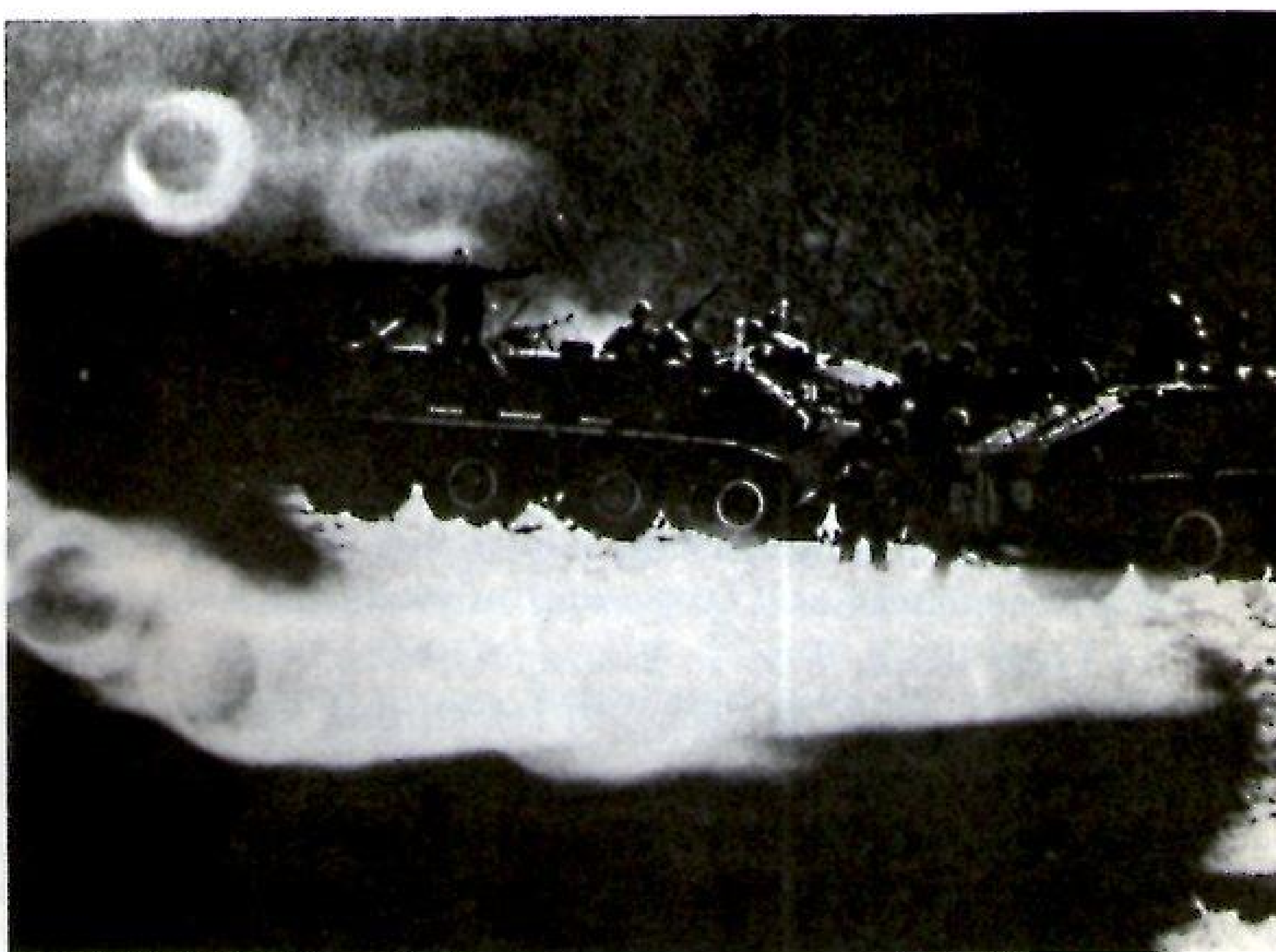






Provokatorische Demonstrationen an der sowjetischen Grenze, drohende Ausrufe der Maoisten, die schließlich ihre Zitatenbändchen mit Maschinenpistolen vertauschten... Das war der Anfang. Darauf folgte die bewaffnete Provokation, der Überfall auf sowjetische Grenzsoldaten





Durch entschlossenes Vorgehen der sowjetischen Soldaten wurde der bewaffnete Überfall der chinesischen Eindringlinge abgewehrt. Bilder oben: 1. Grenzer ziehen auf Posten in den Raum der Insel Damanski. 2. Der Gegenangriff beginnt.

Das Bild unten wurde im Lazarett gemacht, in dem sich die verwundeten sowjetischen Grenzsoldaten befinden. Jeden Tag treffen hier zahlreiche Delegationen mit Geschenken aus den verschiedensten Gegenden des Landes ein





El libro de Peter Grubbe A la sombra del cubano *se ha convertido en una obra clásica que caracteriza la problemática de Latinoamérica. Naturalmente, el cubano Fidel Castro y su sombra se extiende sobre las veinte repúblicas de Latinoamérica.*

Este subconsciente que se extiende desde Río Grande hasta la Tierra de Fuego —y que es dos veces y media más grande que Estados Unidos— puede ser concebido como una unidad a pesar de las diferencias de extensión territorial, número de habitantes, composición étnica, ingresos, lengua y nivel cultural de cada uno de sus países, en los que también existen numerosas particularidades regionales. Estas naciones fueron antiguas colonias que alcanzaron su independencia y en cuyos rasgos económicos ha jugado un papel predominante el latifundio, que todavía tiene una gran importancia. Los destinos de cada país estuvieron y en su mayoría aún están determinados por pequeñas oligarquías de grandes terratenientes en colaboración con los militares, lo que en la mayor parte de los casos redunda en detrimento de la cuestión social. Las masas empobrecidas y los barrios miserables situados en los suburbios de las grandes ciudades nos ofrecen una imagen desoladora.

Otro de los elementos comunes lo encontramos en la relación de los sudamericanos con respecto a su poderoso vecino del norte. La doctrina Monroe del año 1823 ya fue un primer paso hacia la obtención de la hegemonía de Estados Unidos en el hemisferio occidental. A principios del siglo XX siguió la "política del garrotazo" y la "diplomacia del dólar", lo que significó el ejercicio de una política de presión diplomática, económica y militar que aún es recordada con desagrado por los latinoamericanos. Sólo a principios de la década de 1930 proclamó el presidente Roosevelt su nueva "política de la buena vecindad", hasta el punto de que Estados Unidos se adhirió al principio de la no intervención. Después de 1945, en tiempos de la guerra fría, el interés de Estados Unidos se dirigió en primer lugar hacia Europa y Asia. Era precisamente en estos dos continentes donde había que contener la expansión comunista. Latinoamérica se encontraba muy lejos del ámbito de influencia ruso. Por tanto, se podía dejar tranquilos a los Gobiernos locales y al capital privado norteamericano. El servicio secreto norteamericano solucionó con "elegancia" el problema de una posible toma del poder por parte de los comunistas en Guatemala. Pero la ayuda económica para solucionar las grandes injusticias sociales, que son el verdadero campo de abono del comunismo, siguió llegando muy escasamente a Sudamérica. Los latinoamericanos registraban con recelo y envidia la gran influencia económica que ejercía el capital norteamericano. Las protestas contra los "gringos", los "yanquis" y contra el "Coloso del Norte" no cayeron en oídos sordos. Sin embargo, si la política latinoamericana se hubiera mantenido durante más tiempo según el antiguo concepto, quizá Castro no hubiera podido materializar su revolución comunista en Cuba. A partir del momento en que el conflicto Este-Oeste penetró en el hemisferio occidental, Washington se vio obligado a revisar a toda prisa su política latinoamericana. Desde luego que se intentó eliminar al barbudo revolucionario de La Habana mediante una dudosa invasión en la bahía de los Cochinos, pero no se consiguió encontrar una solución política a largo plazo. La Alianza para el Progreso de Kennedy tenía como objetivo solucionar la cuestión social de Latinoamérica por medios democráticos. Pero su sucesor, Johnson, comprometido cada vez más en la guerra de Vietnam, se vio obligado a limitar la ayuda económica y la Alianza de Kennedy se desmoronó.

La balanza económica de los dos últimos años arroja una imagen bien triste. Con un crecimiento per capita *del producto social que oscila entre el 1,1 y el 1,5 por ciento, Latinoamérica se encuentra muy por debajo del 2,5 por ciento que es considerado como objetivo mínimo a alcanzar. Sudamérica se ha convertido en un subcontinente explosivo como consecuencia de una débil formación interior de capital, del rápido descenso del valor del dinero, de unas estructuras sociales que impiden la marcha del progreso, de un verdadero ejército de desocupados que viven en los barrios míseros de las grandes ciudades, de una creciente y poderosa explosión demográfica, de una alarmante injusticia social, a todo lo cual se ha dado en llamar la "revolución de las esperanzas crecientes" que ya no permite a las masas aceptar su pobreza con apatía. El fracaso de Che Guevara en la selva boliviana no ha cambiado en nada esta situación, ni siquiera ha disminuido la influencia de Fidel Castro, dependiente de Rusia.*

A la sombra del cubano

Guatemala – «La estaca» y la «diplomacia del dólar» – Reforma agraria – Igual que un comunista – 2.000 toneladas de armas cortas de fuego – Central Intelligency Agency – 200 guerrilleros cruzan la frontera – En sustitución de los bombarderos – Arbenz cede – Eisenhower satisfecho – Cuba – Rapacidad, codicia, latrocinio, malversación de fondos, asesinato – Bogotazo – Los sargentos toman el mando; el «putsch» de Fulgencio Batista y Zaldívar – Enriquecimiento descarado – Aquí está Batista – Castro protesta – Se organiza un «putsch» – Moncada – El ojo de su hermano – Una carta del doctor Fidel Castro – La Historia me absolverá – Prisionero en la isla de Pinos – El movimiento del 26 de julio – Castro se va a México – Granma *– Doce hombres llegan a Sierra Maestra –* Castro is still alive and fighting in the mountains *(Castro todavía vive y combate en las montañas) – Una treta con Fangio – El primer ataque – Morir por la patria – Gobierno por castración – Batista huye – Castro en La Habana – La victoria de Fidel Castro – De la revolución democrática a la socialista – La Bahía de Cochinos – 200.000 gringos morirán – ¡Al paredón, al paredón! – Relaciones diplomáticas con la URSS – Declaración de guerra económica – Los ideales de la revolución, traicionados – Desengaño de la opinión pública – Campos de entrenamiento en Guatemala – Fruta y cangrejos congelados – Un sinnúmero de grupos y grupitos – Presión continua – Brigada 2506 – En el gabinete de la Casa Blanca – A la caza de rumores – Hipocresía y cinismo – Los aviones de Castro dominan el cielo – Hijo de perra – El fracaso de la invasión – La catástrofe más grande de su mandato – La crisis cubana – Optimismo de los kremlinólogos – Las cámaras de los «U-2» revelan el doble juego de Kruschev en Cuba – Mentira inocente – El momento más dramático de la posguerra –* Miscalculations *(errores) – Tensa espera de la reacción – ¿Lo niega usted, señor Sorin? – Hondo pesimismo – Kruschev cambia de actitud – Alianza para el progreso – La República Dominicana – Lecciones de democracia – Miedo de una segunda Cuba – Guerra civil – Intervención masiva norteamericana – No hay lugar para Juan Bosch –* Counterinsurgency *(contrainsurgencia) – Moscú, Pekín, La Habana – Chancha, cerdo – Bolivia – Organizad dos, tres, muchos Vietnam – Che Guevara, alias comandante Ramón – Ruptura violenta y fracaso – Aislamiento total – Los campesinos no ayudan – Consejeros estadounidenses – Los* rangers *persiguen a los guerrilleros – La muerte de Che Guevara.*

En marzo de 1954, con ocasión de la X Conferencia Interamericana de la Organización de Estados Americanos, celebrada en Venezuela, el ministro norteamericano de Asuntos Exteriores, John Foster Dulles, declaró que en vista de la triste suerte corrida desde 1945 por los pueblos europeos dominados por Moscú, no debía subestimarse el peligro comunista en "nuestro hemisferio". Ya era hora de poner en claro que "el despotismo extranjero amenaza nuestros ideales, por lo que debemos cerrar filas en torno a nuestras tradiciones, impidiendo su propagación por este hemisferio y en el caso de que haga caso omiso de nuestras advertencias y trate de intervenir, debemos responder en cuanto comprendamos que se encuentran en peligro las libertades de América."

El 13 de marzo se firmó la "declaración de solidaridad para garantizar la integridad política de los Estados americanos contra la injerencia del comunismo internacional". Votaron a favor Bolivia, Brasil, Chile, la República Dominicana, Ecuador, Haití, Honduras, Colombia, Cuba, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, El Salvador, Uruguay, Venezuela y Estados Unidos. Argentina y México se abstuvieron. Sólo Guatemala votó en contra.

Toriello, ministro de Asuntos Exteriores guatemalteco, se oponía con vehemencia a los deseos de Washington. A diferencia de Dulles, veía que el verdadero peligro para el hemisferio americano no era el comunismo, sino la ambición imperialista de Estados Unidos. "La no injerencia en los asuntos ajenos había sido uno de los mejores avances del panamericanismo". Hoy, sin embargo, "se tenía la impresión de que los Estados Unidos trataban de volver a las inicuas prácticas de antaño". Entonces, los grandes monopolios de la política dominaban en muchos países por medio del terror a la "estaca" y mediante la solapada "diplomacia del dólar"; era cosa frecuente ver a los soldados de la infantería de Marina estadounidense en los puertos hispanoamericanos, para garantizar las inversiones o corregir decisiones políticas susceptibles de lesionar los intereses económicos del coloso del Norte. Lo mismo que en el pasado, la delegación guatemalteca rechazaba cualquier declaración o resolución que, so pretexto de impedir que el comunismo se expandiera en Hispanoamérica, lesionara los principios fundamentales de la democracia, que fueran contrarios al espíritu de no intervención. "Los Estados Unidos utilizan el panamericanismo como un instrumento para mantener el neocolonialismo, en que viven los pueblos hispanoamericanos.

"¡Bolívar! Nos presentamos ante ti sin la cadena de la tiranía, que nos colocaron durante tanto tiempo y que tú, el Libertador, nos enseñaste a romper. Guatemala es digna de ti, capitán de la honra americana."

Una estruendosa salva de aplausos cerró el discurso de Toriello contra "el imperialismo yanqui". Sin embargo, esta manifestación de simpatía no sirvió de gran cosa al país, porque la presión estadounidense era muy grande sobre las restantes delegaciones hispanoamericanas. John Foster Dulles, el ideólogo de la "guerra fría", obtuvo el deseado apoyo interamericano contra la pequeña República de Guatemala. Así pues, la "resolución", si no manifestada de forma directa, iba contra ese pequeño país. Así se puso fin a un estado de cosas que desde hacía tiempo inquietaba a Washington.

En 1944 existía en Guatemala una situación típica en muchos países latinoamericanos. Dictadores más o menos duros regían los destinos de repúblicas en favor de una oligarquía de grandes latifundistas o en interés de los grandes capitales extranjeros.

Una de las grandes potencias económicas del país es la compañía norteamericana United Fruit Company, poseedora de grandes plantaciones de plátanos, que con su filial, la International Railways of Central America, domina la única vía férrea de Guatemala. Los mejores puertos exportadores también se hallan en sus manos. Otro monopolio, como el del suministro de energía eléctrica, también es patrimonio norteamericano. La balanza comercial de Guatemala, tanto interior como exterior, presenta un saldo netamente favorable a Estados Unidos. El Gobierno de Juan Arévalo (1944-1950), que sustituyó a la dictadura de Ubicos, apenas modificó la situación. Arévalo, como "buen socialista", se esforzó honradamente por enmendar la negligencia del antiguo régimen en la cuestión social, pero no logró romper la formidable barrera de los intereses económicos norteamericanos.

Su sucesor, Jacobo Arbenz Guzmán, de tendencia más nacionalista, si cabe, situado políticamente más a la izquierda, trató de impulsar las reformas sociales, entre ellas la agraria. Confiscó a los grandes latifundistas las tierras sin cultivar para entregárselas a los pequeños agricultores y a los obreros del campo. Esta ley sobre la reforma agraria, promulgada en junio de 1952, afectó a la United Fruit Company, que juzgó escasa la compensación económica ofrecida por el Gobierno guatemalteco. Washington protestó sin resultado. Arbenz rechazó con energía cualquier tentativa de inmiscuirse en los asuntos internos del país. Pero no fueron sus medidas encaminadas a librarse de la tutela económica las que intranquilizaron a Estados Unidos. Washington tenía miedo del comunismo.

Al amparo de la libertad política reinante en Guatemala, los comunistas iniciaron su infiltración en el país. Durante el mandato de Juan Arévalo trabajaban en la sombra, pero al subir Arbenz al poder salieron a la luz. Partidos, sindicatos, ligas de campesinos, burocracia estatal, prensa, radiodifusión, Gobierno y una especie de policía secreta surgida de los cuadros de la guardia civil cambiaron pronto de signo. Los comunistas ocuparon los cargos más destacados. El jefe del partido comunista figuraba entre los más íntimos amigos de Jacobo Arbenz.



Desde que el carguero sueco Alfhem *(IZQUIERDA) descargó en Guatemala una considerable cantidad de armas procedentes del bloque oriental, el presidente Eisenhower decidió definitivamente armar a los exiliados guatemaltecos*

Conforme a su táctica del frente popular, los comunistas aparecieron en Guatemala lo menos "comunistas" posible. Se limitaron a exteriorizar un sentimiento nacionalista antinorteamericano y a pedir reformas nacionales dentro del marco de la democracia liberal. Pero no exigían la nacionalización de una agricultura en régimen de libre capitalismo. "Nosotros los comunistas —manifestó el jefe del partido— admitimos que dadas las condiciones especiales en que se desenvuelve nuestro país, tendrá que pasar por una etapa capitalista, aun cuando históricamente no es inevitable que dicho período se dilate excesivamente."

¿Cuánto tiempo podría durar? ¿Hasta qué punto dominaban el país lo comunistas guatemaltecos? Arbenz había manifestado en diversas ocasiones que "el aislamiento de los comunistas significaría el fracaso de todo el movimiento revolucionario". Tal vez habría que contar pronto con una dictadura comunista internacional en Guatemala y con que la Unión Soviética tendría un



dirigidos por Castillo Armas y organizados por la CIA. IMAGEN DERECHA: Uno de los dos aparatos "Globemaster" norteamericanos que transportaron las armas a Honduras y Nicaragua.

satélite en el hemisferio occidental. Estas eran las dudas que asaltaban a Washington. John E. Peurifoy, embajador norteamericano en Guatemala, analizó la situación a fines de 1953:

"En una conversación que duró seis horas, traté de convencer a Arbenz sobre cómo actuaban los más destacados comunistas del país. Pero él no quiso ceder. Dijo que, si bien se trataba de elementos comunistas, en modo alguno resultaban peligrosos. En el caso de que así fuera, los mandaría vigilar y, si esto no resultara suficiente, podría hacerles encarcelar. Manifestó que todas sus dificultades radicaban en las malas prácticas comerciales norteamericanas. Los frecuentes viajes a Rusia de los comunistas no tenían por objeto adiestrarse allí en las prácticas de lucha subversiva, sino en formarse ideológicamente, al igual que otros guatemaltecos seguían cursos de ciencias económicas en Estados Unidos. Por otra parte, les asistía el mismo derecho a moverse con entera libertad como al resto de los guatemaltecos, y serían unos excelentes aliados en la lucha por las reformas sociales. Tuve la impresión de que el hombre pensaba y se expresaba como un comunista. Y, aunque no lo fuese, se identificaba totalmente con ellos. Informé en este sentido a Dulles y al presidente, manifestándoles que, a mi juicio, Guatemala no tardaría seis meses en ser dominada por los comunistas, si no se tomaban de inmediato las medidas necesarias para contrarrestar su influencia."

La reacción de Eisenhower fue la siguiente: "Debe hacer algo, y pronto." Un Gobierno democrático legalmente establecido corría el riesgo de transformarse en comunista. Pero no existía en Guatemala un Gobierno "amigo" que se dirigiese a Estados Unidos pidiendo ayuda para combatir la subversión comunista. Se decidió pues la intervención, aunque nadie la solicitara. Naturalmente que para obrar así no había ninguna justificación legal. El asunto tenía que prepararse en secreto y nadie mejor que la CIA (Central Intelligence Service), el servicio de informaciones norteamericano, para encargarse de la cuestión.

"En mayo —escribe Eisenhower— se adoptó una decisión. El 17 de dicho mes, Foster Dulles informó a la prensa que Estados Unidos tenía noticias de que determinados países situados detrás del 'telón de acero' suministraban armas a Guatemala. Dichas armas fueron embarcadas en el puerto germano-oriental de Sttetin, a bordo del *Alphem,* carguero sueco fletado por una compañía naviera británica. El barco estaba siendo descargado en Puerto Barrios. Durante el viaje se había comportado de un modo anormal, cambiando varias veces de rumbo sin motivo aparente, como si se esforzara en confundir a posibles observadores. Se ha sabido que transportaba un cargamento de armas cortas y su correspondiente munición, así como piezas de artillería de campaña, de pequeño calibre. El material procede de la fábrica de armas Skoda, en Checoslovaquia. Dicha cantidad sobrepasa en mucho los requerimientos normales de las fuerzas armadas guatemaltecas."

Este transporte de armas sólo fue el pretexto para justificar la decisión de "impedir que en Guatemala se instalase un régimen comunista".

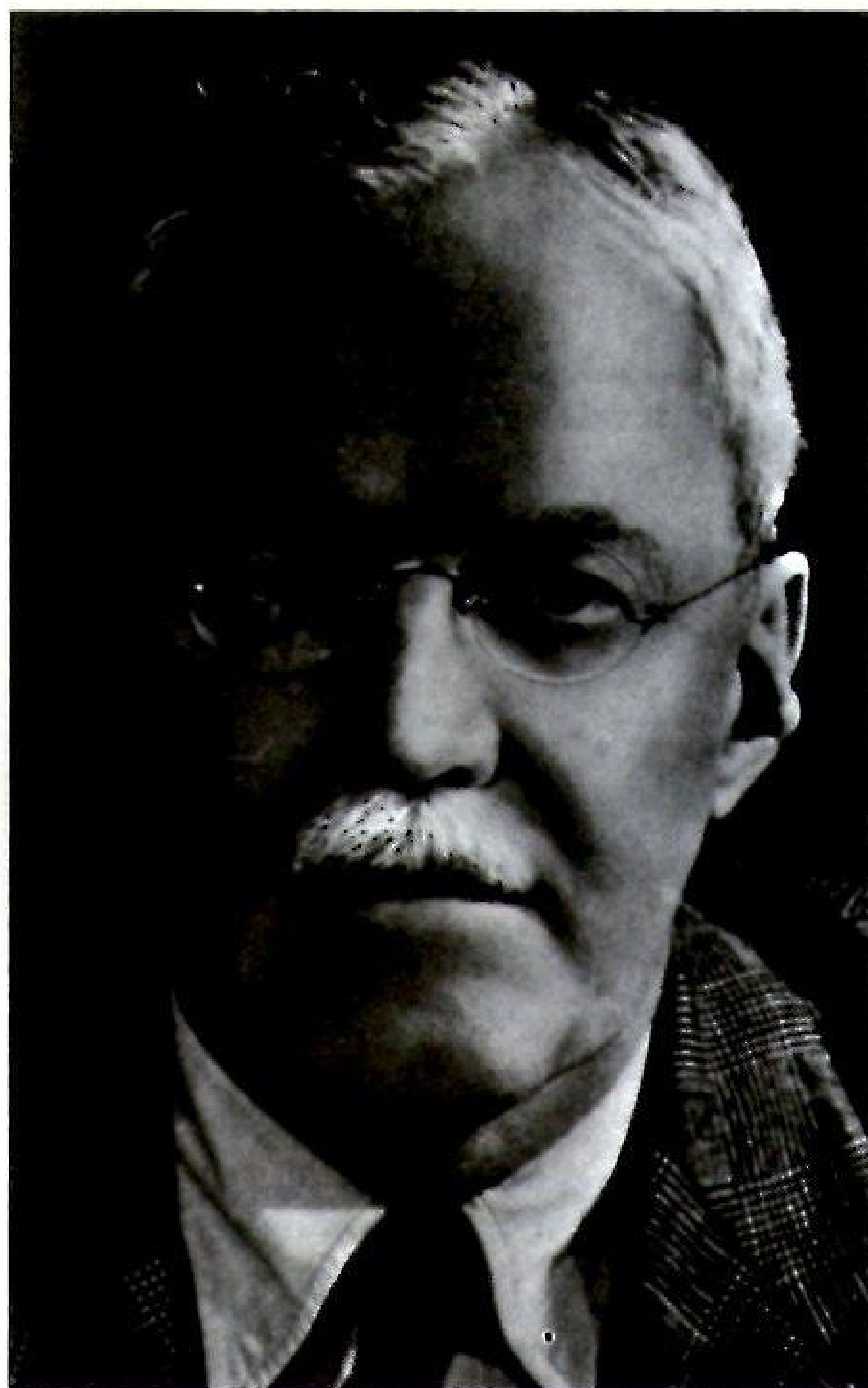
Con la debida antelación, los agentes de la CIA habían encontrado en Castillo Armas al hombre apropiado para sus fines, el jefe de las fuerzas anti-Arbenz. El coronel Castillo había encabezado en 1950 un *putsch* contra Arbenz. Escapó de la prisión abriendo una galería subterránea y se trasladó a Honduras, donde con el apoyo de la CIA reunió un pequeño ejército de voluntarios con el que deseaba volver a su patria.

Ahora que las armas checas acababan de llegar a Guatemala, la decisión de intervenir no podía retrasarse, y para ello se tenía que empezar proporcionando armas a los hombres de Castillo Armas. Dos aviones "Globemaster", los gigantescos transportes de las fuerzas aéreas norteamericanas, despegaron con 50 toneladas de material a bordo, fusiles, pistolas, ametralladoras y municiones, con destino a Honduras y Nicaragua. En este país, por ejemplo, bajo la protección de la familia Somoza, que domina en todo el territorio nicaragüense, recibía instrucción militar el grueso

de las fuerzas rebeldes, bajo el asesoramiento de un agente de la CIA, el "coronel Rutherford", que se había trasladado a Nicaragua tan pronto como se supo de la llegada a Guatemala del mercante *Alphem.*

El 18 de junio el coronel Armas, con unos 200 hombres, cruzó la frontera entre Honduras y Guatemala. A los 10 kilómetros de marcha ordenó el alto, en espera de que el régimen de Arbenz se derrumbase y pudiera entrar sin lucha en la capital. Solamente desplegó mucha actividad la pequeña flota aérea del coronel Armas, cuyos aparatos estaban tripulados por pilotos norteamericanos que, para asustar a Arbenz, bombardearon el puerto de San José y la capital del país.

Sin embargo, el presidente Arbenz no quería entregarse sin lucha. Se dirigió de inmediato a las Naciones Unidas, en demanda de que se condenara la "agresión" de las fuerzas expedicionarias. Cabot Lodge, entonces embajador norteamericano en la ONU, manifestó que, según las noticias que poseía de su Gobierno, no se trataba de ninguna "agresión", sino de una "rebelión", de un "levantamiento de guatemaltecos contra guatemaltecos". Además, correspondía que antes de dirigirse a la ONU consultara a la Organización Interamericana para la solución de litigios internos. Contra los votos de Dinamarca, el Líbano, Nueva Zelanda y la Unión Soviética se alzaron los de Estados Unidos, Brasil, China, Colombia y Turquía —Gran Bretaña y Francia se abstuvieron—, por lo que se decidió que el caso



"En la actualidad existen dos Gobiernos en Estados Unidos: el uno es bien visible, mientras que el otro actúa en la oscuridad. El ciudadano lee en los periódicos todo lo que se escribe sobre el primer Gobierno, y los niños aprenden su organización y su funcionamiento en los libros de la escuela. El segundo es como una maquinaria muy bien engrasada que representa el instrumento secreto de los Estados Unidos en la guerra fría. Este segundo Gobierno, secreto e invisible, reúne informes, fomenta el espionaje, y planea y materializa operaciones secretas en todas las partes del mundo." Los autores norteamericanos Wise y Ross caracterizan de este modo el servicio secreto norteamericano, la CIA, la Central Intellligence Agency. La opinión pública sólo sabe que esta institución es muy poderosa. Pero no conoce a cuantos agentes ocupa, cuántos billones de dólares se gasta anualmente y en qué se los gasta. Allen Dulles (ARRIBA) jefe de la CIA desde 1953 a 1961, y responsable del "caso Guatemala" y de la "bahía de Cochinos", escribe lo siguiente sobre las tareas de la organización que dirigió: "Una de las medidas más importantes del comunismo en la guerra fría es intentar la destrucción secreta de los pueblos libres. Los métodos empleados, los territorios elegidos para su acción y los puntos débiles que existen dentro de esos territorios, son mantenidos en secreto durante el mayor tiempo posible. Ellos aprovechan cualquier debilidad oculta, cualquier flanco de ataque que se les ofrezca atractivo, al mismo tiempo que buscan penetrar en las organizaciones militares y de seguridad del país que desean ganar, y hacia el que va dirigido su ataque secreto. Escribo conscientemente en este libro sobre el servicio secreto porque a él le está reservada una tarea muy importante, en la que se dilucida nuestra propia existencia y la de todos los pueblos del mundo libre. En la primera fase de las campañas destructivas del comunismo se encuentran sus miembros ocultos, su invisible aparato destructor. Contra esta actividad deben actuar sin pérdida de tiempo nuestras fuerzas secretas. Entre las tareas que le han sido encomendadas al servicio secreto se encuentran algunas que tienen la misma importancia que las que ya he descrito, como la obtención de información, el servicio de contraespionaje, la coordinación de informaciones y la preparación de informes sobre la situación para nuestro país." En 1953 fue derrocado Mossadeq en Persia, en 1954 Arbenz en Guatemala y en 1961 se intentó liquidar el régimen de Castro en Cuba. Si en todos estos casos se trataba de luchar contra el comunismo, la opinión pública norteamericana no podía dejar de hacerse ciertas reflexiones sobre lo ocurrido.

IMAGEN DERECHA: En el cartel pegado en la columna se lee: "¡Guatemaltecos!: cuando llegue el día de la liberación, morirán los que hayan ayudado a Arbenz. Pero los que apoyaron al Ejército de liberación, vivirán en pro de una mejor Guatemala." Junto a la columna, un miembro de las fuerzas armadas de Castillo Armas —un guatemalteco típico—, monta la guardia.

de Guatemala no sería tratado en el Consejo de Seguridad.

Arbenz no podía contar con la ayuda de las Naciones Unidas. Tenía que fiarse de sus propias fuerzas armadas, las cuales mostraban muy poco entusiasmo para respaldar a su presidente. Arbenz había descuidado infiltrarse en el Ejército, que no le apoyaba plenamente y tampoco sentía demasiada inclinación por los comunistas. Se temía que, con las nuevas armas checas, Arbenz pudiera armar a los afiliados a los sindicatos, constituyendo una milicia popular con la que reforzar al Ejército. Las unidades enviadas al encuentro de las huestes de Castillo Armas comunicaron a la capital que habían sido derrotadas por las fuerzas invasoras, muy superiores en número. En esta comunicación intervinieron los agentes de la CIA, con el propósito de enviar falsa información a Arbenz para que se inquietara. Pero lo que más preocupaba a éste eran los ataques aéreos enemigos. Por eso constituyó un fuerte golpe para la CIA el perder dos de sus aparatos. Uno fue derribado y el otro quedó destruido al tener que efectuar un aterrizaje de emergencia. El mismo día, 22 de junio, se celebró una reunión en la Casa Blanca, a la que asistieron el presidente Eisenhower, John Foster Dulles, ministro de Asuntos Exteriores; Allan Dulles, jefe de la CIA, y Henry F. Holland, subsecretario de Asuntos Interamericanos. El presidente Eisenhower resumió así lo tratado en esta conferencia nocturna: "El problema consiste en que Estados Unidos debe ayudar en la sustitución de los aparatos. El Estado que en principio los puso a disposición de Castillo estaba dispuesto a suministrarle dos cazabombarderos P-51 en el caso de que Estados Unidos se mostrasen dispuestos a reemplazarlos. En nuestra conferencia no hubo precisamente unanimidad en las opiniones.

" —¿Cuáles son las posibilidades de Castillo Armas sin aviones? —pregunté a Allan Dulles.

"Su respuesta fue terminante:

" —Ninguna.

" —De acuerdo, le facilitaremos los aparatos. ¿Qué oportunidades tiene con ellos?

"El jefe de la CIA contestó sin vacilar:

" —Cerca del veinte por ciento.

"Sopesé el asunto con cuidado. Comprendí que una intervención de Estados Unidos en los asuntos centroamericanos o de la zona del Caribe dañaría seriamente durante varios decenios nuestro prestigio en toda Latinoamérica. Por otro lado, me parecía un contrasentido apoyar, aunque fuese indirectamente, a un grupo anticomunista en esta lucha, en contra de la letra y el espíritu del Convenio de Caracas.

"Sabía por propia experiencia la significación psicológica del apoyo aéreo, por reducido que





"El resto de Latinoamérica no se lo tomó a mal en lo más mínimo", comenta Dwight D. Eisenhower en sus Memorias, *refiriéndose al derrocamiento del régimen de Arbenz en Guatemala. Sin embargo, algunos observadores críticos llegaron a otra conclusión. La presión masiva del ministro de Asuntos Exteriores, Dulles, ejercida sobre los demás Estados latinoamericanos para que condenaran a Guatemala en la Conferencia de Caracas, fue despreciada por numerosos delegados de dicha conferencia. "En el caso de que los Estados Unidos hubiesen mantenido su propósito con firmeza, también nosotros tendríamos que haber tomado una resolución en la que se dijera que dos y dos son cinco", declaró uno de los delegados al reportero del* New York Times. *John D. Martz, un experto en política sudamericana anticomunista, también criticó la política seguida por el Gobierno norteamericano: "Desgraciadamente, ésta no había sido la primera vez que Dulles demostraba su incapacidad para comprender las relaciones con los Estados latinoamericanos. Los Estados Unidos no ganaron ningún prestigio en Latinoamérica, pero perdieron muchas simpatías. Un delegado brasileño declaró que los Estados Unidos ya habían alcanzado su punto máximo como dirigentes democráticos del hemisferio." En su libro* Guatemala: el pecado original de John Foster Dulles, *Boris Goldenberg acaba un capítulo diciendo: "Pero en 1954 la totalidad de los latinoamericanos creían saber que 'ya había acabado la política de buena vecindad del presidente Roosevelt' y que ahora Estados Unidos reanudaban la tradición de un imperialismo activo."*
Un grupo de protestantes chilenos queman la bandera norteamericana por simpatía hacia el Gobierno Arbenz en Guatemala y como protesta contra Estados Unidos.

fuese. De todos modos tomé la decisión que me pareció más razonable, y lo que juzgué que era mi deber: había que reemplazar los aparatos perdidos. Cuando mis visitantes salieron del despacho acompañé a Allan Dulles hasta la puerta y le dije sonriendo, para suavizar algo la tensión:

" – Allan, esa cifra del veinte por ciento me convenció. Eso me hizo comprender que tiene usted una visión realista del problema. Si me hubiera dicho el noventa por ciento, me habría resultado muy difícil adoptar una decisión.

"Allan se mostró a la altura de las circunstancias. Replicó con una amplia sonrisa:

" – Señor presidente, cuando vi que Henry entraba en el despacho con tres gruesos tomos de leyes debajo del brazo, supuse que había perdido."

El efecto psicológico del apoyo aéreo al que se refiriera Eisenhower fue de especial importancia para los militares dispuestos al *putsch.* Fue su mejor argumento para exigir a Arbenz que se retirase.

Mientras tanto, el embajador norteamericano en Guatemala desplegaba una formidable actividad entre bastidores. Logró ganarse la voluntad del coronel Carlos Enrique Díaz, jefe de las fuerzas armadas guatemaltecas. Abandonado por los militares, Arbenz no tenía la menor posibilidad de salir triunfador y afianzarse en el poder. El 27 de junio anunció su dimisión. El jefe de la junta que se hizo cargo del mando no era otro que el coronel Díaz. Sin embargo, éste debió interpretar mal las intenciones del embajador norteamericano, pues anunció la inmediata reanudación de la lucha contra las fuerzas expedicionarias. Peurifoy entró de nuevo en acción y al día siguiente otros jefes militares obligaron al coronel Díaz a presentar la dimisión. Se iniciaron negociaciones con los rebeldes por mediación del embajador norteamericano. El 3 de julio, el coronel Armas efectuaba su entrada en Guatemala en medio de grandes muestras de entusiasmo. Prometió llevar a cabo las "reformas justas", pero sólo cumplió una mínima parte de las promesas al ser elegido presidente. No tardó en llevar a cabo una dura persecución contra los comunistas guatemaltecos y devolvió las tierras a la United Fruit Company. Con gran regocijo pudo exclamar Eisenhower:

"A mediados de 1954, al menos por el momento, no hay en América Latina ninguna avanzadilla sólida del comunismo."

Dicho momento había de durar cinco años. Por segunda vez receló Washington de una amenaza comunista en el hemisferio occidental. Y de nuevo ayudó a tropas expedicionarias. Esta vez para limpiar del comunismo a la Cuba de Fidel Castro.

Cuba

Fidel Castro nació el 13 de agosto de 1927 en Biran, en la costa nordeste de la provincia cubana de Oriente, en el distrito de Mayarí. Era hijo de un ex peón agrícola de la Nipe Bay Company, filial de la United Fruit Company, que con el tiempo se convirtió en rico agricultor. La situación social de la zona era entonces muy precaria y el joven Castro tuvo numerosas experiencias desagradables donde vivía; y esto, de algún modo, determinó que después se mostrara tan radical y vehemente. Rapacidad, codicia, robo, prevaricación e incluso asesinato fueron hechos contemplados por Castro desde muy cerca. También vio la triste suerte de las familias obreras, apiñadas en míseras barracas de madera, tan pequeñas que tenían que guisar al aire libre, sin médicos a los que acudir, ni calzado que poner a los hijos, que tampoco iban a la escuela por tener que trabajar a una edad muy temprana. No era raro ver a niños de cinco años ocupados en llevar cántaros de agua para los trabajadores del campo e incluso colaborando en las faenas agrícolas. En un artículo publicado en un diario en 1957 manifestó su hermana que Fidel Castro había dicho, siendo escolar, que la tierra pertenece al pueblo y no a los grandes terratenientes. De la misma fuente procede la respuesta de Fidel, que ya tenía diecinueve años, en una discusión que tuvo con su padre: "Asisto a la Universidad y estudio Derecho, y precisamente por eso defiendo lo que considero justo, aunque sea con las manos. Defiendo los derechos de los oprimidos contra quienes abusan del poder y embaucan al pueblo con vanas promesas. Esa es mi lucha."

Siendo niño ya era "indómito, terco y rebelde", como refirió su padre a un periodista; por lo demás, era un alumno inteligente y tenaz, aunque sobresalía fundamentalmente como deportista. Jugaba de un modo magistral al baloncesto y al béisbol, y nadaba y corría de forma magnífica. Estas habilidades deportivas le sirvieron de mucho en su época de guerrillero en Sierra Maestra. Sus profesores dijeron de él que poseía excelentes cualidades de actor, que con el tiempo usaría como agitador de masas, para ser aclamado por las multitudes.

Cuando estudiaba Derecho en la Universidad de La Habana —su desaliño era manifiesto, tanto que sus amigos le apodaban Bola de Churre— se sumergió en la vorágine de la turbulenta vida política común entre los alumnos de las Universidades latinoamericanas. Fue elegido vicepresidente de una junta de estudiantes de Derecho y estableció contacto con un naciente grupo de terroristas revolucionarios.

"De rebelde a *gangster* no había más que un paso —escribe Boris Goldenberg sobre dicho grupo—. Las pistolas colgaban del cinto, estallaban frases revolucionarias y las víctimas caían en la calle." Según rumores, Fidel Castro participó en dos asesinatos perpetrados por dicho grupo terrorista. Sin embargo, jamás se le acusó de ningún delito ni compareció ante los tribunales.

Fidel Castro interrumpió sus estudios en 1947 para unirse a un grupo de voluntarios —la Legión del Caribe—, con el general Juan Rodríguez, que intentaba derribar a Trujillo, dictador al frente de su patria, la República Dominicana. La aventura fracasó en el último momento, y para no caer en manos de las autoridades marítimas cubanas, Fidel Castro se arrojó al mar desde un buque en marcha y consiguió ganar la playa a nado.

Sólo un año después, Fidel Castro, presidente ya de la junta de estudiantes de Derecho, se trasladó a Bogotá, capital de Colombia, al frente de una delegación de estudiantes cubanos deseosos de unirse a otras delegaciones latinoamericanas para elevar protestas contra el imperialismo yanqui. El 9 de abril se celebró el IX Congreso de la Unión Panamericana, y los estudiantes querían obstaculizarlo al máximo. En esa misma fecha fue asesinado en pleno día, en una calle del barrio comercial de Bogotá, el jefe más popular entre los partidos liberales de la oposición, Jorge Eliecer Gaitán. El hecho provocó disturbios de carácter revolucionario, que fueron bautizados con el nombre de "Bogotazo". Hacía ya tiempo que la situación era muy tensa entre los liberales y conservadores, los dos partidos más importantes de Colombia. El asesinato de Gaitán actuó de fulminante en tan explosiva atmósfera. Profundamente irritados y con encendido espíritu revolucionario, los estudiantes, entre los que se contaban Castro y su grupo, se unieron a los liberales en su marcha hacia el Capitolio. En uno de los edificios anexos se había instalado una comisaría de policía, y tan pronto como el oficial de guardia, afiliado al partido liberal, se enteró por los estudiantes de que Gaitán había sido asesinado, suministró armas a los manifestantes. Armados y con frases belicosas en los labios, amenazando de muerte a los políticos conservadores, los estudiantes irrumpieron en el Capitolio y destrozaron varios salones, aunque no tardaron en ser rechazados por los soldados de la guardia. Desde el Capitolio se desparramaron por el casco urbano, donde las masas recurrieron a la violencia. Como es habitual en estos casos, se volcaron tranvías, se robaron e incendiaron automóviles, se rompieron escaparates y se saquearon tiendas. En las jornadas siguientes se produjeron choques sangrientos como en una auténtica guerra civil; hubo que

lamentar en la ciudad centenares de muertos.

En medio de este caos general, los comunistas trataron de situarse a la cabeza de la rebelión, dispuestos a asaltar el poder. Los estudiantes comunistas se procuraron micrófonos y recorrieron con ellos la ciudad excitando los ánimos en pro de la revolución. "¡Pueblo de Colombia! ¡Ha comenzado la Revolución izquierdista de América! ¡El Ejército está de nuestra parte! ¡Engrosad las filas revolucionarias! ¡La Revolución izquierdista americana es invencible!"

En la ciudad portuaria de Barranquilla los comunistas ocuparon el palacio del gobernador e izaron en él la bandera roja de la hoz y el martillo. En Bogotá se agravaban los disturbios; en pleno casco urbano ardían numerosos edificios.

El presidente Ospina, miembro del partido conservador, se reunió con los jefes liberales de la oposición y no tardó en convencerles de que los conservadores nada tenían que ver con el asesinato de Gaitán. Pero a consecuencia de ello, los comunistas ya no podían contar con el apoyo de los liberales, con lo que su tentativa de coronar una Revolución socialista en Colombia quedó condenada al fracaso. Sin embargo, tampoco se llegó a un sincero acuerdo entre liberales y conservadores. Todo lo contrario: con el asesinato de Gaitán se inició en Colombia un período trágico. La violencia estalló en todo el país. Liberales y conservadores se destrozaban mutuamente, en una verdadera guerra civil. Hasta la unificación de ambos partidos en mayo de 1957, durante dieciséis años se repartieron los cargos oficiales y los escaños en el Parlamento, sin tener en cuenta el resultado de las elecciones. La presidencia del Gobierno cambiaba cada cuatro años. La violencia ocasionó unas 300.000 víctimas. Y aún después del acuerdo de paz, los actos de violencia en forma de lucha entre soldados y bandas de guerrilleros continúan hasta el presente.

Sin disponer de medios adecuados y buscado por la policía, Fidel Castro tomó parte activa en el Bogotazo con el arma en la mano, y con la ayuda del embajador cubano logró subir a un avión de carga, que en realidad se utilizaba en el transporte de ganado selecto para la reproducción. Así logró llegar a Cuba sano y salvo. Medio año después se casó. Durante su encierro en la isla de Pinos ese matrimonio se arruinó.

En 1950 se doctoró en Derecho y se le admitió en el Colegio de Abogados cubano. A pesar de estar casado y tener numerosas ocupaciones, su gran afición seguía siendo la política.

Y para comprender un poco mejor sus concepciones, será conveniente que echemos una ojeada retrospectiva. Cuba, colonia española desde 1511 a 1898, año en que obtuvo la independencia tras una victoriosa campaña militar, no pudo desarrollar en el curso de su historia un orden estatal que a tenor de nuestro concepto pudiera llamarse democracia. En vez de ello se sucedían en el poder regímenes más o menos dictatoriales y más o menos inclinados al cohecho. Todos procuraban que las elecciones se realizaran con una fachada democrática, pero en el fondo el poder de los feudales nunca se vio formalmente limitado. En una de esas elecciones resultó victorioso el general Machado y Morales, que se elevó a la presidencia en 1925, con el apoyo de los liberales. En dicho año de plena coyuntura económica empezó su gestión como "reformador" paternalista. En 1929, en que comenzó la grave crisis económica mundial, transformó el régimen en una sangrienta dictadura. Su meta era aplastar cualquier forma de oposición, meta que persiguió con brutal dureza, aunque sin conseguir el éxito apetecido. Ni su policía secreta ni sus comandos de exterminio lograron impedir que los disturbios fueran en aumento. Se organizaron en todo el país infinidad de grupos terroristas, donde los estudiantes jugaron un destacado papel. Pero el terror y el contraterror no hicieron más que aumentar la miseria de la población. Las masas se amotinaron tanto en la ciudad como en el campo. Las huelgas, los tiroteos y los atentados con bombas estaban a la orden del día, y como entretanto se hizo cargo del poder en Estados Unidos Franklin Delano Roosevelt, éste hizo valer su influencia para hacer dimitir al Gobierno Machado. Por fin, el general salió del país el 12 de abril de 1933, a bordo de un avión y con buena parte del tesoro nacional. Aterrizó en Miami, dejando sumido en el caos a su país. El doctor Céspedes, militante del grupo social-conservador, elevado provisionalmente a la primera magistratura gracias a los buenos oficios estadounidenses, no se mostró a la altura de los problemas que aquejaban a la nación cubana.

Boris Goldenberg escribe sobre el particular: "La masa puesta en movimiento, los estudiantes, los anarquistas y los comunistas se negaron a reconocer al nuevo Gobierno. En los pueblos brotaron graves desórdenes. Los simpatizantes de Machado se vieron perseguidos y apaleados; las casas fueron saqueadas y las redacciones de los periódicos y las imprentas incendiadas. Se había desatado la más completa anarquía, y el Gobierno se mostraba impotente para dominar el espantoso caos."

Y en tan confusa situación llegó la hora del sargento Fulgencio Batista y Zaldívar. Batista, un mulato del estrato más inferior, de reducida talla y rasgos de mestizo, organizó el 4 de setiembre de 1933 un audaz *putsch* contra el Gobierno y su propio Cuerpo de oficiales. Cuando éstos, en la noche del 3 de setiembre, se ausentaron para per-



Escena callejera en Bogotá durante los momentos culminantes del "Bogotazo". Con motivo de estos disturbios el perturbado mental Juan Roa Sierra asesinó al político liberal Jorge Eliecer Gaitán. Antes de que el asesino pudiera decir una sola palabra sobre los motivos que le impulsaron, fue apaleado por la multitud hasta causarle la muerte. Finalmente, cuando remitió algo la indignación del pueblo, Bogotá parecía ser una ciudad recién bombardeada, de tan violenta como fue la reacción del pueblo que costó la vida a más de 300.000 colombianos.

noctar fuera de sus cuarteles, haciendo uso de un privilegio habitual, el sargento Batista dio la consigna telefónica al sargento de servicio en todos los cuarteles del país: "Los sargentos toman el mando". Y cuando los oficiales acudieron al día siguiente a ocupar su puesto de costumbre, tuvieron que volverse al encontrar barricadas ante las puertas. Muy sorprendidos por esta "revuelta de los sargentos", se retiraron al Hotel Nacional, donde tras varias semanas de lucha y bombardeos no les quedó otro remedio que capitular.

Mientras en el país cedían paulatinamente los disturbios, Batista, que no tardó en ascenderse a sí mismo al rango de general, ejerció de hecho el poder absoluto desde su puesto de mando de las fuerzas armadas. En 1935 juzgó llegado el momento de extender su poderío al ámbito civil, convirtiéndose en el hombre fuerte de Cuba, bajo cuyo dominio los diversos presidentes no fueron sino marionetas que actuaban a capricho del dictador.

Es lógico que este Gobierno fuese venal, y como era de esperar, el propio Batista se enriqueció descaradamente. No obstante, era su deseo hacer algo por el pueblo y por la gente pobre, pues él, en la infancia, experimentó en su propia carne el hambre y la miseria. Batista no sólo deseaba el poder y la riqueza personales, sino el favor de las masas.

En 1939, y bajo su férula, se celebraron unas elecciones relativamente libres, de la que salió una Asamblea Nacional encargada de redactar la constitución. Promulgada en 1940 por dicha Asamblea Nacional, tuvo una larga vida formal, hasta que Fidel Castro la derogó en 1961, en su esfuerzo por mejorar las condiciones de vida de las clases menos favorecidas de la población, si bien sus intentos pertenecen más bien al campo de la utopía que al de la realidad, pues mal podrían llevarse a cabo unos planes en las condiciones imperantes en el país. En el mismo año Batista se apuntó otro gran triunfo, muy espectacu-

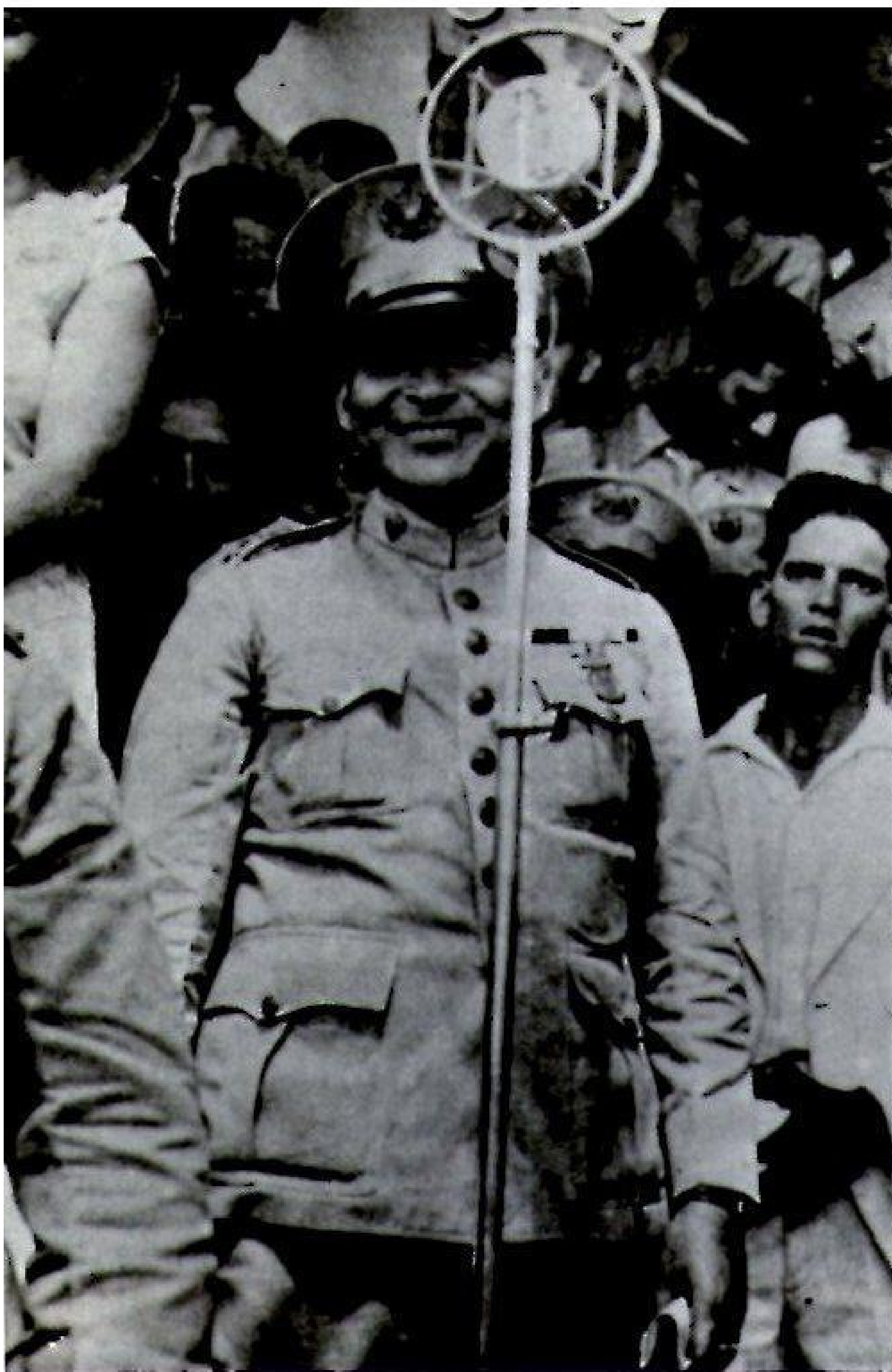


IMAGEN SUPERIOR: El joven Fulgencio Batista y Zaldívar dirige un discurso a la población cubana con motivo del primer aniversario de su golpe de Estado, el 4 de setiembre de 1933. En 1935 comenzó el verdadero período de soberanía de Batista en Cuba, quien, a pesar de sus declaraciones, no pudo cumplir su propósito de crear en la isla una democracia social.
Cuando en 1952 Batista llegó de nuevo al poder mediante un putsch militar, gobernó desde el principio con poderes dictatoriales. Aunque decía tener las mismas ideas de quienes había tomado como ejemplo, Abraham Lincoln (IZQUIERDA), Mahatma Gandhi (DERECHA) y José Martí (CENTRO), en la práctica su Gobierno no tuvo nada que ver con las ideas mantenidas por estos grandes hombres. Bajo él, el "Gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, de Lincoln, se convirtió en una dictadura; el principio de Gandhi de la no violencia, se transformó en la aplicación del terror, y la libertad de José Martí —héroe nacional de los tiempos de la guerra de independencia contra España—, se convirtió en la opresión del pueblo cubano. Cuando Batista se vio obligado a capitular ante Castro, en Cuba existía una situación que, según las previsiones de Hannah Arendt, "es de verdadera revolución". "A diferencia de los golpes de Estado y de las rebeliones militares de todo tipo, una de las características de las verdaderas revoluciones es que sus fases iniciales se desarrollan con relativa facilidad y sin demasiado derramamiento de sangre. De esto se desprende que las revoluciones sólo son posibles allí donde el poder ya está en la calle y donde la autoridad del régimen existente es desacreditada sin esperanza alguna."

lar: se nombró presidente, idea que le obsesionaba desde hacía tiempo, en su propósito de establecer en Cuba una verdadera democracia social, aunque esto quedó en pura teoría.

De conformidad con lo dispuesto en la constitución, que limitaba a cuatro años la duración del mandato presidencial, y ante la sorpresa general, convocó en 1944 unas elecciones verdaderamente libres para nombrar nuevo presidente. Respetó la decisión del pueblo, que escogió al doctor Grau San Martín como sucesor. El nuevo magistrado intentó introducir ciertas innovaciones en el terreno de lo social, que no pasaron de ser más que una copiosa legislación sobre la materia. En vista del éxito, no tardó en resignarse y hacer lo mismo que sus antecesores. Tanto él como su partido se enriquecieron como no lo había hecho ningún Gobierno cubano anterior. Durante el mandato de su sucesor, Carlos Prío Socarrás, perteneciente al mismo partido, no mejoraron en absoluto las circunstancias. Sin embargo, durante su período presidencial, de 1948 a 1952, se disfrutó de una libertad sin límites en cuanto a la libre manifestación de opiniones. Todo el mundo podía criticar, mofarse y hasta calumniar, lo que naturalmente, tratándose del Gobierno, no resultaba difícil, pues había motivos en abundancia. En realidad, el programa gubernamental no tenía la menor semejanza con los postulados de la constitución.

También Batista se exilió a Florida en 1944, llevándose una inmensa fortuna. Aprovechando la nueva libertad, se hizo elegir senador en ausencia, en 1948; ese mismo año regresó a Cuba. Posteriormente, en 1952, se presentó como candidato a la presidencia.

Como sabía que no lograría escalar el poder por la vía democrática, Batista recurrió de nuevo a la sedición. En la noche del 10 de marzo de 1952, al amparo de la oscuridad, se dirigió en automóvil al Cuartel general en Campo Columpio, La Habana, con varios oficiales de confianza. Al llegar a la puerta, el chófer se asomó y gritó: "¡Aquí Batista! ¿Estáis de nuestra parte?" El personal de guardia no dudó un momento y se unió a la insurrección. Los oficiales adictos al régimen no tardaron en ser reducidos a la impotencia, y el incruento golpe de Estado resultó un triunfo completo.

En lo sucesivo, Batista no dudó un instante en gobernar dictatorialmente, pese a las reiteradas manifestaciones en contra. Pero a su dictadura se oponían amplios círculos de la burguesía, el partido de los auténticos, el de los ortodoxos, los comunistas y el doctor Fidel Castro, desconocido aún en el plano nacional.

Castro, que se había unido a los ortodoxos liberales y deseaba introducirse en el Parlamento







cubano como representante de dicho partido, levantó airadas protestas. A los pocos días del golpe de Estado presentó ante los tribunales una denuncia contra Batista, alegando que había violado la Constitución de 1940. Como era de esperar, el tribunal rechazó la petición, argumentando que "la revolución también es fuente de derecho". Y como Batista siempre se había encaramado a la presidencia por medios revolucionarios, no podía ser considerado como un presidente anticonstitucional. Fidel Castro, consciente de que no podía hacer nada contra Batista por la vía legal, decidió hacerlo por el camino de la violencia.

Con varios amigos, en su mayoría jóvenes afiliados al partido liberal ortodoxo, aunque sin contar con la autorización de la jefatura de dicho partido, organizó sendos golpes de mano contra los cuarteles de Bayamo y Moncada, en Santiago de Cuba, la segunda ciudad del país en importancia, sita en la parte oriental de la isla, en la provincia de Oriente. Los cuidadosos preparativos duraron varios meses. Mediante donativos voluntarios se recaudaron 16.480 pesetas en total. Las armas y municiones se ocultaron en una granja avícola cercana, en la que unos 170 hombres pasarían la noche anterior a la fecha del ataque. Mientras otros 30 hombres ocupaban sus puestos en Bayamo, en la madrugada del 26 de julio de 1953 abandonaron la granja, y en 26 vehículos, con escaso armamento y uniformados en parte, con ropas procedentes del Ejército regular, llegaron a Santiago de Cuba hacia las cinco de la madrugada. Las calles todavía estaban bastante concurridas, por haberse celebrado la víspera la fiesta del santo patrón de la localidad, y numerosos habitantes continuaban el jolgorio. La caravana avanzaba lentamente por las calles de la ciudad; hasta el momento, todo salía conforme al plan trazado. Un grupo se separó para encaminarse a la emisora de radio, otro en dirección al Hospital Saturnino Lora, y un tercero, mandado por el joven de veintiún años Raúl Castro, se dirigió a ocupar el Palacio de Justicia. El cuarto grupo, o sea el grueso de la fuerza, enfiló directamente la ruta del cuartel. Algunos rebeldes, disfrazados de soldados, se habían introducido ya en el cuartel sin llamar la atención de los centinelas, cuando de pronto uno de los camiones tomó mal una curva cerrada y volcó. Los ocupantes saltaron con presteza y entraron en el cuartel por el acceso más inmediato que tenían. Fidel Castro ordenó efectuar los primeros disparos en apoyo de sus compañeros. Los soldados de la guarnición no tardaron en responder al fuego. Cuando los rebeldes se encontraron en el patio del cuartel, en vez de asaltar la armería se dirigieron por error a la barbería, por lo que no se pudo contar con el factor sorpresa en el momento decisivo; a partir de ese momento el golpe de mano estaba condenado al fracaso. Tal y como había previsto, Castro dio inmediatamente la orden de retirada. Parte de los rebeldes trataron de ocultarse en el casco urbano, mientras otros se refugiaban en el hospital, y un tercer grupo, del que formaba parte Fidel Castro, trató de ocultarse en las montañas, acosados por la policía y el Ejército, que se vengaron cruelmente en los rebeldes. Por cada soldado que resultó muerto se liquidó a una docena

de rebeldes. Pero las víctimas no sólo fueron ejecutadas, sino que antes se las sometió a horribles torturas; muchas de ellas fueron castradas y cegadas, y sus cadáveres mutilados. Moncada, según declaró Castro ante el tribunal, se había convertido en una cámara de tormento y en lugar de muerte. "Los muros aparecían sembrados de trozos de carne humana, piel, masa encefálica y cabellos. No eran los restos de una lucha normal, sino que los disparos se habían efectuado a boca de jarro." Los prisioneros fueron sometidos a los más atroces métodos de tortura.

En la celda de Haydé Santamaría, una de las compañeras de Fidel Castro, un soldado que formaba parte del equipo interrogador, entró llevando en la mano un ojo ensangrentado: "Este ojo que ves es de tu hermano, y si no nos dices lo que él se niega a confesar, le sacaremos el otro." Haydé Santamaría guardó silencio, y poco después, como habían advertido, le trajeron el otro ojo de su hermano, quien, como otros muchos detenidos, fue ejecutado en la misma prisión antes de comparecer a juicio.

El propio Fidel Castro escapó de la muerte por pura casualidad. A pesar de que el arzobispo de Santiago de Cuba, monseñor Enrique Pérez Seantes, recibió de los militares la seguridad de que serían bien tratados los rebeldes que se entregasen voluntariamente, en el caso de Fidel Castro los soldados recibieron orden expresa de no capturarlo vivo. Fue una suerte para Castro que la misión se la confiasen a un oficial, Sarriá, que no estaba dispuesto a acatar la orden. Fidel Castro y sus dos camaradas, completamente agotados, hambrientos y sin municiones, se encontraron con la patrulla que mandaba Sarriá, y eso les salvó la vida. Este oficial era el único que conocía personalmente a Castro —habían estudiado juntos en la Universidad de La Habana—; el oficial registró a su antiguo condiscípulo como en busca de armas ocultas y le susurró al mismo tiempo: "No te des a conocer, tu vida corre peligro." Ordenó a sus soldados que condujesen a los tres prisioneros, no al cuartel de Moncada, sino a la prisión civil de Santiago de Cuba, donde no había peligro inminente para Castro.

Este episodio pondría nuevamente su vida en peligro. Durante el proceso, que se inició el 21 de setiembre, Fidel Castro dejó de aparecer ante el tribunal cinco días después de empezar el juicio. "El acusado doctor Fidel Castro Ruz —leyó en voz alta el juez Nieto— no se halla en situación de comparecer ante este tribunal. Se han recibido noticias de la prisión, según las cuales el acusado se encuentra enfermo y necesita descanso absoluto." La vista de la causa contra los restantes acusados prosiguió normalmente; el proceso contra Fidel se dejó para otra ocasión. El juez Nieto ordenó silencio en la sala por medio de la campanilla, y se disponía ya a reanudar la sesión, cuando se oyó la voz de una mujer: "¡Señoría! Aquí le traigo una carta del doctor Fidel Castro. Está escrita de su puño y letra, y va dirigida al Tribunal Supremo." Mientras hablaba, la joven dama —figuraba asimismo entre los acusados y se llamaba Melba Hernández, doctora en Derecho, y tenía a cargo su propia defensa— se llevó ambas manos a la cabeza y sacó un trozo de papel doblado que entregó al tribunal. "Hoy he sabido —decía Castro— que no puedo comparecer ante la sala por estar enfermo. En realidad, mi salud no puede ser mejor. Además, sé con absoluta certeza que se ha dispuesto mi liquidación física. Por ello ruego al tribunal que nombre a un médico para que investigue 'mi enfermedad'." Además, pedía que se escoltase a los rebeldes en el trayecto de la prisión a la sala, para que no resultasen muertos en un "intento de fuga".

Después de recibir el escrito, el juez dispuso que el médico de la prisión examinase regularmente a Fidel Castro en su celda, y además que se le vigilara sin descuido a la hora de las comidas.

Castro compareció por fin ante el tribunal, de modo que pudo continuarse el proceso iniciado contra él.

"—¿Por qué —inquirió el fiscal Echevarría— no atacó usted el Campo Columbia? El grueso de las fuerzas armadas estaba acuartelado allí y no en Moncada.

"—Porque no estábamos lo bastante bien pertrechados para ello. Creímos poder apoderarnos de Moncada sin disparar un tiro. Advertí a mis camaradas que deseaba evitar derramamiento de sangre, a no ser que fuese absolutamente necesario. El factor sorpresa era decisivo en nuestro plan. Por otra parte, era preciso refugiarnos en las montañas, para desde allí preparar un nuevo golpe.

"—Si usted no tenía contacto con los jefes de ese movimiento —siguió preguntando Echevarría (partido liberal ortodoxo)—, ¿se puede saber con qué ayuda contaba?

"—De haber podido llegar al pueblo, seguro que hubiésemos logrado seguidores. Porque nuestro mejor aliado es el pueblo. Habíamos pensado en apoderarnos de la emisora y difundir el último discurso del difunto jefe del partido (liberal ortodoxo), Eduardo Chibás. Pensábamos que entonces todos los jefes de la oposición estarían con nosotros y que así podríamos derrocar al Gobierno Batista."

Resulta sin embargo dudoso que con el asalto a los cuarteles de Santiago de Cuba se alcanzase el efecto deseado. Una intentona así estaba condenada al fracaso sin contar con el pleno apoyo

de la masa, preparada con tiempo. Sin embargo, ese golpe abortado fue el primer paso encaminado a lograr el respaldo de las masas, que hizo posible la ulterior victoria de Castro sobre Batista. El efecto propagandístico vaticinado por Fidel no tardó en manifestarse. El joven abogado de La Habana se hizo famoso en toda Cuba. Y su defensa oral, que duró cinco horas, fue un enérgico alegato contra los métodos policíacos de Batista y una adhesión a las reformas democráticas y sociales en pro de los humildes y oprimidos. Este fue el primer documento del castrismo, que se conoce como el discurso de "la historia me absolverá", porque Fidel Castro concluyó su defensa con estas palabras.

Jurídicamente se defendió Castro con el argumento de que no se le podía acusar de rebelde, puesto que había obrado exactamente igual que Batista en aquel 10 de marzo del pasado año, cuando derribó al Gobierno en funciones. El tribunal, sin embargo, no podía suscribir lo aducido por Castro, y sentenció a los rebeldes a diversas penas de prisión. Y al cabecilla Fidel Castro le condenó a quince años de reclusión en la isla de Pinos, cercana a la costa sudoccidental de Cuba, donde había una penitenciaría militar.

La importancia de ese 26 de julio, como después se llamaría el victorioso movimiento castrista, lo explica muy bien Enrique Meneses, uno de los primeros que se unió en Sierra Maestra al jefe de guerrilleros Fidel Castro: "Doscientos hombres participaron en el golpe de mano contra Bayamo y Moncada. Setenta cayeron en la lucha, o en manos de la policía y el Ejército. Fidel Castro fracasó en su intento de rebelión, pero sembró la semilla para una futura cosecha. Los recientes mártires han sacudido el odio durmiente que existe contra el régimen, han movido a la acción a los grupos políticos oposicionistas y han creado el clima apropiado para una guerra civil."



Por cada soldado caído debían ser ajusticiados diez rebeldes. Esta fue la dura contestación de Batista contra el intento de Fidel Castro de asaltar los cuarteles de Moncada, en Santiago de Cuba, el 26 de julio de 1953. Tras el fracaso de dicho intento, quedaron atrás numerosos cadáveres, que son inspeccionados en esta fotografía por las tropas de Batista.

Mientras Fidel Castro, confinado en la isla de Pinos, organizaba una escuela para adiestrar en la lucha política a sus compañeros de encierro, Batista trató de afianzar su poder sobre una base más amplia. Las elecciones de noviembre de 1954 le dieron una notable victoria como presidente, pero nadie dudaba de que en Cuba se había terminado la verdadera democracia. En vísperas de las elecciones se retiró el único oponente, Grau San Martín, alegando que sin duda a partir de entonces las elecciones serían "amañadas". Y para hacer más tensa la situación política, Batista anunció, tras su victoria en las urnas, que por indicación del Parlamento se otorgaba una amnis-

tía general, que anticipaba el cumplimiento de la condena de Castro y sus camaradas.

El 15 de mayo de 1955 salieron de la prisión y regresaron a La Habana, donde sus partidarios les recibieron como héroes. Vigilado continuamente por la policía secreta de Batista, Castro no tardó en convencerse de que permaneciendo en Cuba jamás lograría alcanzar sus objetivos políticos. Por fin decidió trasladarse a México, desde donde pensaba desembarcar en la isla con un grupo de fuerzas armadas y derribar por la violencia al aborrecido dictador. A fin de reunir fondos para la empresa, Castro voló a Estados Unidos en octubre de 1955, dio unas conferencias e inició una campaña en beneficio de su Movimiento del 26 de Julio. Desde Estados Unidos se trasladó de nuevo a México, donde le aguardaban su hermano Raúl y otros veteranos de Moncada. Mientras tanto, Raúl Castro había conocido a un joven médico argentino, que se mostró dispuesto a luchar por la libertad de Cuba. No tardó en convertirse en un famoso teórico de la lucha de guerrillas; más tarde, el eterno guerrillero murió por su "revolución" en la selva boliviana. Este hombre que se unió a Fidel Castro era el doctor Ernesto Che Guevara.

Pero Che no era todavía el gran estratega de la guerrilla, y los restantes compañeros de aventura no tenían la menor idea de cómo tendrían que pelear con las tropas de Batista al encontrarse en territorio cubano. Lo que los rebeldes necesitaban con urgencia era un instructor con mucha experiencia, que tras intensa búsqueda encontraron en la persona del ex coronel Alberto Bayo, nacido en Cuba en 1892, que se exilió a España, donde estudió en las Academias de infantería y del Aire, participó en la guerra civil española al lado de los republicanos, y al terminar ésta con la victoria de Franco pasó a Francia, y de allí a Cuba y México. En este último país actuó temporalmente como profesor en una academia militar; estaba reconocido como un gran experto en la lucha de guerrillas. Después de unirse a Castro, Bayo, que entretanto se había convertido en empresario, vendió su fábrica de muebles para consagrarse a la instrucción de los jóvenes rebeldes. Esas enseñanzas, lo mismo que los preparativos de invasión, se mantuvieron en el más absoluto secreto, pues en caso de ser descubiertos por la policía mexicana se exponían a ser detenidos y expulsados del país.

Una granja solitaria, situada en una zona montañosa, sirvió a los futuros guerrilleros como campamento donde recibir un intensísimo entrenamiento militar. El propio Castro tomaba parte en él siempre que podía, ya que su principal actividad se centraba en recaudar fondos para la compra de armas. Siempre estaba en riesgo de ser descubierto por la policía mexicana. Por otra parte, a la Embajada de Cuba en la ciudad de México no le pasaba desapercibida la febril actividad de los rebeldes cubanos. A pesar de todo, la primera detención de Fidel Castro se debió a una pura casualidad. Por un error se le dio el alto a su vehículo cuando se dirigía a la granja de entrenamiento. Al descubrir armamento en el interior, y teniendo noticias de que no lejos de allí había un depósito de armas, los policías detuvieron a Castro y a más de cincuenta de sus compañeros y los condenaron a tres semanas de encierro en la capital mexicana, por incumplimiento de las leyes de inmigración. Como las armas fueron confiscadas por la policía, hubo que procurarse otras y buscar un nuevo escondrijo.

Por último, Castro logró reunir armas y dinero suficiente para la gran aventura. También compró el yate *Granma,* a bordo del cual él y sus 81 camaradas se trasladarían a Cuba. En los últimos días que precedieron al viaje, la policía mexicana estrechó el cerco; no obstante, los rebeldes cubanos llegaron el 25 de noviembre al punto de embarque, en Tuxpan.

"Fue una suerte —informa Teresa Casuso, entonces confidente de Castro— que la policía registrara un lugar equivocado." Fidel y sus 81 camaradas pudieron embarcar en el desvencijado yate con destino a Cuba. Los motores no funcionaban como era de esperar y sólo había espacio para veinte personas. El pequeño yate, atiborrado de carga con el exceso de pasajeros y su impedimenta, tenía que ser achicado de continuo. Los hombres estaban agotados. Durante las últimas ajetreadas semanas en México durmieron muy poco, y en el trayecto no mucho más, pues iban materialmente estrujados. No había sitio para desentumecer los músculos. En turnos de seis horas la mitad de los hombres permanecía en pie, mientras el resto permanecía sentado y con las piernas encogidas. Hambrientos, muertos de sed y desfallecientes, desembarcaron en Cuba en la madrugada del 2 de diciembre.

Según el plan de Castro, llegaron con dos días de retraso. En principio, la fecha señalada era el 30 de noviembre; se habían organizado levantamientos en varias ciudades de la provincia de Oriente, coordinados con el desembarco de los rebeldes. A continuación se había preparado una huelga general, con la esperanza de asestar un buen golpe inicial al régimen de Batista.

Pero el 30 de noviembre Castro todavía se encontraba a bordo del *Granma,* que avanzaba penosamente luchando con los embates del mar, teniendo que contentarse con seguir por radio la marcha de los acontecimientos en Santiago de Cuba, que no podían ser mejores, aunque en otros lugares las tropas de Batista se impusieron.



En la actualidad, todos los niños de Cuba conocen el nombre de este yate, el Granma. *Con él, Fidel Castro y sus 81 rebeldes navegaron durante 176 horas, recorriendo 1.200 millas marinas, desde México hasta Cuba. En sus* Apuntes sobre la guerra de liberación cubana, *Che Guevara describe el viaje: "Abandonamos el puerto de Tuxpan sin luz y en medio de una infernal barahúnda de hombres y material de todas clases. El tiempo era muy malo y se habían prohibido las ayudas a la navegación, aunque la zona de desembocadura del río estaba tranquila. Llevando un curso en zigzag llegamos al golfo y poco después encendimos las luces de posición. Empezó una ansiosa búsqueda de pastillas contra el mareo, pero no las encontramos. Durante unos cinco minutos estuvimos cantando el himno nacional cubano y el himno del 26 de Julio. Después, el yate ofreció un aspecto risible y trágico a la vez: los hombres, con las caras desencajadas, se sostenían los estómagos, algunos metían las cabezas en cubos, y los más se hallaban tendidos sobre la cubierta, en las más extrañas posiciones, sin moverse, y con sus ropas manchadas de detritus."*

Después de los descalabros iniciales, no puede decirse que el desembarco fuese una empresa del todo feliz. La embarcación iba tan sobrecargada que se hundió a corta distancia de la playa; los hombres, exhaustos, tuvieron que abandonar parte de la impedimenta, y hundidos en el agua hasta el pecho hubieron de ganar la costa a pie. Y para colmo de males, el litoral pantanoso de Belic, al este de Niquero, donde el yate se fue a pique, obstaculizó más aún la operación de desembarco. Pese a todo, los rebeldes pudieron llegar a tierra sanos y salvos, pero no tardaron en ser localizados y se entabló el combate. Presionados por las fuerzas de Batista desde el aire y por tierra, no tuvieron más remedio que dispersarse en grupos reducidos y buscar amparo en las montañas. Los rebeldes sufrieron muchas bajas, entre muertos, heridos y prisioneros; sólo una docena de hombres, entre ellos Fidel Castro, su hermano Raúl y Che Guevara consiguieron refugiarse en Sierra Maestra.

Este territorio, situado en el extremo sudeste de la isla, es una zona montañosa cubierta de tupida vegetación, de acceso difícil, sin red viaria ni comunicaciones, poblada por míseros agricultores (guajiros) que habitan en pequeñas aldeas y er bohíos aislados. Un paraje ideal para la guerrilla.

Mas por el momento no era cuestión de pensar en el combate. Para Castro y sus hombres el problema número uno consistía en sobrevivir. Y de no haber recibido ayuda de los guajiros, que simpatizaban con los rebeldes, no hubieran salido airosos del trance. Desde el principio, Castro adoptó la táctica de no enemistarse con los lugareños. Sus hombres tenían órdenes severísimas al respecto, en cuanto al trato y demás circunstancias. Por ejemplo, todo cuanto necesitaban los rebeldes en cuestión de alimento y bebida lo pagaban a buen precio y al contado. Inspirar simpatía y respeto por el buen comportamiento, así como la adopción de duras medidas contra ladrones y traidores, fueron la clave del éxito de Castro.

Así, por ejemplo, un administrador de haciendas que acusó a los guajiros de simpatizar con los rebeldes, con el propósito de hacerse con sus tierras, fue procesado y ejecutado por Castro, para alegría de los campesinos. "De este modo —escribió el periodista norteamericano Jules Dubois, comentando el caso—, Fidel Castro fue el Robin Hood de Sierra Maestra. Con el transcurso del tiempo seguiría la misma política, quitar a los ricos para dárselo a los pobres."

Para ofrecer a los cubanos un cuadro positivo de las actividades revolucionarias e informar a la opinión pública mundial, Fidel Castro necesitaba con urgencia una propaganda adecuada. Tras el desembarco de los rebeldes y los triunfos iniciales de las tropas del régimen, Batista divulgó la noticia de que Castro había resultado muerto; todas las agencias de prensa norteamericanas la dieron a conocer. Por tanto, lo primero que tenía que demostrar Castro era que vivía y luchaba como el primero. Para ello envió a La Habana a un camarada suyo, René Rodríguez, con la misión de rogar a un corresponsal de alguno de los más influyentes rotativos mundiales que se trasladase a Sierra Maestra para entrevistar a Fidel Castro e informar sobre la vida y hechos de él y sus hombres. Por medio del Movimiento 26 de Julio se le dio este encargo al estudiante Javier Pazos, en La Habana, quien se dirigió a su padre, ex presidente del Banco Nacional de Cuba, y éste a su vez lo hizo saber al único corresponsal extranjero que conocía, a la señora R. Hart Phillips, del *New York Times*. La señora Phillips se puso al habla con la redacción del *Times* en Nueva York, que no tardó en enviar a uno de los más destacados reporteros del influyente periódico, Herbert L. Matthews, para que escribiera "el reportaje de su vida".

Matthews se trasladó de inmediato a La Habana acompañado de su esposa. Allí se pusieron en contacto con varias personas y a los pocos días recibieron comunicación telefónica de Pazos, quien les indicó que se preparasen para el arriesgado viaje. Llevándose a su esposa como "tapadera", y ropas adecuadas para que parecieran turistas norteamericanos que se disponían a ir de pesca, llegaron a Manzanillo a las dos de la tarde del 16 de febrero. Allí establecieron su base de partida, desde donde Matthews salió aquella misma tarde a las siete, camino de las montañas, donde Castro tenía su guarida.

El periodista regresó a la tarde siguiente y se puso a escribir el primero de los tres importantes artículos sobre Fidel Castro, que produjeron gran impresión, sobre todo en Estados Unidos, y que para el joven cabecilla rebelde y su movimiento fueron de indudable significación. A través de Matthews y del *New York Times* el mundo tuvo noticias de que Castro aún vivía, y de que aun teniendo en cuenta la dureza de las condiciones en que se desenvolvía, continuaba siendo el idealista que al frente de un puñado de fanáticos luchaba por una causa justa contra una dictadura corrompida y arbitraria "hasta vencer o morir".

"Fidel Castro, el jefe rebelde de la juventud cubana, vive y pelea dura y victoriosamente en las escabrosas montañas de Sierra Maestra, situadas en la zona más meridional de la isla. El presidente Batista ha lanzado sobre dicho territorio a las unidades más aguerridas de su ejército, pero libra una batalla perdida contra el más peligroso enemigo con el que haya tropezado jamás el dictador cubano en su larga y agitada carrera." Con estas palabras abrió Matthews su primer artículo en la primera página de la edición del *New York Times* del 24 de febrero de 1957.

"La Habana —escribió en otro artículo sobre los seguidores del jefe rebelde— no puede saber que millares de hombres y mujeres se sienten vinculados a Fidel Castro en alma y vida, y que cientos de eminentes ciudadanos apoyan al doctor Castro. El terror desatado por el régimen de Batista hace crecer la antipatía del pueblo contra el dictador." El programa del movimiento revolucionario que se nombraba a sí mismo "socialista" todavía no estaba bien definido, pero podía decirse en términos generales que era "democrático radical y, por tanto, anticomunista". El mismo Castro, un convencido de los conceptos de libertad, democracia y justicia social, luchaba por reinstaurar la constitución y para que pudieran celebrarse elecciones verdaderamente libres. Al ser preguntado sobre su nacionalismo y antiimperialismo, Castro respondió al corresponsal norteamericano: "Puede usted tener la certeza de que no abrigamos la más leve enemistad hacia Estados Unidos y el pueblo norteamericano."

Matthews informó positivamente sobre el joven cabecilla rebelde: "La personalidad de este hombre es sencillamente extraordinaria. Se nota en seguida que sus compañeros le veneran y el por qué goza de la admiración de la juventud de toda la isla. Es un fanático culto y convencido, un hombre de probado valor y de notables aptitudes para el mando."

IMAGEN SUPERIOR:
"Castro is Still Alive and Still Fighting in Mountains." *"Castro aún vive y combate en las montañas." El reportero Herbert L. Matthews informa en el* New York Times *por primera vez sobre la supervivencia de Fidel Castro tras su desembarco en Cuba. Los informes del* New York Times *y de otros periódicos y revistas, en los que se reflejaba la simpatía por los rebeldes cubanos, ayudaron mucho a conseguir que tanto Castro como sus compañeros se hicieran populares en el mundo.*

IMAGEN INFERIOR:
La víspera de una gran carrera, organizada bajo el patronazgo de Batista, el famoso corredor automovilístico Juan Manuel Fangio fue secuestrado en Cuba, hacia finales de febrero de 1958, por los hombres del 26 de Julio. Este secuestro significó un gran éxito propagandístico para los rebeldes. En todo el mundo se tomó el suceso como motivo para informar sobre Castro y sobre el corrompido régimen de Batista. Típico de estos informes, es el que se reproduce aquí, en un artículo del Spiegel *(traducción en Apéndice, pág. 534).*

"All the News That's Fit to Print"

The New York Times.

LATE CITY EDITION

VOL. CVI. No. 36,191. NEW YORK, SUNDAY, FEBRUARY 24, 1957. TWENTY-FIVE CENTS

MEDIATORS SEEK A NEW TUG PACT; PIER MEN RETURN

Federal and City Aides Are Not Hopeful of Early End of Tie-up in Harbor

NO JOINT TALKS SLATED

Union Rejection of Contract Still Unexplained—10,000 Dockers on Job Here



CARGO MOVES AGAIN: Longshoremen, back on the job yesterday after their strike, unloading the Tabalaia here.

CLASH OF SERVICES ON MISSILE LOOMS

2 Studies Bid U. S. Start 20-Year Plan For Economic Aid

FRANCO SHUFFLES CABINET TO PRESS SPANISH REFORMS

New Foreign and Commerce Ministers Slated—Issue of Inflation Critical

By BENJAMIN WELLES

Cuban Rebel Is Visited in Hideout

Castro Is Still Alive and Still Fighting in Mountains

This is the first of three articles by a correspondent of The New York Times who has just returned from a visit to Cuba.

By HERBERT L. MATTHEWS

Fidel Castro, the rebel leader of Cuba's youth, is alive and fighting hard and successfully in the rugged, almost impenetrable fastnesses of the Sierra Maestra, at the southern tip of the island.

President Fulgencio Batista has the cream of his Army around the area, but the Army men are fighting a thus-far losing battle to destroy the most dangerous enemy General Batista has yet faced in a long and adventurous career as a Cuban leader and dictator.

This is the first sure news that Fidel Castro is still alive and still in Cuba. No one connected with the outside world, let alone with the press, has seen Señor Castro except this writer. No one in Havana, not even at the United States Embassy with all its resources for getting information, will know until this report is published that Fidel Castro is really in the Sierra Maestra.

This account, among other things, will break the tightest censorship in the history of the Cuban Republic. The Province of Oriente, with its 2,000,000 inhabitants, its flourishing cities such as Santiago, Holguín and Manzanillo, is shut off from Havana as surely as if it were another country. Havana does

Continued on Page 34, Column 1



Fidel Castro at a heavily shaded outpost on Feb. 17. He gave the signature to the correspondent who visited him.

DULLES WILL SEE SENATE LEADERS TODAY ON ISRAEL

Plans to Confer Also With Eban, Who Is Expected to Return With Compromise

U. S. POLICY DEFERRED

Stand on Sanctions Awaits New Israeli Proposals on Quitting Occupied Areas

KUBA

REBELLION

Der Trick mit Fangio

Heute hatten wir einen ruhigen Tag", berichtete der amerikanische Korrespondent Daniel Friedenberg Mitte Februar aus Santiago de Cuba. „Zehn Boys wurden in einem Haus in der Oberstadt von der Polizei gestellt und zusammengeschossen . . . Acht Bomben explodierten. Ich sah einen Mann, der mit einer mittelalterlichen Würgeschraube an einem Baum erdrosselt worden war . . . Ich ging an zwei bäuchlings auf der Straße liegenden Leichen vorüber. Ihre Hinterköpfe waren weggeblasen. Blut war auf der Straße verspritzt, als seien die Opfer wie Hühner mit abgehackten Köpfen noch ein Stück gerannt . . ."

Es war ein ruhiger Tag, gemessen am Sterblichkeitsdurchschnitt der Rache-Orgien, mit denen Kubas vierschrötiger Diktator Fulgencio Batista im Ostteil der idyllischen Antillen-Insel den Aufstand des Rebellen Fidel Castro zu ersticken sucht.

Seit 15 Monaten wütet das Klein-Algerien vor der Küste der Vereinigten Staaten. Aber erst als in der vergangenen Woche Rennfahrer-Champion Juan Manuel Fangio in einer Hotelhalle in der kubanischen Hauptstadt Habana — 1000 Kilometer vom Aufstandsgebiet im Osten der Insel entfernt — eine Pistolenmündung zwischen die Rippen geschoben bekam und gekidnapt wurde, bekundete die Weltöffentlichkeit ein Interesse, das Tausende von weniger prominenten Toten und Gefolterten bislang vergebens heischten. Die Entführung des berühmten Gashebeltreters war offensichtlich der schmerzlichen Einsicht des Rebellenhäuptlings Castro entsprungen, daß man der freien Welt einen Freiheitskampf, der nicht ins antikommunistische Klischee paßt, genau wie Damenstrümpfe und Bibelfilme nur durch Publicity-Sensatiönchen verkaufen kann.



Rebell Fidel Castro
Ein Cha-Cha-Cha für Fidelito

Fangio war zum Autorennen um den „Großen Preis von Kuba" gekommen, einer halsbrecherischen Jagd über die palmenumsäumten Boulevards der Hauptstadt Habana, zu der alljährlich Scharen spendabler „yanquis" vom Festland herüberkommen. Am Abend vor dem Rennen wurde er von Aufständischen entführt: Rebellenhäuptling Castro wollte die Amerikaner darauf aufmerksam machen, daß ihr tropisches Winterferien-Paradies in Wirklichkeit eine Hölle der Unfreiheit und Unterdrückung ist.

Das Rennen wurde dennoch gestartet, mußte aber nach fünf Runden abgebrochen werden, als der Ferrari des kubanischen Ersatzfahrers García Cifuentes in einer Kurve auf einer Öl-Lache ausrutschte, in die Menschenmenge schleuderte, fünf Zuschauer tötete und 28 verletzte. Trotz beschwichtigender Dementis der Polizei behauptete Fahrer Stirling Moss, Rebellen hätten das Öl auf die Strecke gegossen.

Fangio wurde unterdessen von den Rebellen durch die von Polizisten und Militärstreifen wimmelnde Hauptstadt nacheinander in drei Verstecke geschmuggelt. Er hatte seinen Zweck erfüllt, als das Rennen zu Ende war und die Schlagzeilen der Weltpresse gedruckt wurden: Man übergab ihn einem Kontaktmann der argentinischen Botschaft. Lächelnd und unversehrt tauchte er wieder auf. Er sei ritterlich behandelt und komfortabel untergebracht

worden, erzählte er. Unter seinen Bewachern seien auch hübsche junge Frauen gewesen. „Sie haben mir das Programm der Rebellenbewegung erläutert. Aber ich habe ihnen gesagt, ich sei an Politik nicht interessiert.“

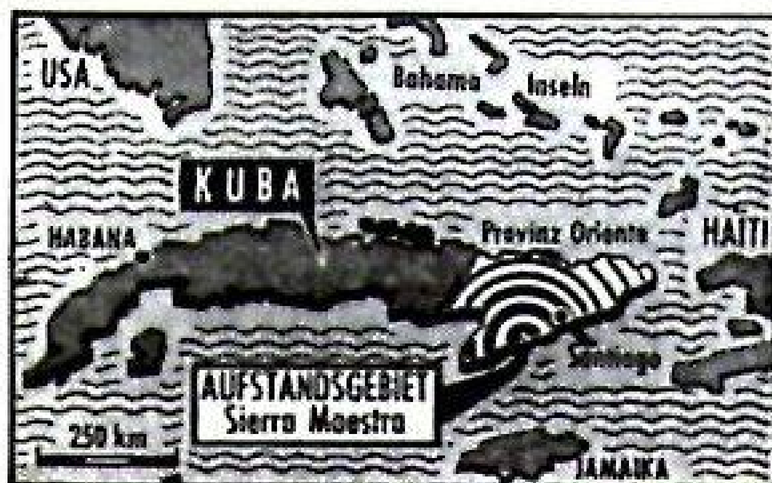
Indes, auch die politisch gewiß nicht sehr interessierten Durchschnittsamerikaner haben nun begonnen, wenn nicht von dem Programm, so doch von der erstaunlichen Person des Fidel Castro Notiz zu nehmen. In der Gunst der um Helden verlegenen amerikanischen Jugend konkurriert der bärtige Rebell aussichtsreich mit pflaumenweichen Rock'n'-Roll-Möpsen und mühsam aufgepeppten Davy Crocketts. Knallige Reportagen besingen seine Taten, und ein Cha-Cha-Cha mit dem Titel „Fidelito“ tingelt aus den Musikautomaten.

Der Kult um Castro aber ist losgelöst von der blutigen Wirklichkeit; er ignoriert den Kampf, dessen Gnadenlosigkeit den Korrespondenten Friedenberg und die wenigen anderen Beobachter, die sich in den belagerten Osten Kubas vorwagen, an den spanischen Bürgerkrieg in den dreißiger Jahren erinnert.


Batista und Frau: Welch ein Paradies!

Als der politische Flüchtling Fidel Castro im Dezember 1956 mit 81 Getreuen auf einer Dieseljacht, von Mexiko her kommend, auf die Insel zurückkehrte und nach wilden Scharmützeln mit den Truppen des Diktators Batista in die Sierra Maestra fliehen mußte, gab ihm niemand eine Chance. Aber es zeigte sich rasch, daß hinter der Rebellion mehr steckte als nur der Versuch eines Außenseiters, der regierenden Kamarilla die staatliche Korruptionspfründe zu entreißen.

Junge Männer aus allen Teilen der Insel, Studenten und Arbeiter, schlichen sich in die Berge und brachten die gutgedrillte, sogar mit erbeuteten Panzerschrecks ausgerüstete Guerilla-Truppe Castros auf weit über tausend Mann. Verwegene Überfälle und Bombenanschläge häuften sich, riesige Zuckerrohrfelder reicher Pflanzer gingen in Flammen auf. Batistas 25 000-Mann-Armee schloß einen engen Belagerungsring um die Berge, seine Flugzeuge verwüsteten rebellenverdächtige Siedlungen mit Bomben und Bordwaffen.



„Batista war über seinen Fehlschlag, die ‚Fidelistas‘ spornstreichs auszurotten, so in Rage geraten, daß er beschloß, an der Stadt Santiago de Cuba (in der Oriente-Provinz) ein Exempel zu statuieren“, berichtete Daniel Friedenberg. „Ein Krieg wurde gegen die jungen Leute erklärt, gegen die ehemaligen Oberschüler und Studenten, die das Mark des Kampfes sind.“

Durch Terror behielt Batista die Oberhand, riß aber die Rebellion nun endgültig aus dem üblichen operettenhaften Kreislauf lateinamerikanischer Politik heraus, in einem Kampf auf Leben und Tod. Gewöhnlich geht es nur darum, einen korrupten Politiker durch einen korrupten General, eine Junta durch eine andere zu ersetzen. Das System an sich, die Herrschaft der Feudalherren, bleibt unangetastet. Fulgencio Batista aber erreichte durch sein Blutgericht, daß keine so einfache Lösung mehr möglich ist. Batista hat das ganze System mitschuldig gemacht, und der Haß der Rebellion beschränkt sich nicht auf Batistas Person. Die Reichen haben keine andere Wahl mehr, als Batista zu unterstützen. Sein Sturz droht jetzt, ein Chaos der Rache heraufzubeschwören, das auch sie und ihr Eigentum gefährden könnte.

Wissentlich oder unwissentlich mitschuldig geworden und an Batistas Schicksal gefesselt sind aber auch die Amerikaner. US-Bürger haben sich in die ergiebigen Zuckerplantagen eingekauft und stehen damit gezwungenermaßen auf der Seite der korrupten Feudalen. Und die Prosperität, die der Yanqui-Dollar bringt, ist die einzige Hoffnung, die Wut der Unzufriedenen zu besänftigen und zu verhindern, daß der Aufstand unmittelbar nach Habana hineinschlägt.

Unablässig ist Batista auf der Jagd nach dem Geld, das er braucht, um den Kubanern ihren Schneid abzukaufen. Kuba ist zum Traumreiseziel amerikanischer Flitterwöchner und Millionärswitwen geworden. Riesige Hotels schießen zwischen den Palmen Habanas empor. Und während ein paar hundert Meter entfernt in einem schäbigen Gemäuer an der Theodore-Roosevelt-Straße Rebellionsverdächtige gefoltert und reihenweise zu zehn und zwanzig Jahren Zwangsarbeit verurteilt werden, schaukeln sich die Feriengäste aus dem Land der Freiheit in den Luxushotels am Meer nach Rumba-Rhythmen. „Unverheiratete Amerikaner werfen den bemalten Ladies im Mambo-Club kühne Blicke zu“, berichtet die Zeitschrift „New Republic“, „und die Touristen seufzen: Was für ein Paradies!“

Um Seligkeit und Spenderlaune der Besucher aus dem Norden noch zu heben, hat Batista sich jüngst erfahrenen Beistand gesichert: die US-Unterwelt. Mit zehnjährigen Steuerfreiheitsgarantien gewann er den Murder-Incorporated-Ganoven Meyer Lansky (vom US-Senat als „einer der sechs mächtigsten Gangster“ bezeichnet) für sein Projekt, aus Habana die größte Spielhölle der westlichen Hemisphäre zu machen, ein Super-Las Vegas für die Bewohner der amerikanischen Ostküste. Die Gangster stürzten sich mit solchem Elan auf ihre „reichste Goldgrube“ („Time“), daß sie nicht zögerten, ihren Genossen Albert Anastasia vorigen Oktober in einem New-Yorker Friseurladen umzubringen, weil er versucht hatte, Meyer Lansky die Spielkasino-Konzession für das neue Hilton Hotel in Habana (Kostenpunkt: 25 Millionen Dollar) streitig zu machen. „Die neuen Kasinos von Habana sind die verlockendsten und elegantesten“, meldete „Time“.

Tausend Kilometer entfernt von dem Luna-Park aber „beherrscht die kubanische Militärdiktatur Santiago genauso, wie Rußland Ungarn beherrscht“, schrieb die „New Republic“. „Das zu wissen, läßt einen für unser Land erschauern . . .“


Rennfahrer Fangio
Was für eine Politik!

Resulta incuestionable la trascendencia de ese artículo, y el de posteriores comentarios sobre el mismo, aparecidos en el *New York Times,* así como el eco favorable que tuvieron en el mundo occidental para quienes seguían atentos la evolución de los asuntos cubanos. En este punto coincidieron tanto simpatizantes como detractores de Fidel Castro. Su faceta de Robin Hood político se agigantaba por momentos y, sobre todo en Estados Unidos, aumentó la simpatía general por el rebelde solitario de Sierra Maestra.

Después, cuando Fidel Castro no convocó elecciones libres, declarándose "adepto del marxismo-leninismo" y su actitud antinorteamericana cobró formas extremas, los medios de comunicación de masas empezaron a presentar una imagen muy distinta de Fidel Castro, lamentando haber difundido, por ingenuidad o negligencia, una figura ideal de quien en realidad era comunista, y de haberle ayudado a escalar la cima del poder.

Si bien esta controversia sigue siendo un tema de actualidad, se debe resaltar lo siguiente: para la prensa liberal estadounidense resultó doloroso admitir la discrepancia entre lo dicho y lo hecho por el nuevo régimen cubano en materia de política exterior. Siempre con hermosas frases en los labios sobre libertad y democracia, Estados Unidos había apoyado en América Latina regímenes más o menos dictatoriales, formados por los grandes terratenientes y la oligarquía, apoyados por los militares. Especialmente en la etapa de la "guerra fría" y en la era de John Foster Dulles, el módulo seguido para otorgar ayuda en dólares y armamento era el anticomunismo. Si un régimen se mostraba resueltamente anticomunista, tenía asegurado el apoyo de Estados Unidos. En esta situación, la América liberal vio en Castro una ocasión única. En Cuba —al menos así lo creían— un joven idealista, demócrata, anticomunista y que no podía ser enemigo de Estados Unidos, en posesión de todas las virtudes americanas, luchaba contra un odiado dictador, cuyo sangriento mandato era un escarnio para los ideales americanos. No es de extrañar que los informadores, que entonces no disponían de pruebas en contra, tomasen partido por la causa de la Revolución cubana.

Como es natural, todos se habían manifestado en un sentido crítico, y en muchos artículos, en particular los escritos por Herbert Matthews, superaban los límites de un reportaje trivial y contenían intenciones "políticas" claramente definidas. Y con tal proceder se apoyó a Castro, pues como el Gobierno norteamericano hace respetar la opinión pública en su propio país, la actitud de la prensa colocó a Batista en una situación crítica, objetivo que se logró plenamente, aunque sin ganar a Fidel Castro para Estados Unidos.

A pesar de la ayuda recibida por medio de esta propaganda, que le granjeó simpatías, tanto en Cuba como en el extranjero, lo que poco a poco se fue traduciendo en ayuda material, Castro no pudo hacer mucho al principio contra el dictador cubano. Con el tiempo se le unieron rebeldes armados procedentes de otras zonas del país; las tropas de Batista no podían aniquilarlos en su refugio de las montañas, pero los rebeldes tampoco podían iniciar acciones ofensivas a corto plazo.

Hacia finales de mayo se efectuó el primer ataque por sorpresa contra la guarnición de una localidad denominada Uvero; en esta acción los rebeldes capturaron gran cantidad de armas, de las que estaban muy necesitados. El golpe de mano careció de importancia militar, pero esta "victoria" sobre las tropas de Batista tuvo, sin embargo, un gran valor propagandístico. Los jóvenes se dirigían a las montañas en mayor número cada vez, para unirse a los combatientes revolucionarios. Al principio, Castro se vio obligado a rechazarlos por carecer de armas suficientes. Muchos de ellos volvieron a incorporarse, ya provistos de armas, capturadas por fuerza a los hombres de Batista.

Con el aumento de sus efectivos, los rebeldes pudieron ampliar sus dominios; Fidel Castro robusteció su zona de operaciones en Sierra Maestra y sus cercanías, de donde barrió paulatinamente a las tropas gubernamentales. Se atacaba a las pequeñas guarniciones, no con el solo propósito de saquearlas, sino más bien para tender una emboscada a las fuerzas enviadas en auxilio del puesto atacado. Esta táctica permaneció inmutable cuando Batista mandó abandonar los puestos avanzados solitarios, para concentrar sus fuerzas en lugares menos peligrosos y aislados. Pero entonces los rebeldes ponían sitio a los nuevos puestos y aniquilaban en hábiles emboscadas a las tropas de refuerzo.

Pronto pudo decirse de Sierra Maestra que era "territorio liberado", cuya superficie iba en aumento y en la que los guerrilleros surgían por doquier, como para que nadie dudase de su poder efectivo. Los campesinos de la sierra, que desde un principio simpatizaron con los rebeldes, pasaron una época de indecisión, amedrentados por el terror de Batista y por los bombardeos, pero acabaron por inclinarse por entero del lado de los rebeldes, con lo que se dio la condición primordial para triunfar en una lucha de guerrillas: "contar con el apoyo de la población". Batista trató de enfrentarse a los rebeldes con soldados oriundos de la región donde operaban, buenos conocedores de la misma; sin embargo, esta tentativa estaba condenada al fracaso, pues a la hora del combate pesaban más los lazos familiares y de

paisanaje con los guajiros que la lealtad del soldado hacia sus superiores. Y los hombres enviados desde La Habana y otras grandes urbes, habituados a otra clase de terreno, no estaban preparados para operar en una zona tan abrupta como es la provincia del Este. Sierra Maestra era un feudo indiscutible de los rebeldes.

Pero no todos los intentos de insurrección contra Batista se desarrollaban de manera tan favorable como la lucha de guerrillas de Fidel Castro. El 13 de marzo de 1957 fracasó la tentativa del "directorio revolucionario", que envió un grupo al palacio presidencial de La Habana para asesinar al dictador cubano. Veinticinco rebeldes armados fueron muertos por los guardias de Batista; el jefe del grupo, Echeverría, cayó bajo los disparos de la policía. Un segundo comando, adiestrado en Florida por el coronel Bayo, que desembarcó en Cuba a mediados de mayo de 1957, fue atraído a una emboscada por las tropas de Batista y resultó casi completamente aniquilado. Tampoco tuvo éxito la rebelión de los infantes de Marina cubanos en el puerto de Cienfuegos. La infantería, los carros de combate y la aviación de Batista aplastaron a los sediciosos tras sangrientos combates. Sin embargo, estos triunfos parciales no podían salvar a Batista, pues cada vez se hacía más patente la inquietud reinante en el pueblo cubano. Castro sabía que ese clima de intranquilidad obligaba a Batista a una continua actividad política y militar de la que Fidel recogería el fruto de la victoria.

Castro se había separado de los ortodoxos en mayo de 1956, declarando independiente a su Movimiento del 26 de Julio (M 26-7). Este movimiento no era una organización sólida y carecía de estatutos y programas escritos. Lo que unía a sus afiliados era en primer lugar el odio a Batista y la admiración común por Fidel Castro.

El 12 de julio de 1957, el jefe rebelde dio a conocer su Manifiesto de Sierra Maestra, con el objeto de constituir un frente unitario de todos los grupos de resistencia. En octubre del mismo año se reunieron los delegados de diversos grupos oposicionistas, entre ellos los del M 26-7, en Miami, estado de Florida. Se redactó un programa que comprendía los puntos más importantes del Manifiesto de Sierra Maestra, y acordaron formar una junta de liberación.

Goldenberg comenta como sigue esta reacción: "Castro guardó silencio al principio y, para sobresalto de todos los participantes, renunció a la nueva unidad, como si con ello quisiera desautorizar a sus delegados. Fundó su actitud en un escrito en el que manifestaba que se sentía optimista y lo bastante fuerte como para lograr el triunfo con sus propios medios, sin tener que







IMAGEN SUPERIOR: Montado sobre una mula, el jefe de los rebeldes, Fidel Castro, respetado por todos, da órdenes a sus hombres del Movimiento 26 de Julio. Para el guerrillero, los máximos mandamientos son saber manejar bien toda clase de armas, disciplina y una lealtad incondicional. Por tanto, Che Guevara escribe que la parte más importante de su formación es "la educación política. Esta no debe ser descuidada nunca porque generalmente los hombres no tienen una idea clara del porqué se han unido a la guerrilla. Suelen tener algunas ideas vagas sobre la libertad personal, sobre la libertad de prensa o cualquier otra cosa. Pero los verdaderos pensamientos políticos se les tienen que enseñar de la forma más intensiva posible". El adoctrinamiento ideológico que se consigue de este modo es el verdadero creador de una moral de lucha decisiva. En sus apuntes sobre la guerra de liberación cubana, Che Guevara sigue escribiendo: "Y precisamente esta moral de lucha es la que les faltaba a los soldados del Gobierno en su confrontación con los guerrilleros. Sentimos en nuestro interior el verdadero sentido de las palabras de nuestro himno nacional: '¡Morir por la patria significa vivir!' Los soldados gubernamentales también conocían estas palabras, pero no las sentían con fuerza suficiente. La sensación de estar luchando por una causa justa era lo que nos diferenciaba de los soldados del campo enemigo, pues en realidad ellos no sabían muy bien por qué luchaban. ¿Por qué y para quién luchan? ¿Se debe luchar para que los soldados consigan después una posición privada más aceptable? ¿Se debe luchar por el derecho al botín, al robo cometido por personas vestidas de uniforme? Los hombres sólo luchan por estos derechos hasta un cierto punto: hasta que se les exige la vida." Batista (IZQUIERDA: Ante un mapa de Cuba) consiguió determinar dónde se encontraba el enemigo, pero no pudo destruirlo porque sus tropas no estaban dispuestas a luchar.

recurrir a compromisos de ninguna especie. Por tanto, no se obedecería 'ninguna orden ni directriz procedente del exterior'. En la junta de liberación había muchos charlatanes e incapaces, que en vez de subordinarlo todo a concentrar la ayuda armada en Sierra Maestra, aspiraban a lograr sus metas particulares, y con este propósito adquirían armas que o bien terminaban por caer en manos de la policía o quedaban ocultas en sus escondrijos, sin poder ser utilizadas."

"No nos podemos permitir el lujo de sufrir más derrotas; los que no estén con nosotros lo sentirán." El Movimiento 26 de Julio controlaba amplias zonas del país y era la única organización revolucionaria en vigor. Con la ayuda de otro grupo fundado por ella misma, denominado Movimiento de Resistencia Civil y sus sindicatos revolucionarios, el 26 de Julio dirigía el movimiento de las masas y las huelgas generales.

Castro lo dio a entender claramente en su escrito: "Nosotros (el Movimiento del 26 de Julio) hemos manifestado que no deseamos ningún cargo en el Gobierno", y con mayor énfasis significó: "la jefatura de la lucha contra la tiranía está y permanecerá siempre en Cuba, en manos de los combatientes revolucionarios. Aquellos que hoy o en el futuro pretenden ser jefes revolucionarios, deberán residir en el país y haber estado en riesgo continuó de sufrir lo que Cuba exige de nosotros." Al mismo tiempo, Castro propuso que el conocido juez Manuel Urrutia fuese el sucesor de Batista. Urrutia, junto con Fidel Castro, sería el encargado de velar por la ley y el orden, naturalmente en posición subalterna. Si se analiza cuidadosamente el escrito y se considera el ulterior proceder de Castro, puede decirse de modo terminante que se trata de una postura hegemónica, tanto en el período heroico de lucha como en la futura época triunfal.

Cuando las filas de los combatientes activos y las del movimiento de resistencia civil estuvieron bien consolidadas, los actos de sabotaje en pleno auge y el prestigio de los rebeldes bien cimentado, Castro consideró llegado el momento de medirse con Batista en el plano masivo. A principios de 1958 se convocó una huelga general, que en las provincias no fue del todo infructuosa, pero resultó un desastre en la capital.

Con ello Batista alcanzaba su primera victoria sobre las fuerzas de resistencia, y al fin Castro accedió a unirse a los restantes grupos oposicionistas para no ser tildado de "elemento discordante".

"Conciente de que la coordinación de todas las fuentes de ayuda humanas y materiales sólo se lograría mediante la colaboración de las fracciones políticas y revolucionarias de la oposición, además del concurso de personal civil y militar, obreros, estudiantes, profesiones liberales, comerciantes y, en fin, todo ciudadano ansioso de precipitar la caída de la dictadura criminal de Batista y traer a Cuba la paz interior y la democracia..." Así se decía en el Pacto de Caracas, de 20 de julio de 1958, que se cerró sin incluir a los comunistas y aunó a las más eminentes fuerzas de la oposición. Pero a espaldas de los firmantes de dicho pacto, Castro se puso de acuerdo con los comunistas.

A pesar de haber logrado un frente unitario sobre una base tan amplia, y de recrudecer las actividades de las fuerzas de resistencia, la actitud de Batista fue de importancia vital en la precipitación de su caída. Batista no consiguió entablar un diálogo fructífero y así intentó, lo mismo que el presidente Machado en los años treinta, suprimir toda oposición con los medios más enérgicos. Y lo mismo que en el caso de Machado, su dominio por el terror estaba condenado al fracaso. No trajo el menor respiro, sino una escalada en el terror que impulsaba a un mayor número de ciudadanos a engrosar las filas de la resistencia, tanto activa como pasiva. Aunque la cifra de 20.000 víctimas de la represión batistiana, cifra de procedencia castrista, sea un tanto exagerada, existen en cambio pruebas fehacientes del sinnúmero de brutalidades ejercidas por el régimen de Batista.

A pesar de las crecientes protestas de la Iglesia, los profesionales del Derecho, los médicos y otros estamentos y organismos, Batista no podía desistir de su política terrorista. El enviado especial del diario parisiense *Le Monde,* Claude Julian, describe con detalle los crueles métodos de gobierno empleados por Batista:

"Las prisiones se hallan abarrotadas y cada día es mayor el número de personas que desaparecen sin dejar el menor rastro. Un diplomático europeo no podía conciliar el sueño durante la noche porque desde su domicilio, cercano a una comisaría de policía, oía a diario los alaridos de los torturados. Los monjes de un convento de la provincia se reunían para orar a la misma hora (muy temprano por la mañana) en que los jóvenes prisioneros eran entregados al verdugo para ser castrados. El jefe de policía de Santiago efectuaba personalmente la castración de los sospechosos y de los culpables. Resulta imposible describir las fotos (de los mutilados) que he visto. Se diría que el Gobierno Batista se sostiene por la castración."

El terror desplegado por Batista, el incremento de la resistencia civil, los actos de sabotaje y la unidad política de los grupos de la oposición, la simpatía de la opinión pública y la redoblada actividad militar de los guerrilleros de Sierra Maestra, todo ello contribuyó a elevar el prestigio de Fidel Castro, mientras disminuía el de su opo-

nente. Su abominable dominio por el terror le quitó gran parte de crédito moral, y su incapacidad para aniquilar a las fuerzas armadas rebeldes menguaba asimismo su sangrienta aureola de tirano.

Otras tres unidades de guerrilleros, que operaban separadas entre sí, entre ellas la denominada 26 de Julio, habían abierto entretanto un eficaz "segundo frente" en la Sierra Escambray, en las montañas de la provincia Las Villas. En estas circunstancias —nadie podía negar ya que Cuba se hallaba en plena guerra civil y que Castro gozaba de la simpatía general—, Estados Unidos se atuvo a la letra de la carta de la OEA, o sea, a la "política de no intervención", y a mediados de marzo de 1958 se interrumpieron los suministros de armas estadounidenses a Batista.

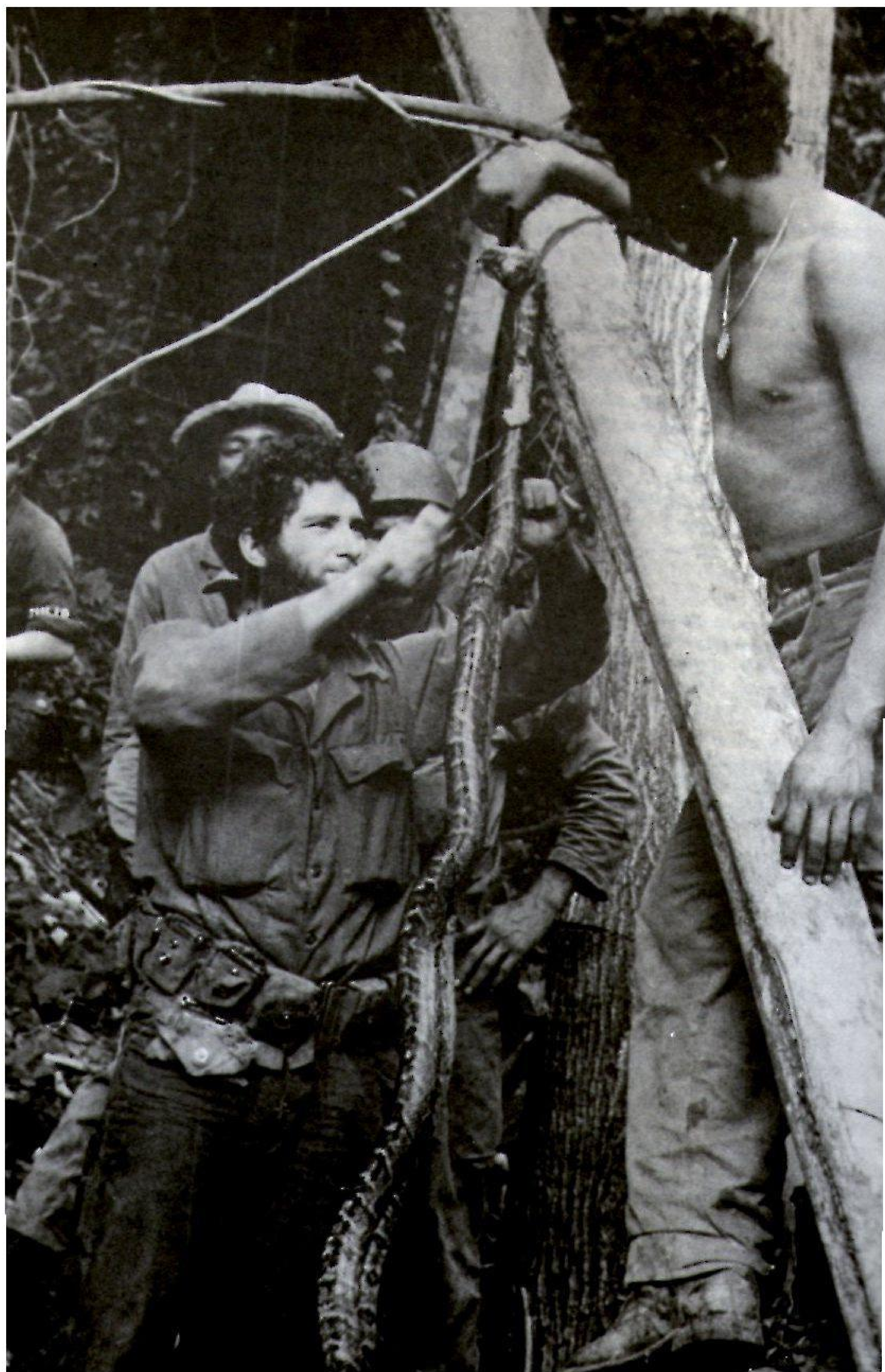
Earl E. T. Smith, a la sazón embajador de Estados Unidos en Cuba, manifestó ante esta decisión: "Tuve la certeza de que al negarnos a facilitar armas al Gobierno cubano, y si además inducíamos a otras naciones a seguir el ejemplo, nuestra acción causaría un efecto altamente desmoralizador en el Ejército cubano. Y, por el contrario, más ganaba en solidez la situación psicológica de los rebeldes. Al negarnos a vender armas a un Gobierno amigo, el pueblo y el Ejército cubanos supusieron que Estados Unidos retiraba el apoyo al Gobierno Batista.

"La interrupción del suministro de armas a un país amigo no deja de traer consecuencias funestas para el Gobierno en funciones.

"Cierto que Batista pudo haberse procurado material bélico de otras naciones, pero el efecto psicológico de la solidez del Gobierno quedó pulverizado. Por otra parte, los rebeldes obtenían

Los terroristas, los sospechosos y los inocentes cayeron víctimas del terror de Batista. Interrogados, maltratados, torturados y finalmente ejecutados, los cadáveres eran arrojados en las calles para que sirvieran de escarmiento. Todos debían ver bien lo que les ocurría a quienes se atrevían a oponerse a la dictadura de Batista. Pero ni siquiera este terror brutal pudo mantener en pie la dictadura de Batista. La violencia introducida por él mismo sin consideración alguna contribuyó a acelerar entre sus súbditos una situación general de descontento que exigía una acción revolucionaria para poner fin a aquel estado de cosas.





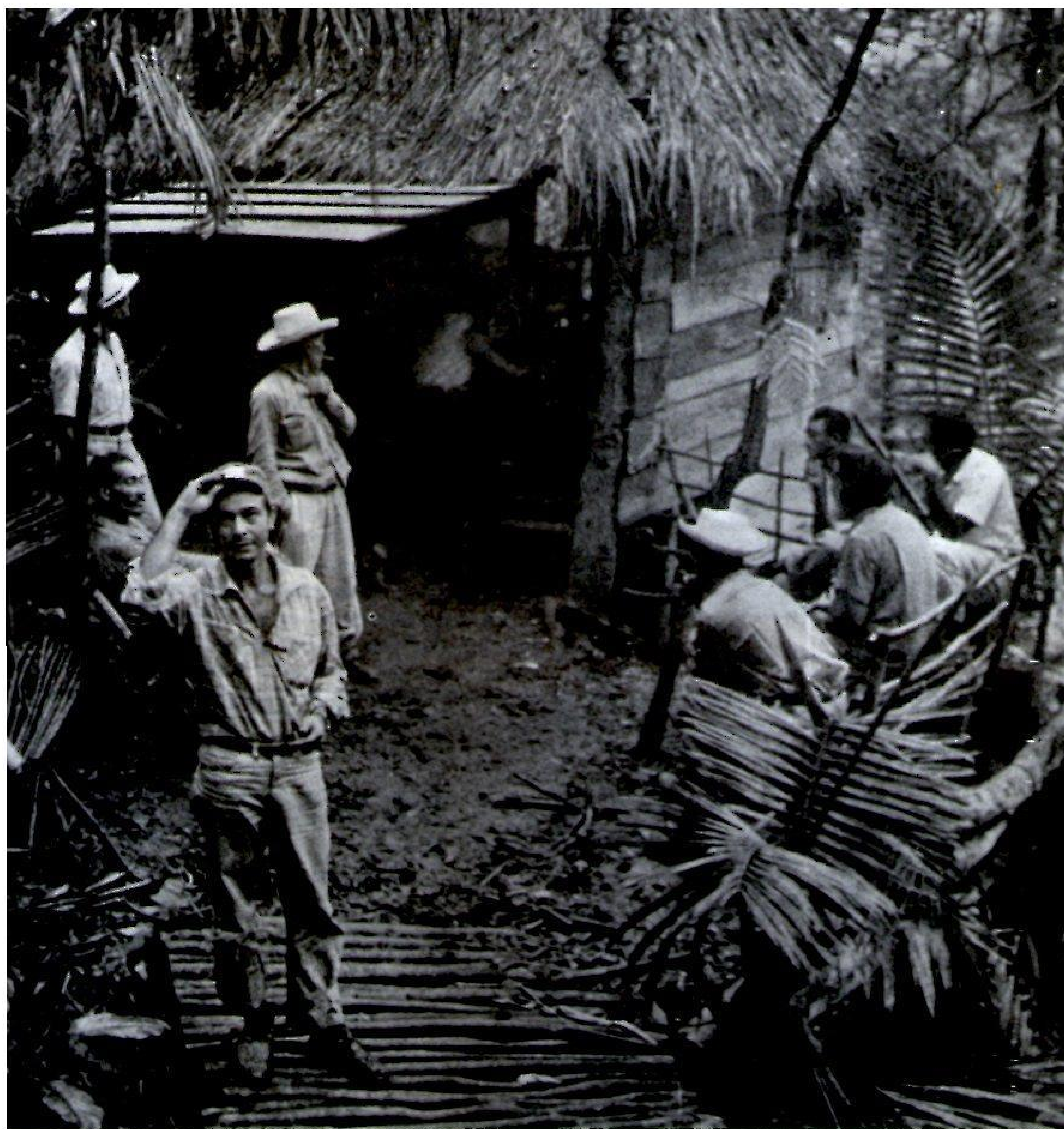


IMAGEN SUPERIOR: Un Cuartel general típico de los rebeldes en Sierra Maestra. Sobre la composición del campamento, dirigido por Che Guevara, escribe el reportero Enrique Meneses, que atravesó la jungla en compañía de los guerrilleros: "Quedé asombrado por las numerosas instalaciones que había creado aquí el argentino. Había un hospital con dos médicos, capaz para veinte heridos; una armería; una sastrería en donde se hacían los uniformes de la tela color verde oliva que se traía desde La Habana; una panadería y una imprenta que regularmente imprimía una hoja de noticias." IMAGEN IZQUIERDA: Los guerrilleros deben autoabastecerse y estar en situación de poder alimentarse, aun sin contar con aprovisionamientos adecuados. Los supervivientes del Granma *tuvieron que alimentarse al principio con caña de azúcar, raíces crudas y agua de lluvia recogida en los cacharros de que disponían. Más tarde, cuando mejoró el aprovisionamiento de los rebeldes, una serpiente capturada continuaba siendo uno de los manjares preferidos de los guerrilleros. "El guerrillero come cuando puede y todo lo que puede comer. En ocasiones desaparecen en el estómago de los hombres cosas casi increíbles de creer, por su abundancia y buena calidad, pero otras veces, esos mismos hombres se pasan hasta dos y tres días sin probar bocado." (Che Guevara.)*

con esta medida un formidable apoyo moral."

Y en esas conclusiones abundan los observadores de la escena cubana, que no sustenta la mejor opinión sobre el embajador Earl E. T. Smith y su gestión política en Cuba. No fue por falta de armas —Inglaterra, Nicaragua y Trujillo le facilitaban las que pedía—, sino la ausencia de moral combativa entre sus huestes, lo que aceleró la derrota del dictador cubano. Los pilotos de Batista emprendían el vuelo, no para transportar armas o atacar a los rebeldes, sino para refugiarse en Florida, y sus fuerzas terrestres sólo pensaban en huir o rendirse, antes de enzarzarse en duros combates con los guerrilleros.

En esta situación —Raúl Castro había abierto otro frente en la Sierra de Cristal al llegar la primavera, y en Sierra Maestra aterrizaban con regularidad aviones procedentes de México, Venezuela y Estados Unidos, cargados de armas, dinero y municiones— Batista inició en el verano de 1958 su gran ofensiva general contra los rebeldes. Se combatía en cuatro de las seis provincias cubanas, pero las tropas gubernamentales no lograron éxitos apreciables en ningún sector. El 29 de junio, mil hombres de Batista capitularon ante trescientos cincuenta rebeldes en Santiago de Cuba.

Luego le correspondió el turno al comandante José Quevedo con sus hombres. Había estudiado con Castro en la Universidad de La Habana; éste escribió una carta a su antiguo amigo, tratando de convencerle para que se entregara voluntariamente.

Aunque sus fuerzas estaban agotadas después de intervenir en numerosas acciones, Quevedo rechazó el ofrecimiento, pues aguardaba la llegada de refuerzos, que por cierto fueron capturados por los rebeldes. Los hombres de Quevedo fracasaron en su intento de romper el cerco. La situación del comandante era desesperada. Sólo podía salvarles el abastecimiento por vía aérea, y si la aviación del Gobierno bombardeaba a las fuerzas rebeldes. Pero éstas conocían la clave, y con gran habilidad engañaron a los pilotos. La mayor parte del suministro cayó en manos de los rebeldes y las tropas gubernamentales fueron bombardeadas por sus propios aparatos. El 20 de julio la situación se hizo insoportable para los cercados y el comandante José Quevedo tuvo que rendirse.

Un mes después, el 20 de agosto, Fidel Castro pudo informar a los cubanos a través de su emisora Radio Rebelde que la ofensiva veraniega de Batista había fracasado. En una extensa alocución, que hubo de transmitir en dos partes, informó acerca de sus éxitos y tácticas, y anunció la proximidad de la lucha final contra Batista y su régimen de terror: "Las columnas rebeldes avanzan en todos los frentes y nadie puede contener su ímpetu. Si cae un jefe, no tarda en ser reemplazado por otro; si muere un soldado, otro lo sustituye al punto. Se hace un llamamiento a la población cubana para que ayude a los combatientes. Todas las ciudades y zonas de la isla serán campo de batalla en las próximas semanas y meses. La población civil debe prepararse para soportar con paciencia y estoicismo los inconvenientes que trae consigo la lucha."

Y como para atestiguar la veracidad de sus palabras, envió al día siguiente dos columnas al mando de Che Guevara y Camilo Cienfuegos, respectivamente, hacia la provincia de Las Villas. Che Guevara debía tomar allí el mando supremo de las fuerzas de resistencia 26 de Julio, y separar el este y el oeste de la isla por la zona central, de manera que desde La Habana no pudieran enviarse tropas a las provincias orientales. Hostigadas por las fuerzas de Batista, ambas columnas alcanzaron, el 6 de octubre, la región de Sierra Escambray, tras larga y audaz marcha. Guevara se puso en contacto con el capitán Víctor Bordón, perteneciente al Consejo revolucionario, para enlazar con el segundo frente y coordinar los planes relativos a la conquista de toda la provincia.

Ya para sabotear las elecciones presidenciales anunciadas por Batista para el 3 de noviembre, Castro anunció por Radio Rebelde, el 10 de octubre, a la población cubana que se abstuviese de concurrir a dichas elecciones, que no era sino pura farsa y que no tenían significación ninguna a causa de la sangrienta guerra civil en curso. Empleando duras palabras acusó a los que acudieron a las urnas de "traidores a la patria" y "malditos oportunistas que sólo cuidan de su bienestar personal". Aquel que se declarase como candidato sería declarado responsable y condenado a diez años de prisión, e incluso podía ser condenado a muerte. A pesar de la obligación de

IMAGEN DERECHA: Una de las más importantes formas de lucha de la guerrilla es la emboscada. Un convoy de las tropas de Batista es destruido. Gracias a estas emboscadas, los guerrilleros se apoderan de las armas y municiones necesarias para continuar la lucha; de este modo se desmoraliza al enemigo y se asegura la supervivencia de la propia gente. Che Guevara escribe lo siguiente sobre la guerra de guerrillas: "'Morder y retirarse' se oye decir a menudo en tono de menosprecio sobre las acciones de los guerrilleros. Y es precisamente así como lo tienen que hacer: atacar, retirarse, esperar, tender una emboscada, volver a atacar y a retirarse de nuevo para no dejar tranquilo al enemigo un solo instante. A primera vista puede parecer que esta tendencia hacia la retirada no es más que un deseo de evitar el confrontamiento directo, que se trata, en fin, de algo negativo. En realidad, ésta no es más que una de las muchas particularidades de la guerra de guerrillas, cuyo objetivo final se parece mucho al de una guerra convencional, o sea, el de vencer y destruir al enemigo."

Los hombres de Fidel Castro, los "barbudos", juraron en Sierra Maestra no afeitarse hasta que el régimen de Batista no hubiera sido destruido en Cuba. Hablando sobre ellos, el experto militar norteamericano Dickey Chapelle escribe: "La mayor parte de los hombres que conocí se habían sometido a un período de entrenamiento en Sierra Maestra durante dos a cuatro meses. Allí aprendieron a realizar operaciones de reconocimiento y patrulla. Pero el objetivo principal de su formación militar era, al parecer, acostumbrar a los hombres a pasar hambre y cansancio. De este modo se descubría para quiénes era más importante la lucha que la comida. Sólo unos pocos habían aprendido a utilizar a la perfección sus armas y a mantenerse en orden en el campamento. Por tanto, fueron muy apreciados. Pero entre los barbudos pronto se extendió un verdadero espíritu de cuerpo. Sus diversas capacidades militares quedaron equilibradas por una misma decisión común ante la lucha. En el más amplio sentido de la palabra, todos los combatientes de las filas de Castro eran víctimas del terror. Creían que serían ejecutados si regresaban a sus casas mientras Batista se mantuviera en el poder. Conocí a docenas de guerrilleros que me mostraron en sus cuerpos las señales dejadas por el tormento a que habían sido sometidos, y muchos más que me informaron de haber enterrado el cuerpo martirizado de su padre, hijo o hermano. 'Siempre supe que los latinoamericanos podían odiar mucho, pero no que pudieran hacerlo durante tanto tiempo.' Este era uno de los muchos comentarios que oía sobre ellos. La mayor parte de los guerrilleros estaban convencidos de que no valía la pena vivir aisladamente, como persona individual, mientras los esbirros de Batista no hubieran sido destruidos."





votar, el 75 por ciento de electores de La Habana se abstuvo de acudir a las urnas. El porcentaje de abstenciones fue mayor en las provincias, y en Santiago de Cuba se elevó al 98 por ciento.

A los cuatro días de esta catástrofe electoral, ocurrió otra derrota psicológica de Batista. El 7 de noviembre iniciaba Fidel Castro su gran ofensiva que le conduciría a la victoria final. A la cabeza de 220 rebeldes armados y 100 reclutas sin armamento abandonó Sierra Maestra y avanzó sobre Bueycito, donde en un ataque por sorpresa trató de dominar a la guarnición. Pero las tropas de Batista fueron alertadas y lograron retirarse a tiempo. Los rebeldes se pusieron en marcha sin perder un minuto y cayeron por sorpresa sobre la guarnición de Bayamo, donde se hallaban estacionados 2.000 hombres, carros de combate y artillería. A continuación se adueñaron de las ciudades de Guisa y Maffo. En la provincia de Oriente, Raúl Castro se apoderó de Sagua de Tanamo, poniéndose en marcha sin demora hacia Santiago de Cuba. En el centro de la isla, en la provincia de Las Villas, Che Guevara ocupó el importante nudo de comunicaciones de Sancti Spiritu, y desde allí continuó en dirección a Santa Clara, capital de la provincia de Las Villas, mientras Cienfuegos cercaba la ciudad de Yaguajay, que tenía mucha importancia por ser nudo de comunicaciones por vía férrea y carretera.

En esta situación —cuando ya Batista había descartado toda posibilidad de triunfo—, llegó el 28 de diciembre, en helicóptero, al puesto de mando de Castro, el general Eulogio Cantillo. Cantillo, comandante en jefe de la guarnición de Moncada, que Castro atacara más de cinco años atrás, traía la propuesta de Batista de retirarse voluntariamente, siempre y cuando se respetasen las estructuras del Ejército cubano. Fidel Castro no estaba dispuesto a aceptarla bajo ninguna circunstancia. El odiado dictador no podía esperar el menor indicio de piedad, sino una acusación pública ante los tribunales; por otra parte, la organización tradicional del Ejército cubano siempre se había mostrado en favor de regímenes no democráticos, con los que la Revolución castrista deseaba terminar para siempre. Consciente de su superioridad militar, Castro no quería aceptar compromiso alguno con la victoria al alcance de la mano. Cantillo manifestó que organizaría una conjura para derribar a Batista, y para probar sus buenas intenciones, la guarnición de Moncada se entregaría sin lucha a los rebeldes el 31 de diciembre.

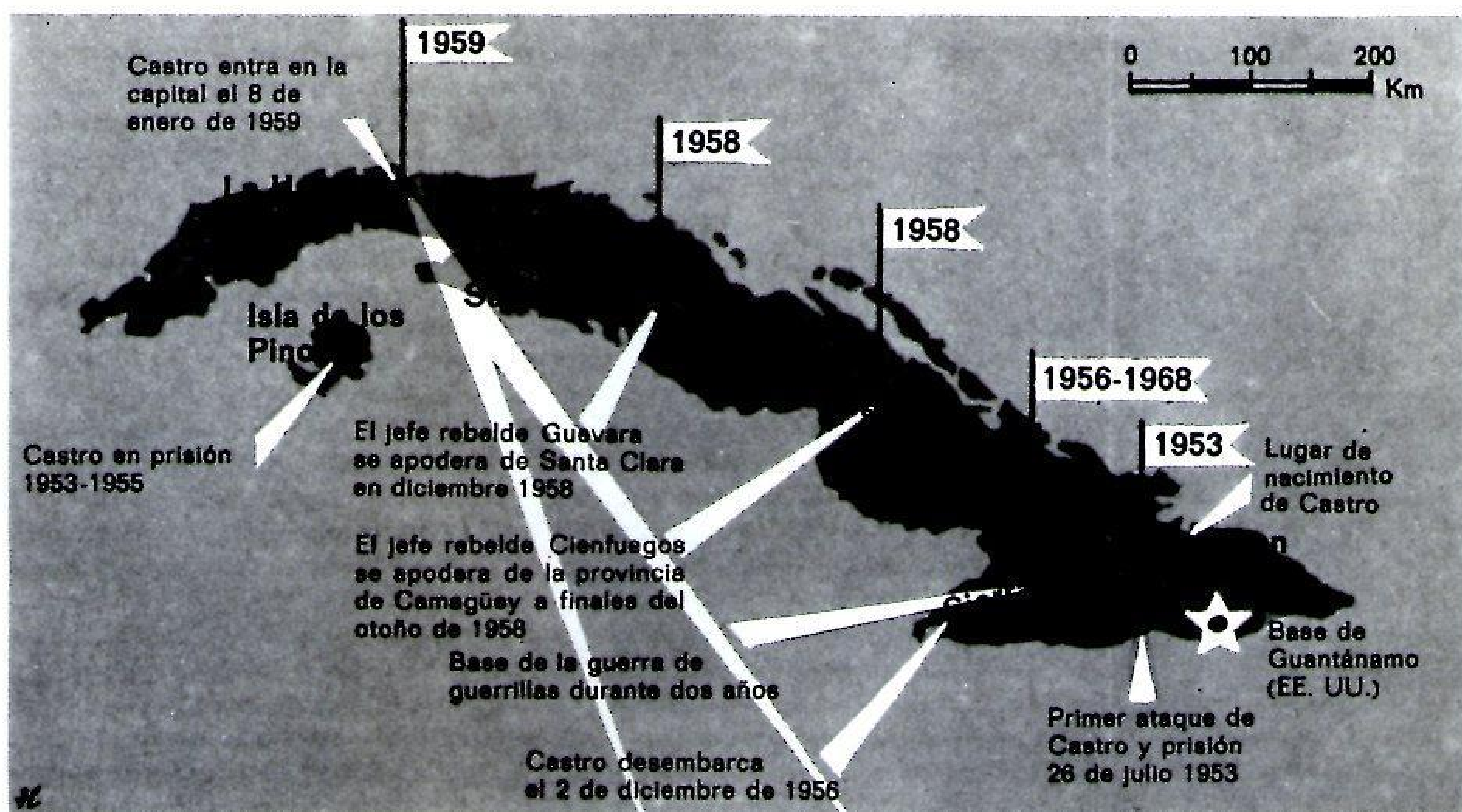
Al día siguiente de este encuentro en el puesto de mando de Castro, 29 de diciembre, Che Guevara ordenaba el asalto definitivo contra Santa Clara.

Batista dispuso que la capital de la provincia, que contaba con más de 77.000 habitantes, fuese defendida a toda costa contra el ataque de los rebeldes. Se hallaba en camino un tren especial blindado con dinero, armas y víveres. Pero los hombres de Che Guevara habían penetrado en la ciudad siguiendo la vía férrea; se bloqueó el tendido, de modo que el tren especial y los 400 hombres que lo custodiaban no pudieron llegar a su destino. Los rebeldes abrieron fuego y lanzaron cócteles Molotov contra las planchas blindadas. De las rendijas de los vagones salían ráfagas de ametralladora, y los maquinistas trataron de hacer retroceder el tren. Pero los atacantes habían desmontado los raíles, y el tren descarriló; los hombres de escolta no tuvieron más remedio que entregarse. La potencia combativa de los rebeldes aumentó considerablemente. En las calles de Santa Clara se luchó casa por casa; el movimiento de resistencia civil prestó un valioso apoyo a los rebeldes. Los automóviles eran sacados de los garajes y volcados en las calles, con objeto de procurar protección a los revolucionarios y obstaculizar al propio tiempo las maniobras de los vehículos blindados de las fuerzas de Batista. Calle por calle, y distrito tras distrito, fueron cayendo en manos de los rebeldes; no obstante, la guarnición de la ciudad ofreció tenaz resistencia. El 31 de diciembre Cienfuegos logró doblegar la resistencia de Yaguajay, y luego, a marchas forzadas, acudió en apoyo de Che Guevara.

Todo estaba perdido para Batista, y en la misma noche del último día de 1958, se dispuso a abandonar Cuba. Los altos jefes militares le habían informado de que no era posible restablecer la tranquilidad y el orden, rogándole que, por "amor al pueblo" dimitiera del cargo "para evitar un derramamiento de sangre inútil". Accediendo al deseo de los militares, así lo anunció en un mensaje de despedida a la nación.

A las 2.10 del día siguiente, Batista se encaminó a Campo Columbia acompañado de sus más íntimos colaboradores y, a bordo de un DC-4, se trasladó a la República Dominicana.

Siete horas más tarde, Castro y sus rebeldes tuvieron noticias de la huida del dictador. Sin embargo, mientras sus camaradas de lucha daban rienda suelta a su alegría, Castro aún se sentía receloso de la victoria. Cantillo era todavía el amo de La Habana, y trataba de evitar que se propalara la noticia de la huida de Batista; por otra parte, no había entregado el cuartel de Moncada como había prometido, y cabía la posibilidad de que organizase un *putsch* militar. En estas circunstancias los rebeldes no debían disminuir sus efectivos; Castro ordenó pues la marcha sobre Santiago de Cuba, con objeto de tomar la plaza por las armas. Antes que nada informó por medio de su emisora Radio Rebelde sobre la actitud



a tomar: sean cuales fueren las noticias procedentes de La Habana, sus tropas no cesarían en el fuego bajo ningún concepto. La dictadura estaba al borde del colapso, a consecuencia de las estrepitosas derrotas sufridas en las últimas semanas, pero esto no significaba todavía el éxito de la revolución. De ahí que las operaciones militares tuvieran que proseguir normalmente; sólo terminarían por orden expresa del Cuartel general rebelde, lo que ocurriría cuando quienes detentaban el poder en La Habana se hallaran dispuestos a seguir las instrucciones del mando revolucionario y aceptar la rendición incondicional.

Estas palabras no podían ser más claras y tajantes. Fidel Castro no estaba dispuesto a aceptar componendas. Para él, la victoria definitiva de la revolución se consumaría con la capitulación incondicional de las fuerzas armadas de Batista.

El 2 de enero, Castro efectuaba su entrada en Santiago de Cuba, aclamado por los 165.000 habitantes de la ciudad. La guarnición de Moncada se entregó sin disparar un tiro. En ese cuartel, que Castro había querido tomar hacía exactamente cinco años, seis meses y siete días, dirigió ahora su primer discurso ante una inmensa multitud. En el mismo sitio donde había jurado no descansar hasta la caída de Batista, nombraba a Manuel Urrutia Lleó como nuevo presidente cubano. Se decretó la huelga general en todo el país, a fin de acabar más rápidamente con las fuerzas del antiguo régimen, a la vez que dar a los obreros la posibilidad de solidarizarse.

Santa Clara había caído, Cienfuegos ocupaba Campo Columbia, símbolo del poder batistiano, y Che Guevara se adueñaba de La Cabaña, segunda posición fuerte de La Habana, cuando Fidel Castro, acompañado por millares de rebeldes, había recorrido más de 1.000 kilómetros que le separaban de la ciudad en su marcha triunfal. En las grandes y pequeñas urbes hacía un alto en el camino con sus hombres; en todas partes fue aclamado como el jefe indiscutible de la revolución, y pronunciaba apasionados discursos explicando al pueblo cubano la necesidad de su revolución. Al efectuar la comitiva triunfal su entrada en La Habana, Urrutia residía ya en el palacio presidencial, y los ministerios tenían ya titular, pero sólo Fidel Castro, que entonces contaba treinta y dos años de edad, era el auténtico gobernante y jefe indiscutible de la Revolución cubana.

Castro había conseguido derrocar el régimen de terror de Batista, pero el odiado dictador había huido, quedaba el camino libre para una nueva Cuba. ¿Para una nueva y democrática Cuba, tal vez?

Desde que se alzó como cabecilla rebelde en Sierra Maestra, Fidel Castro había recalcado en todo momento que el objetivo de su lucha era el retorno a la legalidad democrática según el espíritu de la Constitución de 1940. Al año de haber logrado el triunfo se convocaron elecciones libres, y Fidel Castro no se presentó como candidato a un puesto en el Gobierno de transición; lo que hizo fue transformar su Movimiento del 26 de

Julio en un partido político, respetando sin embargo la voluntad del pueblo cubano, que se inclinaba por la democracia. Se garantizó la libertad de prensa, así como los derechos individuales y políticos. Decía no ser comunista, y no pensaba en la socialización de la economía, sino que aspiraba a materializar ciertas reformas sociales, posibles dentro del marco de una economía liberal.

No puede decirse con certeza hasta qué punto era sincero Castro en sus afirmaciones, ni cuándo decidió abandonarlas, si es que en realidad intentaba llevar a cabo el programa anunciado. Lo que sí no ofrece lugar a dudas es que su actitud política real como revolucionario victorioso y las manifestaciones al pueblo no guardaban el menor parecido. El 16 de febrero de 1959 ocupaba Castro el puesto de primer ministro y sorprendió a todos con una rápida transición de movimiento democrático a socialista. La economía sería estatalizada y la prensa, la radio, la televisión, los sindicatos y todas las instituciones económicas serían purgadas, reorganizadas y coordinadas. La policía secreta y el terror contra los enemigos de la revolución no se hicieron esperar; de las elecciones libres ni la menor señal, y los partidos políticos no pudieron continuar sus actividades. En una alocución pronunciada el 1.° de diciembre de 1961 dio a conocer en público por primera vez su filiación socialista: "Lo digo con satisfacción y fe absolutas: soy marxista-leninista y continuaré siéndolo toda la vida." Estas palabras no fueron sino la acomodación verbal a lo ya realizado en Cuba, es decir, una dictadura comunista totalitaria.

En dicho discurso, y sobre todo en el pronunciado el 20 de diciembre, Castro trató de dar la impresión de que simpatizaba con el marxismo desde hacía mucho tiempo, sólo que había ocultado sus verdaderas intenciones por razones de orden táctico. "Obramos según el espíritu del marxismo-leninismo, es decir, teniendo en cuenta las condiciones objetivas. Naturalmente que si cuando sólo éramos un puñado de hombres en Pico Turquino (el monte más elevado de Sierra Maestra) hubiéramos admitido ser marxistas-leninistas, tal vez nunca habríamos descendido de aquellos parajes."

El marxismo-leninismo de Fidel Castro ya latía en todas sus manifestaciones y discursos. En todo caso, sus alocuciones políticas han de tomarse con escepticismo, puesto que en ellas no difundía ninguna verdad histórica, sino que perseguía determinadas intenciones políticas. Como cabecilla rebelde en Sierra Maestra tenía que ganarse el favor de todos los estamentos de la población, y en tal sentido deben interpretarse sus manifestaciones desde entonces hasta el logro de la victoria.



Dedicado apasionadamente a la política desde su juventud, Fidel Castro no perdió nada de esta pasión, ni cuando fue dirigente estudiantil en La Habana, ni cuando fracasó el golpe militar en Santiago de Cuba, ni cuando organizó sus "fuerzas de invasión" en México, ni cuando se convirtió en jefe de guerrilleros en Sierra Maestra, o en dictador en Cuba. La Revolución cubana no se puede explicar sin haber comprendido antes a esta extraordinaria personalidad dirigente. Consiguió imponerse contra todos sus oponentes políticos, contra antiguos compañeros de lucha, viejos militantes del partido comunista, y funcionarios adictos a Moscú y a Pekín. Utilizando un mínimo de terror consiguió imponer sobre Cuba



su dictadura totalitaria. A costa de las libertades liberales, movilizó a las masas y se preocupó por crear una sociedad justa desde el punto de vista social. Cuando pasó el primer impulso de la revolución y la vida diaria de los cubanos se hizo más difícil, Castro no perdió demasiada popularidad. Con sus grandes y violentas dotes de orador demagógico siempre conseguía mantener la revolución en marcha, fascinando así al pueblo cubano. "La fama que las masas cubanas asocian el milagro del Granma, *a los actos heroicos de Sierra Maestra, a la derrota de Batista, a la victoria en playa Girón (bahía de Cochinos) y a la transformación del orden social, no deja de entusiasmar al pueblo cubano", se dice en la revista norteamericana* Trans-action, *con motivo del decenio de la subida de Castro al poder. "Para muchos, él sigue siendo la encarnación de la revolución, y su derecho a dirigir la rebelión es incontestable. El es el profeta que redimió a su pueblo de Batista, que rechazó a las hordas yanquis y que convirtió a Cuba en un país en el que reinan el total empleo y la justicia social. Antes de cumplir los treinta y tres años ya era una leyenda, y así ha permanecido hasta la actualidad." NUESTRA IMAGEN muestra a Fidel Castro en su pose típica de agitador de masas. Como revolucionario victorioso, sigue llevando la barba y el uniforme de los rebeldes de Sierra Maestra.*

Una victoria de Fidel Castro

En Cuba no se desarrollaron grandes luchas, ni siquiera una batalla decisiva. El régimen de Batista se desmoronó en pocos días, con una rapidez sorprendente. Fidel Castro triunfó y entonces se planteó la pregunta: ¿Cómo fue posible que un joven jefe de rebeldes, con una fuerza militar escasamente pertrechada, pudiera vencer a una dictadura que disponía de armas modernas y de un ejército de 30.000 hombres? La propaganda y las explicaciones ideológicas de los amigos de Castro, así como las imágenes inexactas y leyendas creadas por sus enemigos, deben ser corregidas para poder contestar esta pregunta.

De acuerdo con su filiación doctrinaria, los comunistas orientados hacia Moscú hubieran visto con agrado que fuera la propia clase trabajadora, dirigida por los comunistas, la que aportara la ayuda decisiva para derrocar a Batista, y a ser posible bajo las condiciones objetivas de una "situación revolucionaria" en la que se dieran la explotación de una mayoría por una minoría, la caída en desgracia de amplias capas de población, el desempleo masivo, una inflación creciente y fenómenos de crisis en la economía. Sin embargo, los acontecimientos de Cuba no se representaron sobre este modelo revolucionario, ni en la fase de la rebelión, ni después, cuando Castro consolidó su poder y creó una Cuba socialista. A la realidad cubana tampoco le corresponde la idea de un victorioso ejército de campesinos, en el que formaban la gran masa de la población rural empobrecida. Porque Cuba no era ningún país empobrecido con una economía estancada, una gran miseria y desempleo; nada de eso. Naturalmente que Cuba era pobre en comparación con los países desarrollados, pero en comparación con los restantes países de Latinoamérica, y teniendo en cuenta su renta per cápita, se encontraba en cuarto lugar. Y aún cuando el reparto de esta renta era muy diverso, no existía ningún movimiento de masas en el que formaran los trabajadores y campesinos de entusiasmado espíritu revolucionario. Los trabajadores de las ciudades se beneficiaban de una política social progresista —jornada laboral de ocho horas, vacaciones pagadas, seguridad social, aumentos de salarios, etc.— y apenas si había revolucionarios entre ellos. A ellos, al igual que a los trabajadores de Europa occidental y de América del Norte, les importaba en primer lugar un mejoramiento del nivel de vida, y no un cambio político que no sabían adónde les llevaría. Por ello, un dirigente comunista cubano analiza acertadamente la situación:

"En realidad, Cuba no era uno de los países con nivel de vida más bajo, sino todo lo contrario, uno de los países latinoamericanos en donde el nivel de vida de las masas era especialmente alto. Si la tesis citada arriba fuera cierta (de que una revolución sólo puede estallar en un país en el que exista un gran empobrecimiento de las masas), la revolución habría estallado primero en Haití, en Columbia, o incluso en Chile, o sea, en países cuya población era más pobre que la de Cuba entre los años 1952 a 1958."

Pero si la clase trabajadora no fue la base social de la Revolución cubana, tampoco lo fue la clase campesina. En su totalidad, un cuarenta por ciento de la población laboral de Cuba estaba empleada en el campo, la mayor parte de ellos como peones, y no como arrendatarios. Por tanto, los campesinos no podían formar una base masiva, sobre todo porque durante la fase inicial de la rebelión, se encontraban muy alejados del ámbito de influencia de Castro y porque durante la fase de la lucha, la mayor parte de ellos se comportaron de un modo pasivo y apático

Naturalmente había parados y eran especialmente los trabajadores ocasionales, los que trabajaban por temporadas, quienes sentían con más presión la situación laboral. Pero con ello no se daba una situación revolucionaria en el sentido comunista. El modelo de la revolución marxista de interpretación soviética no puede ser achacado a la Revolución cubana, como tampoco el modelo de la "revolución campesina china". La revolución cubana debe ser considerada por tanto como un tipo autónomo, que no se puede incluir dentro de los criterios ideológicos de Mao y de Moscú. Porque, al contrario de lo que ocurrió en Rusia o en China, en Cuba no existían masas revolucionarias, independientemente de que los comunistas cubanos no sólo no se hicieron cargo de la dirección de la revolución, sino que sólo después de que la victoria de Castro estuviera prácticamente asegurada se mostraron dispuestos a apoyarle. El asalto de Castro contra los cuarteles Moncada, el 26 de julio de 1953, fue condenado por los comunistas cubanos como "una aventura totalmente ajena a las masas populares". También rechazaron el intento de golpe de Estado del "directorio revolucionario", del 13 de marzo de 1957. "Las acciones armadas que sólo se apoyan en grupos aislados que no tienen en cuenta la situación general, son totalmente inútiles y sus resultados sólo pueden ser negativos." Tanto Castro como su puñado de rebeldes de Sierra Maestra también se debieron sentir tocados por estas críticas, ya que su táctica de lucha contra Batista fue rechazada decisivamente por los comunistas. Estos rechazaron efectivamente todas las acciones "separadas de las masas populares" y se esfor-

zaron por crear un "frente democrático de liberación nacional". Sólo cuando se hubiera conseguido crear las condiciones indispensables para la lucha de masas, sólo entonces se podría pensar en un levantamiento armado. En abril de 1958, cuando Castro convocó una huelga general, los comunistas se negaron aún a apoyarle, y sólo a finales del verano se decidieron a colocarse definitivamente al lado de los rebeldes.

Esta actitud de espera de los comunistas cubanos fue confirmada por su propio secretario general, Blas Roca: "La forma principal de la lucha fue el combate armado en el campo, mientras que las huelgas, el boicot a las elecciones y otras acciones de la clase trabajadora y ciudadana, continuaron representando un papel secundario. La lucha armada había sido empezada por la pequeña burguesía. La clase trabajadora nunca llegó a desarrollar una actividad decisiva." Estas afirmaciones de Roca concuerdan sin duda alguna con el núcleo de la cuestión, al igual que el punto de vista de Che Guevara sobre la guerra de guerrillas de los rebeldes: "Esta se desarrolló en dos ambientes diferentes: el pueblo, formado por una masa que aún se hallaba adormecida y que tenía que ser movilizada; y los guerrilleros, que despertaban la conciencia revolucionaria y el entusiasmo por la lucha."

Pero, ¿quiénes componían esta "pequeña burguesía", quiénes eran estos "partisanos"?

No se trataba de trabajadores ni de campesinos, sino de jóvenes intelectuales, estudiantes, escolares, miembros de la clase media de las ciudades y del campo. Ellos fueron los que organizaron, iniciaron y desarrollaron la Revolución cubana.

Desde los tiempos del presidente Machado, estos intelectuales, que no pueden ser definidos como clase, fueron el verdadero elemento revolucionario en Cuba. Se oponían al abuso del poder de los Gobiernos corrompidos y dictatoriales, y se pusieron al lado del progreso social y de la libertad política. Su tendencia hacia la revolución se vio fortalecida por el hecho de que había más estudiantes que acababan su carrera que puestos a cubrir con los que pudieran sentirse contentos. Este fenómeno, típico para todos los países de Latinoamérica, condujo a la formación y existencia de un proletariado intelectual. Goldenberg escribe al respecto: "Muchas de estas personas confiaban en la dirección de las personas del Gobierno, pero al mismo tiempo se hallaban abiertos a la actividad terrorista y revolucionaria, porque no tenían un trabajo regular." Así pues, estos intelectuales fueron el motor de la Revolución cubana y el programa que postularon durante la fase inicial de la rebelión no fue apoyado por los campesinos, ni por los trabajadores, sino en primer lugar por las clases media y superior. El idealismo político, el deseo de aventuras y el temor ante el terror de Batista, condujeron a muchos jóvenes cubanos de las ciudades hacia Sierra Maestra, para incorporarse a la lucha contra Batista.

Naturalmente, entre los rebeldes de Castro también había campesinos, pero esto no quiere decir que la totalidad del campesinado cubano fuera el portador de la revolución, sino sólo un grupo determinado, de una región determinada. Sólo ellos tuvieron una cierta importancia.

Che Guevara escribe: "El primer territorio ocupado por el Ejército rebelde estaba habitado por una clase de campesinos que se diferenciaban mucho, tanto en el aspecto cultural como social, de aquellos habitantes del campo que formaron en los grupos de guerrilleros iniciales. La mayor parte de los soldados de la primera fase procedían de una clase que era la que más agresivamente demostraba el amor por su propia tierra, o sea, que estaban impregnados del espíritu de la pequeña burguesía: estos campesinos lucharon porque querían poseer tierras para sí mismos y para sus hijos, porque querían ser autónomos, vender los productos del campo y enriquecerse con su trabajo."

Así pues, los estudiantes, escolares, académicos, artesanos e hijos de campesinos fueron los luchadores activos en las filas de los rebeldes. Existen cifras muy diversas sobre el número de estos rebeldes que Castro consiguió reunir a su alrededor hasta el final. En la mayor parte de los casos, estas cifras son excesivas, y hasta la suposición muy prudente de que al final de la última fase de la lucha, las tropas de Castro contaban con unos 3.000 miembros, debe ser considerada más bien como alta que como baja. Por otra parte, la afirmación de que estos rebeldes vencieron finalmente a los treinta mil soldados de Batista no es más que propaganda pura.

Las acciones militares y los actos de sabotaje, la voladura de puentes, el corte de las carreteras y de las líneas telefónicas, la explosión de bombas, y el creciente contraterror de Batista crearon la inseguridad entre el pueblo cubano, lo que fue decisivo para el éxito de Castro, pero nunca se llegaron a entablar acciones militares decisivas.

El Ejército también se sintió afectado por esta inseguridad general; la corrupción, los enfrentamientos interiores, la falta de disciplina y el escaso espíritu combativo, condujeron a los soldados cubanos hacia la desmoralización. Interiormente dividida, sin encontrar ya el apoyo de la población, y sin tener confianza en los propios dirigentes, la tropa no estaba dispuesta a luchar por el dictador cubano. Allemann escribe: "En el último medio año ya se puso de manifiesto que Batista no sólo no tenía ninguna oportunidad de dominar la revuelta, sino que sus días como presidente estaban contados. Ahora, cuando todo se acababa, las ratas abandonaban la nave que se hundía, y hasta sus comandantes empezaron a tratar directamente con Fidel Castro. Cuando el dictador abandonó el juego la noche del fin de año de 1958, subió al avión llevando su equipaje —en el que se llevaba una parte del presupuesto estatal—, y voló hacia la República Dominicana, no era un hombre militarmente vencido, sino un fracasado político: el jugador inconsciente había jugado demasiado fuerte y había perdido la partida."

Dos años después de la huida de Batista, llegó la ocasión de presentarse como antiguo marxista-leninista y dictador de clara filiación comunista, ideológica y económicamente alineado con Moscú. En su fase inicial tuvo que aparecer como campeón de un futuro democrático para la nación y, una vez asegurado el triunfo de la revolución, abrirse sin rodeos al marxismo-leninismo. Los discursos de Castro aparecen repletos de contradicciones y lagunas. Cabe dudar de su moral política, pues Castro ha probado ser un maestro del disimulo; poco después de alcanzar el poder, comenzó a diluirse su imagen de idealista desinteresado y Robin Hood político. Puede decirse, empleando una acertada frase de Goldenberg, "que su apariencia de Mesías de la libertad ocultaba sus rasgos maquiavélicos".

Varios son los factores que afianzaron el socialismo en Cuba: programación consciente, azar, la propia dinámica del proceso revolucionario. Pero la autoridad y sólida postura de Castro no ha corrido nunca auténtico peligro, y él se ha dedicado a robustecerla sin escrúpulos y a disfrutar de sus privilegios.

Fundamentos decisivos del poderío de Fidel Castro son su carismática personalidad y extraordinario talento de caudillo y demagogo. La mayoría del pueblo cubano sigue a este fanático dictador, quien por primera vez ha concedido cierta importancia a las clases más bajas de la sociedad cubana, a las que no parece afectar la falta de libertades democráticas, mientras se cumplieran los postulados de justicia social.

Con ese bagaje a cuestas —el apoyo del pueblo cubano, mantenido alerta por una propaganda totalitaria unicolor— Castro pudo actuar contra sus enemigos sin ninguna clase de miramientos. Los antiguos colaboradores que se atrevieron a dudar de su programa filocomunista se vieron desposeídos de sus cargos y fueron acusados de contrarrevolucionarios. También se expulsó del mundo político a aquellos comunistas que desconfiaban del joven caudillo revolucionario. A quienes habían manifestado que el ataque al cuartel de Moncada había sido un error, "se les cerró la boca", manifestó Castro en repetidas ocasiones. Atacó también a los comunistas que permanecieron inactivos en la fase inicial de la revolución, que nunca tuvieron contacto con ella y que no conocían los nombres de los más destacados camaradas de armas de Fidel porque "mientras otros combatían, ellos se habían ocultado bajo la cama."

La polémica con los viejos comunistas terminó a favor de Castro. En marzo de 1962 comentaba el diario *Hoy,* órgano del partido comunista: "Fidel es en la actualidad el más responsable marxista-leninista de Cuba, el representante número uno de la clase trabajadora y el más leal de los comunistas." Los hermanos Castro se hallaban en la cúspide de los organismos supremos del partido comunista cubano —el Politburó y la Secretaría—, prueba ostensible de su solidísima posición.

Pero a finales de 1961, por motivos tácticos, como manifestaría más tarde, Castro legitimó su política de socialización después de la fase inicial, no desde el punto de vista ideológico, sino que trató de justificar su nuevo proceder como respuesta a la presión norteamericana. Pues ya entonces se manifestaban síntomas de retraimiento en la actitud de Estados Unidos hacia el jefe revolucionario, apenas inició éste su cambio de ruta en dirección al socialismo. Pero tal suposición carece de pruebas, y en este caso se puede abundar en la conclusión final de Goldenberg: "Estados Unidos hubiese podido dificultar esa orientación hacia el comunismo mediante una política adecuada y hábil, pero en modo alguno hubiera logrado impedirla."

A pesar de que las relaciones con Castro continuaban con normalidad, se creó entre éste y Estados Unidos una situación tensa que desembocó en un enfrentamiento militar que describiremos en las páginas que siguen: el desembarco en la isla, en abril de 1961, de voluntarios cubanos en el exilio, que terminó en el fiasco político-militar de la bahía de Cochinos.

La bahía de Cochinos

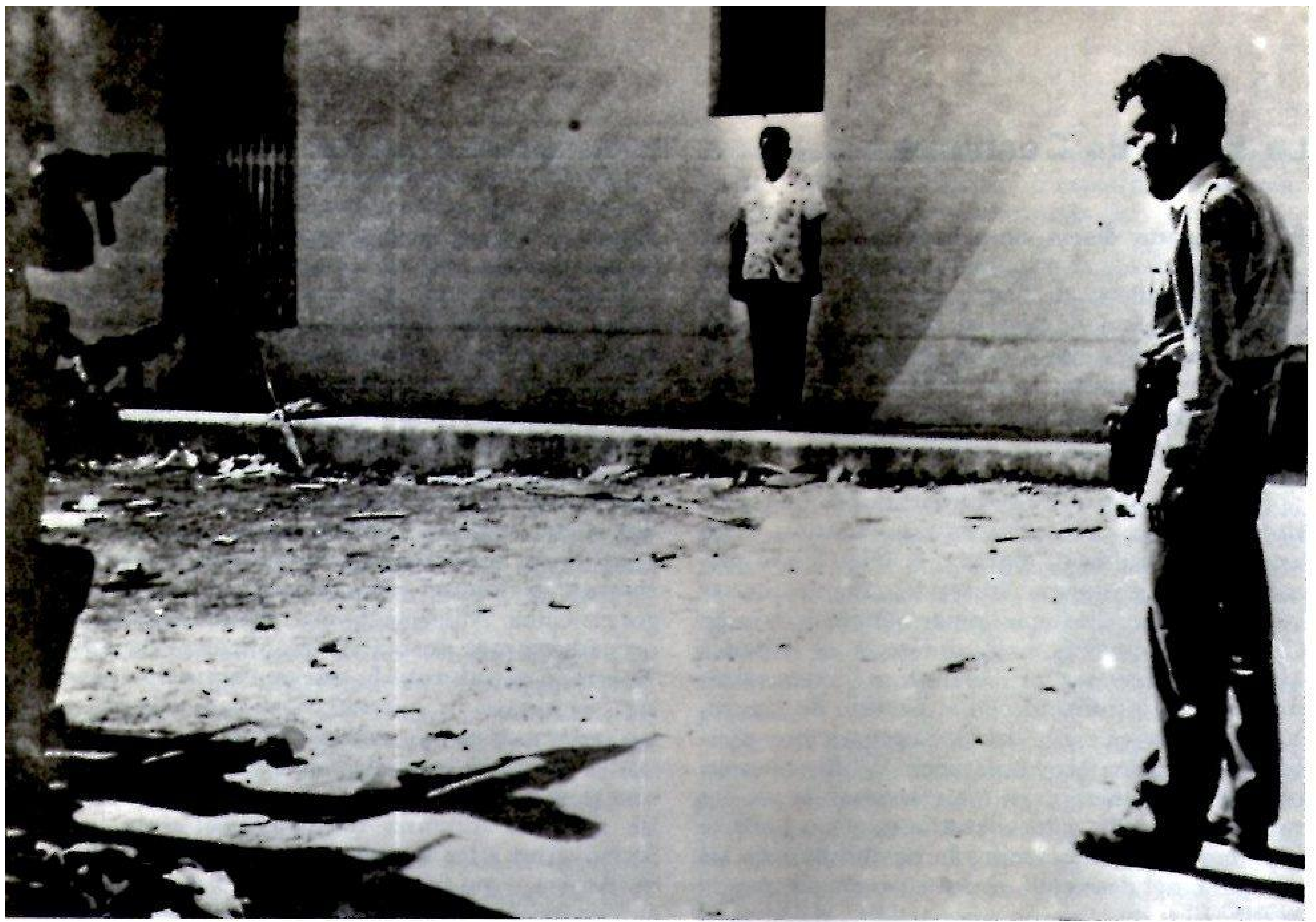
El influyente diario norteamericano *New York Times,* que desde el principio se manifestó a favor de los guerrilleros de Sierra Maestra, recordaba ahora, después de la fuga de Batista, que Estados Unidos no debía negar a los revolucionarios victoriosos ni su amistad ni sus dólares: "Cuba precisará de nuestra ayuda en los próximos meses. Debemos tratarla con magnanimidad y comprensión."

Pero el gabinete Eisenhower adoptó una actitud reservada y escéptica en esta cuestión. Poco antes de la huida de Batista, la CIA dio la primera señal de alarma. El servicio secreto norteamericano comenzaba a opinar que la victoria de Castro no convenía a los intereses de Estados Unidos. "Parece ser que comunistas y otros extremistas se han infiltrado en el partido de Castro. Y si éste se hace cargo del Gobierno, es muy posible que aquéllos formen parte de él." Eisenhower, consternado, increpó a los responsables de los servicios secretos, reprochándoles el no haberle informado a tiempo sobre la posibilidad de tal cambio en el desarrollo de los acontecimientos de la isla. El presidente no compartía la visión optimista del *New York Times,* y su desconfianza se agudizó cuando Allan Dulles, jefe del servicio secreto, informó el 26 de marzo que "el régimen de Castro se había transformado en una dictadura. Los comunistas se movían libre y legalmente en Cuba. A pesar de que el Gobierno de Castro no está dominado en su totalidad por los comunistas, éstos controlan los sindicatos, las fuerzas armadas y otras instituciones claves del país". Y cuando Fidel Castro fue invitado, a mediados de abril, por la Sociedad Americana de Editores de Periódicos a pronunciar una conferencia en Washington, en los salones del National Press Club, Eisenhower tuvo la sospecha de que Fidel Castro era comunista, y por eso se negó a recibirle. Pero el primer ministro cubano sostuvo una larga entrevista con el vicepresidente Nixon, cuyo memorándum al presidente y a la CIA no logró disipar la inquietud que producía en Estados Unidos el camino emprendido por la Revolución cubana. O bien Castro "es de una naturaleza terriblemente ingenua por lo que se refiere al comunismo, o se halla sometido a la disciplina del partido".

Esta sospecha, unida a la idea de que Cuba era un satélite de Moscú en el hemisferio, dirigido desde lejos, significó una visión terrible, tanto para el Gobierno como para la opinión pública norteamericana, que antes simpatizaba tanto con los rebeldes cubanos; ahora se había dado un giro completo a la situación. La simpatía se transformaba en todo lo contrario. Las primeras medidas de carácter revolucionario adoptadas por los nuevos gobernantes de Cuba, es decir, la persecución de los seguidores de Batista, hallaron un eco desfavorable en el mundo occidental.

Desde su refugio de Sierra Maestra, Castro había prometido al pueblo cubano que ajustaría cuentas con los responsables del terror batistiano. Ahora, una vez lograda la victoria, entraron en acción los tribunales revolucionarios y los pelotones de fusilamiento. "¡Al paredón! ¡Al paredón!", era el grito unánime de un pueblo recién liberado del terror. Pero mientras la mayor parte del pueblo cubano lo interpretaba como justicia vengadora, la prensa norteamericana informaba en grandes titulares sobre matanzas y ríos de sangre en Cuba. Allí se tenía una idea distinta de los procedimientos normales de aplicar el derecho. Se criticó con dureza la purga efectuada contra los "criminales de guerra". Mas para Fidel Castro, tales críticas no eran en modo alguno aceptables. Censuró la actitud de Estados Unidos en una serie de violentos discursos. ¿Acaso no fueron las misiones militares norteamericanas las que instruyeron a las fuerzas de Tierra, Mar y Aire de Batista, y no fue el Gobierno norteamericano el que proporcionó carros de combate, armas, aviones y bombas a las tropas del dictador, que causaron la muerte a tantos cubanos? ¿Dónde están —se preguntaban ahora en Cuba— los artículos de fondo y titulares de protesta de la prensa norteamericana condenando el terror desencadenado por Batista, en cuyas prisiones muchos cubanos fueron cegados y castrados, y en donde a las mujeres se les extirpaban los senos? ¿Por qué no protestaban cuando los habitantes de Santiago de Cuba encontraban a diario, tendidos en las calles y plazas de la ciudad, sin vida o mutilados, a sus hijos, padres o hermanos? ¿Por qué se aceptaron en silencio los millares de víctimas producidos por el terror batistiano, mientras los turistas norteamericanos acudían alegres y despreocupados a los casinos y salas de fiestas de La Habana?

Sin embargo, estos argumentos no hicieron enmudecer a la opinión pública norteamericana. Y cuando una de las revistas estadounidenses de mayor circulación mencionó a este respecto que, "en definitiva, las intervenciones no son exclusivas de tiempos pretéritos", replicó iracundo Castro con una amenaza: "Si ha de haber una intervención, morirán 200.000 gringos." A partir de entonces menudearon en Cuba las manifestaciones antinorteamericanas y el odio tradicional contra Batista se fue proyectando poco a poco hacia Estados Unidos. Con el aplauso de las masas cubanas, Fidel les acusó de explotar al país, tenerlo bajo su tutela y no respetar su soberanía. Como



Ya mientras se encontraba en las montañas de Sierra Maestra, Fidel Castro anunció que arreglaría cuentas sangrientamente con los responsables del terror de Batista. Inmediatamente después de hacerse con el poder, se formaron los tribunales revolucionarios que correspondían más bien a las necesidades de venganza de un pueblo indignado, que a los principios de justicia de un Estado. "¡Al paredón! ¡Al paredón!" Esta exclamación se convirtió en el lema de las masas. Según los datos oficiales, durante el primer año de 1959 más de 500 "criminales de guerra" cayeron víctimas de los pelotones de ejecución. A ellos hay que añadir los

es natural, Estados Unidos no estaba acostumbrado a tales acusaciones, sobre todo procedentes de Cuba; la opinión pública estadounidense, que hasta hacía poco había admirado a Castro como a un Robin Hood político, cambió su actitud para dar paso a una profunda indignación.

Sin embargo, quienes manejaban la política y la economía norteamericanas, que podían decidir directamente el modo de tratar a Castro, se dejaron influenciar con exceso por los ataques verbales dirigidos contra su país y la sangrienta justicia revolucionaria. Estados Unidos tiene sus propias ideas a escala mundial, respecto a los distintos países y regímenes, que obedecen a unos principios y prioridades. No figuran precisamente en primer término las cuestiones sociales ni la libertad de las naciones afectadas, sino que su actuación práctica viene determinada por dos criterios decisivos: primero, el de la propia seguridad nacional, y segundo, el de los fondos e intereses mercantiles norteamericanos. Ambos fundamentos van estrechamente ligados al comunismo. En el período Dulles este criterio se agudizó al máximo, pues a cada nueva expansión del comunismo se hacía peligrar la seguridad norteamericana, y los círculos financieros estadounidenses veían en la subsiguiente socialización de la economía una amenaza para sus inversiones. Así pues, la socialización y la influencia comunista son señales de alarma que Estados Unidos registra cuidadosamente en el mundo occidental. Estas circunstancias enturbiaron pronto las relaciones cubano-estadounidenses.

Al cabo de un año de haber tomado el poder, el régimen de Castro sometió a fuertes limitaciones las propiedades extranjeras en el país. En el ámbito de la reforma agraria cubana se preparaba la expropiación de terrenos adquiridos por súbditos norteamericanos, que consideraron insuficientes las indemnizaciones ofrecidas por el Gobierno cubano. El 5 de febrero, Anastas Ivanovich Mikoyan, viceprimer secretario del Consejo ministerial de la URSS, inauguró una exposición en La Habana que mostró a los cubanos los más recientes logros soviéticos en los campos de la ciencia, la tecnología y la cultura. Se firmó el



muchos muertos que fueron ajusticiados sin procedimiento judicial. "Pueden morir miles de personas", fue la solución del radical Raúl Castro. IMAGEN IZQUIERDA: Un antiguo capitán de la policía de Batista en el paredón, ante el pelotón de ejecución. Este capitán fue encontrado culpable de haber atormentado y asesinado a un joven revolucionario. IMAGEN SUPERIOR: Lleno de odio y con la pasión reflejada en el rostro, este cubano acusa ante un tribunal revolucionario a un oficial de la policía de Batista de haber dado muerte a su hijo. Vigilado por dos rebeldes armados, el antiguo policía de Batista (a la derecha), espera el veredicto.

primer acuerdo comercial y no tardaron en irrumpir en el país técnicos rusos y armas de los países del campo socialista. El 8 de mayo se iniciaron las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y en el mismo año se reconoció a la República Popular China. Se fortalecieron los lazos ideológicos y económicos entre La Habana y Moscú, y Kruschev amenazó incluso con emplear cohetes atómicos en el caso de que los norteamericanos interviniesen militarmente en Cuba.

La nueva situación surgida en la isla, a menos de 150 kilómetros de distancia de Florida, inquietaba a Washington cada vez más, por lo que el Gobierno norteamericano decidió tomar medidas para presionar a Fidel Castro. Al hacer pública la determinación de reducir la cuota anual de importación de azúcar cubano, Castro, indignado, calificó esta medida como una "agresión económica": "Seguiremos expropiando hasta que no les queden ni clavos en sus zapatos. Céntimo a céntimo arrebataremos las inversiones estadounidenses, hasta que no quede nada por nacionalizar."

Poco después se iniciaba la "ola socializadora" cubana, que afectó a tres grandes compañías petroleras anglo-norteamericanas, la Texaco, la Esso y la Shell, que se negaron a tratar en sus refinerías cubanas el petróleo crudo procedente de la Unión Soviética. A continuación, Castro amenazó con la expropiación. Cuando las empresas insistieron en mantener su postura, Castro hizo efectiva su amenaza y procedió a su nacionalización.

El presidente Eisenhower redujo considerablemente la cuota norteamericana de importación de azúcar cubano para el resto del año (en el 95 por ciento), lo que para Cuba significó una pérdida de unos 92 millones de dólares. Al poco tiempo se prohibía totalmente la entrada de azúcar cubano en Estados Unidos para el primer trimestre de 1961. La Cuba de Castro reaccionó con iracundas palabras y drásticas medidas contra esa "declaración de guerra económica". Las compañías telefónicas y de energía eléctrica, propiedad de firmas norteamericanas, fueron nacionalizadas sin compensación de ninguna especie. Lo mismo

sucedió con las fábricas de azúcar de propiedad estadounidense. Las inversiones norteamericanas en valores ascendían a unos 750 millones de dólares, es decir, los dos tercios del total de las inversiones privadas yanquis en Cuba; también fueron nacionalizadas. Como celebración de esta feliz coyuntura se decretó una "semana de júbilo". Los camiones de la nacionalizada Compañía Telefónica recorrían con gran estruendo de claxon las calles de La Habana, atestados de obreros que gritaban por medio de los altavoces instalados en los camiones: "¡Cuba, sí; yanqui, no! ¡Cuba, sí; yanqui, no!"

En octubre aumentó la presión económica de Estados Unidos sobre Cuba. Se decretó el embargo de toda clase de exportaciones a Cuba, a excepción de medicamentos y víveres no subvencionados. "Estaba previsto —declaró Eisenhower justificando semejante decisión— negar a Cuba el suministro de determinadas mercancías, sobre todo piezas de recambio para las máquinas herramientas norteamericanas, para entorpecer de este modo el proceso de fabricación de artículos de importancia estratégica." Algún tiempo antes se había amenazado con retirar la ayuda económica norteamericana a aquellos países que prestaran ayuda militar o económica a Cuba.

Pero esta intensa presión económica sobre Cuba no llevó a La Habana a "ser razonable en los asuntos de interés financiero", sino que alcanzó exactamente lo contrario de lo que pretendía. Fidel Castro no deseaba inclinarse ante los yanquis bajo ningún concepto. En lugar de ello, prefirió aceptar la ayuda que le ofrecía Moscú. Era la primera vez que la Unión Soviética ofrecía una verdadera oportunidad a un país de régimen comunista situado en el hemisferio occidental, tan sagrado para Estados Unidos. En las escaramuzas de la guerra fría, Castro se alineó con Kruschev y ambos coincidieron en Nueva York con ocasión de la asamblea general de la ONU que se celebró en octubre, redoblando sus ataques contra los imperialistas yanquis. El 2 de enero Fidel conminó a Estados Unidos para que, en el plazo de 48 horas, redujese a 11 individuos el personal de su Embajada en La Habana. Recalcó que dicho personal se elevaba a 300 personas, de las que el 80 por ciento se dedicaban al espionaje. En realidad, la plantilla de la Embajada de Estados Unidos en la capital cubana sólo ascendía a 87 funcionarios. "El vaso estaba ya colmado", comentó el presidente Eisenhower al decidir la ruptura de relaciones diplomáticas con Cuba.

Seis meses antes, cuando el presidente decidió rebajar de manera tajante la cuota de importación de azúcar, quiso dar a entender que sólo se trataba del primer paso. "A partir de ahora seguirán otras medidas diplomáticas, económicas y estratégicas", manifestó, dando a entender su intención de no ceder.

Pero las medidas económicas no fueron efectivas y la presión diplomática no tuvo mejor suerte. En vano intentó Estados Unidos conseguir de los países miembros de la OEA que condenasen abiertamente a Fidel Castro. "Fidel Castro era un héroe para las masas de muchos países latinoamericanos. Veían en él al defensor de los oprimidos y al enemigo de los privilegiados, que en muchas naciones ostentan el control de las riquezas y del Gobierno." Por ello, ningún Estado sudamericano deseaba enemistarse con Cuba, sobre todo por razones de política interior. En la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de la OEA celebrada en agosto en Costa Rica, Fidel Castro subrayó su amistad con la Unión Soviética y la República Popular China, e hizo serias acusaciones a Estados Unidos: "Ya no creemos en vuestra filosofía del oro, oro que habéis robado a nuestro pueblo; ya no estamos dispuestos a seguir las instrucciones de vuestros embajadores. Cuba ha dejado de ser un apéndice de vuestra economía y nunca más votaremos en las Naciones Unidas por lo que vosotros tengáis por justo, sino por aquello que en realidad lo sea, de acuerdo con nuestra dignidad y nuestra conciencia."

Y en lugar de condenar a Cuba, según el deseo de Estados Unidos, por haber aceptado la protección militar de la Unión Soviética, se llegó en San José a una resolución ambigua, que incluso pareció intolerable y ofensiva para Fidel Castro. Los delegados cubanos abandonaron la conferencia de Costa Rica al grito de "¡Cuba, sí; yanqui, no!"

Abortadas las medidas económicas y diplomáticas anticastristas, sólo le quedaba a Eisenhower dar "el paso estratégico" al que se refirió en cierta ocasión, que en este caso concreto se refería a pasar a la acción militar. En marzo del mismo año el presidente había dado instrucciones a su servicio secreto en el sentido de instruir militarmente a los elementos anticastristas residentes en Guatemala, para provocar con ellos la caída del régimen cubano, nada grato a Estados Unidos. Durante el mandato de Eisenhower no se trazó un plan metódico para la invasión de la isla, pero se trasladó el asunto al gabinete entrante con el comentario de "ayuda a unos refugiados cubanos ansiosos de prepararse para regresar a su patria".

Su sucesor, al igual que Eisenhower, advirtió un serio peligro para Estados Unidos en el desarrollo de la Revolución cubana. Para el presidente Kennedy era indudable que "Castro había traicionado los ideales de la Revolución cubana" y transformado la isla en "un satélite enemigo y militante en el bando comunista". Tras el fracaso de la ofensiva económica y diplomática de Eisen-



Una imagen que no les hubiera gustado ver a millones de norteamericanos. Fidel Castro, que como revolucionario en Sierra Maestra se había ganado tantas simpatías y que durante la lucha contra Batista había afirmado repetidas veces no ser ningún comunista, da ahora la mano a Nikita Kruschev en la Plaza Roja de Moscú, junto al mausoleo de Lenin, demostrando su solidaridad y su amistad con el dirigente soviético. Para eliminar el punto de apoyo comunista en Cuba, que sólo se encontraba a 90 millas de la costa norteamericana, el presidente Eisenhower hizo impartir instrucción militar a cierto número de exiliados cubanos. Su sucesor, Kennedy, se arriesgó a efectuar el desembarco en la bahía de Cochinos.

hower no creyó poder obtener un rápido éxito en la prosecución de dicha ofensiva. La única solución consistía en una intervención militar de los "refugiados cubanos ansiosos de prepararse para regresar a su patria". Estos elementos ofrecían una oportunidad real para derribar en breve plazo al hostil régimen cubano, y en una forma muy aceptable para Kennedy, pues una cosa quedaba bien clara: bajo ningún concepto participarían unidades norteamericanas en una acción militar contra Cuba.

La participación indirecta de Estados Unidos también debía mantenerse en el más estricto secreto. El presidente Kennedy no deseaba que su país perdiese prestigio ante las naciones sudamericanas, al aparecer como un intervencionista sin escrúpulos. Su fórmula para el hemisferio occidental era no hacer uso de la presión militar, sino aplicar una eficaz ayuda económica para lograr que las repúblicas sudamericanas gozasen de un verdadero régimen democrático.

Pero Eisenhower ya había preparado a los exiliados cubanos, bajo la suposición de que el papel de Estados Unidos en la aventura quedaría disimulado. Kennedy estaba dispuesto a continuar, tal como estaban las cosas. Pero la cuestión de mantener ocultos los preparativos no era tan fácil de resolver, sobre todo en un país en el que los periodistas se mueven con absoluta libertad. Desde octubre de 1960 apareció en la prensa norteamericana la noticia de que, al parecer, Estados Unidos adiestraba en Guatemala voluntarios cubanos para la invasión de la isla. El 4 de enero de 1961, el ministro de Asuntos Exteriores cubano, Raúl Roa, protestó enérgicamente ante el Consejo de Seguridad: "Valiéndose de la intriga, el soborno y la extorsión, el Gobierno imperialista y reaccionario de Estados Unidos trata de

aplastar la Revolución cubana. Los imperialistas yanquis planean la invasión de Cuba." En Washington calificaron este ataque de Roa de "falso e histérico". El *New York Times* escribió que las manifestaciones del ministro de Asuntos Exteriores cubano eran sólo un disparate político. Pero unos días más tarde tuvo que cambiar de actitud. Y aun cuando no tenían pruebas de que las tropas norteamericanas estuviesen dispuestas a invadir la isla, no cabía la menor duda de que Estados Unidos apoyaba dicha invasión adiestrando a

sobre los parientes enrolados en las brigadas. El celo de los periodistas apareció reflejado en los diarios en forma de gran cantidad de información táctica, así como de datos sobre los efectivos de las fuerzas invasoras. Lo único que le faltaba saber a Castro era la hora exacta y el lugar de la invasión." A pesar de los esfuerzos de los periodistas, ambos datos fueron mantenidos por Washington en el más riguroso secreto hasta el día de la invasión. Esta operación secreta corría a cargo de la CIA (Central Intelligence Agency). El jefe



Campamento de instrucción en Gutemala. Formación militar de los voluntarios cubanos exiliados a cargo de consejeros norteamericanos.

los voluntarios cubanos. El corresponsal de dicho periódico en Centroamérica logró penetrar en un campo de entrenamiento, bien vigilado, y emitió su juicio sobre la intervención de su país: "Estados Unidos no sólo apoya esos esfuerzos con la aportación de personal, sino con los elementos materiales necesarios para construir instalaciones terrestres y aeródromos."

Se acumulan los informes sobre la Operación Cuba. "En las semanas que precedieron a la invasión —declaró Pierre Salinger, secretario de prensa de Kennedy— apenas transcurría una jornada sin una nueva noticia sobre el asunto. Los periodistas volaban a Miami y acosaban a los exiliados cubanos en los cafés y en los vestíbulos de los hoteles, tratando de sonsacarles noticias

del servicio secreto, Allan Dulles, hermano del ministro de Asuntos Exteriores en el Gobierno Eisenhower, encomendó a Richard M. Bisell, segundo jefe de la sección Problemas Operacionales de la CIA, la misión de organizar la Operación Cuba.

Bissell, diplomado y profesor de la Universidad de Yale, fue llamado a colaborar en el Plan Marshall como experto en economía. En 1954 ingresó en la CIA. Gracias a su iniciativa, el servicio de información norteamericano introdujo los aparatos U-2, el más económico, moderno y efectivo método de espionaje. Y del mismo modo que había hecho anteriormente con otros problemas, dedicóse a resolver el que le tocara en suerte. Este caso le planteaba tres cuestiones:

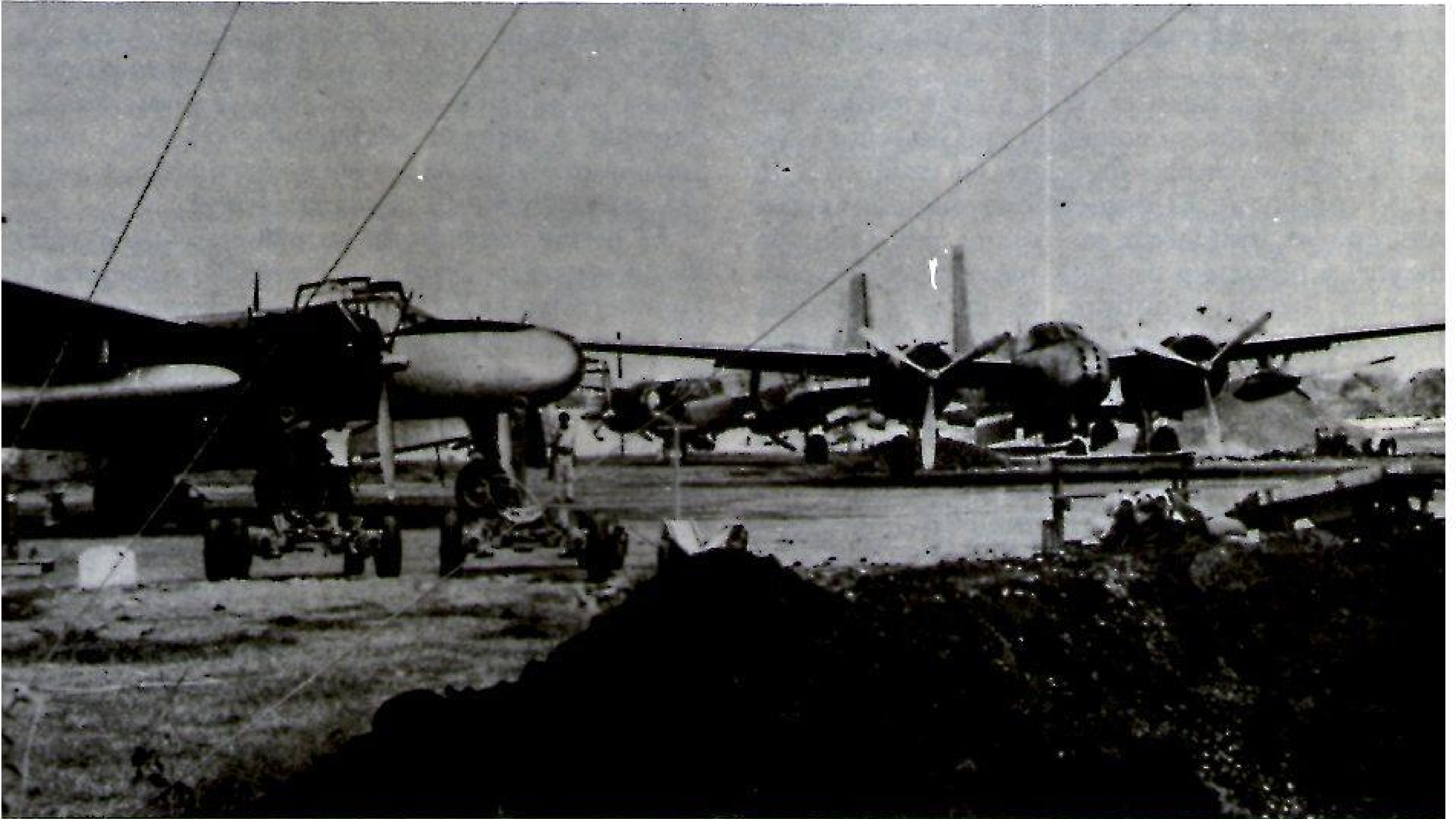
1.° ¿Dónde habría de instruirse a los exiliados cubanos?

2.° ¿Quiénes intervendrían en la lucha y quién ostentaría la jefatura política?

3.° ¿Según qué concepto estratégico debían ser instruidos militarmente?

Tan pronto como Eisenhower encargó a su servicio secreto el adiestramiento de los exiliados cubanos para una futura acción militar contra Fidel Castro, aparecieron en Guatemala a primeros de abril de 1960 dos agentes de la CIA en la oficina de Roberto Alejos. Este era uno de los más ricos plantadores de café de Guatemala, así como influyente hombre de negocios y amigo íntimo y consejero del presidente guatemalteco Ydígoras Fuentes. Los dos norteamericanos explicaron a Alejos el motivo de su visita —la instalación de un campo de entrenamiento en Guatemala, para los exiliados cubanos, situado en algún lugar discreto— y pedían su mediación con el presidente Fuentes para que autorizase la instalación de uno o varios campos de adiestramiento. Una vez concedido el permiso oficial, se trataba de buscar la adecuada situación de dichos campos, manteniendo el asunto fuera del alcance de la opinión pública. También a este respecto era Alejos el hombre idóneo para ayudar a la CIA; de inmediato se mostró dispuesto a cederles uno de sus inmensos cafetales.

Helvetia, así se llamaba la plantación, se halla situada entre las montañas de Sierra Madre y la costa sudoeste de Guatemala, no muy lejos del océano Pacífico. En una pequeña localidad vivían cerca de 2.000 peones indios de la hacienda; dicha población no disponía de carreteras públicas de acceso, contaba con su propia central eléctrica y era independiente del mundo exterior en cuanto a los suministros básicos se refiere. El campo de instrucción Trax Base quedaba a unos mil doscientos metros de altitud, rodeado de montañas poco accesibles, que eran un terreno apropiado para adiestrar a los exiliados cubanos. El suelo, escabroso y sembrado de rocas volcánicas, en las que crece una tupida vegetación, ofrecía condiciones ideales para el entrenamiento de los voluntarios cubanos, y su aislamiento camuflaba el ruido de las maniobras, de los disparos y las explosiones de las granadas. Además, el perímetro de la zona se hallaba custodiado por soldados del Ejército regular guatemalteco, de forma que los agentes de la CIA estaban bastante seguros de mantener encubierta su operación secreta. Pero había algo que resultaba más difícil de enmascarar: la construcción de una carretera entre la casi



Los bombarderos B-26, puestos a disposición de los exiliados cubanos por Estados Unidos, en el aeropuerto de Retalhuleu.

ignorada localidad de Retalhuleu y la plantación Helvetia, junto a la que se pensaba construir un aeródromo para los aparatos que se esperaban.

¿Qué explicación se daría al público? ¿Cómo justificar la construcción de un gran aerodromo en una zona casi desértica?

Pero si era difícil mantener en secreto la construcción de la base, más complejo resultaría explicar la súbita actividad aérea. No se tardó en encontrar una solución plausible. El presidente Ydígoras Fuentes, acompañado de un numeroso séquito, en el que formaban los miembros de varias embajadas, inauguró el aeródromo de Retalhuleu manifestando que se usaría para exportar por las rutas del aire "fruta y pescado congelado".

Mientras los agentes de la CIA triunfaron al poner en marcha su cometido en Guatemala, las actividades en su país de origen les resultaron un tanto complejas. El número de refugiados cubanos que se instalaban en Miami era cada día mayor; a principios de 1961, más de 100.000 emigrantes fueron admitidos en Estados Unidos. Individuos de todos los estamentos de la sociedad cubana habían abandonado su patria por diversas razones. Y si bien tenían en común su resentimiento contra Fidel Castro, se hallaban políticamente escindidos. Organizaciones, movimientos, asociaciones, comités, frentes, juntas, uniones y un sinfín de pequeños grupos que estaban dirigidos por agentes de la CIA.

No obstante, tal división sólo parecía inextricable a primera vista, pues en realidad podían establecerse tres corrientes importantes de opinión entre los refugiados cubanos: las fuerzas tradicionales de la derecha, el centro y la izquierda, aun cuando en el seno de las mismas se abriesen distintas ramificaciones.

Poco después de que Castro conquistara el poder en Cuba, la primera oleada de emigrantes estaba compuesta exclusivamente por derechistas, es decir, por los antiguos seguidores de Batista. Luego siguieron elementos pertenecientes al centro político, que repudiaron la dictadura de Batista y añoraban el retorno a la democracia, acompañada de las oportunas reformas sociales. La última y gran ola de refugiados estaba formada por antiguos afiliados al 26 de Julio que, poco a poco, se separaron de Castro al comprobar que el tan admirado jefe revolucionario se inclinaba abiertamente hacia el comunismo. En modo alguno eran reaccionarios, pues aborrecían a Batista y a parte de las fuerzas centristas; eran altivos revolucionarios que aspiraban a crear una Cuba con efectivos avances sociales y hondas reformas en la agricultura. Decían con justicia ser los auténticos portavoces de los ideales del 26 de Julio, que Castro había traicionado alevosamente al pasarse al comunismo marxista.

Esta múltiple disgregación política era casi imposible de conciliar. Y aun cuando el presidente Eisenhower había ordenado ex profeso mantener alejados de la Operación Cuba tanto a los fanáticos seguidores de Batista como a los comunistas, se hizo cada vez más difícil guardar en secreto los preparativos de invasión. No obstante, se confió esta misión a Frank Bender, agente de la CIA cuyo verdadero nombre era Droller y que al finalizar la guerra emigró de Alemania a Estados Unidos. Su labor no era fácil, pero él se las ingenió para que lo fuera. A Bender no le agradaban las discusiones, y no se interesaba por las cuestiones políticas de los refugiados cubanos; tuvo la virtud de hacer surgir en ellos una fina receptividad psicológica. Sin que ellos se apercibieran, demostró a todos su privilegiada posición. Era un verdadero artista de la contrarrevolución, y nadie era capaz de rebatir sus argumentos.

El primer triunfo de los esfuerzos de Bender fue la organización de un Frente Revolucionario Democrático (FRD) al que se unieron cinco de los grupos principales en junio de 1960. Y puesto que Bender no deseaba tratar con cinco jefes distintos, exigió al FRD que nombrase un solo presidente. Bajo esta presión norteamericana se unieron Antonio de Varona, que había sido primer ministro en el gabinete de Prío Socarrás, y Aureliano Sánchez Arango, una de las más destacadas personalidades en el seno del FRD, no muy conforme con el sesgo que tomaban los acontecimientos. La breve historia de las relaciones entre el FRD y la CIA es el "relato de una serie de presiones e injerencias extranjeras", se decía en un memorándum secreto del Frente, en el que se protestaba por las medidas tomadas por los norteamericanos. Pero las protestas no surtieron efecto, y en el mes de setiembre el grupo de Sánchez Arango se desmembró del FRD. El resto de los jefes de la oposición, aunque a regañadientes, volvieron a caer bajo la tutela norteamericana.

Las cosas se complicaron cuando en noviembre de 1960 llegó a Miami Manuel Ray, procedente de Cuba. Ray, fiel exponente de la tercera oleada de exiliados, había luchado bajo el estandarte del 26 de Julio; ocupó la cartera de Trabajo en el Gobierno revolucionario de Fidel Castro. Tenía fe en los ideales democráticos y en una Cuba transformada por las reformas agrarias propuestas. Sin embargo, abominaba los métodos comunistas de una dictadura totalitaria, y al observar que Castro evolucionaba en esa dirección, renunció a su cargo ministerial y constituyó un grupo de resistencia, el llamado Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), que organizó en Cuba un movimiento clandestino, hostil a Castro.

Ray y sus camaradas no eran de la misma clase que los refugiados pertenecientes a la derecha y al centro. Si éstos se doblegaban fácilmente ante los norteamericanos, aquéllos, orgullosos nacionalistas, resultaban harto conflictivos. Se opusieron a las exigencias de Bender, ansioso de fundir el MRP con el Frente Revolucionario Democrático, y desde un principio se negaron a aceptar todo género de compromisos. Alarmada por esos "aguafiestas" de la armonía cubano-estadounidense en Miami, la CIA y los refugiados políticos cubanos de la derecha y el centro aunaron sus esfuerzos para difamar y aislar a Manuel Ray y sus hombres. Sus ideas fueron tildadas de radicales. Pronto circuló por Miami el lema"fidelismo sin Fidel". Ray no deseaba más que eso, oponiéndose al comunismo que se practicaba en Cuba. A ello también se oponía el MRP, que renunció al "fidelismo-comunista", pero no a los ideales sustentados por el Movimiento del 26 de Julio, traicionados por Fidel Castro.

Y lo mismo que Ray en Miami, argumentaba Kennedy en Washington. Con mayor énfasis que Eisenhower, declaraba no tener la menor simpatía por la vieja Cuba. Sus objeciones, y esa era la opinión de Ray, no eran válidas "para la Revolución cubana, sino para los suministros a los rebeldes de Castro". En marzo de 1961 el asesor especial del presidente, Arthur Schlesinger, hijo, publicó un *Libro Blanco* sobre Cuba, que explicaba la postura oficial de Washington y que estaba redactado en tal sentido.

Sin embargo, los hombres del servicio secreto norteamericano no apoyaron con entusiasmo las reflexiones políticas de Washington. Ellos tenían que proyectar y realizar la Operación Cuba, y ganarse a los refugiados para dicha aventura. Y cuanto más a la derecha se hallasen esos exiliados, tanto más dispuestos estarían a seguir el dictado norteamericano, y menos en el caso de simpatizar con el pueblo cubano, mientras que tratándose de los refugiados izquierdistas sucedía exactamente lo contrario. De esta disparidad surgían distintos criterios relativos a los planes militares para la liberación de la patria. Ray y los suyos querían un ataque externo sólo como catalizador para activar la rebelión interna, mientras que los hombres del Frente se mostraban partidarios de una invasión desde el exterior, que contara con el máximo apoyo norteamericano. Estas incesantes querellas constituían una verdadera pesadilla para los agentes de la CIA. Las de índole política les tenían sin cuidado. En este aspecto sólo les importaba que los jefes de los refugiados cubanos estuviesen aglutinados en una sola organización; en cuanto a la cuestión estratégico-militar, no pensaban tolerar la menor injerencia.

El 18 de marzo agotaron la paciencia. Un grupo de agentes de la CIA apareció en el motel Skyways de Miami, mandaron comparecer a unos cuantos personajes entre los exiliados y les hicieron comprender que, o bien se ponían de acuerdo y elegían un presidente provisional para Cuba, o se abandonaba el proyecto. Ray vaciló, pero el 22 de marzo aceptó el parecer de la mayoría. El doctor Miró Cardona, que después de elevarse Castro al poder fue primer ministro del Gobierno revolucionario, aunque por un período fugaz, fue elegido presidente. La resistencia interior cubana era un asunto del "máximo interés" y nadie que "hubiese ostentado un puesto de responsabilidad en la dictadura criminal de Batista" podía ser aceptado en las filas de las tropas expedicionarias; dichas fuerzas estarían "completamente subordinadas" a la autoridad del Comité revolucionario, según lo convenido en el acuerdo entre el FRD y el MRP, que el servicio secreto norteamericano pretendió ignorar. Así pues, la primera "gestión oficial" de Cardona fue una orden de la CIA. Contra su voluntad y las protestas de Manuel Ray, tuvo que nombrar a Manuel Artime comandante en jefe de las fuerzas armadas cubanas en el exilio.

Artime se había sumado a los rebeldes de Castro en 1958; trabajó posteriormente en el Instituto Nacional para la Reforma Agraria (INRA) y ya entonces se sentía escéptico ante el camino emprendido por Cuba. Fue convocado a una entrevista secreta de los funcionarios del INRA en La Habana, y allí tuvo ocasión de escuchar de labios del propio Fidel Castro que abrigaba la intención de transformar a Cuba en un Estado comunista en el plazo de tres años. Artime, anticomunista cabal, se unió al movimiento clandestino, y cuando la policía secreta de Castro le pisaba los tacones, buscó refugio en los jesuitas de La Habana.

Disfrazado de cura, y con una pistola oculta en su breviario, se entrevistó en la Embajada norteamericana con un individuo llamado Williams, que escondió a Artime en su domicilio. Allí respondió a todas las preguntas que se le hicieron sobre su historial y orientación política. Una noche encontraron en un bar del puerto de La Habana al capitán de un buque hondureño que se mostró de acuerdo en transportar a Artime a Estados Unidos. En Tampa, Florida, ya se esperaba la llegada de Artime. Otro agente de la CIA se presentó a él: "El señor Burnett, un amigo de Williams." Burnett se lo llevó a Miami, donde fue sometido a un interrogatorio de varias horas. Las preguntas se sucedían sin interrupción; no le fueron ahorrados ni el *test* de Rorschach ni el detector de mentiras. Se le aplicaron todos los métodos usuales en el servicio secreto norteamericano.

Pese a todo, Artime se mostró fuertemente impresionado por sus "amigos". Oficialmente, nada tenían que ver con el Gobierno estadounidense, sino que aparecieron como una organización formada por acaudalados y muy influyentes personajes norteamericanos cuya meta era terminar con la Cuba de Fidel Castro. Y Artime, que sólo tenía veintiocho años de edad, creyó en esos "amigos" y en Frank Bender, que le prometió adiestrar y armar a los refugiados cubanos para derribar a Fidel Castro. Artime quedó muy impresionado por el poderío de la organización y no se le ocurrió dudar de ella. Le habían sacado de Cuba y desembarcado en Estados Unidos burlando fácilmente a las autoridades de inmigración, y le prometieron un triunfal regreso a la patria junto a sus camaradas. Tras el fracaso de la bahía de Cochinos, volviendo la mirada atrás, Artime debió reconocer que había pecado de ingenuo, pero hasta iniciarse la operación tuvo una confianza ciega en sus "amigos" norteamericanos y fue en sus manos un eficaz instrumento voluntario.

En Artime, Bender encontró a un hombre que pronto sería el único nexo entre el proyecto militar y político de la CIA. Y si bien los jefes políticos de los exiliados cubanos discutían sobre el proyecto militar, no tenían la menor influencia en el mismo, que estaba por entero en manos de la CIA, que manejaba todos los hilos, sobre todo el de las finanzas. El primer paso del servicio secreto norteamericano en relación con el proyecto militar fue el inicio de una campaña de reclutamiento entre los refugiados cubanos. En los comienzos hubo oficinas de reclutamiento y campos de instrucción en Florida, Louisiana y Texas. Poco después, cuando Alejo cedió una de sus plantaciones de café, la mayoría de los voluntarios fueron enviados a Guatemala, en avión. Los aparatos no llevaban insignias de ninguna especie y casi todos despegaban de Opa-locka, antiguo campo de aviación militar situado al norte de Miami, que las fuerzas aéreas norteamericanas habían dejado de utilizar.

El relato que sigue da una idea general de cómo un refugiado se convertía en voluntario. "Me encontré con un hombre de la CIA llamado Roger, en el hotel La Moderne. Muchos de mis amigos cubanos habían sido ya adiestrados, de forma que me uní a ellos. Roger nos enseñó a manejar explosivos y a distribuir propaganda subversiva. Muchas veces, estas enseñanzas se impartían en el mismo hotel; las clases de tiro nos las daban al aire libre, naturalmente. Una tarde nos llevaron a una vieja casona situada en Coconut Grove y nos dieron un uniforme caqui, una gorra azul, como la que llevan los jugadores de béisbol, botas y un saco de dormir. Serían las ocho cuando montábamos en un camión que nos trasladó a Opa-locka. Eramos un centenar de hombres en total; aguardamos un rato, al cabo del cual se presentaron dos norteamericanos, ataviados del mismo modo que nosotros, y nos condujeron a un DC-4. A la madrugada siguiente aterrizamos en Retalhuleu y nos dieron un excelente desayuno a base de huevos con jamón o tocino, en fin, cada uno según sus deseos. Este desayuno me puso de buen humor, tanto que me sentí a gusto en mi nuevo ambiente. Alrededor del mediodía llegamos al campamento y se nos ofrecieron raciones de campaña y chaquetas; pensé que nos concederían un descanso, ya que habíamos pasado la noche en vuelo. Pero nada de eso. Comenzamos inmediatamente los ejercicios de tiro. Y, por la noche, instrucción teórica sobre el manejo de la ametralladora, antes de mandarnos a la cama. Nos encontrábamos en Trax Base. A los cuatro días de nuestra llegada pudimos escoger un batallón; escogí el segundo, porque en su compañía E formaba uno de mis amigos. Había unos 175 hombres en mi batallón y 40 en mi compañía. Cada batallón contaba con un instructor norteamericano. El nuestro se llamaba Bob, otro Jim. Llevaban revólver al cinto y nos adiestraban sobre el terreno en el manejo de la ametralladora, lanzagranadas, fusil automático 'Browning' y bazooka."

Al igual que en Miami, los hombres de la CIA eran conocidos por sus nombres de pila, Gordon, Seabee, Pat, Big John, Sonny, Bob, Jim... Tanto los instructores cómo sus colegas de la CIA apenas se interesaban por las discusiones políticas de los refugiados cubanos.

Pero los frentes políticos no se dejaron manejar dócilmente en el campo de instrucción de Guatemala. Después de que Pepe San Román fuera designado por los norteamericanos como comandante de la brigada en Trax Base, no tardó en producirse un auténtico motín. San Román había sido soldado profesional en el Ejército de Batista y también había servido en las filas de Castro. Como enemigo de éste y buen conocedor de sus tácticas militares, le pareció a la CIA el hombre idóneo para sus fines, aun cuando los jefes políticos cubanos de Miami no compartían dicha opinión. Temían perder su influencia sobre la brigada; el temor no carecía de fundamento, pues algunos voluntarios habían ido a Guatemala con la misión de promover disturbios entre sus camaradas. Cierto día, la tropa se negó a efectuar las prácticas de costumbre y más de la mitad abandonó el servicio. Pepe San Román les rogó que volviesen a sus puestos y, acto seguido, dirigió unas palabras a sus camaradas en rebeldía: "La unidad no es mía, ni del Frente, ni de Estados Unidos, sino que pertenece a Cuba, nuestra ama-

da patria." Pero en vista de que este llamamiento no surtió el efecto deseado, se recurrió al agente de la CIA de más rango, que ya había girado algunas visitas de inspección al campamento. Bernie o Toro Sentado, como le apodaban muchos cubanos, mandó formar la brigada, se subió a una tarima y habló sin rodeos a los voluntarios: "Muchos de vosotros no me habíais visto aún por aquí. Sabed que soy el que manda y el jefe de esta brigada es Pepe San Román." Luego hizo que éste subiese a la tarima y hablara con sus hombres: "Aquellos que estén dispuestos a seguirme y olvidar las discordias políticas, que den un paso al frente, y los que prefieran dedicarse a la política, que se queden donde están." Más de un centenar de hombres no estaban dispuestos a seguir bajo las órdenes de San Román; sólo al prometérseles que los jefes políticos del Frente vendrían a Guatemala, y cuando en realidad se presentaron, se mostraron dispuestos a reanudar el servicio en la brigada. Pero una docena de voluntarios cubanos, de quienes sospechaban los agentes de la CIA que eran los responsables del motín, fueron detenidos y llevados a un campo de prisioneros que la CIA tenía instalado en Petén, al norte de Guatemala, en plena zona selvática. Después de la catástrofe de la bahía de Cochinos se les trasladó de nuevo a Miami.

A pesar de estos incidentes y de la continua fricción entre voluntarios, la tropa se convirtió en una unidad bien cohesionada. La instrucción progresaba satisfactoriamente, y entre los cubanos y sus instructores yanquis se llegó a establecer una excelente camaradería. Pese a las disensiones políticas entre los voluntarios cubanos, que dicho sea de paso trataban de evitar en lo posible, los asesores e instructores norteamericanos irradiaban un formidable optimismo. El campamento Trax Base, decían, era uno de entre los muchos campamentos similares; todos los carros de combate y aviones de Castro serían destruidos antes de comenzar la invasión, y si las tropas castristas llegaban a crear serias dificultades, allí estarían los estadounidenses para ayudar directamente; con el dominio absoluto del aire, la marcha sobre La Habana sería un cómodo paseo. Tan alegres pronósticos creaban, como es natural, una gran confianza en el triunfo, cosa que redundó en pro de la cohesión de la brigada.

También se debe consignar aquí que tan exultante optimismo se extendió a los agentes de la CIA. Para los voluntarios cubanos no cabía la menor duda de que podían contar con la ayuda incondicional de Estados Unidos y estaban seguros de que eran apoyados por la potencia número uno del bloque occidental. De este modo, el proyecto no podía fracasar.

Los exiliados cubanos eran muy optimistas, pero los estrategas de Washington admitían que la Operación Cuba resultaba un tanto compleja.

Cuando Eisenhower decidió reclutar exiliados cubanos, éstos fueron adiestrados al principio para que, con el tiempo, pudieran ser utilizados contra las fuerzas de Castro.

Al principio se pensó en infiltrar en Cuba pequeños grupos de guerrilleros, pero, al igual que hizo Castro, se optó por las grandes unidades; también se contaba con el apoyo de la población para derrocar al régimen castrista.

Pero la realización de estos proyectos tropezaba cada vez con mayores dificultades. Sobre todo faltaba la adecuada comunicación entre anticastristas cubanos en la isla y los pilotos exiliados, que tripulando aviones norteamericanos arrojaban sobre Cuba, en vuelos nocturnos, suministros bélicos y alimenticios. La CIA no estaba segura de si las armas y municiones caían en manos de los enemigos de Fidel Castro. Los pilotos informaban a menudo que en lugar de percibir señales luminosas en las zonas indicadas para el lanzamiento, recibían el "saludo" de la defensa antiaérea cubana. Las fuerzas de la resistencia no se dejaban controlar desde el exterior, y no pocos agentes de la CIA sospechaban que la "locuacidad" de los cubanos les impedía mantener el secreto.

Sin mucho entusiasmo, a tenor de los resultados alcanzados hasta el momento, la CIA fue adoptando paulatinamente otra dirección táctica. La idea de una prolongada lucha de guerrillas en el interior dejó de tener validez para dar paso a la invasión militar en toda regla con objeto de derrocar a Castro en el menor tiempo posible.

Mientras tanto, en el campamento Trax Base se llevó a cabo un cambio de mandos. El coronel Vallejo, antiguo militar filipino que se distinguió en la lucha contra los guerrilleros huks, fue sustituido por el coronel norteamericano Frank, que entre los refugiados cubanos en Guatemala había formado una brigada de asalto preparada para operaciones anfibias y para la guerra convencional. Dicha brigada de asalto era la 2.506, denominada así por el número de serie del fusil de su primer miembro fallecido durante el período de instrucción en Guatemala. Esta unidad era el factor decisivo en el planteamiento militar de la CIA. La guerrilla quedaba relegada a segundo término.

La brigada 2.506 era la pieza clave de la nueva orientación. La premisa necesaria para la victoria de una invasión anfibia era la absoluta superioridad aérea de la aviación cubana en el exilio, y como no estaba prevista la intervención de las fuerzas armadas norteamericanas, los voluntarios cubanos tenían que destruir por sí mismos a la aviación castrista. Se les facilitaron varios aparatos B-26, de la Segunda Guerra Mundial, para

aniquilar en tierra a los aviones enemigos en tres operaciones de bombardeo. Una vez asegurado el dominio del espacio aéreo, podía efectuarse con poco riesgo el desembarco de las tropas voluntarias cubanas, dotadas de carros de combate y artillería, que apoyadas por continuos bombardeos y un flujo constante de suministros de toda especie, estarían en condiciones de abrir y sostener una cabeza de puente ante la cual se estrellarían los ataques de las fuerzas castristas, hasta que se produjese el levantamiento general del pueblo cubano contra Fidel Castro.

Y si acaso algo salía mal, ¿no quedaba siempre el recurso de pedir ayuda a los norteamericanos?

Cuando en enero de 1961 intervino por primera vez en los preparativos militares el Estado Mayor Combinado, se refirieron a dicha posibilidad en un informe que redactaron para su entrega al ministro de Defensa, informe al que no se prestó atención debido al estado de transición por el que atravesaba el país. Se abría el mandato presidencial de Kennedy.

Lo mismo que antes, la Operación Cuba se montó bajo la condición de que no intervinieran directamente las fuerzas armadas norteamericanas. Y aun cuando algunos militares y elementos de la CIA no se mostraban de acuerdo con la inhibición militar estadounidense, el presidente Kennedy consideraba absolutamente necesaria dicha condición para emprender la proyectada invasión de Cuba. Para él era mucho más importante evitar la derrota política que conseguir la victoria militar. No retenían a la Casa Blanca principios legales o de moralidad, sino la cuestión de las ventajas o inconvenientes políticos del proyecto cubano. Y considerado desde el ángulo político, la condición fundamental era camuflar al máximo el papel de Estados Unidos en la aventura. En el planteamiento original de la misma se preveía la introducción en la isla de reducidos grupos de guerrilleros, de haber sido posible mantener el secreto. En el caso de que tales fuerzas guerrilleras hubiesen fracasado, se podría negar perfectamente la participación norteamericana, pudiéndose atribuir la acción contrarrevolucionaria al esfuerzo propio de los exiliados cubanos. El nuevo concepto que significaba la ejecución de una operación anfibia en gran escala contravenía la regla básica desde el punto de vista político. Arthur Schlesinger, hijo, asesor especial del presidente Kennedy, realizó un agudo análisis del dilema con que se enfrentaba el recién nombrado presidente.

"El nuevo plan de una fuerza de desembarco limitado no significaba que tuvieran que hacerse grandes preparativos que llamasen la atención, pero deberían combatir con fuerzas superiores en número. ¿Podría Estados Unidos negar de modo convincente la responsabilidad de la expedición, adiestrada y pertrechada para una maniobra de desembarco? Y si esto no era posible, ¿podía permitirse el fracaso de tal empresa? En resumen, si Estados Unidos tenía que ocultar su participación a toda costa, las posibilidades de éxito serían escasas en tales circunstancias; o si, por el contrario, su participación era lo bastante amplia como para otorgar al plan buenas posibilidades de triunfo, entonces no se podría negar su parte de culpa en caso de fracaso. Washington tenía que elegir entre la humillación política de una derrota y la intervención de tropas norteamericanas para garantizar el éxito de la maniobra."

La CIA, menos agobiada por consideraciones políticas que el presidente Kennedy, seguía adelante con el nuevo plan. Ya no se partía del supuesto de un eventual levantamiento cubano, sino que se contentaba en principio con establecer en la isla una cabeza de puente con las fuerzas cubanas en el exilio. Dicha cabeza de puente debería sostenerse por largo tiempo y, entretanto, establecería en ella un Gobierno provisional reconocido y apoyado por Estados Unidos. Así pues, no entraba en los cálculos del nuevo plan un levantamiento general poco después de efectuarse el desembarco, sino que se basaba en una labor de zapa lenta y gradual que acabaría con el régimen castrista. Como lugar para el desembarco se habló al principio de Trinidad, ante cuyo litoral no hay arrecifes. Podría utilizarse su puerto y la defensa de la cabeza de puente no ofrecería dificultades. En el caso de que fracasara la operación, resultaría fácil refugiarse en las vecinas montañas de Escambray. Además, se podría disponer de un millar, entre los 5.000 habitantes, para ser armados y empleados en la lucha contra los castristas. Pero había un inconveniente: en Trinidad había estacionado un comando de las milicias de Castro, capaz de ofrecer tenaz resistencia, y, además, la pista de aterrizaje no era lo bastante larga como para que pudiesen despegar los B-26 con rumbo a sus misiones de bombardeo. Sin embargo, el Estado Mayor Combinado se mostró de acuerdo con el lugar escogido para el desembarco. Este, en sí, tenía grandes posibilidades de éxito, mientras que el de la operación general dependía de un intenso apoyo de los cubanos anticastristas de la isla o de la intervención de las fuerzas armadas norteamericanas.

Los planes estaban ya tan adelantados que el 11 de marzo de 1961 se celebró una asamblea en la Casa Blanca, presidida por Kennedy, en la que se ultimaron los detalles de la Operación Cuba.

Arthur M. Schlesinger, hijo, que asistió a la reunión, escribe:

"Sentábase a la mesa un grupo que imponía respeto: los ministros de Asuntos Exteriores y De-

fensa, los tres jefes de Estado Mayor, con uniforme de gala cuajado de medallas, el director general de Asuntos Latinoamericanos y el jefe de grupo de trabajo de Latinoamérica, todos ellos con sus respectivos ayudantes y personal. Yo permanecía sentado ante un extremo de la mesa, escuchando en silencio.

"Dulles y Bissell, como responsables del proyecto, tenían que exponer los argumentos en favor de la empresa.

"Al inclinarse Bissell por el Plan Trinidad, Kennedy objetó que le parecía 'demasiado sensacional'. No deseaba una operación de desembarco al estilo de la Segunda Guerra Mundial, sino un 'tranquilo' desembarco nocturno. El presidente recalcó que el plan no debería contar con la intervención militar directa de Estados Unidos, petición a la que ninguno de los presentes elevó la menor objeción. Thomas Mann (técnico en asuntos sudamericanos del Ministerio de Asuntos Exteriores) apoyó las explicaciones del presidente y llamó la atención sobre la probable reacción antinorteamericana que se produciría en el sur del continente y en las Naciones Unidas, en el caso de que no se enmascarase lo suficiente la participación estadounidense. Se mostró especialmente preocupado por la posibilidad de que los ataques aéreos lo descubrieran todo, siempre y cuando no se pudiese demostrar plausiblemente que los aparatos despegaban de bases situadas en territorio cubano; pero en el aeródromo de Trinidad no podía tomar tierra ningún B-26.

"El presidente clausuró la asamblea, no sin exponer la situación con su habitual brevedad. Cuanto menos fuese el riesgo político, mayor sería el militar, y viceversa; ahí estaba precisamente la gran dificultad. Por tanto —concluyó—, convenía hallar el equilibrio razonable entre ambos riesgos."

Después de esa reunión, la CIA sometió a la consideración de los jefes del Estado Mayor Combinado otras tres zonas de desembarco. Los más altos jefes militares de Estados Unidos aprobaron acto seguido como lugar idóneo para el desembarco la zona de Zapata, en la bahía de Cochinos, situada también en la costa meridional cubana. Tampoco hay en ella arrecifes, el terreno alrededor del punto de desembarco es cenagoso y sólo accesible desde unas pocas carreteras. En esta zona resultaría fácil contener, mediante bombardeos aéreos, el avance de las tropas castristas, y, con el dominio del espacio aéreo, sería fácil sostener la cabeza de puente en condiciones muy favorables. Se informó al presidente de que, en caso de malograrse la operación, se podía buscar amparo en las vecinas montañas. "Cuando volvimos a reunirnos el 15 de marzo —escribe Schlesinger— en el salón de sesiones de la Casa Blanca, Bissell expuso el Plan de Zapata con todo detalle. El presidente escuchaba con una expresión sombría en el rostro, y propuso unos cambios, en gran parte relativos a la disminución de los efectos de la marea; por ejemplo, que los buques fuesen descargados al amanecer. Entonces dio permiso a la CIA para continuar los trabajos, sobre la base de que se efectuara la invasión, pero sin el menor concurso directo de las fuerzas armadas de Estados Unidos. Esto se lo exigía, clara y categóricamente, antes de dar el visto bueno al plan. La operación se dispondría de modo que él pudiese suspender el proyectado desembarco incluso 24 horas antes de su realización."

Aumentaba por momentos la presión que se ejercía sobre el indeciso presidente Kennedy. Dulles, Bissell y los hombres de la CIA, secundados por el Estado Mayor Combinado, mandos supremos del Ejército, la Marina, la Aviación y la infantería de Marina, estaban totalmente conformes con el plan. Dulles mencionó que las posibilidades de éxito eran mayores de lo que antes habían sido en Guatemala y en alguna parte se debía utilizar a los hombres ya adiestrados. Y el mejor destino para los exiliados cubanos era su propia isla y, además, se daría una ocasión propicia para que todo el hemisferio occidental se alineara con Estados Unidos para borrar del mapa el régimen del odiado Castro. De todos modos debería tomarse lo antes posible la correspondiente decisión, pues en el supuesto de ulteriores vacilaciones acabarían por malograrse las perspectivas de éxito.

En el mes de enero Castro había exhibido con orgullo en un desfile la ayuda bélica recibida de sus amigos del bloque oriental: carros de combate pesados, piezas de artillería de 55 y 105 mm, cañones autopropulsados, morteros, lanzacohetes, piezas antiaéreas y contracarros, y armas automáticas ligeras y pesadas. Los habitantes de la capital saludaron con júbilo este alarde de fuerza. Todos los días llegaban a Cuba nuevos cargamentos de armas y, según decían los agentes secretos, pronto se podría contar con los pilotos de cazas reactores que Castro había enviado al Este para su instrucción. Pero entonces la Operación Cuba no podría llevarse a cabo en su concepción actual. Y por si ello no bastara, Fuentes apremiaba a los norteamericanos para que sacaran de Guatemala a los voluntarios cubanos, pues su estancia en el país no se podía mantener en secreto por más tiempo, y su situación política se veía seriamente amenazada. Por otra parte, la moral de la brigada 2.506 era muy alta y podía bajar de nivel en el caso de una larga espera.

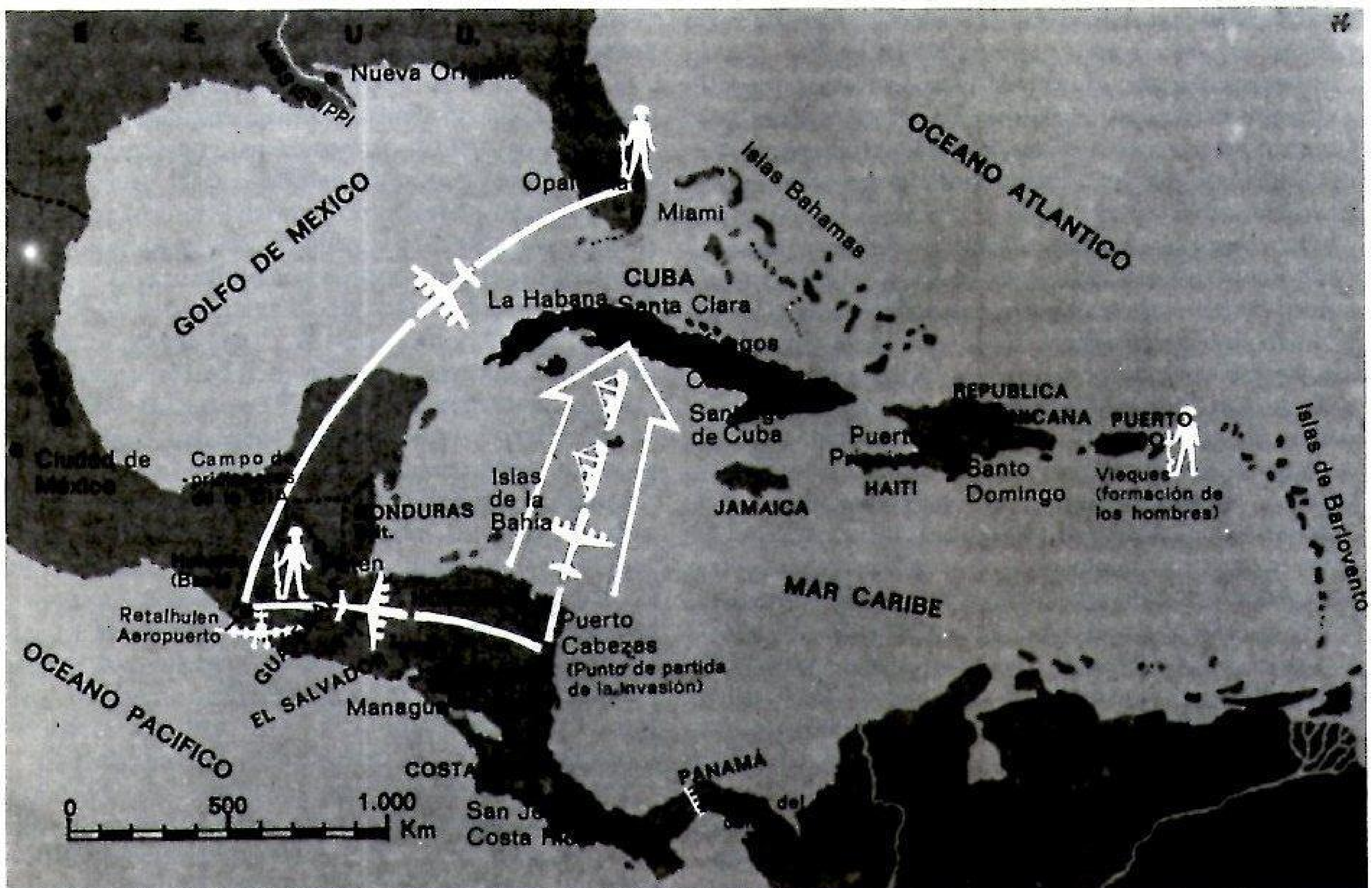
"Ahora o nunca." Los hombres de la CIA colocaron al presidente ante esta alternativa. El jefe del servicio secreto norteamericano no abrigaba la menor duda de que la única respuesta

posible era "ahora", pues sólo había dos partidarios del "nunca", cuyos argumentos llegaron de inmediato a oídos del presidente.

Cuando más insistentes eran los rumores sobre la inminente invasión de Cuba, el senador Fulbright, presidente de la Comisión del Senado para el Exterior —el mismo que con el tiempo atacaría ardientemente la política de Johnson en Vietnam—, dirigió el 30 de marzo un escrito al presidente, en el que se pronunciaba resueltamente en contra de la Operación Cuba. Para él, la Cuba de Fidel era "como una espina clavada en la carne, pero nunca un puñal en el corazón". Y sólo por esa "espina en la carne" no estaba dispuesto a poner en juego el prestigio de Estados Unidos en el hemisferio occidental. La empresa proyectada por la CIA vulneraría más de un tratado y también varios artículos del Código federal. Por otra parte, los exiliados políticos cubanos no eran las personas idóneas para garantizar a Cuba un régimen liberal y estable. En la eventualidad de un fracaso de las tropas cubanas en el exilio sería muy grande la tentación de no asegurar el éxito de la operación con la entrada en liza de las fuerzas regulares norteamericanas. Incluso bajo "la protección legal burocrática" sería como dar al traste con los treinta años de esfuerzos realizados para hacer olvidar otras intervenciones en el pasado. "Apoyar estas maniobras, aunque sea en secreto, es obrar con la misma hipocresía y cinismo que reprochamos siempre a la Unión Soviética ante las Naciones Unidas. El resto del mundo no lo pasará por alto, ni nuestra conciencia tampoco."

Con todo, el presidente no se dejó convencer por estos argumentos, ni por la posibilidad de tener que soportar una "segunda Hungría". En la reunión decisiva del 4 de abril preguntó qué opinaban cada uno de sus principales consejeros, entre ellos Dulles y Bissell, de la CIA; Rusk, ministro de Asuntos Exteriores; Mac Namara, ministro de Defensa, y los más altos jefes militares, pero sólo el íntegro senador por Arkansas, Fulbright, se pronunció contra la Operación Cuba. Arthur M. Schlesinger también era contrario al proyecto, pero guardó silencio en la reunión, aunque luego redacto un informe para el presidente en el que le exponía sus razones. No lo desaprobaba por consideraciones de índole moral ni de justicia, sino por motivos de utilidad política. No creía en un rápido éxito militar, sino en una prolongada guerra civil en Cuba, mientras que la presión política se elevaría a tan alto grado en Estados Unidos que difícilmente podría

Ruta seguida por las tropas de invasión.



evitarse la intervención de la infantería de Marina. Schlesinger temía ante todo, y así lo escribiría más tarde: "Con esta operación nos podríamos jugar a la ligera uno de nuestros más grandes puestos activos nacionales, el que ocupa el propio John F. Kennedy."

Pero éste, fiado quizá en su buena estrella, no decidió seguir la línea de Fulbright, ni la de Schlesinger, sino las ideas de la CIA, de los militares y de los ministros del Exterior y de Defensa. Los jefes de estas instituciones, respaldados por el peso de las mismas, recomendaban la invasión de Cuba. El presidente, inexperto todavía, pues sólo llevaba dos meses en el cargo, decidió llevar a cabo la operación de desembarco de las fuerzas cubanas en el exilio, en la bahía de Cochinos, en la noche del 16 al 17 de abril de 1961.

Y lo que manifestó en varias reuniones antes de adoptar una decisión, o sea, que no había que contar con la intervención de las fuerzas armadas norteamericanas, lo repitió abiertamente de modo taxativo: "Bajo ningún concepto actuarán en Cuba las fuerzas armadas de Estados Unidos. Este Gobierno hará todo lo posible para que así sea, y creo que estamos en situación de garantizar que ni un solo norteamericano participará en cualquier acción que se lleve a cabo en territorio cubano. El problema básico de Cuba no es una cuestión entre este país y Estados Unidos, sino entre los propios cubanos. Tengo la firme intención de atenerme a este principio y creo que los emigrantes cubanos enemigos de Castro compartirán la opinión de mi Gobierno", declaró el presidente John F. Kennedy en una conferencia de prensa el 12 de abril.

Y para tener la absoluta seguridad de que los emigrantes comprendían la postura de Estados Unidos, envió a sus consejeros especiales Schlesinger y Berle a Nueva York para informar debidamente al Comité revolucionario cubano.

"Debe organizarse un plan militar del que yo nada sepa. Me agradaría conocerlo, pues así podríamos coordinar mejor nuestros esfuerzos. Y no es que no quiera saber nada del asunto, pero debo estar al corriente para que nuestra actuación sea eficaz."

El presidente provisional cubano recibió a los enviados de Kennedy entre irritado y nervioso. No podía dar crédito a las palabras de dichos enviados: un Gobierno provisional debía contar primero con el reconocimiento de Estados Unidos y no confiar en la intervención de las fuerzas armadas estadounidenses. Las palabras de Kennedy en su conferencia de prensa del 12 de abril podían interpretarse como una táctica de la guerra psicológica. Pero no comprendía que en una operación montada por Estados Unidos, los exiliados cubanos fuesen dejados en la estacada.

Y lo mismo que Cardona pensaron las tropas voluntarias cubanas acantonadas en Nicaragua y prontas a entrar en acción, pagadas por el servicio secreto norteamericano para emprender una acción militar que liberaría a su patria.

A principios de abril, unos 1.400 hombres, agrupados en cinco batallones, incorporados a la brigada 2.506, emprendían el vuelo desde sus acantonamientos de Guatemala en dirección a Puerto Cabezas, puerto de embarque en Nicaragua. Allí esperaban el *Houston, Lake Charles, Río Escondido, Caribe* y *Atlántico,* cinco buques de la Naviera García fletados por la CIA como transportes de tropas. Poco antes de la invasión estos buques de la naviera cubana García habían estado al servicio de Castro, y su propietario, Alfredo García, se las arregló para que los movimientos de sus naves permaneciesen lo más ignorados posible. Cuatro días antes del proyectado desembarco, los batallones 2.° y 5.° embarcaron en el *Houston;* este barco también cargó gran parte de la munición de la brigada 2.506. Los batallones 3.° y 4.°, así como el 6.° Batallón de infantería de Marina se distribuyeron entre los restantes barcos. El batallón de paracaidistas, que se lanzaría a retaguardia de la zona de operaciones, subió a sus respectivos aparatos. Dos buques de escolta de la Segunda Guerra Mundial, el *Blagar* y el *Bárbara,* completaban la formación naval que transportaba a las fuerzas de desembarco cubanas. Los hombres de la brigada 2.506 supieron entonces que era inminente su entrada en combate.

Desde el principio pareció lógico a los expertos que para lograr un desembarco victorioso, además de abrir y defender posteriormente una cabeza de puente, se imponía eliminar a las fuerzas aéreas castristas. Y puesto que no se contaba con la ayuda norteamericana en ese sentido, la misión quedaba para los pilotos exiliados cubanos. Los aparatos de Fidel Castro no debían ser destruidos por la acción de los cazas, sino en sus bases, por medio de incursiones de bombarderos, en tandas, compuestas de un total de 24 aparatos del tipo B-26. La tripulación de cada uno de ellos se componía de dos pilotos. Se habían desmontado los cañones de popa, a fin de ganar más espacio para el combustible y aumentar así el radio de acción de los aparatos. Estos bombarderos y 6 aviones de carga de los tipos C-46 y C-54 se hallaban dispuestos en Puerto Cabezas. Desde Valle Feliz (nombre cifrado de la base aérea) saldrían en grupos de dos y tres aparatos para bombardear en tierra a los aviones castristas y ponerlos fuera de combate antes del desembarco de las tropas. De acuerdo con la regla fundamental de Kennedy de "disminuir los efectos de la marea"

y ocultar todo lo posible la participación norteamericana, los agentes de la CIA organizaron una maniobra diversiva: el 15 de abril, poco antes de que saliera con destino a Cuba el primer aparato con su carga de bombas, otro B-26 despegaba de Valle Feliz, llevando las insignias de la Fuerza Aérea Revolucionaria. Sin embargo, el destino del piloto Mario Zúñiga no era Cuba, sino el Aeropuerto Internacional de Miami. Además, en el fuselaje del aparato se notaban unos orificios de bala, practicados con fuego de ametralladora antes de su despegue de Valle Feliz. Objeto de este vuelo: otra maniobra diversiva también planeada por la CIA, destinada a confundir a la opinión pública.

Poco antes de que los pilotos exiliados cubanos efectuaran su primer ataque por sorpresa contra la aviación castrista, Mario Zúñiga tomaría tierra en Miami, para desde allí difundir una bien urdida "historia". Diría ser uno de los pilotos de las fuerzas aéreas de Castro, que había desertado y que, en su último vuelo, había lanzado su carga de bombas donde podía ocasionar el mayor daño.

Tal como estaba previsto, Mario Zúñiga aterrizó en Miami alrededor de las ocho de la mañana. En seguida le recibieron las autoridades de inmigración, las cuales no dieron su nombre, alegando que lo mantenían en secreto para no perjudicar a los familiares del piloto, residentes en Cuba. Se publicó entonces un informe relativo a un "piloto desconocido", que era en realidad la "historia" tramada por la CIA, con la que se pretendía disipar la sospecha de una intervención exterior. Además, las autoridades de inmigración permitieron a los reporteros gráficos obtener fotografías del aparato que había efectuado un aterrizaje forzoso en Miami, así como de su tripulante.

Por el contrario, el aterrizaje en Florida de un segundo aparato, que por tener avería en un motor no pudo llegar hasta Nicaragua, no se ajustaba mucho a los deseos del servicio secreto norteamericano. Y, por si fuera poco, el día anterior había aterrizado en Estados Unidos un auténtico desertor cubano, de manera que la presencia de tres aviadores castristas en Florida complicaba un poco las cosas. Ya había bastante trabajo con los asuntos de trámite; sólo faltaba despertar la avidez de los periodistas, siempre a la caza de noticias sensacionalistas.

Fidel Castro mandó publicar en la prensa un comunicado, en el que decía haber informado a su delegación en la ONU de que "acusara a Estados Unidos de agresión directa". Aquella misma tarde el embajador cubano en la ONU, Raúl Roa, acusó a Estados Unidos de "haber atacado alevosamente a Cuba". Adlai Stevenson, representante de Estados Unidos ante la ONU, que no había sido muy bien informado del proyecto general de invasión de Cuba, rechazó con energía la inculpación cubana. Ningún ciudadano norteamericano, ni un solo aparato perteneciente al Gobierno de Estados Unidos tenían la menor relación con el asunto. "Según nuestras noticias, ambos aparatos pertenecían a las fuerzas aéreas castristas y, según declaraciones de los pilotos, salieron de bases cubanas." Stevenson mostró una foto del avión de Zúñiga y prosiguió diciendo: "He aquí una fotografía del aparato. En la popa pueden observarse las insignas de las fuerzas aéreas castristas. Se distinguen perfectamente la estrella cubana y las letras FAR (Fuerza Aérea Revolucionaria). Permítanme leer el informe del piloto de Miami que acabo de recibir por teletipo." Lo que leyó Stevenson no era sino la "fábula" ideada por la CIA.

Adlai Stevenson, que fue candidato a la presidencia por los demócratas, cuya integridad nadie ponía en duda, se vio obligado, aunque sin tener noticia de ello, a mentir ante el mundo en defensa de su Gobierno.

Pero lo mismo que Stevenson, gran parte de la prensa norteamericana creyó al principio en la versión apócrifa de la CIA. De todas maneras, la redacción del influyente *New York Times* se mostró bastante escéptica desde el principio.

¿No había anunciado Miró Cardona, en Nueva York, que ese ataque de los pilotos de Castro no había constituido la menor sorpresa, pues el Comité revolucionario estuvo en contacto permanente con él?

¿No se decía, en el relato de Zúñiga, que él y sus amigos habían decidido fugarse sin pensarlo demasiado?

¿Por qué no se había dado a conocer el nombre del piloto que aterrizó en Miami, cuando se autorizó a tomar fotografías de su aparato y de él mismo?

¿No era muy débil en este caso el motivo aludido para silenciar su nombre, o sea, defender de eventuales represalias a los familiares residentes en Cuba?

Otros periodistas descubrieron que las aberturas lanzabombas del aparato estaban muy sucias y que las armas de a bordo no presentaban trazas de haber sido usadas recientemente. Además, los B-26 de Castro, a diferencia del avión de Zúñiga, tenían la cabina de plástico y ciertas diferencias en el armamento.

Ante estas dudas y las incisivas preguntas de la prensa se esfumó rápidamente la verosimilitud del relato de Zúñiga. El servicio secreto norteamericano se encontró en un verdadero aprieto. De acuerdo con sus planes, esta versión falsa se tenía que mantener por 48 horas al menos, hasta que se realizara la segunda incursión de bombardeo





IMAGEN IZQUIERDA: "Miami, Florida, 15 de abril: bombardero cubano dañado. Los funcionarios de aduanas dan un vistazo a los disparos efectuados contra el B-26 cubano, después de haber tomado parte en un ataque aéreo contra el aeropuerto de La Habana." En esta información de la Associated Press, comentando la imagen superior, no hay una sola palabra de verdad.

Tanto la agencia de noticias norteamericana como casi todo el mundo fueron engañados, aunque por poco tiempo, por la maniobra diversiva montada por la CIA para alejar las sospechas sobre la responsabilidad norteamericana en el desembarco de la bahía de Cochinos. IMAGEN DERECHA: El piloto cubano exiliado, Mario Zúñiga, que debía informar sobre la historia montada por la CIA.

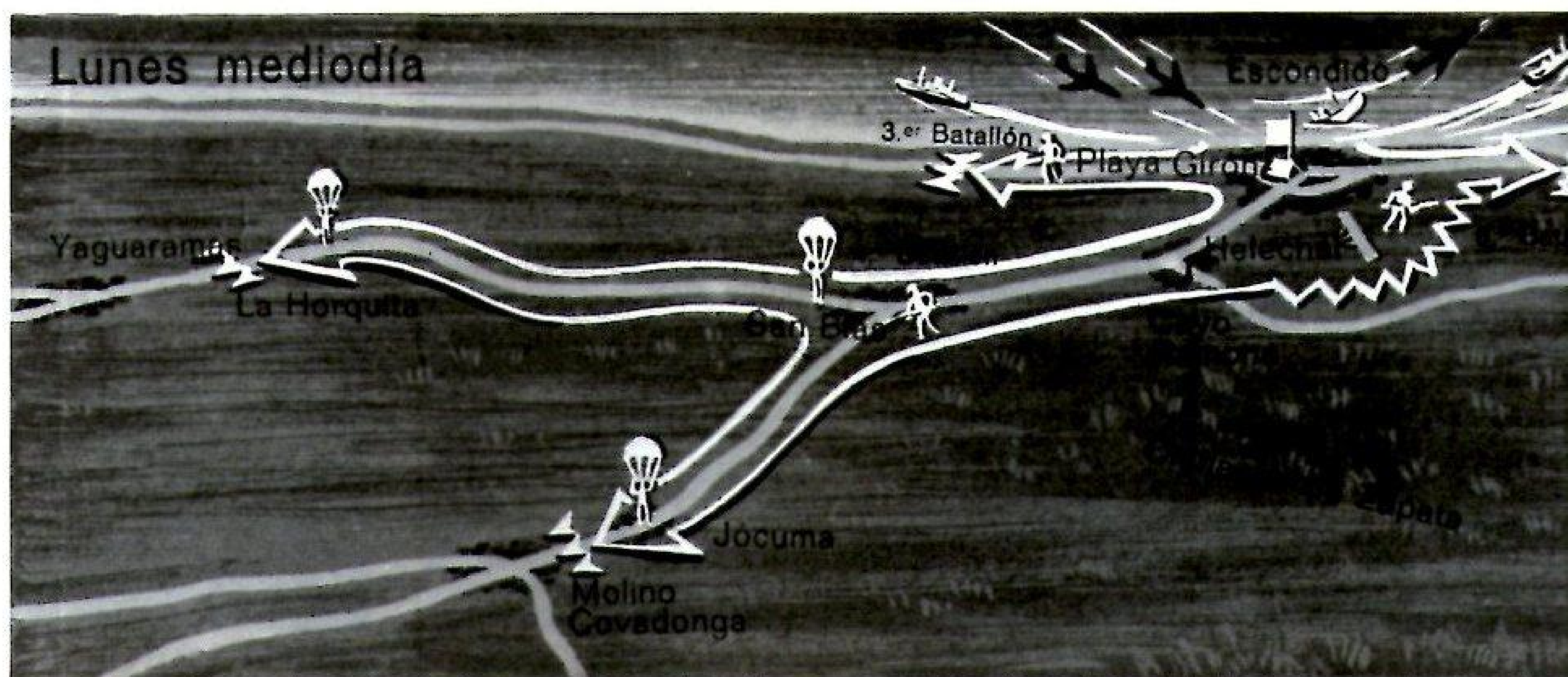
de los exiliados cubanos, en la mañana del 17 de abril. Después de efectuado el desembarco y la conquista del aeródromo próximo a Girón, tenían que haber facilitado las fotos a la prensa, mostrando que los bombardeos se habían efectuado sobre la Cuba de Castro. En general, casi nadie mostró interés, cuando la invasión ya estaba en marcha, por saber de dónde partieron los bombarderos el 15 y el 17 de abril. El día 16 la primera fase del falso relato ya no tenía visos de realidad.

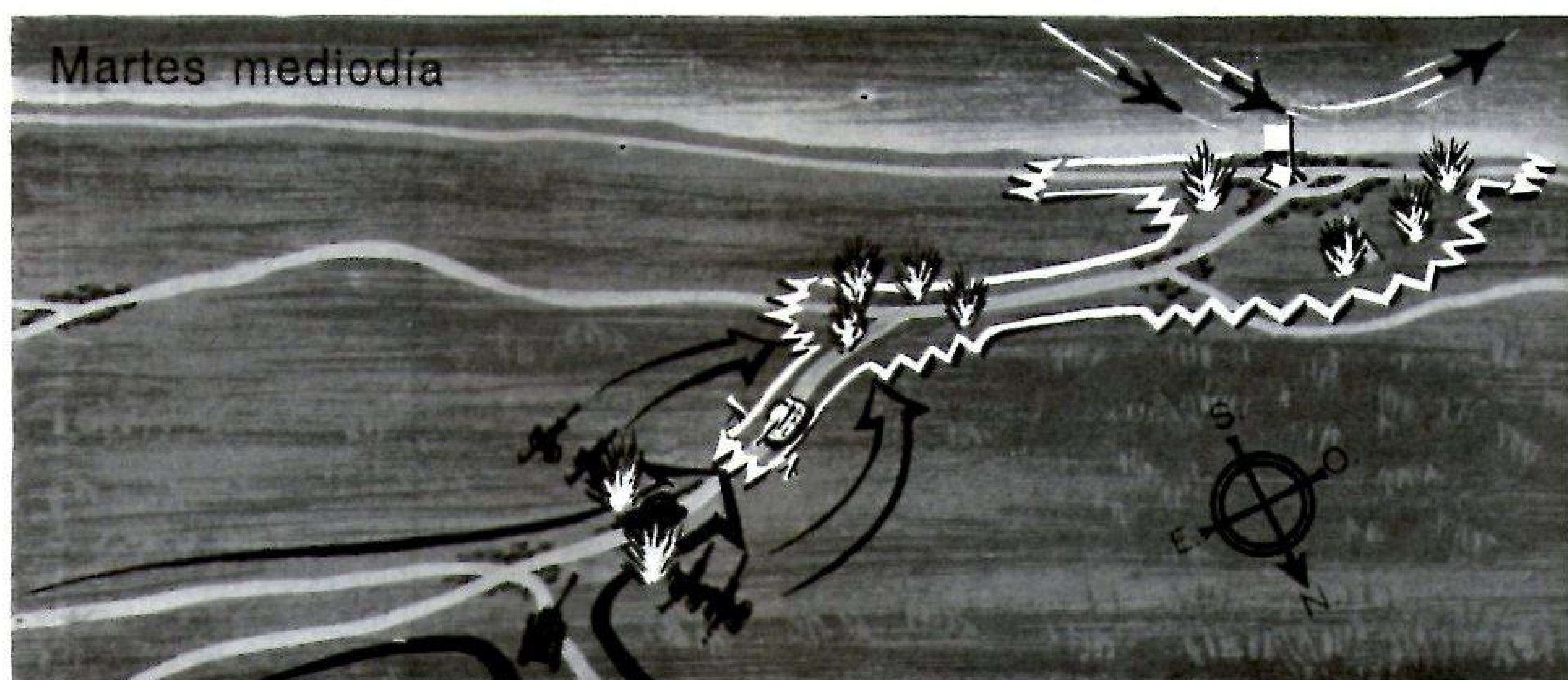
El presidente Kennedy, que veía en delicado trance su prestigio político, resolvió anular el segundo ataque aéreo de los exiliados cubanos.

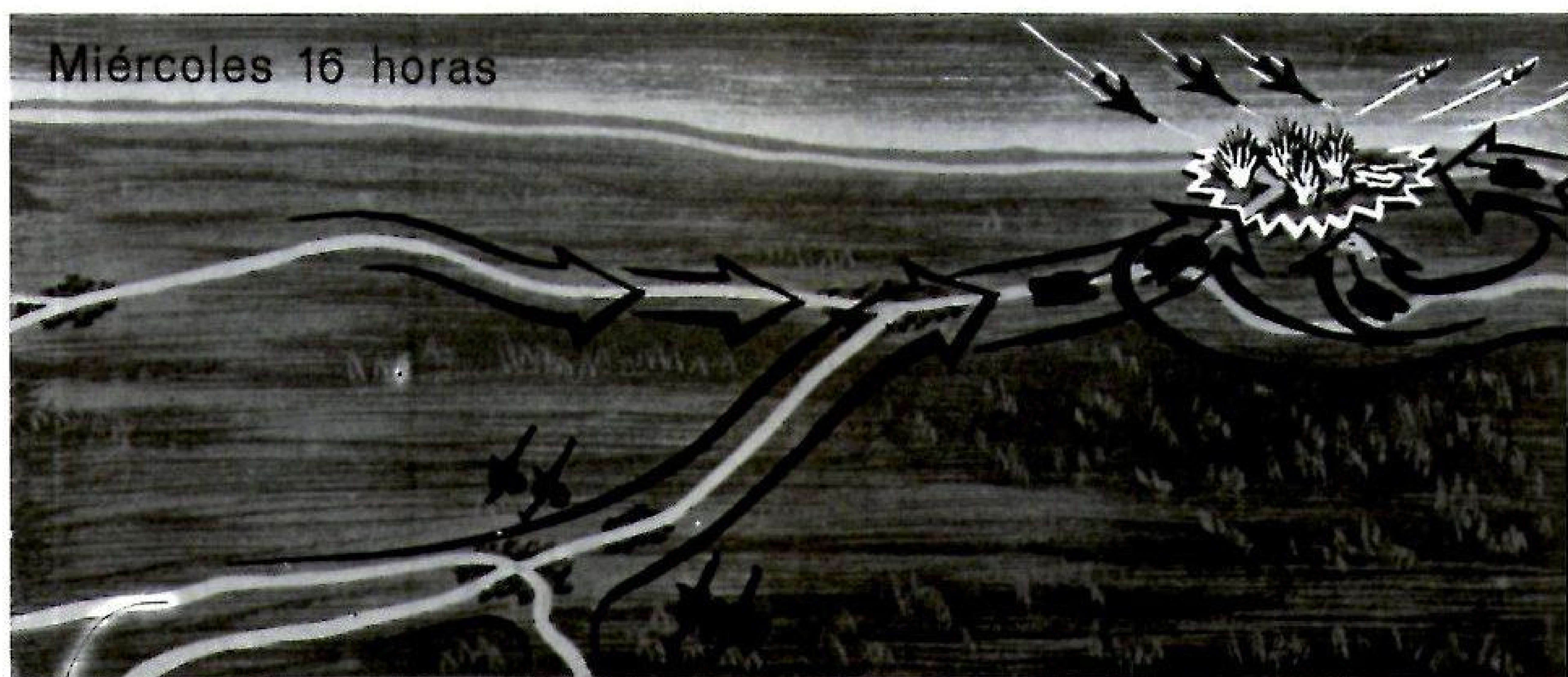
Aquel fin de semana, Kennedy se dirigió como de costumbre a su finca de Glen Ora, Virginia, a fin de no despertar suspicacias, de modo que sólo mantenía comunicación con Washington por teléfono. Pero como Allan Dulles tampoco se encontraba en la capital, fue Charles P. Cabell, segundo jefe de la CIA, quien recibió la última decisión presidencial. Consternados por la noticia, que amenazaba seriamente el plan desde el punto de vista militar, Cabell y Bissell corrieron en busca de Dean Rusk, ministro de Asuntos Exteriores. La segunda incursión de bombardeo era de importancia capital para el completo éxito militar de la invasión. También desempeñaba un papel de gran trascendencia en los planes del Estado Mayor Combinado. Rusk pidió comunicación telefónica con Glen Ora e informó al presidente de las sugerencias de la CIA. En vista de que Kennedy se aferraba a su resolución, Rusk dio a entender a Cabell y a Bissell si deseaban hablar directamente con Kennedy. Los agentes de la CIA rechazaron el ofrecimiento y la decisión quedó en suspenso. Agobiado por negros presagios, Cabell telefoneó a Rusk a las cuatro de la madrugada y, a pesar de lo intempestivo de la hora, Rusk solicitó hablar con el presidente. En esta ocasión fue Cabell quien conferenció con él. Con todo, este intento de la CIA de cambiar la opinión de Kennedy en el último minuto no dio resultado. Los aparatos cubanos, listos para despegar en la base de Valle Feliz, recibieron orden de apoyar directamente a las fuerzas de tierra, sin realizar ninguna incursión de bombardeo.

Esta decisión representó un duro golpe para la organización militar de la Operación Cuba. En el primer bombardeo contra las bases aéreas de Castro sólo se inutilizaron el 40 por ciento de los efectivos. Varios bombarderos B-26, cazas impulsados por hélices del tipo Sea-Fury y tres o cuatro reactores modelo T-33 estaban en condiciones de ser utilizados para repeler a las fuerzas invasoras. Los exiliados cubanos no tardaron en comprobar la eficacia destructora de unos cuantos aviones bien utilizados.

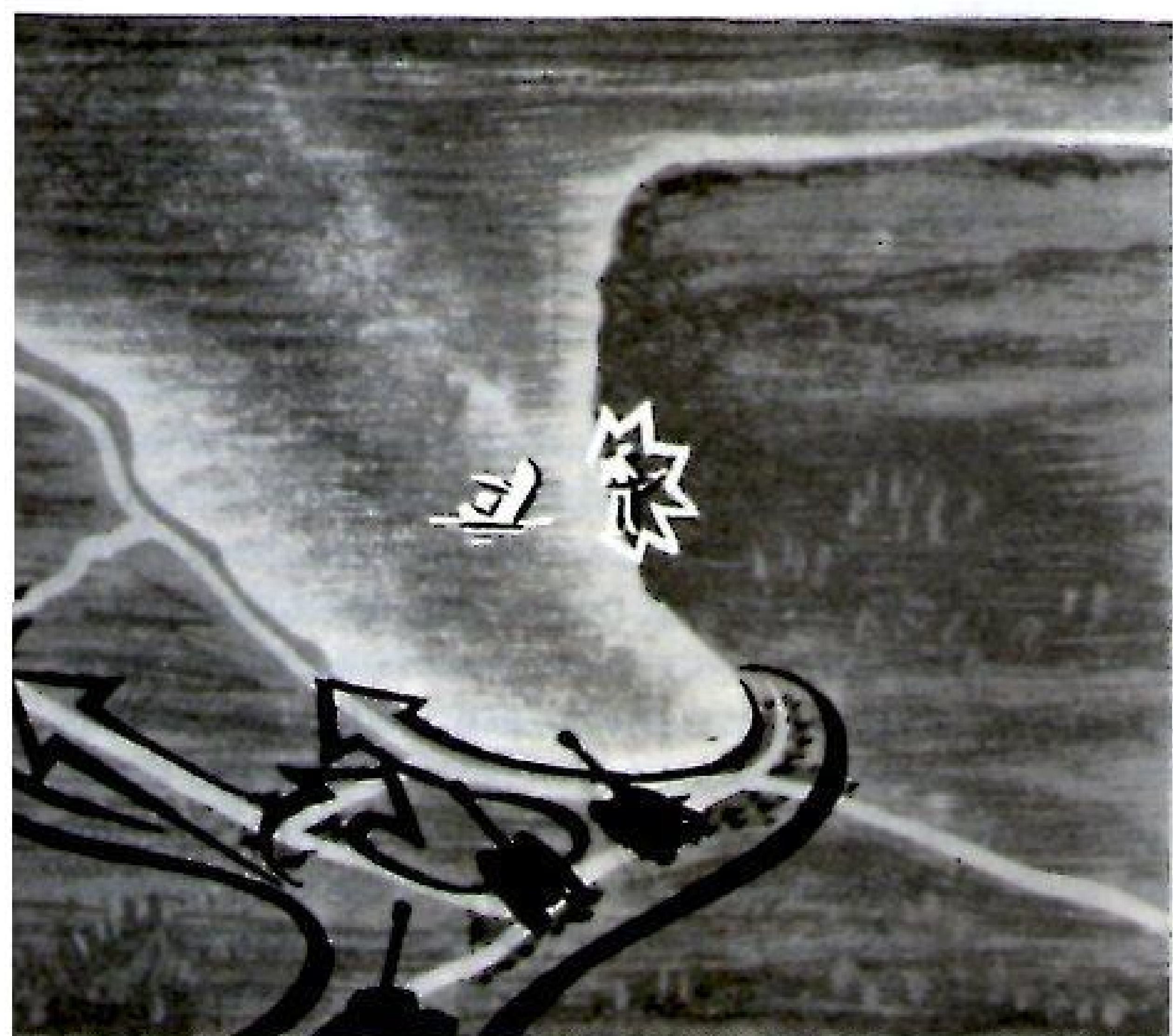
Cerca de la medianoche, cinco buceadores de combate, dirigidos por su instructor norteamericano Gray, saltaron al agua desde el barco insignia *Blagar,* en misión de exploración. Bastante

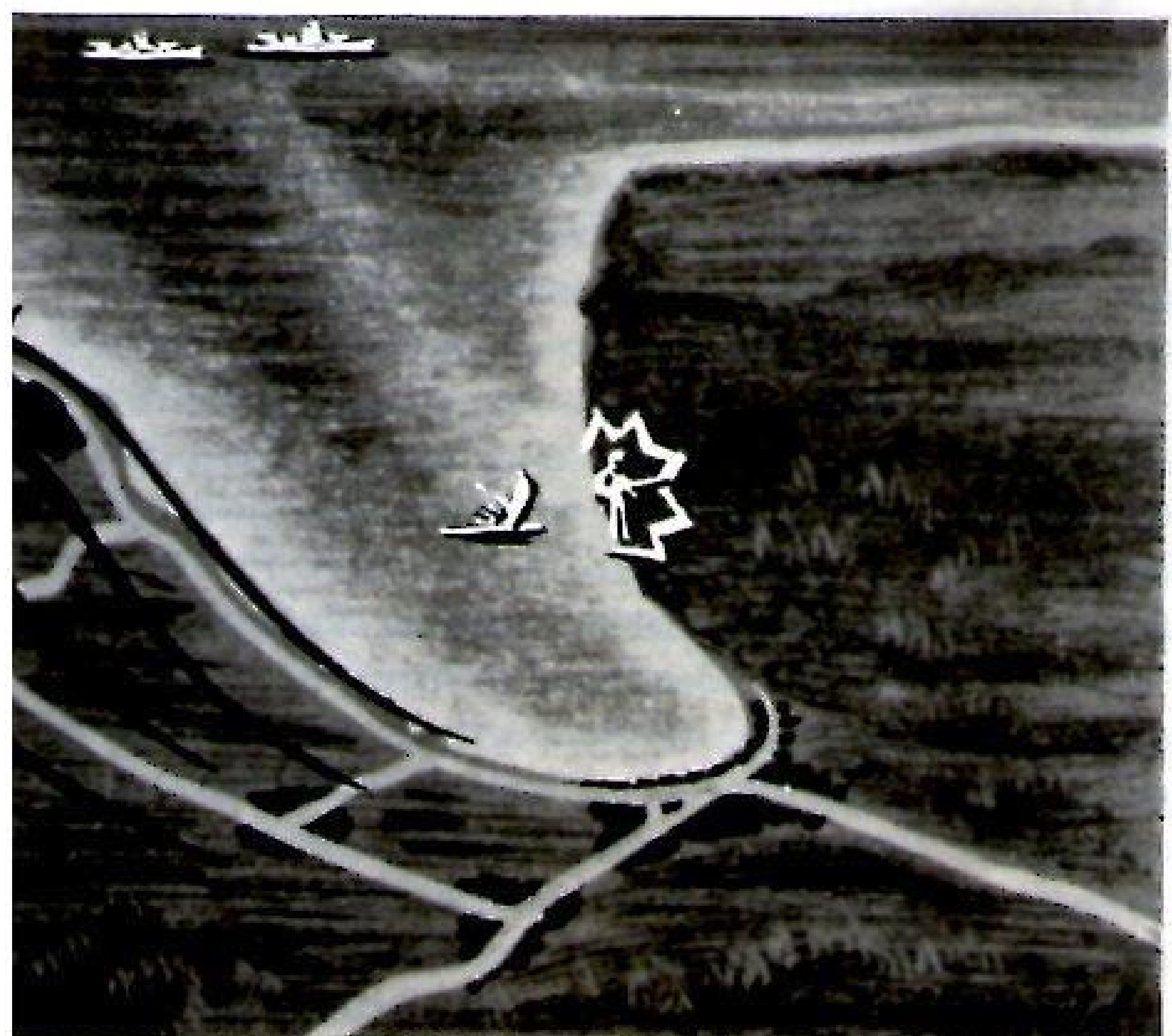

Lunes mediodía
Escondido
3.er Batallón
Playa Girón
Yaguaramas
La Horquita
Helechal
Jocuma
Molino
Covadonga


Martes mediodía
S
O
E
N


Miércoles 16 horas







ARRIBA: Tras el lanzamiento de los paracaidistas cubanos exiliados en Yaguaramas, junto al molino de azúcar Covadonga, pudieron ocupar sus posiciones, de acuerdo con el plan previsto, en San Blas, pero no ocurrió lo mismo con su otro objetivo, Palpite, por lo que no pudieron bloquear la carretera que conducía a Playa Larga. El hundimiento del Houston, *debido a la acción de la aviación de Castro, hizo que los hombres del 5.º Batallón no pudieran ponerse a disposición de los del 2.º. CENTRO: El "frente occidental", que de este modo quedó debilitado, se vio muy comprometido por los ataques de los tanques y soldados de Castro, que consiguieron arrojar de sus posiciones al 2.º Batallón, obligándole a retirarse hacia playa Girón. A través de pequeños caminos secundarios y a lo largo de la costa, las tropas de Castro se fueron acercando al Cuartel general de los exiliados cubanos. INFERIOR: Los defensores estacionados en Yaguaramas, San Blas y en el molino de azúcar Covadonga tampoco pudieron resistir el ataque de las tropas castristas. La infantería, los tanques, la artillería y la aviación de Castro hostigaron la posición de playa Girón. Después de 64 horas de combates, la desigual lucha acabó. Los cubanos exiliados resultaron derrotados y se escondieron entre los matorrales de las ciénagas, en un intento de abrirse paso hacia las montañas, o bien utilizaron pequeños botes para intentar llegar a los barcos de guerra norteamericanos que se veían recortados sobre el horizonte.*

antes de llegar a la playa tropezaron con un obstáculo inesperado en forma de arrecifes coralinos, que convertían a toda la zona litoral de la bahía de Cochinos en lugar inadecuado para una operación anfibia, de lo cual no tenían la menor idea los estrategas militares de la CIA. Apenas se instalaron las primeras señales luminosas en la playa de Girón, se acercó un *jeep* de la milicia castrista. Se entabló una refriega, cosa que dio al traste con el factor sorpresa, única ventaja en un desembarco nocturno. El segundo comando de exploración, que desembarcó en Playa Larga, no tuvo mejor suerte. Entre los arrecifes de coral y la milicia de Castro tuvieron que vencer no pocas dificultades para llegar a tierra. La artillería de los buques de escolta, *Blagar* y *Bárbara,* abrió fuego cuando bajaron a tierra los primeros hombres de la brigada 2.506.

Sufrieron desperfectos muchos motores fuera borda de las lanchas de desembarco y algunos quedaron prendidos en los arrecifes; sus ocupantes no tuvieron más remedio que ganar la costa a nado. Estas circunstancias adversas, unidas a la oscuridad de una noche de primavera sin luna, entorpecieron considerablemente el desembarco. Con objeto de evitar pérdidas inútiles, se decidió no llevar a tierra las armas pesadas hasta el amanecer. Además de este retraso, no previsto por la CIA, aguardaba a los desembarcados otra sorpresa poco grata. Tanto en Playa Larga como en Girón descubrieron emisoras de onda corta de la milicia castrista, que estuvieron funcionando hasta poco tiempo antes. Tenían pues que contar con la presencia del enemigo antes de lo previsto.

El propio Castro escuchó sobre las tres de la madrugada las malas nuevas que comunicaba su milicia, procedentes de la bahía de Cochinos. Habían transmitido noticias del frente sin interrupción hasta que las emisoras cayeron en manos de los exiliados cubanos. Castro sabía que tenía que evitar a toda costa la instalación de un Gobierno provisional en territorio cubano. Ordenó a las unidades más cercanas que partieran de inmediato, a marchas forzadas, en dirección a la bahía de Cochinos. Fidel se trasladó a la zona de operaciones tan pronto como le fue posible, a fin de hacerse cargo del mando de sus fuerzas y dirigir las operaciones sobre el terreno.

Hacia las seis de la madrugada, los buceadores de combate encontraron una ruta practicable, es decir, sin el escollo de los arrecifes; los lanchones de desembarco pudieron llevar a tierra cuatro carros de combate y otros elementos pesados de la brigada. La luz del amanecer facilitó la operación de desembarco, pero de repente aparecieron en el cielo aparatos B-26, Sea-Furies y T-33 de la Fuerza Aérea Revolucionaria que dificultaron el desembarco de las tropas exiliadas cubanas y su material. Los B-27 que habían despegado de Nicaragua en apoyo de las fuerzas expedicionarias tenían escasas posibilidades contra los rápidos cazas castristas. Y para colmo, no llevaban armamento de popa, por lo que eran muy vulnerables al ser atacados por retaguardia. En la mañana del 17 de abril ocho pilotos exiliados cubanos encontraron la muerte sobre la bahía de Cochinos.

No fueron los invasores, sino los atacados, quienes dominaron el espacio aéreo, y esto, como vaticinaron los expertos, tendría fatales consecuencias. La primera víctima de la superioridad castrista en el aire fue el *Houston*, anclado frente a Playa Larga. Los cazas gubernamentales lo habían castigado con tal dureza, que su capitán, antes de que se fuera completamente a pique, logró hacerlo encallar en un arrecife. Los ocupantes de la nave, sin armas y la mayoría en calzoncillos, se lanzaron al agua impregnada de aceite y, hostigados por los cazas castristas, trataron de alcanzar a nado la costa. El 5.° Batallón consiguió desembarcar en Playa Larga, pero esto no pudo lograrlo el 2.° Batallón, que había de reforzarlo; éste desembarcó a 18 kilómetros de distancia, en la zona pantanosa de la bahía de Cochinos. A los pocos minutos de haberse perdido el *Houston* y con él gran cantidad de munición y numerosos transmisores del 2.° y 5.° Batallones, el barco *Río Escondido* corrió peor suerte aún frente a la playa de Girón. Alcanzado por un cohete lanzado por un Sea-Fury castrista, la nave hizo explosión, y con ella se hundió todo el suministro para diez días. Municiones, víveres, material sanitario y combustible, tan necesario para las incursiones de la aviación cubana con base en Girón. Una pérdida irreparable para la brigada, sobre todo porque los restantes barcos, que llevaban a bordo suficiente material de toda clase, recibieron orden de dirigirse a alta mar, alejándose del radio de acción de los cazas castristas. Con ello sólo les quedaba el apoyo de los buques de escolta, *Blagar* y *Bárbara,* que con sus piezas de artillería participaban en la batalla que se desarrollaba en tierra.

Entretanto, llegaron los primeros aparatos con los paracaidistas del 2.° Batallón. Tenían que lanzarse en la zona interior, junto a Playa Larga, para bloquear la carretera que desde un lugar denominado Australia Central cruzaba la ciénaga. Primeramente se arrojaron las armas y las municiones; luego saltaron los hombres, que tomaron tierra lejos de la carretera y también de las armas y municiones. La importante vía de comunicación seguía pues expedita. Intentaron abrirse paso hasta la playa, donde se hallaba el 2.° Batallón. No les fue mejor a los paracaidistas que saltaron sobre Pulpit, para dominar el cruce de carreteras. Los hombres se reunieron con su comandante, Tomás Cruz, a unos 3 kilómetros de Pulpit: "No sabíamos dónde nos encontrábamos. Las brújulas no funcionaban bien y no podíamos dar con el sitio donde habían caído los víveres y los pertrechos. Habíamos consumido gran parte de la munición defendiéndonos de las fuerzas castristas, hasta que decidimos abrirnos paso hasta la playa, donde nos surtiríamos de abundante munición, para regresar inmediatamente al cruce de carreteras." Pero Tomás Cruz y sus hombres no lograron abrirse paso hasta Pulpit; se quedaron junto a las dos carreteras de acceso a Playa Larga, resistiendo los contraataques de la milicia castrista.

Mejores resultados obtuvieron los paracaidistas que saltaron cerca de San Blas, situado más al este. Su misión consistía en ocupar dicha localidad y dominar la carretera que desde San Blas seguía hasta Girón por Yaguaramas y Covadonga. Sin embargo, no lograron alcanzar dichos puntos estratégicos.

Mientras los barcos, aviones y fuerzas de tierra invasoras tropezaron ya con serias dificultades durante el primer día de desembarco en la bahía de Cochinos, también salió mal otro factor importante para la operación militar: la resistencia desde el interior. Desde el primer bombardeo, efectuado el sábado 16 de abril, la policía secreta de Castro desplegó gran actividad. Hubo una oleada de detenciones en todo el país; bastaba la menor sospecha para ser encarcelado. Cárceles, teatros y salas de baile, así como algunos edificios públicos, quedaron abarrotados de prisioneros.

Al ser enviados por las emisoras secretas de la CIA, situadas en la pequeña isla de los Cisnes, en el Caribe, los primeros mensajes en clave, las fuerzas de resistencia cubanas podían iniciar sus actividades, pero ya era demasiado tarde. "Han desembarcado al sur de la provincia de Las Villas poderosas fuerzas armadas", tal fue el mensaje que descifró el jefe de uno de los numerosos grupos de infiltración establecidos en Cuba. No habían sido previamente informados de dónde y cuándo se realizaría la invasión; entretanto, se habían enterado de muchas cosas, pero por la radio castrista. Furiosos por haber sido dejados en la estacada por la CIA, el defraudado jefe de la resistencia envió el siguiente mensaje: "Levantamiento imposible. La mayoría de los patriotas detenidos. Muchas gracias. Cambio y fuera."

Pepe San Román había establecido su Cuartel general en Playa Girón, desde donde dirigía las operaciones de su brigada. Sin el suministro necesario ni la adecuada cobertura aérea, tuvieron que defenderse con encarnizamiento de las veloces tropas castristas, más eficaces de lo que se esperaba. Ya el lunes por la mañana se recibieron las primera llamadas de auxilio de San Román.

Erneido Oliva, comandante del 2.º Batallón escalonado en el frente de Playa Larga, comunicó por radio que los paracaidistas no habían logrado bloquear la carretera de acceso, que tampoco pudo enlazar con las unidades del 5.º Batallón; sus hombres resistían firmes el fuego enemigo. Necesitaba munición con toda urgencia y el refuerzo de un carro de combate, por lo menos. Pero San Román no podía asegurar mucha ayuda. El hundimiento del vapor *Río Escondido* había significado una catástrofe para las fuerzas de invasión, desde el punto de vista del abastecimiento.

Con todo, Oliva intentó defender su sector del frente occidental de la mejor forma posible, aun con sus limitados medios. Una compañía al mando de Máximo Leonardo Cruz marchó en dirección al enemigo por la carretera de Playa Larga, con la idea de frenar su avance lo antes posible. Cruz dejó que los milicianos castristas se aproximaran a sus posiciones antes de dar la orden de fuego. Vio que una bomba de fósforo hacía blanco en un camión, provocando la voladura del vehículo. Vio morir a los hombres convertidos en antorchas y huir aterrorizados a los sobrevivientes. Al comenzar la tarde, Cruz informó de que se aproximaban nuevos contingentes de tropas enemigas, de 700 a 900 hombres que avanzaban por la carretera en nutrida formación, y sin avanzadas, contrariamente a las más elementales reglas del arte militar. Iban directamente al encuentro de las posiciones del 2.º Batallón. Bien enmascaradas a ambos lados de la carretera, todas las bocas de fuego comenzaron súbitamente a disparar. Antes de que los sorprendidos milicianos pudiesen reaccionar y batirse en retirada, la carretera transformada en campo de batalla quedó sembrada de muertos y heridos, en plena zona cenagosa de Zapata. Y para desgracia de los milicianos, se presentaron en la zona de operaciones dos bombarderos B-26 de las fuerzas exiliadas cubanas, lo cual selló su destino. Los pilotos establecieron contacto por radio con Oliva, para saber cómo debían actuar. "¡Machacad, machacad!", oyeron por los auriculares. Y con sus bombas y armas de a bordo los bombarderos causaron una terrible matanza entre los milicianos castristas. En media hora cesó la resistencia y los bombarderos atacantes se disponían a abandonar el teatro de la lucha con rumbo a la base Valle Feliz, cuando surgieron de improviso dos aviones de caza gubernamentales. "¡Tengo a popa un T-33! ¡Atácalo! ¡Atácalo!" "¡No me quedan municiones!", respondió el compañero. "¡Me han alcanzado, me han alcanzado!", fueron las últimas palabras que escuchó Oliva por la radio. Seguidamente el aparato cayó en el pantano Zapata envuelto en llamas. El segundo B-26 fue derribado poco después por los aviones castristas.

De regreso a su Cuartel general, Oliva interrogó a varios prisioneros y supo que las más poderosas unidades de Fidel Castro se hallaban concentradas en la zona de Australia Central, para reanudar la ofensiva aquella misma noche o al día siguiente por la mañana. Oliva informó sin demora al comandante de la brigada desplegada en Girón; necesitaba con urgencia carros de combate, refuerzos y municiones. Pepe San Román le prometió ayuda, y consoló a Oliva diciéndole que los buques de aprovisionamiento llegarían por la noche y que entonces habría de todo. Pero los hombres escrutaban en vano las aguas del Caribe con la esperanza de ver los barcos en el horizonte. Se encendieron señales luminosas en la playa. Las llamadas por radio no obtuvieron respuesta.

Los buques de la brigada se habían adentrado nuevamente en aguas internacionales. Las tripulaciones murmuraban; nadie quería exponerse a una muerte segura, y sólo se aproximarían a la costa si los barcos de guerra norteamericanos les daban protección con su fuego artillero. Pero las unidades de la U. S. Navy no tenían orden de hacerlo, y así Pepe San Román y su brigada esperaron en vano el abastecimiento que necesitaban con tanta urgencia.

Aquella noche se cernía un grave peligro sobre las fuerzas exiliadas cubanas que habían desembarcado en el sector de Playa Larga. ¿Serían capaces las tropas de Castro de vencer al 2.º Batallón y avanzar, sin ser molestadas, por la única carretera que conducía a Girón?

Oliva concentró todos sus efectivos en el importante cruce de carreteras próximo a Playa Larga. Si no podía sostenerse, el avance de las fuerzas castristas sobre Girón quedaba libre de obstáculos. Oliva no tenía muchas esperanzas de conseguirlo. Mas para no desmoralizar a sus hombres, procuró en todo momento aparentar optimismo. Sobre las diez de la noche la artillería castrista abrió fuego. Las baterías funcionaron durante cuatro horas seguidas. Los hombres de ambos batallones seguían angustiados los estallidos de los proyectiles. La mayor parte silbaban sobre sus cabezas y se perdían en el mar; otros se quedaban cortos. No hubo impactos en las posiciones. A las dos de la madrugada enmudecieron los cañones gubernamentales y avanzaron los primeros carros de combate. Sus poderosos faros rasgaban la oscuridad en busca del enemigo.

Los vehículos blindados castristas sólo podían marchar en fila por la angosta carretera, ofreciendo un blanco ideal para los carros y bazookas de los hombres de Oliva. Dos tanques castristas quedaron pronto fuera de combate. De repente, un tercero les adelantó y corrió directamente hacia el cruce de carreteras. Los carros sólo pelean contra los carros. Con su última granada, Jorge Alvarez había destruido un carro enemigo tipo "Stalin", cuando vio que se acercaba un segundo. Alvarez imprimió gran velocidad a su máquina y se fue al encuentro del carro enemigo. "Nos embestimos como dos monstruos prehistóricos. El trató de dirigir su cañón sobre mí, pero yo se lo impedía. Lo embestí por segunda vez y su réplica fue tan violenta que se le rompió el tubo del cañón."

Poco después se replegaban los carros de combate y la infantería castrista intervino en la lucha. Aun cuando no podían divisar al enemigo en la oscuridad, los hombres del 2.° Batallón oyeron los gritos y lamentos de los heridos. Sobre las tres de la madrugada Oliva mandó entrar en acción sus lanzagranadas. A las dos horas de continua pelea ordenó disparar bombas de fósforo. "De las líneas enemigas se elevaban gritos horripilantes —recuerda Oliva—, había incendios en todas partes. Los castristas estaban completamente desmoralizados, pues el fósforo blanco ardía sobre la piel. Era como un telón siempre cubierto de fósforo. Los carros de combate y los lanzagranadas nos habían salvado."

No obstante, la situación del 2.° Batallón se hacía cada vez más difícil. Oliva comunicó a Girón que sus 350 hombres agotarían pronto las municiones. La respuesta de Pepe San Román, transmitida mediante el conductor de un *jeep,* decía que resistiera hasta el último instante. Sobre las siete y media de la mañana había llegado ese instante para los hombres del 2.° Batallón. Oliva esperaba un fuerte contraataque enemigo al amanecer, que sus hombres no hubiesen podido contener, extenuados como se hallaban y sin municiones. Por tanto, ordenó iniciar la retirada sobre Girón.

Un prisionero castrista le había informado del gran alud de hombres y material contra el que lucharon la noche anterior. Más de dos mil soldados y veinte carros de combate en la más dura batalla librada en la zona de la bahía de Co-

Las primeras noticias llegadas de Cuba hicieron cundir la alarma en Washington. En oposición a los victoriosos comunicados emitidos por el Comité Revolucionario Cubano, que en realidad eran compuestos por un técnico publicitario neoyorquino al servicio de la CIA, las altas esferas se daban cuenta de la gravedad de la situación y, sobre todo, de las fatales consecuencias derivadas de la suspensión del bombardeo contra las bases aéreas cubanas. Si no quería perderse la totalidad de la brigada, había que eliminar sin demora los bombarderos y cazas de Castro. Esto resultaba tan evidente que, por fin, se decidió efectuar una segunda incursión de bombardeo a las bases aéreas castristas. Despegaron un total de cinco aparatos de Valle Feliz. Los tres primeros no consiguieron localizar sus objetivos a causa de la oscuridad y los restantes tampoco pudieron cumplir su misión a causa de una densa formación de nubes bajas. En esta segunda incursión no quedó destruido ningún aparato enemigo. Lo mismo que el lunes, primer día de actividad, Fidel Castro dominaba el espacio aéreo sobre la bahía de Cochinos.

A las nueve de la mañana del martes, Pepe San Román y Oliva discutían en el Cuartel general en Girón sobre lo que convenía hacer. Oliva apuntó que las fuerzas enemigas que desde Playa Larga marchaban sobre Girón eran muy poderosas y que no se las podría contener con los medios de que disponía la brigada. Propuso ceder la cabeza de puente y retirarse con todos sus hombres por la carretera hacia Cienfuegos, para dirigirse desde allí a las montañas de Escambray. Pepe arguyó que en Cienfuegos había que contar con fuertes unidades enemigas y que la munición de la brigada no bastaba para abrirse paso hasta las montañas. Además, estaba convencido de que aquella misma noche recibirían el aprovisionamiento que esperaban. "Si pudiéramos resistir dos o tres días más, no habría problema. Nuestra moral sigue bastante elevada; ya presentía que nos encontraríamos en difícil situación, pero en general siempre me he sentido optimista."

Ese optimismo se apoyaba, naturalmente, en la confianza depositada en los norteamericanos. ¿Acaso no le habían dicho: "Si no os sale bien,

entonces intervendremos nosotros"? Los hombres de la brigada tenían la impresión, ya desde su época de instrucción en Guatemala, de que Estados Unidos no consentiría nunca que fracasara la operación. Y los instructores norteamericanos hicieron todo lo posible para reforzar en ellos dicha impresión.

Sea como fuere, el caso es que Pepe confiaba en la ayuda estadounidense, aun cuando en una conversación por radio con el comandante norteamericano del *Blagar* le había llamado "hijo de perra" por dejar en la estacada a los hombres que luchaban en tierra. Seguidamente otro norteamericano, el buceador Gray, que se hallaba a bordo del buque de escolta, tomó el micrófono: "¡Hola, Pepe! Seguro que no os abandonaremos, y si la cosa sale mal, os sacaremos de ahí." "No queremos que nos recojáis —respondió irritado el comandante cubano—; antes preferimos seguir luchando hasta el fin."

Luego pidió con urgencia armas, municiones, radiotransmisores, medicinas y alimentos. Todo eso se le prometió para aquella misma noche. Además, Gray hizo una observación a Pepe, que éste nunca olvidaría:

"Nuestros reactores irán a ayudaros."

La noticia se propagó como un reguero de pólvora por todos los frentes. ¿Modificaría eso la situación? ¿El triunfo a corto plazo?

Los hombres de la brigada 2.506 esperaron en vano. Los reactores norteamericanos no acudieron, y tampoco les llegó el tan ansiado cargamento nocturno a entregar por los buques de transporte.

En su lugar vieron impotentes cómo el enemigo aumentaba la presión por todos lados. La infantería castrista se abría paso a través de la espesa vegetación del pantano, en busca de las posiciones enemigas; el fuego de la artillería pesada se aproximaba cada vez más, y sólo era cuestión de tiempo el que la brigada 2.506 se entregara a las fuerzas castristas, cuyo número se había elevado a 20.000 hombres en el sector que defendía dicha brigada.

Unicamente Estados Unidos podía evitar la derrota. Sólo John F. Kennedy llevaba la responsabilidad.

Mientras tanto, el martes se había recibido en Washington la nota de protesta del primer ministro soviético, Nikita Kruschev. "Para nadie es un secreto que los bandidos que se han lanzado sobre Cuba han sido entrenados y armados por Estados Unidos. Los aviones que han bombardeado ciudanes cubanas pertenecen a Estados Unidos y las bombas que han arrojado han sido facilitadas por el Gobierno estadounidense. En lo que respecta a la Unión Soviética, he de poner bien en claro nuestra posición: otorgaremos al pueblo y al Gobierno cubanos toda la ayuda necesaria para que rechacen la agresión armada de que ha sido objeto su país." La respuesta del presidente no fue menos enérgica. Había dicho tiempo atrás, y lo repetía ahora, "que Estados Unidos no tenía proyectada la invasión de Cuba". Pero si intervenía una potencia extranjera, entonces Estados Unidos cumpliría de "inmediato" su obligación de "proteger al hemisferio occidental de cualquier agresión exterior".

Valerian Sorin se burló ante la ONU de las continuas afirmaciones de Estados Unidos de no ser los responsables de los acontecimientos en Cuba. "¿Acaso esos hombres proceden del cosmos?", preguntó a su colega norteamericano en tono zumbón.

Poco antes, el embajador de Guatemala en Estados Unidos, Carlos Alejos, un hermano de Roberto, en cuya plantación de café se había adiestrado la brigada 2.506, había hecho uso de la palabra ante la asamblea general. Refirió que acababa de regresar de Guatemala y que podía responder cumplidamente a esos reproches. Los exiliados cubanos invasores ni habían sido adiestrados en Guatemala ni procedían de este país. Su Gobierno no hubiera permitido que en su territorio se preparase una agresión "contra una de las repúblicas hermanas".

El presidente Kennedy, figura clave y decisiva de la invasión, había estado todo el martes en espera de noticias alentadoras de Cuba. Se despidió de sus meditabundos consejeros con el tiempo justo para llegar al vestíbulo de la Casa Blanca para la tradicional recepción de los miembros del Congreso. El presidente y la primera dama, ataviados con sus mejores galas, descendieron sonrientes la escalinata. La banda de música de la Marina interpretó el *Mr. Wonderful*. Más de un millar de invitados admiraron a la deslumbrante pareja. Hubo champaña y ponche, faisán y pollo a la reina. El presidente y su esposa, Jacqueline, abrieron el baile y al poco tiempo quedaron confundidos entre la multitud que invadió la pista.

Kennedy había aparecido inesperadamente en la reunión y de igual modo dejó a sus huéspedes hacia la medianoche. Vestido de frac y con el pañuelo blanco en torno al cuello se dirigió presuroso a su despacho, donde ya le aguardaban sus consejeros.

Bissell informó al presidente que, o bien intervenían los reactores norteamericanos o la invasión de Cuba fracasaba sin remedio. Apoyado por el Estado Mayor Combinado, Bissell se inclinaba por la intervención de los aparatos norteamericanos, con lo que aún podía salvarse la empresa. El almirante Burke propuso el desembarco de la infantería de Marina en la bahía de los Cochinos, o bien que las unidades navales de Estados Uni-

dos apoyasen con su fuego las operaciones terrestres. Pero Rusk, ministro de Asuntos Exteriores, se mostró contrario a la ayuda militar directa.

Pero ¿de qué lado se inclinaría el presidente? Los argumentos de los generales y de los agentes del servicio secreto eran de una lógica aplastante desde el punto de vista militar. En su opinión, Estados Unidos no podía dejar a medio terminar la empresa cubana. El presidente tuvo que aceptar la evidencia y reconsiderar su decisión. Y quienes habían especulado con esa posibilidad estaban en lo cierto. Pues, aunque el presidente Kennedy había repetido infinidad de veces, tanto en privado como en público, que vedaba totalmente cualquier intervención de las fuerzas armadas norteamericanas, cuando llegó el momento de actuar, el peso de los argumentos militares le hizo modificar su parecer original.

Seis cazas a reacción del portaaviones *Essex,* sin ningún distintivo, fueron destacados sobre la bahía de los Cochinos, con la misión de apoyar un ataque de los B-26 desde Nicaragua. Los pilotos yanquis no debían abrir fuego ni intervenir en los combates que se desarrollaban en tierra. A pesar de esta limitación, Bissell se dio por satisfecho, de momento, con este compromiso. Protegidos por los cazas norteamericanos, los bombarderos exiliados cubanos ocasionaron sensibles daños a las fuerzas castristas y los buques de aprovisionamiento pudieron trasladar a tierra una parte de su cargamento.

En la base de Valle Feliz reinaba un clima de alivio, como si acabaran de quitarse un gran peso de encima. Los pilotos cubanos, que llevaban varios días volando sin descanso ni siquiera de noche, habían perdido a diez de sus camaradas en incursiones suicidas, y no estaban dispuestos a efectuar ninguna otra salida sin la adecuada protección. Y ahora que Washington prometía ayuda efectiva, los mismos pilotos norteamericanos de la CIA se ofrecían para ocupar el puesto de sus extenuados colegas cubanos. En la oscuridad de la noche despegaron los bombarderos de Valle Feliz al mismo tiempo que aparecían los reactores norteamericanos sobre la bahía de Cochinos. Pero no se habían tenido en cuenta las diferencias horarias locales entre Nicaragua y Cuba, de modo que los bombarderos llegaron con una hora de adelanto. Y no volaban en la zona protegida por los cazas norteamericanos, sino al alcance del

FAR (Fuerza Aérea Revolucionaria). Estas siglas oficiales de la aviación de Castro fueron pintadas en los aparatos de los exiliados cubanos para confundir a la opinión pública sobre el verdadero origen de estos aviones. Después de que los pilotos cubanos exiliados no consiguieran destruir a la aviación de Castro en el suelo, sus aparatos fueron un blanco relativamente fácil para los cazas castristas. IMAGEN CENTRAL: Bote de desembarco de las fuerzas militares de invasión, encallado en la arena de playa Larga. IMAGEN DERECHA: Ante el cartel indicador de la zona del INRA





LV-17, de bahía de Cochinos, uno de los tanques castristas fue cogido bajo el fuego de los invasores y quedó en la cuneta. EL INRA es el Instituto Estatal encargado de materializar las reformas agrarias de Castro. IMAGEN SUPERIOR: Sin contar con un plan de retirada ideado por los consejeros norteamericanos, sin haber sido apoyados por las fuerzas militares norteamericanas, y con la derrota ante sus propios ojos, a la gran mayoría de los desilusionados exiliados cubanos les esperaba la amargura del campo de concentración.





fuego de los aparatos cubanos. No eran los aviones estadounidenses, sino los castristas quienes nuevamente eran dueños del espacio aéreo sobre la bahía de Cochinos. El piloto exiliado cubano Herrera oyó por radio la llamada de un colega norteamericano: "Mad Dog 4, May Day, May Day. ¡Los T-33 atacan! ¡Somos norteamericanos! ¡Ayudadnos!" Un oficial del portaaviones norteamericano recordó a los pilotos de caza que se ciñeran a las órdenes recibidas. La ayuda no llegó, y el bombardero pilotado por los norteamericanos fue derribado por los cazas de Castro. El piloto y el copiloto hallaron la muerte. Herrera pudo regresar a la base de Valle Feliz volando casi a ras de la superficie del mar, con serias averías en su aparato. "Ellos (los consejeros estadounidenses) habían preparado para el mismo día otra incursión. Pero después de leer mi informe y examinar mi avión tocado por 37 proyectiles, renunciaron a ordenar nuevas misiones de bombardeo." En 36 salidas se perdieron la mitad de los aparatos; hubo 14 muertos, 10 cubanos y 4 norteamericanos.

Sin la adecuada protección de los bombarderos no se atrevían los buques de avituallamiento a transportar su carga a tierra. El destino de la brigada 2.506 quedaba definitivamente sellado. Sobre las 10 de la mañana, las tropas de Castro se apoderaron de San Blas. Poco a poco, pero con firmeza, se aproximaban a Girón. Pepe lanzaba continuamente llamadas de auxilio. "Os habéis batido muy bien. Retiraos y desapareced. ¡Buena suerte!" Con estas palabras, un norteamericano desconocido daba a entender que se cortaba la comunicación por radio. Pepe gritó furioso ante el micrófono: "¡No necesitamos vuestras alabanzas, hijos de perra! ¡Queremos vuestros reactores!"

El miércoles a las 9 de la noche, Lem Jones, el técnico publicitario al servicio de la CIA, difundía el último boletín de noticias en nombre del Comité Revolucionario Cubano: "El reciente desembarco en Cuba no había sido planeado como comienzo de una invasión permanente. En realidad se trataba de un desembarco con el fin de proporcionar material y refuerzos a los patriotas que luchan en Cuba desde hace meses. Lamentamos profundamente las pérdidas registradas en los combates de hoy. La mayor parte de las fuerzas de desembarco se han refugiado en las montañas de Escambray."

Sin embargo, no se había previsto ningún plan de repliegue para la brigada 2.506, como en tantas ocasiones habían repetido los hombres de la CIA en las diversas conferencias celebradas; siempre se les había dado a entender que Estados Unidos no les abandonaría bajo ninguna circunstancia. En realidad, jamás habían mencionado la eventualidad de una retirada para no mermar la moral de las fuerzas invasoras.

La mayor parte de ellas no buscó refugio en las montañas, como se decía en el parte. Casi todos los exiliados cubanos sobrevivientes, entre los que se contaban Artime y Pepe San Román, no tardaron en ser localizados por los hombres de Castro. Derrengados y furiosos por la "traición yanqui", fueron capturados.

Igualmente enojados se mostraron los elementos del Comité Revolucionario Cubano, quienes durante las jornadas de lucha en la bahía de los Cochinos no obraron como correspondía a los futuros gobernantes de Cuba. Ya el domingo por la tarde, los agentes del servicio secreto norteamericano aparecieron en el Hotel Lexington, su domicilio en Nueva York, y se llevaron a los políticos cubanos exiliados, por la puerta posterior, conduciéndoles al aeropuerto con destino a Miami, diciéndoles que habían de cumplir allí una importante misión. Nada se les dijo acerca de la inminente operación de desembarco, ni tampoco de que en Opa-locka se hallaban prácticamente bajo arresto. Mientras "sus" fuerzas armadas entraban en combate en la bahía de Cochinos, ellos estaban custodiados por soldados norteamericanos, encerrados en barracones de madera e impotentes para opinar sobre los partes que la CIA hacía públicos en su nombre.

Ante un trato tan deshonroso no podían quedarse inactivos. Protestaron con energía y muchos amenazaron con atentar contra su vida. Sin hacer caso de la orden de disparar que tenían los guardianes, querían salir del aeródromo de Opa-locka. Enfrentada con tan comprometida situación, la CIA se dirigió a Washington en solicitud de ayuda. El presidente Kennedy comisionó a sus consejeros especiales Berle y Schlesinger para que el miércoles por la mañana estuviesen en Miami para calmar al Comité revolucionario. Manuel Ray protestó así ante los enviados del presidente: "Nos han traído hasta aquí sin que tuviéramos la menor idea de lo que se tramaba. Al venir creíamos tener la oportunidad de emitir nuestro parecer sobre la estrategia general de la operación. Pero nadie deseaba hablarnos de ello. No se nos ha permitido establecer contacto con persona alguna. El Comité revolucionario no tiene autoridad. Se actúa en nuestro nombre, pero ignorando nuestras directivas, sin nuestra colaboración, sin nuestro consentimiento e incluso sin que nosotros sepamos lo que ocurre. "No fueron menos duras las críticas de los restantes miembros del comité. Se exigió a los norteamericanos la rápida intervención de los infantes de Marina en socorro de las fuerzas invasoras, para garantizar el éxito de la operación. Algunos querían trasladarse a Girón sin pérdida de tiempo; juzgaban preferible



Vista general del juicio llevado a cabo en mayo de 1962 por un tribunal revolucionario, contra los mercenarios que invadieron Cuba desembarcando en la playa de Girón (bahía de Cochinos). Fueron condenados a treinta años de cárcel o a pagar una fianza de 3.300 millones de pesetas. La aventura concluyó al cabo de un año y medio, fecha en la que mil de los mercenarios juzgados en La Habana llegaron a Florida después de haber sido canjeados por alimentos, medicinas, instrumental médico y tractores.

combatir hasta la muerte junto a los hombres de la brigada que permanecer humillados e inactivos."

Arthur M. Schlesinger escribe: "La intensidad y amargura de las protestas nos conmovieron profundamente. Nuestra primera idea fue llevarles a todos hasta Nicaragua. Pero al telefonear a Washington desde el vestíbulo del aeropuerto supimos que la operación había fracasado y que desde la zona de desembarco llegaban insistentes llamadas de auxilio. Al preguntar sobre las posibilidades de evacuación, manifestaron que ya era demasiado tarde para ello.

"Nuestro ánimo decayó; nos quedamos perplejos durante un buen rato, antes de volver a la normalidad. ¿Cómo anunciaríamos a los exiliados cubanos que no había esperanza, que sus hijos quedaban a merced de la prisión o de la muerte, sin que ellos pudiesen reprochar abiertamente a la CIA y al Gobierno de Estados Unidos? '¿Y no podemos hacer nada para interesar al presidente?', pregunté a Berle. 'Hemos de llevarles a Washington —respondió— para que hablen con el presidente'. Era evidente que sólo Kennedy podía salvar la situación."

En realidad, el presidente Kennedy se mostró dispuesto a recibir en la Casa Blanca al Comité Revolucionario Cubano aquel mismo día. Para empezar, los cubanos escucharon un descorazonador informe de la situación que leyó el ayudante de Marina, antes de que Kennedy hiciera uso de la palabra. Manifestó su pesar por los acontecimientos de las últimas cuarenta y ocho horas, y les expuso los motivos por los que había decidido la no intervención directa y por qué había sustentado la opinión de que el desembarco debía realizarse sin el concurso de las fuerzas armadas norteamericanas. También pudo haberse desarrollado felizmente con el solo esfuerzo de los exiliados cubanos. Los visitantes salieron, en apariencia al menos, algo más tranquilizados, cuando se despidieron del presidente: "Deben ustedes saber que ya son hombres libres tan pronto salgan de la Casa Blanca. Libres para irse adonde quieran y de hablar con quien deseen." Estas palabras sonaban a superfluas en un país libre como Estados Unidos, pero eran comprensibles después del trato dado a los hombres del Consejo Revolucionario Cubano por los agentes de la CIA.

Sólo un año y medio después se acabó la aven-



tura de la bahía de Cochinos para los exiliados cubanos apresados por las fuerzas de Fidel Castro. En principio, los cautivos fueron canjeados por tractores y posteriormente por medicinas, instrumental quirúrgico y alimentos. Poco antes de la Navidad de 1962, mil hombres de la brigada 2.506 regresaron a Florida desde Cuba. El 29 de diciembre se reunieron todos en el Estadio Orange-Bowl de Miami, en espera del presidente norteamericano y su esposa. La alegría causada por el retorno de sus maridos, hermanos o hijos, y el honor de ser agasajados por el presidente de Estados Unidos, casi les hacía olvidar la derrota de la bahía de Cochinos. Saludaron con gritos de júbilo la aparición del cabriolé blanco que conducía a John y a Jacqueline Kennedy. De pie y en silencio, ambos escucharon los himnos nacionales de Cuba y Estados Unidos. "Señor presidente, los hombres de la brigada 2.506 le hacen entrega de su bandera; tendríamos que haberla puesto más tiempo bajo su custodia." Con estas palabras, Pepe hizo entrega de la bandera que durante tres días había ondeado en su Cuartel general en Girón. El presidente la entregó a Oliva y, visiblemente emocionado, se puso ante el micrófono. Ensalzó el heroísmo de los componentes de la brigada y aseguró que "el mayor deseo del pueblo norteamericano y de todo el hemisferio occidental era que un buen día Cuba volviera a ser libre". El entusiasmo subió de tono cuando Jacqueline se dirigió en lengua castellana a los cubanos. "Es un gran honor para mí saludar a un grupo de hombres tan valientes y participar de la alegría de sus familiares que durante tanto tiempo han confiado y rezado por su vuelta." Mencionó que su hijo era muy pequeño para comprender, pero que a su tiempo le explicaría lo ocurrido y le hablaría del valor de estos hombres. "Es mi más ferviente deseo y confío en que un día sea un hombre al menos la mitad de valiente que los de la brigada 2.506. ¡Buena suerte!" Esta brillante aparición de la pareja contribuyó mucho sin duda a acallar las murmuraciones de los refugiados cubanos sobre la "traición" de los norteamericanos. Sin embargo, no habían olvidado por completo los largos meses de cautiverio, ni la amarga derrota de la bahía de Cochinos.

También en Washington se acusó la derrota como una catástrofe. El miércoles 19 de abril fue el último día de resistencia en Cuba. "El jueves, 20 de abril, se cumplían 90 días desde que el Gobierno Kennedy se había hecho cargo del poder." De las alegres esperanzas acariciadas en aquellos días no quedaba nada. Había pasado el tiempo de la euforia. "En todo el país y en el mundo entero reinaban el aturdimiento y la decepción", escribe el consejero especial de Kennedy, Arthur M. Schlesinger. Para el secretario de prensa, Pierre Salinger, los tres días que necesitó Castro para desbaratar la invasión de Cuba fueron "de los más terribles vividos en la Casa Blanca" y "la bahía de Cochinos, la primera derrota del presidente Kennedy durante su magistratura". En esa atmósfera, Kennedy tuvo que soportar muchas críticas por la responsabilidad en el asunto, que recaía por entero sobre Washington. Por supuesto que no se sentía precisamente



Año y medio duraron las duras negociaciones con Castro para canjear a los cubanos exiliados hechos prisioneros por medicamentos, instrumentos sanitarios y alimentos. En una gran concentración celebrada en Estados Unidos, el presidente norteamericano reconoció la valentía de los que habían vuelto procedentes del campo de concentración cubano, así como el espíritu de sacrificio de sus familias. A la derecha de Kennedy se encuentra Pepe San Román, comandante de la Brigada 2.506. A la derecha de Jacqueline Kennedy está José Miró Cardona, para quien se había previsto el cargo de presidente del consejo revolucionario de los exiliados cubanos tras el derrocamiento de Castro. Recopilando lo sucedido en el asunto de la bahía de Cochinos, el biógrafo de Kennedy, Arthur M. Schlesinger, escribe: "La conmoción de la derrota afectó a todo el aparato de la seguridad nacional. Cada consejero aprendió algo sobre su presidente, sobre sí mismo y sobre sus propias fuerzas. Fue una lección terriblemente cara, pero fue muy bien aprendida. Más tarde, Joseph Kennedy le dijo a su hijo que el asunto de la bahía de Cochinos no había sido tan desgraciado como se creía, sino que en cierto modo había resultado provechoso. Dudo de que el presidente creyera en las palabras de su padre, porque el pensamiento sobre los exiliados cubanos que ahora padecían en los campos de concentración de Castro, no dejaba lugar para el consuelo fácil. Pero tampoco cabe la menor duda de que la derrota sufrida en Cuba en 1961 contribuyó a la victoria obtenida en Cuba en 1962."

entusiasmado por el "fallo" de la CIA y sus militares. Y si bien la responsabilidad definitiva la llevaba Kennedy en calidad de presidente, él admitía las cosas tal como eran. Sin duda que se perdió mucho prestigio político, pero Kennedy no era hombre que se lamentara ante las derrotas y emprendió de inmediato el camino de la reconstrucción.

La oposición republicana no le atacaba con excesiva vehemencia, pues sus propios elementos se hallaban estrechamente ligados a la Operación Cuba. Las protestas moralizantes de la izquierda mundial se vieron reforzadas. Y asimismo no tardaría en restablecerse la confianza de los aliados. Sólo Kruschev le preocupaba seriamente. De ningún modo tenía éste que juzgar erróneamente la postura del Gobierno norteamericano y en modo alguno debía tener Moscú la idea de que trataba con elementos débiles en Washington. Tal error de apreciación por parte de Moscú podría acarrear fatales consecuencias.

En la primera oportunidad que se le ofreció, con motivo de un discurso ante la Unión Norteamericana de Redactores de Periódicos, el 20 de abril, el presidente estadounidense advirtió a la Unión Soviética: "Debe quedar bien sentado que nuestra actitud de reserva no es inagotable. Si alguna vez llegara la ocasión de probar que la doctrina interamericana de la no injerencia no es sólo una cortina o excusa para seguir una política pasiva —en el caso de que las naciones de este hemisferio no pudiesen contener por sí solas la expansión del comunismo alentada desde el exterior—, entonces no debe caber a nadie la menor duda de que nuestro Gobierno no vacilaría en cumplir lo que tiene por su deber primordial: velar por la seguridad de nuestro país."

Estas palabras fuertes no causaron ninguna impresión particular en Moscú. Con la derrota de la bahía de Cochinos el prestigio norteamericano había llegado a su nivel más bajo, y Kruschev se lo dio a entender al presidente norteamericano cuando, seis semanas después, el 3 y el 4 de junio se reunieron en Viena. Kruschev se refirió al tema con tanta persistencia que Kennedy se vio al fin obligado a decirle sin rodeos que cometía una equivocación. Y también le hizo ver que de esta falta no sacara falsas conclusiones. Kruschev no debía abrigar la más pequeña duda sobre la firme decisión de Estados Unidos de defender por todos los medios sus intereses más vitales. Kennedy aceptaba la idea de la coexistencia pacífica y creía que en los errores de cálculo de la otra parte radicaba el peligro de un conflicto imprevisible. El presidente norteamericano subrayó que estaba resuelto a mantener el *statu quo*, el actual equilibrio de fuerzas.

Pero en octubre de 1962 una ola de estremecimiento sacudió al mundo entero. Kruschev había arriesgado una jugada que puso a la humanidad al borde de la catástrofe atómica. En la crisis que siguió sólo hubo un bloqueo y una víctima, el piloto de un aparato U-2 abatido sobre Cuba, pero millones de seres temieron por su vida. Se cernía sobre el mundo el espectro termonuclear derivado del conflicto cubano, que en realidad ocultaba un enfrentamiento entre la Unión Soviética y Estados Unidos.

La crisis cubana

Después del fracaso de la bahía de Cochinos, Washington abandonó la idea de derrocar por la fuerza el régimen de Castro. Se contentó con aislarlo y evitar que su revolución se extendiera por el resto de los países de América.

En la propia Cuba, la invasión había sido un aviso y en lo sucesivo se estaría mejor preparado para hacer frente a situaciones semejantes. Con la ayuda de "consejeros" rusos y armas del bloque oriental se robusteció la capacidad de resistencia del país, cosa que no preocupó demasiado a Washington. Pero cuando después de una prolongada estancia en Moscú del ministro de Defensa cubano Raúl Roa, en julio de 1962, se intensificó el tráfico marítimo entre puertos soviéticos y cubanos, esta actividad no dejó de producir la natural reacción en Washington. Roger Hilsman, funcionario del Ministerio de Defensa, manifestó el día 24 de agosto en una conferencia de prensa: "Según nuestros informes, la mayor parte del material de guerra se destina a la mejora de las defensas costeras y antiaéreas. En las cubiertas de los barcos se han observado proyectiles SAM (tierra-aire) iguales que los suministrados por los rusos a Irak y a Indonesia." Así pues, no había ningún peligro para Estados Unidos, ni la Unión Soviética pretendía romper el equilibrio de fuerzas entre ambas potencias.

Pero los principales consejeros del presidente, e incluso McCone, que había relevado a Allan Dulles como jefe supremo de la CIA, estaban de acuerdo en que Kruschev no vacilaría en instalar bases de misiles ofensivos en Cuba. Hasta entonces no habían emplazado misiles de alcance medio, mucho menos intercontinentales, fuera de su territorio. Kruschev era demasiado cauteloso y astuto para provocar a Estados Unidos con la instalación de tales misiles en Cuba; ésa era la opinión de los técnicos en cuestiones rusas de Washington. Pero McCone no compartía el optimismo de los "kremlinólogos". El día 22 de agosto comunicó sus temores al presidente: "Sólo veo una explicación a los actuales suministros rusos a Cuba: la construcción de bases de misiles ofensivos. Los cohetes de defensa antiaérea que han montado ya sólo obedecen a una finalidad: defender las instalaciones de cohetes de largo alcance y, por tanto, ofensivos."

Elie Abel comentó así las consideraciones del jefe del servicio secreto: "Como él mismo manifiesta, McCone no tenía ninguna prueba, sin embargo presumía desde principios de año —o sea, antes de que los primeros SAM fuesen enviados a Cuba— que los rusos acabarían por instalar en la isla bases de cohetes ofensivos. Sus ideas se basaban en una sencilla lógica geográfica: por vez primera poseían los soviéticos un 'terreno' próximo a Estados Unidos. Los cohetes instalados en Cuba con un radio de acción de 1.500 kilómetros no podían ser dirigidos contra la Unión Soviética, en el caso de que cayeran en manos de un Gobierno hostil. McCone pensaba que por este motivo los rusos no habían instalado cohetes parecidos en los países satélites, porque no deseaban confiar armamento atómico a Polonia o Hungría, ya que éste podría ser dirigido contra la propia Rusia. Las extravagantes teorías de McCone fueron motivo de burla para los profesionales del servicio secreto. Pero los primeros informes sobre el envío a Fidel Castro de cohetes antiaéreos abonaron las sospechas del jefe del servicio secreto norteamericano. Se preguntaba si los rusos podrían ser lo bastante ingenuos como para creer que con sólo los cohetes antiaéreos podían asegurar a Cuba contra una tentativa de invasión estadounidense. Y después de que tal idea le pareció absurda llegó a la conclusión de que los cohetes servían para algo más importante, es decir, para salvaguardar las bases de misiles ofensivos que apuntaban hacia el corazón de Estados Unidos."

La oposición republicana argumentaba de modo similar. Las elecciones preliminares de noviembre estaban demasiado próximas, y con todas las hipérboles y deformaciones de las campañas norteamericanas para la presidencia se convirtió el asunto de Cuba en un anatema electoral. Los demócratas exageraron el peligro de una Cuba comunista bien armada a sólo 150 kilómetros de Estados Unidos, mientras que los republicanos sustentaban la opinión de sus rivales, pero en forma histérica y dominados por el pánico.

El presidente Kennedy contestó así a una propuesta republicana de inmediata invasión de Cuba: "Los propios generales y almirantes que quieren enviar a la guerra a los hijos ajenos deberían ser enviados a casa por sus electores y ser reemplazados por otros que posean un mejor conocimiento de la situación en el siglo XX." No tenía noticias de que la Unión Soviética hubiese montado armas ofensivas en Cuba, y Kruschev hizo todo lo posible para reforzar la opinión del presidente americano.

En julio de 1960, cuando Kennedy era todavía senador, Kruschev manifestó: "Si llega el caso, los artilleros soviéticos pueden ayudar al pueblo cubano con misiles, en el caso de que fuerzas agresoras del Pentágono se atrevan a intervenir en Cuba." Tras el desastre de la bahía de los Cochinos, escribió a Washington: "Por lo que respecta a la Unión Soviética, hemos manifestado en diversas ocasiones, y lo repito ahora, que nuestro Gobierno no busca en Cuba privilegios o ven-

tajas de ninguna especie. No tenemos bases en Cuba y tampoco pensamos instalarlas." Poco antes de la crisis de los misiles, el embajador ruso Anatoli Dobrinin se entrevistó con Robert Kennedy. Dobrinin dio a entender que el Kremlin no deseaba la menor tirantez con Estados Unidos y que Moscú se abstendría de hacer nada que pudiera empeorar las relaciones soviético-norteamericanas antes de las elecciones presidenciales. Kruschev sentía cierta admiración por el presidente Kennedy, y no deseaba ofenderle en su amor propio. "Le aclaré —escribe Robert Kennedy— que, según mi opinión, Kruschev tenía una manera muy especial de mostrar su admiración. Lo que los rusos habían hecho en Cuba despertaba honda inquietud en Estados Unidos y sus declaraciones de amistad carecían de significado en vista de la actividad militar que se estaba desplegando en la zona del Caribe. Le dije que observaríamos atentamente la marcha de las instalaciones y que comunicara a Kruschev que podía contar con graves dificultades si la Unión Soviética emplazaba misiles en Cuba. Dobrinin, al despedirse, me aseguró que eso jamás sucedería."

Robert Kennedy informó a su hermano y le sugirió que la opinión pública supiese, sin lugar a dudas, que Estados Unidos no consentiría la instalación en Cuba de ningún género de proyectiles tierra-tierra. Aquella misma tarde, 7 de setiembre, hizo una declaración en dicho sentido. Para que la interpretaran convenientemente, a los tres días intentó obtener del Congreso autorización para llamar a filas a 150.000 reservistas. El 11 de setiembre llegó la reacción moscovita: "La Unión Soviética no considera necesario emplazar armas de represalia o defensivas en otros países, en Cuba, por ejemplo." Aunque vigilante y crítico, el servicio secreto norteamericano no tenía prueba alguna en contra, y el presidente pudo tranquilizar al pueblo norteamericano. Las armas soviéticas instaladas en Cuba "no significaban peligro para ninguna zona del hemisferio occidental". Estas palabras fueron pronunciadas el 13 de setiembre. En la misma alocución advirtió nuevamente a la Unión Soviética: "Si algún día el comunismo cubano constituyese una amenaza para nuestra seguridad —y en ello incluimos nuestra base de Guantánamo, el libre acceso al canal de Panamá, nuestros misiles y actividades en la zona terrestre y aérea de cabo Cañaveral, así como la vida de los súbditos norteamericanos en dichos lugares— o si Cuba tratase de exportar su semilla revolucionaria o emplear la fuerza contra algún otro país del hemisferio occidental, o se transformara en una importante base militar soviética, nuestro país obrará como corresponde en defensa de su seguridad y la de sus aliados." En el servicio secreto norteamericano, McCone continuaba solo en sus escépticos vaticinios. El 19 de setiembre fueron revisados cuidadosamente todos los informes, sopesando pros y contras. El oportuno informe redactado para el presidente apuntaba la conjetura de que Kruschev había mandado instalar en Cuba proyectiles balísticos de carácter ofensivo.

Menudeaban entretanto los ataques de la oposición republicana. Los informes de testigos oculares llegados de Cuba describían el transporte nocturno en camiones de objetos semejantes a cohetes. Además, el piloto particular de Castro manifestó un día, en un arrebato de entusiasmo, que Cuba no tenía por qué temer a Estados Unidos, pues disponía de sus propios misiles con cabeza atómica.

La CIA dio la alarma; sus incursiones de reconocimiento confirmaban las noticias procedentes de Cuba. Se informó de inmediato al Gobierno de Estados Unidos. El 14 de octubre McGeorge Bundy, ex decano de la Universidad de Harvard y asesor extraordinario de Kennedy en materia de seguridad nacional, dio cuenta de la situación en una entrevista televisada. El locutor le rogó que aclarase "un punto que preocupaba a la opinión pública del país, a saber: la interpretación militar de los emplazamientos de misiles rusos en Cuba, de los que dice la administración que su carácter es puramente defensivo. ¿No sería factible, de la noche a la mañana, transformarlos en armas ofensivas?"

Respondió Bundy: "Personalmente no creo que existan tales cohetes. Por el momento, no dispongo de pruebas materiales que lo confirmen, y me parece poco probable que el Gobierno cubano y el de la Unión Soviética se propongan instalar en Cuba un potencial ofensivo de cierta importancia...

"Lo que hasta ahora han enviado los rusos a Cuba es material que entra en la categoría de la ayuda militar que prestan a determinados países neutrales como Egipto e Indonesia. Me extrañaría realmente que prosiguiera dicha clase de ayuda. Sin embargo, no es suficiente enviar a una isla con seis millones de habitantes unos cinco o seis mil técnicos y especialistas para hacer de Cuba un polo de amenaza para Estados Unidos. Por otra parte, no creo que la mayoría del pueblo norteamericano comparta el parecer de un reducido grupo, que opina que esa ayuda militar soviética pueda convertirse de repente en un serio peligro para la nación. Este no es el caso."

En ese 14 de octubre en que Bundy calmaba los ánimos del pueblo estadounidense, otros dos aparatos U-2 despegaron para efectuar un vuelo de reconocimiento sobre territorio cubano. El resultado de la exploración probó que la situación

en la cercana isla era extremadamente peligrosa.

A poco de aterrizar ambos aparatos de reconocimiento, el personal de tierra sacó los rollos de películas de las cámaras para enviarlos a Washington en un avión especial, donde fueron llevadas al National Photographie Interpretation Center, cuyos especialistas comenzaron a trabajar con febril intensidad, y en el transcurso del montaje los técnicos descubrieron lo que buscaban y no creían encontrar: rampas en construcción para misiles ofensivos en las proximidades de San Cristóbal. Otros signos alarmantes: materiales de construcción, casamatas de mando, grandes camiones-cisterna para combustible y elevadores de proyectiles. Todo ello se distinguía perfectamente.

Durante una cena fueron informados el general Maxwell Taylor, sucesor del general Lemnitzer como jefe del Estado Mayor Combinado, y el subsecretario de Defensa, Gilpatric. Dean Rusk, ministro de Asuntos Exteriores, daba un banquete en honor de Gerhard Schröder, su colega alemán, cuando un ayudante le entregó discretamente una hojita de papel con un mensaje, en el que se le urgía a pasar al teléfono. Cuando Rusk se enteró por Roger Hilsman de la terrible noticia, volvió a la mesa completamente tranquilo en apariencia para seguir hablando con su invitado de las cuestiones más sobresaliente —OTAN, CEC, Berlín—. Sus huéspedes alemanes no notaron nada anormal en el ministro de Asuntos Exteriores norteamericano.

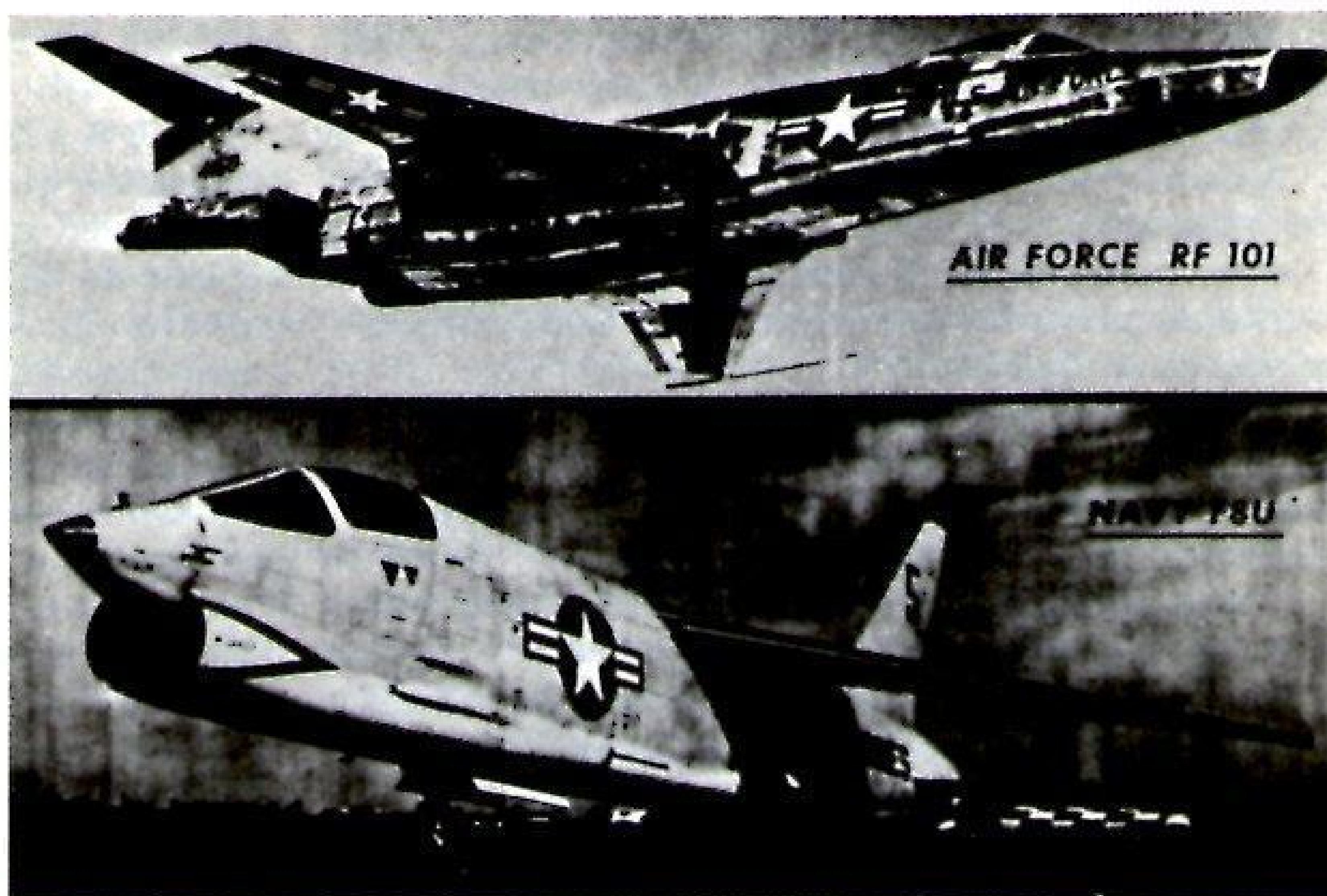
Hacia la una y media se informó cumplidamente al consejero especial del presidente, McGeorge Bundy, el cual dudó en hablar de inmediato con el presidente o esperar a que las noticias del servicio secreto fuesen más concluyentes. Kennedy se hallaba agotado aquel día, pues acababa de regresar a Washington después de un viaje electoral. Pensó que una noche tranquila no le sentaría mal, sobre todo cuando no tenía nada urgente que resolver, aparte los asuntos que había despachado con Bundy.

No era cuestión de reunir en conferencia a los más destacados consejeros, cada uno entregado a sus ocupaciones privadas, lo cual hubiese llamado la atención de los curiosos, dificultando mantener secreto el asunto.

Hacia las ocho de la mañana del martes, 16 de octubre, llegó al despacho oficial de McGeorge Bundy un oficial de transmisiones acompañado de dos fotógrafos. El despacho se hallaba situado en la planta baja de la Casa Blanca. El consejero especial de Kennedy examinó el material probatorio y acto seguido se dirigió al ascensor que conducía directamente a los aposentos del presidente. Este se hallaba sentado en la cama, envuelto en un albornoz, leyendo la prensa matutina, y se disponía a dar las primeras instrucciones a Bundy, cuando éste se anticipó: "Señor







"El mayor Anderson (ARRIBA) dio su vida durante el cumplimiento de una importantísima y peligrosa misión en relación con la crisis de Cuba. Gracias a hombres como el mayor Anderson fue posible a EE. UU. actuar con decisión durante estos días tan decisivos. El y el mayor Richard S. Heyser proporcionaron las primeras pruebas concretas sobre la instalación de cohetes rusos en Cuba", dijo el general Power ante la tumba de Anderson. El mayor Anderson fue la única víctima mortal de la crisis de Cuba que llevó al mundo al borde de la tercera guerra mundial. Aviones de reconocimiento del tipo U-2 cuyas cámaras fotográficas son tan potentes que pueden tomar las líneas de un periódico a una altura de 18 kilómetros, pudiendo leerse su contenido sin ninguna dificultad, así como los aviones de espionaje del tipo RF-101 y F-8U (ARRIBA, DERECHA) descubrieron el doble juego de Kruschev en Cuba. IMAGEN INFERIOR: Las fotografías tomadas por los aviones de reconocimiento norteamericanos, permiten observar con claridad la construcción de una base de lanzamiento de cohetes en las cercanías de San Cristóbal. PAGINA IZQUIERDA: Un fragmento muy aumentado muestra la construcción de una casamata para albergar cabezas nucleares.

Elevador de cohetes
Cable
Cobertizo de protección para los cohetes
Tractores oruga
Camiones cisterna de oxígeno
Camiones cisterna de combustible

presidente, tenemos pruebas fotográficas, que usted verá en seguida, de que los rusos instalan en Cuba misiles ofensivos."

Kennedy reconoció de inmediato el doble juego de Moscú.

¿No había dicho Kruschev, tanto en público como en privado, que nunca montaría cohetes ofensivos en Cuba?

¿No había asegurado el embajador del Kremlin a su hermano Robert que bajo ningún concepto se emplazarían en Cuba proyectiles tierra-tierra?

¿Y él no había advertido al Kremlin que se trataba de un paso muy arriesgado?

¿Tan poco valía para Moscú la palabra del presidente norteamericano, que se atrevía a engañar a Estados Unidos?

Para John F. Kennedy no cabía la menor duda: no podía consentir semejante acto de provocación. Si era necesario, caería sobre los rusos toda la potencia militar de Estados Unidos. Los proyectiles ofensivos instalados en Cuba tenían que ser retirados de inmediato.

Lo primero a realizar sería mantener en el más riguroso secreto las medidas a tomar. Bundy anotó en una lista los nombres de las personas con las que Kennedy deseaba tener una reunión a las 11.45. Se contaban entre ellas el vicepresidente Lyndon B. Johnson, ministro de Defensa Robert S. McNamara, ministro de Justicia Robert Kennedy, ministro de Hacienda Douglas Dillon, general Maxwell Taylor, McCone, subsecretario del Exterior George Ball, los consejeros especiales Bundy y Sorensen, así como el experto en cuestiones rusas Llewellyn Thompson. Esos hombres, el "Comité ejecutivo", como después se denominó el grupo, estuvieron reunidos casi sin interrupción durante los doce días que siguieron. Se analizaron todas las posibilidades, reacciones y contrarreacciones, siendo todas ellas cuidadosamente sopesadas. Tan meticuloso fue el examen, que una vez emitida por cada uno la opinión definitiva, apenas hubo necesidad de enmendarla o reconsiderarla.

Pero antes de emitir la solución definitiva al problema planteado por la Unión Soviética, convenía guardar absoluto secreto, para no alertar prematuramente a Moscú. En Washington, en un clima de democracia, se inició un difícil, aunque justificado, doble juego de la simulación. Interiormente preocupados por la gravedad del momento, los personajes afectados iniciaron al día siguiente sus ocupaciones rutinarias. A las nueve y media como estaba previsto, el presidente Kennedy recibió en su despacho al astronauta Walter Schirra con su esposa e hijos; el ministro de Asuntos Exteriores, Rusk, y el subsecretario del ramo, Ball, saludaron al príncipe heredero de Libia a su llegada al aeropuerto. Todo parecía normal en Washington.

Los miembros del Comité ejecutivo tenían la certeza de que algo iba a suceder. "La primera reacción del presidente —refiere Douglas Dillon— fue que no debíamos tolerar un *fait accompli* como eran los misiles soviéticos en Cuba apuntados hacia Estados Unidos. Todos los presentes compartían dicha opinión. Cada uno sabía que nos enfrentábamos a una grave crisis." Al principio se pensó en eliminar los focos peligrosos en Cuba por medio de intensos ataques aéreos. Robert Kennedy pasó a su hermano una hoja de papel. "Ahora sé lo que pensaba Tojo cuando planeó el ataque a Pearl Harbor."

Las diversas posibilidades de reacción cristalizaron en seis puntos:

1.° Esperar el desarrollo de los acontecimientos.

2.° Enviar una comisión especial a Kruschev y pedirle que desmantelara las bases de cohetes ofensivos instaladas en Cuba.

3.° Presentar ante el Comité de Seguridad de las Naciones Unidas una queja contra Cuba y la Unión Soviética.

4.° Destruir el potencial ofensivo cubano con la intervención de las fuerzas aéreas norteamericanas.

5.° Bloquear las rutas marítimas para impedir la llegada a Cuba de material ofensivo y obligar a Rusia a desmontar lo realizado.

6.° Ejecutar un gran desembarco en Cuba para eliminar no sólo las instalaciones de proyectiles teledirigidos, sino al propio tiempo el régimen comunista cubano.

Se discutieron ampliamente las posibilidades 4 y 5. El Comité ejecutivo se dividió en "palomas" y "halcones". En el curso de los debates algunos miembros cambiaron varias veces de opinión. Desde el principio McNamara, apoyado por Robert Kennedy, sugirió el camino del bloqueo. Esa variante "dejaba abiertas todas las posibilidades". Con ella se podía aumentar gradualmente la presión mientras que no se arrinconaría de inmediato a Kruschev, dándole oportunidad de salvaguardar la paz. Y si el bloqueo no daba resultado, quedaban los bombardeos y la invasión como medios persuasivos de mayor contundencia. Los partidarios de la acción militar inmediata argüían en contra del bloqueo que éste no eliminaría los cohetes ya instalados en Cuba, lo cual era como "cerrar la puerta del establo una vez fuera el caballo". Además se temían las correspondientes medidas rusas en Berlín y Turquía. Pero en el caso de Cuba, soviéticos y estadounidenses se habían comprometido a hacer uso del armamento atómico si llegara el caso de tener que cumplir con sus obligaciones. Los debates

proseguían con apasionamiento. No había unidad de criterio en cuanto al modo de eliminar el peligro cubano sin entrar en conflicto con la Unión Soviética, lo cual era sinónimo de iniciar una tercera contienda mundial.

Entretanto se había intensificado el reconocimiento aéreo, el nuevo material reveló la celeridad con que progresaban las obras de emplazamiento de proyectiles ofensivos.

"El minucioso examen de las fotografías del jueves 17 de octubre —escribe Robert Kennedy— descubrió nuevas instalaciones con capacidad para 16 a 32 cohetes de un alcance de mil quinientos kilómetros. Nuestros expertos militares opinaron que dichos misiles estarían listos para ser lanzados en una semana. Al día siguiente, jueves, nuestro servicio secreto estimó que el potencial destructor de los misiles atómicos emplazados en Cuba era casi la mitad del de los proyectiles balísticos intercontinentales con base en territorio soviético. De las fotos se podía deducir que los cohetes apuntaban a determinadas urbes norteamericanas. A los pocos minutos de su lanzamiento podía calcularse en más de 80 millones las víctimas ocasionadas por dichos cohetes."

Los militares propugnaban rápidas medidas de fuerza. El peligro en ciernes debía alejarse con una enérgica acción militar. Pero Kennedy deseaba saber cómo reaccionarían los soviéticos. No le convencían las afirmaciones de los militares de que los rusos no harían nada. "Ellos (los rusos) saben tan bien como nosotros que no pueden consentir tan fácilmente lo ocurrido sin emprender algo en cualquier parte. Según todas sus manifestaciones no pueden soportar sin responder debidamente que sus cohetes sean retirados de Cuba y que mueran cierto número de rusos. Si no lo hacen en Cuba, seguro que actuarán contra Berlín."

Aun cuando McNamara, ministro de Defensa, seguía abogando por el bloqueo, informó al presidente que se habían tomado las disposiciones necesarias para emprender la acción militar. Serían necesarias unas quinientas incursiones de la aviación para destruir objetivos militares; había que contar con unas veinticinco mil bajas cubanas. La serie de bombardeos comenzaría el martes, 23 de octubre.

Aparte los militares, se inclinaba por el bombardeo aéreo masivo el que fue ministro de Asuntos Exteriores en la Administración Truman, Dean Acheson, un veterano de la guerra fría. El tumor cubano debía extirparse de un corte seco y enérgico, pues amenazaba con extenderse por todo el hemisferio occidental. En vista del peligro que representaba, Estados Unidos tenía que descartar cualquier otro punto de vista. El hermano del presidente, treinta y un años más joven que Acheson, le contradijo con denuedo. La intervención militar era una solución que no entraba en las tradiciones y en la historia de Estados Unidos. Tal medida significaba, a fin de cuentas, el ataque por sorpresa de una "gran potencia contra una nación pequeña", cosa que Estados Unidos no podía consentir si quería mantener su posición moral, tanto en su propio país como a los ojos del resto del mundo. La campaña internacional de Estados Unidos contra el comunismo está por encima de la supervivencia física. En el trasfondo persisten "nuestra herencia y nuestros ideales, que nunca deben ser destruidos." Su hermano, por lo menos, "no deseaba pasar a la historia como el general Tojo de la década de los sesenta". Estas consideraciones, sin embargo, no impresionaron a Dean Acheson, que con sus sesenta y ocho años tenía edad suficiente como para ser su padre. Rechazó la comparación con Tojo; una pérdida de prestigio moral no tiene nada que ver con los logros militares. Una "acción rápida y decisiva" continuaba siendo, como de ordinario, la mejor solución.

En ese jueves esperaba el presidente la visita del ministro de Asuntos Exteriores ruso, Andrei Gromyko, preparada desde hacía tiempo. ¿Tenía que anularse el compromiso? ¿O sería el momento de reprochar a los soviéticos su doble juego? Puesto que Kennedy no sabía aún cómo responder a la provocación rusa, optó por no manifestar a su huésped soviético lo que sabía. En modo alguno debía prevenir, ni siquiera indirectamente, a Kruschev, antes de resolver cuáles serían sus próximos pasos.

A las cinco de la tarde compareció un Gromyko de muy buen humor ante un Kennedy agobiado por la crítica situación. Cuando el diálogo recayó en Cuba, el ministro de Asuntos Exteriores soviético reiteró los puntos de vista del Kremlin. Castro había sido en una ocasión víctima de una agresión extranjera y era muy comprensible que deseara defender su isla. Y a este fin se le habían suministrado ciertas cantidades, no muy grandes, de armas ofensivas. Por lo demás, ellos sólo tenían interés en enviar alimentos a Cuba, para mitigar el hambre que aquejaba al país. Kennedy, sorprendido e irritado por el cinismo de su huésped ruso, citó de nuevo sus discursos del 4 y 13 de setiembre, en los que decía sin lugar a dudas que Estados Unidos no podía consentir que en Cuba se instalaran bases de lanzamiento de proyectiles ofensivos. Gromyko aseguró al presidente que tal cosa no sucedería jamás. Poco después, el ministro de Asuntos Exteriores soviético abandonaba la Casa Blanca.

Mientras tanto, en el Ministerio de Asuntos Exteriores norteamericano proseguían sin interrupción las reuniones. Al llegar la noche, la

mayoría se había pronunciado por el bloqueo y entonces fueron a entrevistarse con el presidente. Para no llamar la atención se acomodaron en el automóvil del ministro de Justicia, Robert Kennedy, Maxwell Taylor y McCone junto al conductor, y en el asiento posterior seis consejeros. Ya en el despacho presidencial se reanudaron las discusiones; la firmeza de los pareceres se tambaleó. Sin ningún resultado positivo, se aplazó la reunión para la mañana siguiente; se había prolongado hasta bien entrada la noche. Cada uno sabía que el tiempo apremiaba. Los cohetes instalados en Cuba no tardarían en estar listos para su lanzamiento, con lo que unos 80 millones de norteamericanos se encontrarían en peligro.

El viernes por la mañana, varios periodistas querían saber por boca del secretario de prensa de Kennedy el significado del movimiento de tropas que se efectuaba en Florida. "Nada importante", respondió, siguiendo instrucciones presidenciales. Un poco después, el Ministerio de Defensa se vio obligado a publicar una doble mentira para confundir a la opinión. A las oportunas preguntas contestó el portavoz de dicho ministerio que como no se tenían pruebas concluyentes de la instalación de armas ofensivas en Cuba, no era necesario, por el momento, alertar a las fuerzas armadas.

Durante toda la jornada del viernes hasta bien entrada la noche estuvieron reunidos los miembros del Comité ejecutivo. Se acordó formar dos grupos, cada uno de los cuales daría la solución por escrito con todos sus pormenores. Los que se inclinaban por el bloqueo trataban de encontrar una base legal para desarrollar una táctica con la que se pudiera explicar la decisión que se tomara a la OEA, afirmar la posición ante la ONU, ultimar los detalles para la detención de los buques y, por último, considerar las circunstancias en las que se pondría en juego el potencial militar. Aquellos que favorecieran la inmediata acción militar debían meditar acerca de los problemas legales, sobre la posición norteamericana en las Naciones Unidas y, sobre todo, en los objetivos a atacar, hasta qué extremo se podría contar con el apoyo moral de los países latinoamericanos y, para terminar, cómo respondería Kruschev en la zona del Caribe, en Berlín o en cualquier otro punto del globo, contra los intereses de Estados Unidos.

Ante la premura del tiempo se llegó a un decisión conjunta a última hora de la noche. "El sentir general —recuerda Paul Nitze, funcionario del Ministerio de Defensa— era que debíamos iniciar el bloqueo, fuese o no suficiente como medida. Si los rusos, dentro de un plazo determinado, continuaban trabajando en las bases de cohetes, o los bombarderos Il-28, que sus barcos habían llevado a Cuba desmontados, eran puestos a punto, entonces se procedería a la represalia desde el aire." Al consejero especial y escritor Theodore Sorensen le fue encomendada la redacción del correspondiente discurso. Los expertos en leyes decían que el bloqueo estaba plenamente justificado. El sábado, a las diez de la mañana, Robert Kennedy telefoneó a su hermano. Este, en plena campaña electoral, y para no despertar sospechas, seguía alojándose en el Hotel Sheraton-Blackstone de Chicago, su Cuartel general del momento. Sus consejeros acordaron que había llegado el momento de que decidiera el presidente.

Pierre Salinger, secretario de prensa, ya se encontraba allí, y daba a conocer a los reporteros las actividades presidenciales de la jornada. De pronto les dio a comprender con mucha discreción que tenía que reunirse de inmediato con el presidente. "J.F.K. estaba sin afeitar y todavía en pijama —cuenta Salinger—. Estaban con él O'Donnell, Dave Powers, el contralmirante George G. Burkley, médico de la Casa Blanca. El presidente no perdió tiempo en preámbulos.

"'Estoy resfriado y tengo fiebre —me dijo—, vuelva al vestíbulo y comunique a los señores de la prensa que regreso a Washington por consejo del doctor Burkley.'

"Y cuando ya me hallaba cerca de la puerta, el presidente me llamó: '¡Espere un momento! Vamos a ponernos de acuerdo en lo que hemos de decir.' Tomó una hoja de papel de cartas del hotel y escribió: 'Temperatura 38,6. Infección en las vías respiratorias superiores. El presidente debe volver a Washington por orden del médico.' Me entregó el papel con estas palabras: 'Tome. Comuníquelo a la prensa.'

"Llamé de nuevo a los reporteros, que ya se habían acomodado en los autobuses que les esperaban a la puerta del hotel, y les leí el 'parte facultativo'. Nadie expresó la menor duda, aunque yo sabía que muchos de ellos sospechaban que el motivo del repentino viaje del presidente a Washington obedecía a causas mucho más serias.

"Partimos a las once de la mañana. Durante el vuelo tuve ocasión de hablar a solas con el presidente en su cabina privada.

"—Señor presidente, supongo que su resfriado no será nada grave, ¿verdad?

"—Ha pasado lo peor.

"—¿Entonces hay algo más?

"Su respuesta no puede repetirse. Se me puso la piel de gallina y un frío temblor me recorrió la espalda.

"A la una y media estábamos en la Casa Blanca. Al descender del helicóptero J.F.K. me asió del brazo.

"—¿Se queda usted por aquí?

"Asentí con una inclinación de cabeza.

"Tras una breve conferencia de prensa sobre el resfriado del presidente, mandé a casa a todos mis colaboradores, con el fin de dar la impresión de que aquel sábado era como tantos otros."

Las fuerzas armadas norteamericanas desplegadas por todo el mundo se hallaban en estado de alerta. McNamara había ordenado a cuatro escuadras aéreas que estuviesen preparadas, por si Kennedy decidía el ataque aéreo. Hacia las dos y media de la tarde el presidente se reunió con sus consejeros en el salón oval de la Casa Blanca. Había que tomar una determinación.

Se reanudaron los acalorados debates y al final quedaba planteada la cuestión en estos términos: bloqueo o intervención de los bombarderos. Por fin se inclinó el presidente por el bloqueo, que públicamente se denominaría "cuarentena", pues esta expresión sonaba menos bélica. La ventaja primordial de la "cuarentena" radicaba en ser la medida menos arriesgada y, además, señalaba a Kruschev la gravedad de la situación, pero le concedía tiempo suficiente para pensar con calma sus siguientes movimientos. En cambio, el ataque aéreo por sorpresa era irrevocable y con el traumatismo que sin duda provocaría, el Kremlin quizá pudiera tomar automáticamente medidas represivas. Un bloqueo efectuado con prudencia permitiría la retirada de Kruschev sin gran pérdida de prestigio y dejaba abiertas "todas las posibilidades" para Estados Unidos. El bloqueo era susceptible de ampliarse gradualmente y ser extendido a un mayor número de mercancías. Estados Unidos deseaba una base flexible sobre la que actuar; siempre había tiempo para la acción militar directa, en el caso de que el bloqueo se mostrara insuficiente por sí mismo.

A pesar de estas consideraciones, el presidente deseaba reunirse a la mañana siguiente con los técnicos de las fuerzas aéreas. Kennedy preguntó al general Walter C. Sweeney, jefe de la Fuerza Aérea Táctica, si un ataque aéreo masivo contra Cuba aniquilaría totalmente los cohetes y bombas atómicas almacenadas en la isla. El general aseguró una destrucción máxima del 90 por ciento. El presidente apuntó que, de todas formas, aún podrían dispararse proyectiles con cabeza nuclear sobre las ciudades norteamericanas. Por último, acabó por decidirse por el bloqueo.

El presidente señaló la "hora P" para el lunes a las 7 de la tarde, hora de Washington. Pero antes había que tomar cuidadosas medidas. Se encargó a Dean Acheson que informara al general De Gaulle, a quien Kennedy consideraba el más difícil miembro de la OTAN. "Diga usted a su presidente que puede contar con el apoyo de Francia. Creo que, dadas las circunstancias, el presidente Kennedy no tiene otra alternativa. Se trata de una cuestión de prestigio nacional, y Francia lo entiende perfectamente." El canciller Adenauer y el primer ministro británico Mac Millan apoyaban con todas sus fuerzas al presidente norteamericano. Entre los copartícipes de la OTAN, el único que no estaba convencido de que Cuba representase un peligro tan serio era John Diefenbaker, primer ministro canadiense. Sin embargo, se hallaba dispuesto a vedar a los rusos el uso del aeropuerto de Gander, en Terranova.

Mientras tanto los preparativos militares seguían su curso. En Florida se habían concentrado más de 100.000 hombres. Las zonas de lanzamiento en Cuba estaban bien definidas para los hombres de las divisiones aerotransportadas 82 y 101. Tanto en Estados Unidos como en el extranjero, el Ejército norteamericano se hallaba en estado de alerta. Los sirvientes de las rampas de lanzamiento de proyectiles balísticos no se movían de sus puestos. Hacia el mediodía el general Power, jefe del Mando Aéreo Estratégico, distribuyó en cuarenta aeródromos civiles a sus B-47 de radio de acción medio, para mejorar su protección en caso de respuesta soviética. Hacía dieciséis años que el Mando Aéreo Estratégico se hallaba en pie de guerra en todo instante. Siempre, incluso en las épocas más tranquilas, parte de los aviones permanecían en estado de alerta. Los setecientos bombarderos con que contaba el mando podían estar en el aire a los 6 u 8 minutos de dar la alarma. "En el caso de que los agentes de Kruschev no hayan dormido ese día —manifestaron Daniel y Hubbell— habrán visto muchas cosas siniestras además de la distribución de nuestros bombarderos estratégicos. Había cosas que aún tenían que ver. Las aberturas de lanzamiento de los bombarderos, que se podían ver claramente, y que de ordinario permanecían abiertas, para probar que no llevaban armamento atómico, aparecían cerradas aquel día. Los aviones presentaban un aspecto terrorífico."

Con sus proyectiles balísticos intercontinentales y sus bombarderos, más del 85 por ciento de la potencia nuclear del mundo libre se concentraba en manos del Mando Aéreo Estratégico. Con todos los aparatos distribuidos en orden de combate, más del 90 por ciento de las fuerzas destructoras del Mando Aéreo Estratégico estaban listas para intervenir. Por la tarde, varias horas antes del discurso del presidente Kennedy, el general Power agrupó convenientemente a los B-52 de gran radio de acción. Con ello quedaba formada la mayor concentración de poder destructor que jamás había visto la historia. Podía darse la alarma en cualquier momento y se desencadenaría la tormenta. Y cuando los bombarderos estuviesen dispuestos, se ordenaría la alarma en todas las

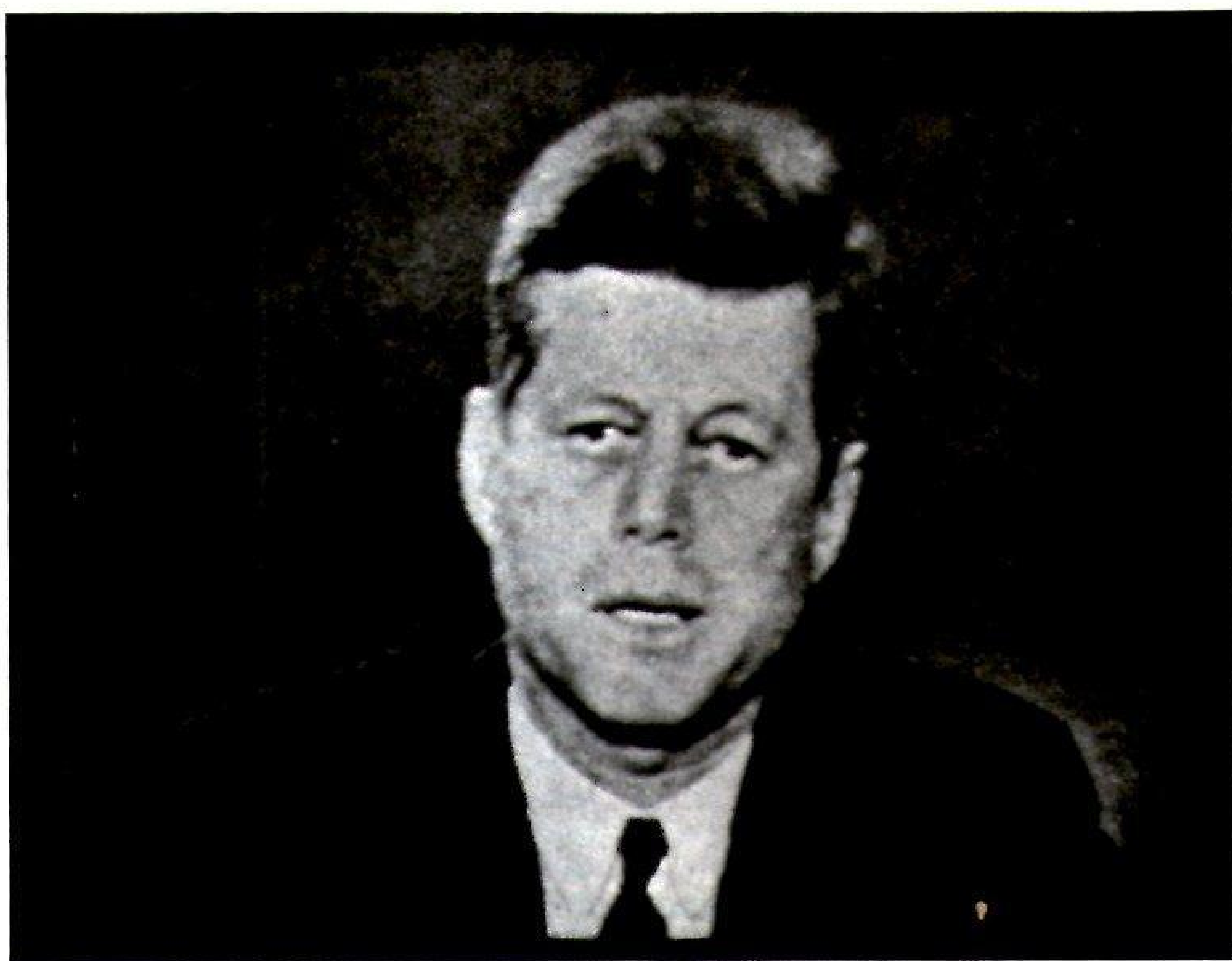


IMAGEN SUPERIOR: El 22 de octubre de 1962, a las siete de la tarde, hora de Washington, fue uno de los momentos más dramáticos de la posguerra. A través de las emisoras de radio y televisión del país, el presidente John F. Kennedy condenó la actitud de la Unión Soviética sobre la construcción de bases de lanzamiento de proyectiles en Cuba, anunció el bloqueo de la isla y exigió a Moscú que retirase sus armas ofensivas del hemisferio occidental. IMAGENES INFERIORES: "Old Ironsides"; tanques norteamericanos preparados para la invasión; cohetes norteamericanos junto a una playa de Florida; pilotos





bases de proyectiles balísticos intercontinentales diseminadas por la nación. Y además, los ocho submarinos de la Flota, dotados de cohetes con cabeza nuclear, con un total de 128 Polaris, estaban en posición para que sus cohetes alcanzasen objetivos situados en la Unión Soviética. Ciento ochenta unidades de la Marina de guerra norteamericana, entre ellas las que se encargarían de realizar el bloqueo, surcaban ya las aguas del Caribe.

El lunes, a las cinco de la tarde —"hora P" menos dos—, el propio Kennedy informó de la situación a los más destacados miembros del Congreso. Cuando el jefe de la CIA, McCone, mostró las fotografías tomada por los aparatos U-2, "un frío sudor nos recorrió la espalda", recuerda uno de los presentes. El senador Richard B. Russel, de Georgia, presidente de la Junta de Defensa, opinaba que las contramedidas tomadas por el presidente Kennedy eran demasiado débiles. Temía sobre todo perder la iniciativa con el bloqueo. "Si nos dejamos arrastrar a negociaciones ante el Consejo de Seguridad, la OEA o cualquier otra organización internacional lograremos una victoria sin premio, mientras que Kruschev seguirá reteniendo Cuba." El senador Russel contó en esta ocasión con el apoyo de su colega William J. Fulbright, que se lo negó cuando el desembarco de la bahía de Cochinos. Le parecía que un ataque aéreo por sorpresa resultaría más eficaz, de mejor justificación y mucho menos arriesgado que detener a los barcos rusos en alta mar. La oposición republicana dio a entender que colaboraría con el presidente en esta grave crisis y su portavoz sólo lamentó que se les hubiera informado tan a destiempo, cuando ya estaba tomada la decisión. A las seis de la tarde —"hora P" menos una— el ministro de Asuntos Exteriores, Rusk, convocó al embajador soviético. Dobrinin acudió puntualmente a la cita, al parecer de muy buen humor. Pasados veinticinco minutos abandonaba la Casa Blanca con el rostro ensombrecido por la preocupación. A las seis y cuarto —"hora P" menos cuarenta y cinco minutos— el subsecretario Ball llamó a los cuarenta y seis embajadores aliados de Estados Unidos para informarles de la situación. A las siete de la tarde el presidente Kennedy se dirigió a la nación a través de las emisoras de radio y televisión.

"Buenas tardes, mis queridos conciudadanos.

"Como habíamos prometido, nuestro Gobierno ha seguido con atención en todo momento la con-

norteamericanos dirigiéndose hacia sus aparatos. Todo el potencial militar norteamericano estacionado en todo el mundo se encuentra en el máximo grado de alerta. En Washington se encuentran preparados para cualquier clase de eventualidad, tanto para un bloqueo, como para una invasión de Cuba, como para lo que es peor: la gran guerra, la guerra atómica con la Unión Soviética. Nikita Kruschev, que le había dicho a un visitante norteamericano del Kremlin que "los Estados Unidos son demasiado liberales para luchar", se vio obligado a rectificar su opinión sobre la decisión del Gobierno Kennedy.





centración de potencial militar que la Unión Soviética ha venido efectuando en la isla de Cuba. En los últimos días hemos comprobado que han instalado una serie de bases de lanzamiento de proyectiles balísticos de carácter ofensivo en el país que tienen sometido. Dichas bases sólo pueden perseguir una meta: erigir un potencial nuclear contra el hemisferio occidental.

"Algunas de las referidas bases están dotadas de cohetes con cabeza nuclear, capaces de alcanzar objetivos situados a más de 1.500 kilómetros de distancia. En resumen, cualquiera de dichos misiles puede lanzarse sobre Washington, el canal de Panamá, cabo Cañaveral, la ciudad de México y cualquier otra urbe del sudeste de Estados Unidos, Centroamérica o la zona del Caribe.

"También tienen a punto de acabar otras bases de cohetes, al parecer de mediano alcance, pero que es el doble que cualquiera de los que apuntan a casi todas las ciudades del hemisferio occidental, de la bahía de Hudson en el Canadá, al norte, hasta Lima, Perú, por el sur. No conviene olvidar los bombarderos a reacción que pueden transportar bombas atómicas, fácilmente situables en los aeródromos cubanos, desde los cuales pueden despegar para sus incursiones sobre nuestro hemisferio."

El presidente desenmascaró en breves palabras el doble juego de la Unión Soviética.

"La dimensión de esta empresa demuestra bien a las claras que estaba planeada desde varios meses atrás. Pero en el último mes, al demostrarse palpablemente la diferencia entre el suministro de cohetes para batir objetivos terrestres y la existencia de poderosas defensas antiaéreas, la Unión Soviética manifestó, el 11 de setiembre, con frases que cito textualmente: 'Las armas y pertrechos que suministramos a Cuba son única y exclusivamente con miras defensivas.' En otra declaración del Gobierno ruso se dice: 'Nuestro país no tiene necesidad de instalar en otras naciones, Cuba, por ejemplo, proyectiles balísticos para acciones de represalia. Los rusos disponen de cohetes muy potentes susceptibles de transportar cabezas nucleares, y no necesitan buscar bases de lanzamiento allende sus fronteras.'

"Esta declaración —añadió el presidente— es falsa." Como base de sus contramedidas, Kennedy anunció la "cuarentena". "Todos los barcos que se dirijan a Cuba, vengan de donde vinieren, deben ser inspeccionados, para comprobar que no transportan armas ofensivas o material de guerra para el régimen de Castro."

Y advirtió claramente al Kremlin: "Estamos firmemente dispuestos a actuar contra la Unión Soviética si desde las bases cubanas se disparan misiles sobre cualquier objetivo del hemisferio occidental. Lo consideraremos como un ataque realizado contra Estados Unidos. Si llega el caso, no retrocederé ante un conflicto nuclear; por ello apelo a la prudencia de los jefes soviéticos. Requiero del primer ministro Nikita Kruschev que ponga fin a las irresponsables y provocadoras amenazas que arriesgan la paz mundial y pueden terminar con las relaciones entre nuestros respectivos países. También le pido que desista de sus intentos de adueñarse del mundo, y que participe en el esfuerzo histórico de terminar con la carrera de armamentos y coopere en encauzar por otros derroteros el curso de la historia. Ahora tiene la oportunidad de evitar que el mundo se precipite en una verdadera hecatombe. Por ello debe ordenar de inmediato que no se instalen bases de cohetes fuera del territorio de la Unión Soviética y mande retirar las que tiene en Cuba."

El discurso del presidente se prolongó por espacio de diecisiete minutos. El mundo sabía que atravesaba por una gravísima crisis. Se esperaba con verdadera ansiedad la reacción soviética.

En el frente diplomático también se inició la ofensiva norteamericana. Adlai Stevenson, poco después del discurso presidencial, convocó una reunión extraordinaria del Consejo de Seguridad para tratar de una "situación comprometida para la paz y seguridad mundiales, causada por la construcción subrepticia de rampas de lanzamiento y del traslado a Cuba de misiles intercontinentales con cabeza atómica, que podrían ser lanzadas sobre cualquier punto del continente americano".

"Sin aguardar las medidas propugnadas por las Naciones Unidas —declaró el ministro de Asuntos Exteriores, Dean Rusk, a la mañana siguiente ante los delegados de la OEA en Washington— hemos de cuidar de la protección de nuestro hemisferio ante una ulterior instalación de bases de misiles rusos que puedan ser utilizadas en contra nuestra." Frente al pesimismo de Washington, todos los miembros de la Organización de Estados Americanos —excepto Cuba, naturalmente— se mostraron de acuerdo en suscribir plenamente las medidas adoptadas por el presidente Kennedy. Así el bloqueo podía efectuarse de conformidad con las normas del pacto interamericano de ayuda mutua, firmado en Río de Janeiro, y justificado como una medida colectiva acordada por los miembros de la OEA. Un hemisferio occidental compacto, apoyado por sus aliados de la OTAN, se alzaba contra los rusos. Por otra parte, los embajadores norteamericanos en Guinea y el Senegal consiguieron que los respectivos jefes de Estado, Sékou Touré y Léopold Senghor, prohibieran el uso de los aeródromos de Conakry y Dakar a los aviones soviéticos para hacer escala, mientras durase el bloqueo. Con ello se evitaba que los aparatos de

transporte rusos, que en su viaje a Cuba sólo podían repostar en Conakry o en Dakar, lograsen burlar el bloqueo y llevar a Cuba material atómico. Con dos destacados países neutrales ganados para su causa, la ofensiva diplomática de los norteamericanas se apuntó un señalado triunfo.

El lunes a las diez de la mañana se reunió de nuevo el Comité ejecutivo bajo la presidencia de Kennedy, en la Casa Blanca. La atmósfera ya no era tan tensa, pues ya se había decidido lo que convenía hacer. Pero no tardarían en plantearse nuevos problemas en un futuro muy cercano. Por ejemplo: ¿de qué modo se reaccionaría ante el derribo sobre Cuba del aparato norteamericano U-2? ¿Cuál sería la respuesta de Kruschev? ¿En Berlín o en cualquier otro lugar del mundo? ¿Cómo podría evitarse un error o la precipitada reacción que espolease inútilmente a los rusos? Estas dudas minaban el ánimo del presidente Kennedy en la mañana del lunes. A las seis de la tarde volvieron a reunirse, para discutir pormenores sobre la manera de apresar a un barco ruso. Cuando comprobó que contaba con el apoyo de la OEA, el presidente Kennedy firmó la orden de bloqueo. A partir de las diez de la mañana del miércoles entraba en vigor "la cuarentena". McCone dio cuenta de un activo intercambio de mensajes entre Moscú y los barcos soviéticos que navegaban por el Atlántico. Los estadounidenses desconocían la clave y los mensajes no podían ser descifrados, pero sí observaban que las naves no modificaban el rumbo y sin aminorar la velocidad se dirigían hacia la línea de bloqueo.

Se sugirió al presidente que enviara una nota a Moscú. Tal vez Kruschev respetaría la decisión de la OEA de legalizar el bloqueo. "Me cuidaré personalmente de que todos obren con la máxima prudencia y no se emprenda nada que pudiese complicar la ya difícil situación", expresó Kennedy al término de su mensaje.

McCone siguió informando acerca de síntomas alarmantes. Submarinos soviéticos se hallaban en ruta hacia el Caribe. El presidente Kennedy impartió la orden de no perder de vista a ninguno de los submarinos rusos y adoptar las necesarias medidas de seguridad para defender a los propios portaaviones.

Tras la reunión del Comité ejecutivo celebrada en la mañana del lunes, los hermanos Kennedy se quedaron un rato más, hablando con Ted Sorensen y Kenneth O'Donnell acerca de la situación. El presidente acababa de leer no hacía mucho tiempo la obra de Bárbara Tuchmann *The Guns of August*, que analiza las causas que provocaron el estallido de la Primera Guerra Mundial. Recordó que Alemania, Rusia, Austria, Francia y Gran Bretaña calcularon mal en 1914 y casi sin desearlo se vieron enzarzados en el conflicto. Se refirieron a la equivocación cometida por los alemanes en 1939; la agresión contra Polonia también fue un error. En la presente coyuntura se trataba asimismo de elegir entre la guerra y la paz; se procuraría no incurrir en la misma falta. Las preocupaciones y posibles *miscalculations* presidían el debate. "Estábamos de acuerdo —escribe Robert Kennedy— en que ninguna de ambas partes deseaba ir a la guerra por Cuba. Mas era seguro que las dos tomarían medidas basadas en la "seguridad", el "orgullo" o en "salvar la faz", y que la otra no dejaría de responder, hasta que al fin la pugna desembocaría en un enfrentamiento abierto. Y precisamente era eso lo que él (el presidente Kennedy) deseaba evitar a toda costa. "No queremos cometer una equivocación, ni subestimar a la otra parte, ni provocarla innecesariamente; no queremos forzar a nuestros enemigos a realizar acciones prematuras que no se atengan a nuestras intenciones y que nos resulten imprevisibles."

Cuando los Kennedy se quedaron solos, el presidente solicitó de su hermano que aquella misma noche fuese a entrevistarse con el embajador soviético, Dobrinin, para hacerle comprender la gravedad de la situación. A la pregunta decisiva de si los barcos rusos tratarían de romper el bloqueo, Dobrinin respondió que la orden así lo disponía; ignoraba, sin embargo, posibles cambios que pudieran haberse operado. Sobre la misma hora, el agregado militar ruso, teniente general Vladimir A. Dubovik, se vanaglorió en una reunión: "He tomado parte en tres guerras, y me alegraré de que pronto haya otra. Los rusos estamos dispuestos a defendernos de cualquier ataque, tanto si va dirigido contra nosotros como contra nuestros aliados. Nuestros barcos pasarán, y si se ha dicho que los hombres deben morir, entonces cumplirán la orden que les han dado y no variarán el rumbo o se irán al fondo."

Por sugerencia del embajador británico, Ormsby Gore, que aquella misma tarde había sido huésped del presidente, la línea de bloqueo se redujo de 800 millas a 500, con el propósito de ganar tiempo, dilatando un poco el primer encuentro.

Al día siguiente por la mañana, 24 de octubre, veinticinco buques soviéticos navegaban hacia la isla de Cuba, donde proseguían los trabajos de montaje en las bases de proyectiles ofensivos; se tomaría la primera decisión. A las diez de la mañana informó el ministro de Defensa, McNamara, de que las naves soviéticas *Gagarin* y *Komiles* llegarían a la línea de bloqueo antes del mediodía. Les daba escolta un sumergible enemigo. "Creo —manifestó Robert Kennedy— que los minutos siguientes fueron los más angustiosos para el pre-

sidente. ¿Se hallaba el mundo abocado a la destrucción total? ¿Era culpa nuestra? ¿Un error tal vez? ¿Hubiésemos podido hacer más o abstenernos de algo? Sus manos se abrían y cerraban espasmódicamente, sus facciones denotaban una fuerte tensión interior, la mirada de sus ojos reflejaba honda preocupación. Nos miramos en silencio, fijamente, y por un instante nadie estaba allí y él parecía no ser ya el presidente."

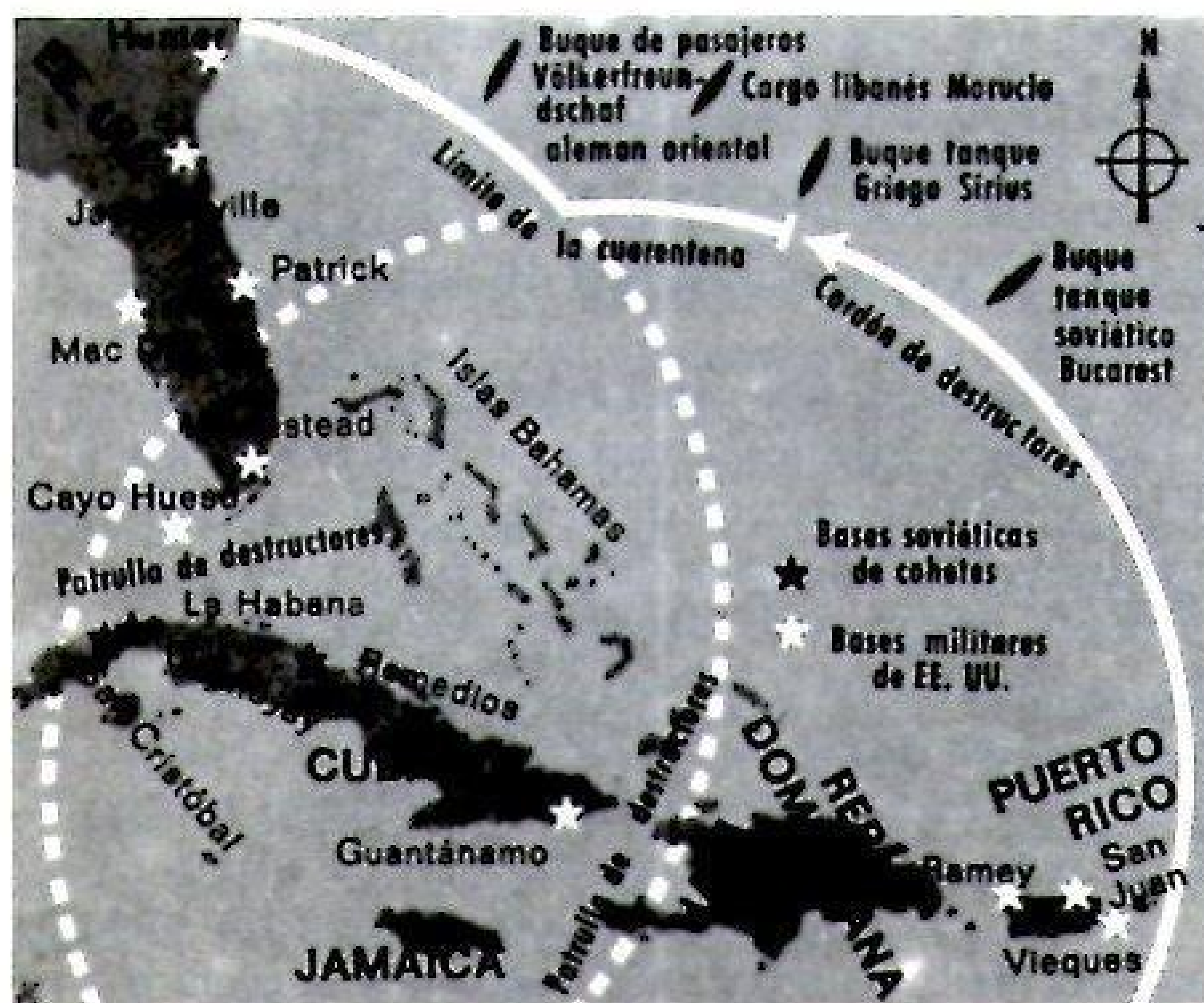
"—¿No queda nada en realidad que podamos hacer para no toparnos desde el principio con un submarino soviético? —inquirió al fin J.F.K., rompiendo el silencio.

"—No —le contestó el ministro de Defensa, McNamara—. El riesgo para nuestros buques es demasiado considerable. No queda otra alternativa. Los comandantes tienen orden de evitar en lo posible toda manifestación hostil. De todos modos, es algo para lo cual hemos de estar preparados y que, además, teníamos previsto."

Para el presidente no cabía sino esperar. Y con él lo hacían sus más íntimos colaboradores, con el alma en vilo. Las noticias de la CIA llegarían de un momento a otro.

A las 10.25 llegó un enlace con una nota para McCone. "Señor presidente, hemos recibido un aviso preliminar, según el cual algunos barcos rusos han interrumpido su andar." Siete minutos más tarde se supo algo más: "La noticia siguiente lo confirma. Seis buques soviéticos han parado las máquinas a corta distancia de la línea de bloqueo. Después han virado en redondo para, al parecer, regresar al punto de origen."

La tensión cedió visiblemente. Todos los presentes experimentaron la grata sensación de haberse quitado un gran peso de encima. Luego se supo que un total de catorce naves rusas se habían detenido a corta distancia de la línea de bloqueo y variado el rumbo en dirección opuesta.



Pero algunas unidades proseguían el viaje, petroleros en su mayor parte. El primero en cruzar la línea fue el buque-cisterna *Bukarest*. ¿Había que detenerlo y proceder a su registro? Kennedy decidió lo contrario. Dijo que el barco se identificase por radio ante las unidades navales norteamericanas, declarase el cargamento y prosiguiera el viaje sin ser molestado. También podía seguir adelante el buque de pasajeros germano-oriental *Völkerfreundschaft*, con destino a La Habana, con estudiantes a bordo.

Mientras tanto, el secretario general de la ONU, U Thant, se venía mostrando muy activo a instancias de los países que participaban en el bloqueo. Envió sendas notas a Kruschev y Kennedy, redactadas en idénticos términos, sugiriendo que los norteamericanos interrumpieran el bloqueo durante tres semanas y que, al propio tiempo, los soviéticos se comprometiesen a no suministrar armas a Cuba durante ese período; Kruschev aceptó la proposición, mientras que Kennedy la rechazó. El presidente norteamericano no quería detener las acciones diplomáticas y militares en curso, en tanto subsistiesen en Cuba los focos de peligro. No deseaba interminables debates, ni compromisos, ni trueques —cohetes norteamericanos en Turquía por cohetes rusos en Cuba, por ejemplo—. Kruschev le había engañado alevosamente, pero ahora tenía la oportunidad de hacer marcha atrás sin grave menoscabo de su prestigio. No podía exigirle más al presidente norteamericano.

El jueves por la tarde se reunió en Nueva York el Consejo de Seguridad. El ambiente llegó a su máxima tensión cuando el embajador ruso en la ONU, Valerian Sorin, cayó inocentemente en la trampa que le tendió su colega norteamericano, al exigir pruebas de la instalación de armas ofensivas en Cuba. Stevenson, bien preparado al efecto, se las arregló para descubrir el juego de los rusos. Una dramática reclamación de Moscú le hizo olvidar su doloroso papel durante el debate en torno a la bahía de Cochinos.

"¿Niega usted, señor Sorin, que la URSS ha instalado en Cuba misiles de mediano y largo alcance? ¿Sí o no? ¡No espere a que se lo traduzcan! ¿Sí o no?"

Este juego de preguntas y respuestas directas no era frecuente en la ONU. Sorin, que al mismo tiempo ostentaba la presidencia, trató de serenarse para reaccionar.

cano y no responderé mientras me interrogue como un fiscal. Le contestaré a su debido tiempo, señor."

Stevenson: "Está usted en presencia de la opinión mundial y puede responder en el acto: ¿Sí o no? Usted ha dicho que en Cuba no hay armas ofen-



"¿Niega usted, señor Sorin, que la URSS construye bases de lanzamiento de proyectiles de tipo medio y de largo alcance en Cuba? ¿Sí o no? No espere la traducción, ¿sí o no?"
El embajador norteamericano ante la ONU, Stevenson, acorraló a su colega ruso con preguntas directas e incisivas. Los rusos en esta ocasión no tuvieron nada que oponer a las fotografías mostradas por los norteamericanos ante la asamblea de la ONU.

sivas de ninguna clase y yo quiero saber si he oído bien."

Sorin: "Le ruego tenga la bondad de continuar su alocución. Ya le responderé a su debido tiempo."

Stevenson: "Estoy dispuesto a esperar su respuesta hasta el fin del mundo. Pero, entretanto, puedo mostrar las pruebas a la asamblea."

(Pausa.)

Sorin: "Tiene la palabra el delegado chileno."

Schweitzer (Chile): "No esperaba este incidente cuando pedí la palabra. Pero en caso de que le parezca bien, señor presidente, retiro la petición con mucho gusto para que pueda usted responder al delegado de Estados Unidos."

Stevenson: "No he terminado aún. Si no desea usted contestar, proseguiré con las explicaciones, si usted me lo permite."

Sorin: "Continúe, por favor."

Stevenson presentó unas fotos muy ampliadas de las mismas que habían tomado los aviones U-2 en sus vuelos de reconocimiento. Nadie dudó de su autenticidad. Toda la asamblea se hallaba fuertemente impresionada. Los intentos de Sorin de minimizar la importancia de las pruebas no convencieron mas que a unos pocos, y Stevenson concluyó el debate: "Conocemos la realidad y usted también, señor, y estamos dispuestos a hablar de ello. No estamos aquí para ganar un debate. Nuestra misión, señor Sorin, es salvar la paz. Si está dispuesto a intentarlo, nosotros también."

El viernes 26 de octubre esa paz no estaba aún muy segura. Los trabajos en las bases de cohetes proseguían activamente noche y día. No faltaría mucho para que los proyectiles estuviesen listos para su lanzamiento. No había tiempo que perder.

Para resaltar la seriedad del bloqueo se procedió a la detención del primer barco a las siete de la mañana del mismo día, por parte de la Marina norteamericana. Se eligió a propósito el carguero *Marucla,* de propiedad panameña, abanderado en el Líbano y fletado por los rusos para realizar un viaje de Riga a Cuba. Con ello se quería demostrar a Kruschev que se estaba firmemente decidido a poner en cuarentena a los barcos que intentasen forzar el bloqueo, pero no podría decir

que se había tomado una medida de fuerza contra un barco soviético, en cuyo caso tal vez se provocaría una reacción violenta a destiempo. Los destructores norteamericanos *John R. Pierce* y, de modo casual, el *Joseph P. Kennedy* —en memoria de un hermano del presidente, piloto de la Marina durante la Segunda Guerra Mundial, que murió en acto de servicio— fueron los encargados de cumplir la misión. El capitán del *Marucla* —seguramente obedeciendo órdenes de Moscú— no puso dificultades y se mostró dispuesto a que subieran a bordo los grupos de abordaje norteamericanos. Tras minuciosa inspección, y al no descubrir la menor traza de contrabando, el *Marucla* recibió autorización de seguir adelante.

En Washington se decidió acentuar la presión y disponer los preparativos necesarios para llevar a cabo un desembarco anfibio. La más nutrida fuerza expedicionaria invasora después de la Segunda Guerra Mundial se encontraba en Florida lista para entrar en acción. Se confeccionó un programa de urgencia relativo a las tareas del nuevo Gobierno de Cuba que se formaría después de la invasión. En la prensa se recordaban los discursos de Kennedy en el mes anterior, sobre los pasajes que se referían a que el bloqueo sólo era la medida inicial. "Si prosiguen las medidas militares ofensivas y se incrementa la amenaza que pesa sobre el hemisferio occidental, estamos dispuestos a dar uno o varios pasos más."

En el seno del Comité ejecutivo aumentaban las dudas sobre si la táctica kennediana del empleo limitado de la fuerza conduciría al éxito. "Palomas" y "halcones" coincidían en opinar que si fallaba el bloqueo las medidas militares de fuerza resultaban ineludibles; McNamara auguraba fuertes pérdidas norteamericanas. El presidente Kennedy contaba con "luchas en extremo sangrientas" y con ello el comienzo de una hostilidad que "nos atraería el fuego de esos cohetes". McCone advertía que desecharan la idea de un simple paseo militar. "Están bien dotados de armas y municiones, y será dificilísimo sacarles de las montañas. No olviden lo que sucedió en Corea." Con todo, si Kruschev no estaba dispuesto a transigir, era inevitable la confrontación de ambas superpotencias.

Concedió a Kruschev dos días más y envió de nuevo a su hermano Robert a entrevistarse con el embajador ruso Dobrinin, para decirle que había llegado la hora de intervenir las fuerzas armadas norteamericanas.

Hacia las dos de la tarde el corresponsal del Departamento de Estado en la American Broadcasting Company, Robert Scali, recibió una llamada telefónica. Al otro extremo de la línea se hallaba Alexander Fomin, funcionario de la Embajada soviética en Washington, de quien se sospechaba que era un "pez gordo" del servicio secreto ruso. "Es muy importante. Le espero en el Occidental dentro de diez minutos." El ruso lo aguardaba en el citado restaurante con visibles muestras de preocupación. "Parece que la guerra se halla en puertas —dijo a Scali—. Hemos de intentar algo para salvar la situación." Tras una breve pausa expuso a Scali su proposición. "Quizá haya una salida. ¿Qué le parece si retiramos nuestros cohetes bajo la supervisión de la ONU, y el señor Kruschev asegura que nunca más serán llevadas a Cuba semejantes armas ofensivas? En tal caso, ¿estaría dispuesto el presidente de Estados Unidos a declarar públicamente que renuncia a la invasión de Cuba?" Scali no podía responder a ello, como es lógico, pero prometió al ruso que se pondría inmediatamente en contacto con el Ministerio de Asuntos Exteriores y ya volverían a encontrarse. Rusk informó al Comité ejecutivo y se decidió, a pesar de lo insólito del procedimiento, por medio de un consejero de embajada subordinado y de un reportero de la televisión, llegar a un compromiso, que los rusos aceptaron. Cuando Scali se reunió por la noche con Fomin en el bar del Statler-Hilton, le pudo comunicar que el Gobierno norteamericano veía en la proposición "una verdadera posibilidad", puesto que el tiempo apremiaba. El ruso deseaba saber si esta opinión procedía realmente "de arriba"; cuando Scali le hubo convencido plenamente, salió tan de prisa a transmitir la noticia, que olvidó recoger el cambio. Había entregado al camarero un billete de cinco dólares para abonar una consumición de treinta centavos.

Poco antes, a las seis de la tarde, empezó a funcionar el teletipo en el Ministerio de Asuntos Exteriores. El embajador norteamericano en Moscú mandó transmitir una nota de Kruschev que abría un resquicio de esperanza. El estilo del jerarca del Kremlin resultaba fácil de leer, y uno se podía imaginar fácilmente que el corpulento jefe soviético mediría su despacho con pasos apresurados y con talante iracundo dictaría su nota para el teletipo. Acheson apuntó que Kruschev debía "estar temeroso o bebido" al redactar la citada nota. Pero Schlesinger advirtió en ella "una honda emoción" y "una visión totalmente racional de la magnitud de la crisis". También Robert Kennedy no encontró "embrollada" la nota de Kruschev, como se ha mencionado con tanta frecuencia. Por cierto que nunca se ha dado a la publicidad el texto completo de la nota.

Con sentidas palabras el Kremlin conjuraba los horrores de una guerra atómica y recordaba que Rusia había sido víctima de la agresión alemana por segunda vez y que las calamidades de un futuro conflicto serían infinitamente peores, y que debería evitarse tan horrible catástrofe en bien del

género humano. A decir verdad, nunca pudo convencer a Kennedy de que las armas enviadas a Cuba eran en gran parte "defensivas". De todas formas se emplazaron allí con el fin de proteger al Gobierno cubano de un intento de apartarlo del poder, como el que ya habían emprendido recientemente Estados Unidos. "Pero si el presidente norteamericano garantiza que no apoyará ningún ataque a Cuba y levantará el bloqueo, entonces la cuestión de desmantelar o destruir las bases de cohetes cubanas aparecerá bajo una faceta totalmente distinta."

La nota llegó a Washington y se analizó con todo rigor por si escondía alguna celada. Pero unida a la propuesta de Fomin, daba la impresión de que Kruschev, pese a la forma poco usual de la nota, parecía que en realidad deseaba hallar una solución a la crisis.

Aquella noche, el presidente regresó a su casa bastante tranquilizado. Por primera vez había indicios de que su teoría del "empleo restringido de la fuerza" para lograr la supresión de las bases de misiles rusos en Cuba había sido un éxito.

Al día siguiente, muy temprano, Edgar Hoover, jefe del FBI, informó a Robert Kennedy de que tenía noticias según las cuales los diplomáticos soviéticos procedían a la destrucción de documentos. ¿Acaso esperaban el comienzo de la guerra?

¿No habría tratado Kruschev de ganar tiempo con su nota y las gestiones de Fomin, hasta tener a punto de disparo los cohetes en Cuba? Con amargos presentimientos, el ministro de Justicia se trasladó a la Casa Blanca. Aquellas noticias no resultaban nada halagüeñas para el hermano del presidente ni para los miembros del Comité ejecutivo. Nada significaba el hecho de que hubiese disminuido el ritmo con que se efectuaban los trabajos en las bases. Los proyectiles podían estar a punto de un momento a otro.

Sin embargo, la última carta de Kruschev daba pie a ciertas esperanzas de solución pacífica, y el presidente estaba a punto de componer la respuesta, asesorado por sus colaboradores, cuando Radio Moscú transmitió otro escrito del primer personaje del Kremlin.

En sólo unos minutos desapareció el júbilo de la víspera. En su lugar se difundió un hondo pesimismo. El nuevo comunicado no mostraba ya el estilo personal de Kruschev, sino el frío y correcto lenguaje diplomático del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético. En el comunicado, Moscú proponía un intercambio, es decir, que para desarmar las bases cubanas exigía que los norteamericanos hicieran lo propio con sus misiles ofensivos emplazados en Turquía. "Nosotros reembarcaremos los cohetes que tenemos en Cuba, si ustedes hacen lo propio con los suyos en Turquía. La Unión Soviética se compromete a no atacar a ese país, ni a inmiscuirse en sus cuestiones internas, siempre y cuando Estados Unidos asuma el mismo compromiso con respecto a Cuba." La proposición no tenía nada de absurda, pero Kennedy no admitía siquiera la idea de retirar sus cohetes de Turquía bajo la presión rusa. No quería aparecer frente a los aliados como miembro débil de la comunidad. En modo alguno se avendría a representar dicho papel.

Pero al entrar en juego Turquía, ¿no hubieran intervenido los rusos en ese país, si los norteamericanos se lanzaban a la invasión de Cuba? ¿Y no acudirían entonces todos los miembros de la OTAN en su ayuda? ¿Podría evitar Estados Unidos hacer caer sobre Rusia todo su potencial atómico?

En medio de estas consideraciones estalló una nueva y alarmante información. El comandante Anderson, piloto de un aparato U-2, que trece días antes había proporcionado a Washington la primera prueba de la existencia de armas ofensivas en la Cuba castrista, había sido derribado por cohetes antiaéreos soviéticos. Hasta entonces, los vuelos de reconocimiento norteamericanos no habían sido obstaculizados, pero los rusos ya tenían a punto sus proyectiles antiaéreos y deseaban hacer uso de ellos. A partir de ahora, los U-2 tendrían que volar escoltados. "¿Cómo podremos salvar a nuestros pilotos, si no es destruyendo los proyectiles SAM?", preguntó el presidente. Todos se mostraron conformes con esta conclusión de Kennedy. A la mañana siguiente estaba previsto que se iniciaran los bombardeos. Y de nuevo fue el presidente quien recomendó moderación. ¿De qué modo reaccionarían los soviéticos ante el ataque? ¿Actuando en Berlín, Turquía o en cualquier otro lugar de la tierra? ¿Y a qué represalias habrían de recurrir los norteamericanos? Era evidente que se entregarían a un forcejeo de resultado presumible: el conflicto nuclear. No había pruebas ni bases sobre las que asentar una decisión. Sólo el presidente cargaba con toda la responsabilidad y, por tanto, era el que tenía que hacer la difícil elección.

"No olvidaremos nunca aquellas horas del sábado por la mañana —refiere Robert Kennedy—. Nunca como en este caso nos habíamos percatado de la importancia y responsabilidad que significa tener en las manos el inmenso poderío de Estados Unidos, poder que recae en el presidente. Comprendimos nuestra responsabilidad ante los ojos del mundo, cuyos destinos estaban en manos de los reunidos en la sala de actos de la Casa Blanca.

"No atacaremos mañana —dijo el presidente, interrumpiendo la asfixiante tensión—. Intentaremos algo nuevo."

La base para realizar este postrer intento era la carta contradictoria enviada por Moscú. ¿Qué podría significar la conducta de los rusos? ¿Estaría de acuerdo Kruschev? ¿Se habrían hecho cargo del mando los "halcones" rusos? ¿Seguía Kruschev en el poder? Se barajaron mucho este tipo de especulaciones. Había dos escritos de Kruschev y en ellos había que basarse para reaccionar, pero nadie atinaba cómo, hasta que Robert tuvo una idea genial, es decir, no mencionar la segunda carta, responder sólo a la primera. Redactó un borrador del que Rusk, Ball, Bundy y Thompson no se mostraron muy satisfechos. Luego compareció ante el presidente con otro borrador redactado con el asesoramiento de Sorensen. El presidente Kennedy poco tuvo que enmendar a la respuesta que a las 20.05 enviaba Estados Unidos a Moscú:

"Estimado señor primer ministro:

"He recibido su carta del 26 de octubre, que he leído con mucha atención. Me alegro de sus buenos propósitos para encontrar la solución del problema que nos ocupa. Lo primero a efectuar es el desmantelamiento de las bases de proyectiles ofensivos instalados en Cuba —operación que se realizará bajo el control de las Naciones Unidas—, así como todos los sistemas armados con fines agresivos.

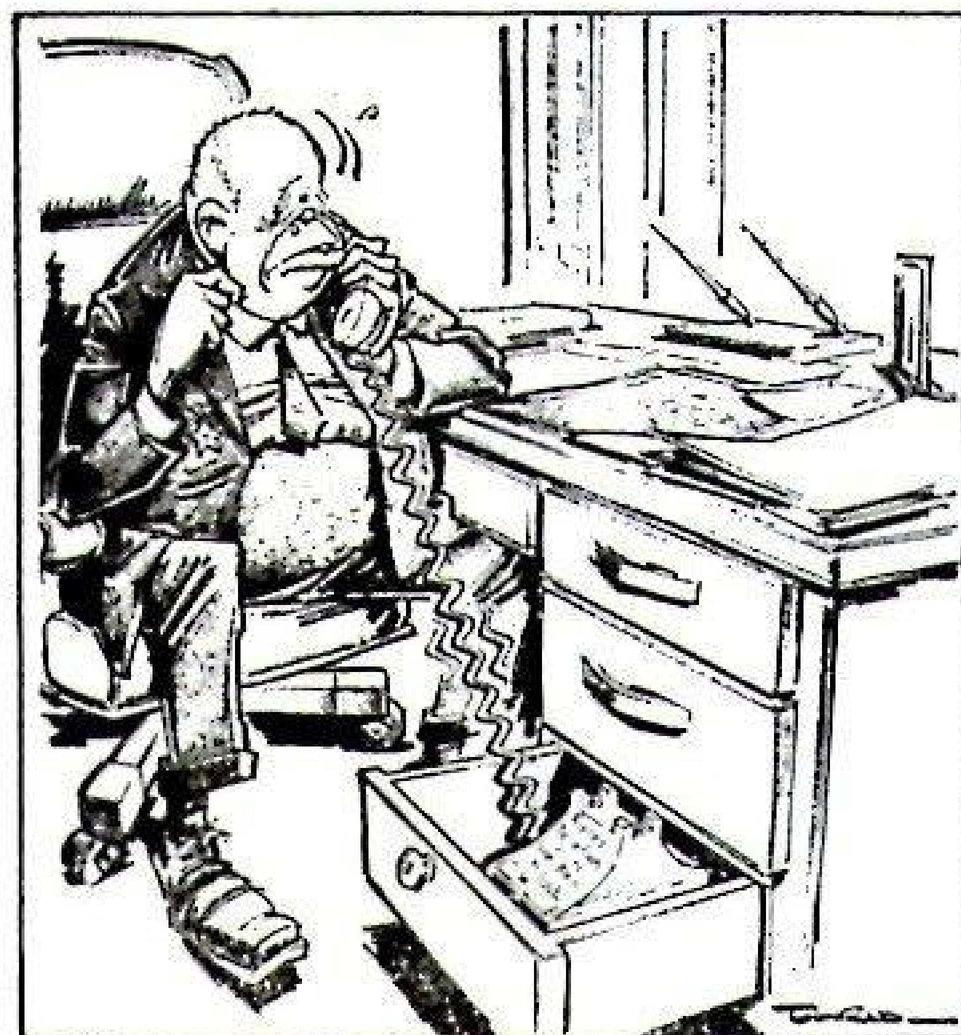
"Así como comprendo las propuestas que me hace en la carta, reflexione sobre las que expongo en la mía, a saber:

"1.º Usted se muestra dispuesto a retirar los sistemas de armas instalados en Cuba, bajo control y observación de las Naciones Unidas, así como a interrumpir ulteriores envíos de armas, con las debidas garantías.

"2.º Por nuestra parte, estamos dispuestos, una vez que las Naciones Unidas nos hayan informado del cumplimiento de su promesa de retirar los cohetes de Cuba, a: *a)* levantar 'la cuarentena' todavía vigente; *b)* garantizar que no se producirá ninguna invasión de la isla de Cuba. Estoy seguro de que otras naciones de este hemisferio se adscribirán a estas obligaciones."

En Washington se estaba preparado para cualquier eventualidad. Para un ataque aéreo sobre





"De acuerdo, señor presidente, queremos negociar." De este modo ve el caricaturista del Daily Mail *la confrontación de fuerza que se produjo entre Kennedy y Kruschev durante la crisis de Cuba. Sólo la decisión de Kennedy de no retroceder ni siquiera ante las perspectivas de una guerra atómica, condujo a los dirigentes de la Unión Soviética a reconsiderar su actitud. Tras unos días llenos de nerviosismo en la Casa Blanca, la política de Kennedy ofreció por fin el éxito deseado. Uno de los aspectos más importantes de esta política consiste en no humillar al enemigo, permitiéndole en cierto modo conservar su prestigio intacto y retirarse a tiempo sin aparecer como un derrotado a los ojos de todo el mundo. Durante la crisis de Cuba, los responsables de Washington se sintieron siempre muy preocupados por los posibles malentendidos que pudieran producirse. Tras la crisis de Cuba, el presidente Kennedy observó: "El procedimiento del código es muy lento. La rapidez es algo indispensable en la era atómica. Por tanto, confiamos en que las negociaciones actuales (con el Kremlin), conduzcan al establecimiento de una conexión directa." Finalmente, estas negociaciones alcanzaron el éxito apetecido en 1963 con el establecimiento de un "teléfono rojo". El* New York Herald Tribune *comentó al respecto: "Hilo directo con la Casa Blanca. ¿Caroline? ¿Qué Caroline?" PAGINA DERECHA: Tras la retirada de los cohetes, Kruschev también tuvo que alejar de Cuba los bombarderos a chorro Iliuschin enviados a Castro. Sobre la cubierta del mercante ruso* Krasnograd *se observan claramente las partes desmontadas de los aparatos.*

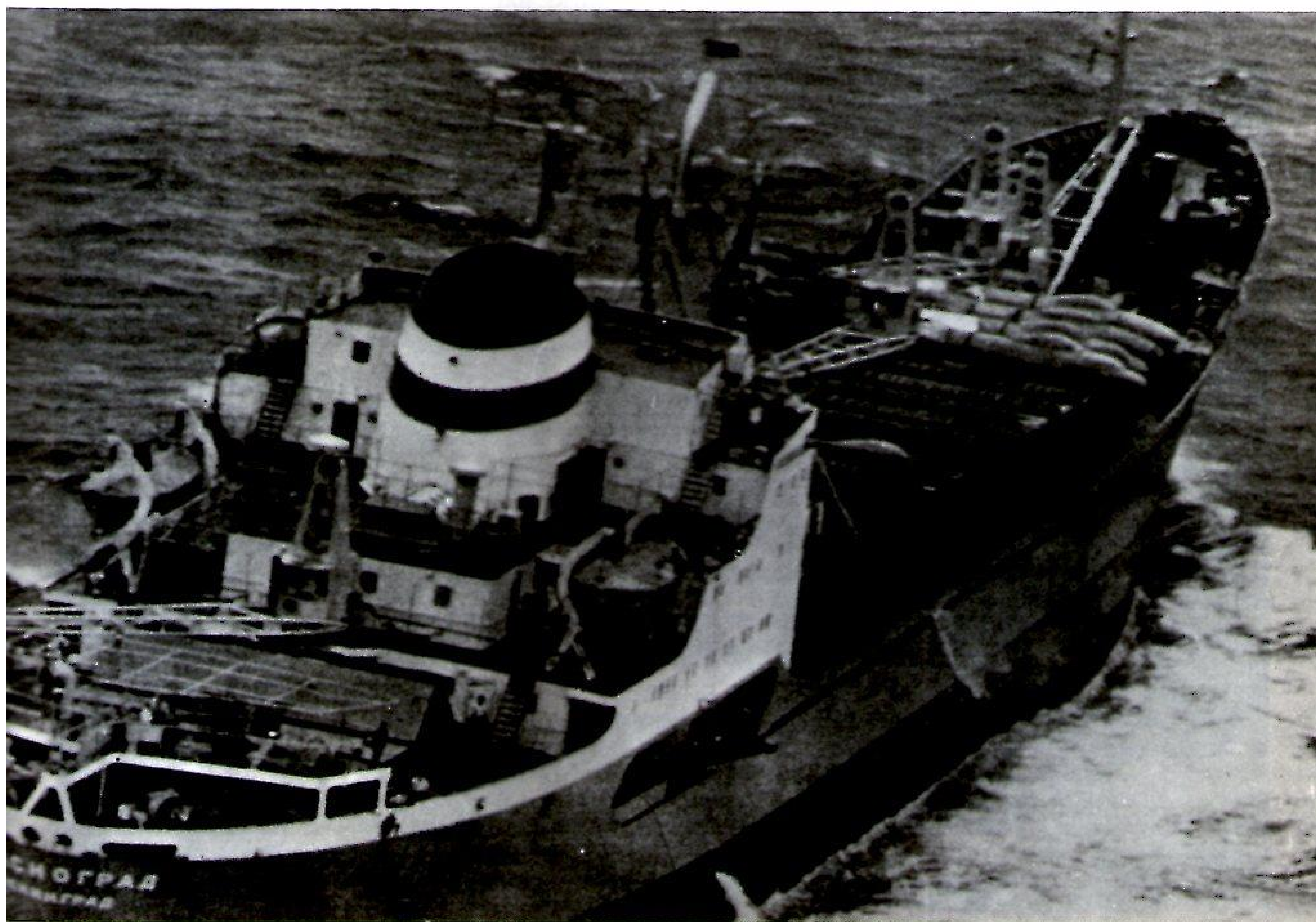
las bases de proyectiles rusos en Cuba, para la invasión de la isla e incluso para iniciar las hostilidades con la Unión Soviética. "Ha llegado la hora de la verdad", exclamó el presidente Kennedy al despedirse aquella noche de sus consejeros.

Al día siguiente a las nueve de la mañana volvieron a reunirse en la Casa Blanca. Poco antes, Radio Moscú había anunciado que estaba próxima a ser transmitida una importante noticia. Todos esperaban con ansiedad la reacción soviética. A las primeras frases se notó ya que Kruschev cambiaría de actitud. "Y para evitar lo más rápidamente posible el conflicto que amenaza la paz, para sosegar a los hombres amantes de la paz del mundo entero y para garantizar al pueblo norteamericano que, como estoy seguro, lucha por la paz tanto como el soviético, el Gobierno de la URSS, además de la orden de suspender los trabajos en las bases militares cubanas, ha dispuesto también el desmantelamiento de las armas que sean consideradas ofensivas, así como su embalaje para su traslado a la Unión Soviética.

"Respeto y confío en las declaraciones contenidas en su mensaje del 27 de octubre, en el sentido de que la isla de Cuba no sufrirá incursiones de bombardeo ni será invadida, sea por Estados Unidos o por cualquier otro país del hemisferio occidental. Con ello desaparecen las causas que nos obligaron a conceder ayuda militar a Cuba."

El presidente Kennedy esperaba esa reacción del Kremlin. Sin embargo, Castro se negó a tolerar la inspección de la ONU en su territorio, pero consintió en permitir los vuelos de reconocimiento norteamericanos, autorización que Moscú se apresuró a respaldar oficialmente. Cuarenta y siete cohetes y cuarenta y dos bombarderos Il-28 fueron reexpedidos a Moscú, y las rampas de lanzamiento desmanteladas. Con todo, Kennedy se abstuvo de hablar de victoria. No quería tomarse una pequeña venganza, sino que deseaba una mejora de relaciones con Kruschev. Por eso, en su respuesta se unió a los deseos rusos de evitar un conflicto a escala mundial. El presidente subrayó de modo terminante:

"Espero de todo corazón que una vez superada la crisis cubana, todos los Gobiernos del mundo presten atención a la urgente necesidad de limitar



la carrera de armamentos y aliviar la tensión mundial. Esto se refiere a la confrontación militar entre los firmantes del Pacto de Varsovia y los miembros de la OTAN, así como a la situación en otras zonas del planeta cuyas disensiones políticas les lleva a realizar enormes gastos para fines militares."

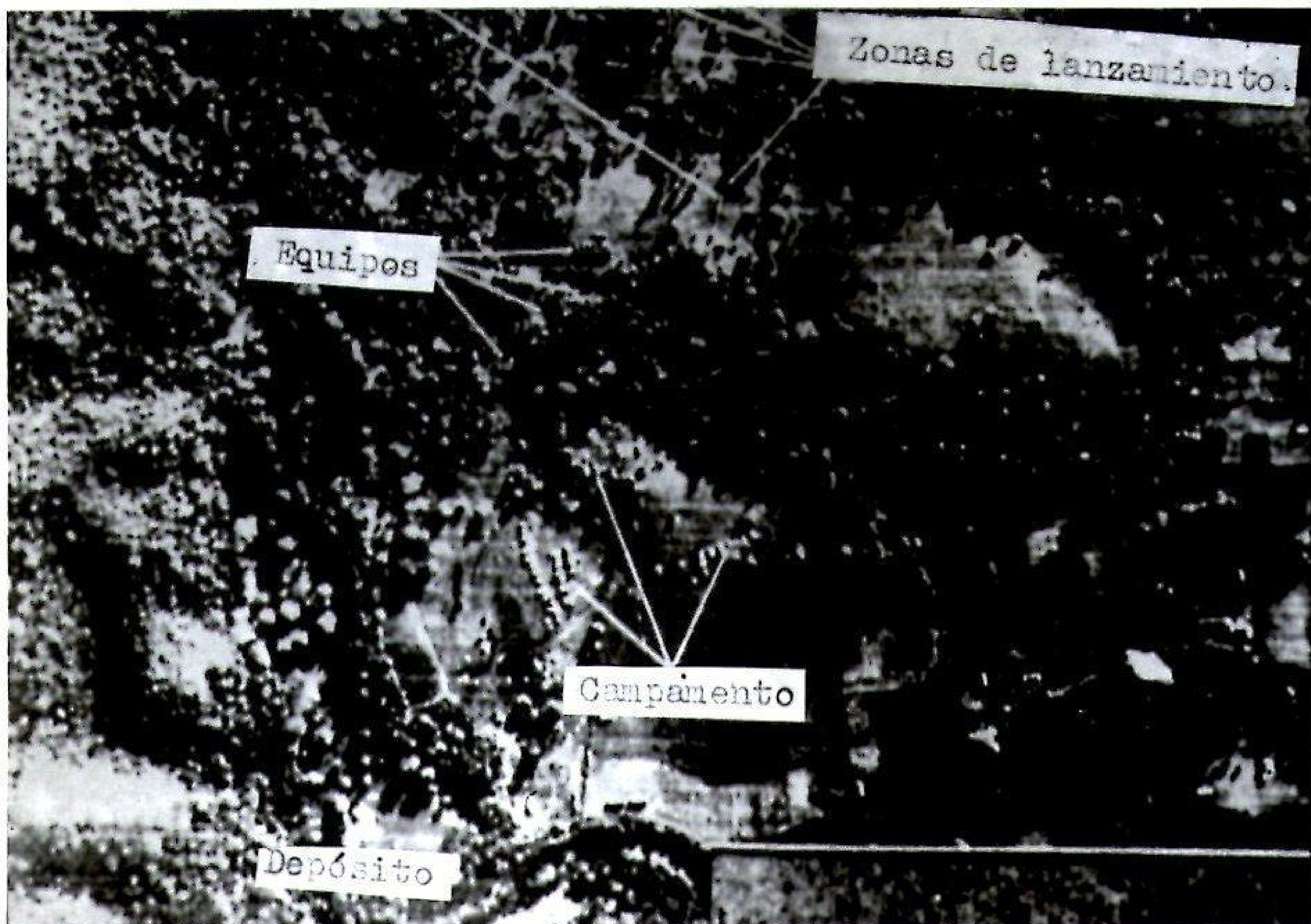
Con su táctica del empleo restringido de la fuerza y la premisa de no emprender nada que pudiera lesionar inútilmente el prestigio del adversario, el presidente Kennedy dominó la crisis cubana e hizo cambiar de actitud a la Unión Soviética.

Arthur Schlesinger, hijo, biógrafo de Kennedy, escribe:

"Precisamente esa combinación de dureza, reserva, fuerza de voluntad, nervio y sabiduría, tan brillantemente controlada y sintonizada, ha sido lo que ha despertado tanta admiración en el mundo. Antes de la crisis de los cohetes muchos temían que estábamos dispuestos a utilizar nuestro poder de manera indiscriminada. Sin embargo, esos trece días han dejado en el mundo —también en la Unión Soviética— la impresión de una firmeza y sentido de la responsabilidad por parte de Estados Unidos, en lo que se refiere al empleo de la fuerza, que, de mantenerse, es seguro que imprimirán un giro favorable en las relaciones entre Este y Oeste."

Nadie pone en duda que el presidente Kennedy resolvió magistralmente la crisis cubana de octubre de 1962. Su esforzado diálogo encaminado a la distensión entre Washington y Moscú podía continuar. Pero en Cuba seguía mandando Fidel Castro, amparado por las garantías de seguridad dadas por Estados Unidos, si bien Fidel Castro, una vez eliminadas de su territorio las bases de cohetes soviéticos dejaba de ser un "puñal clavado en el corazón", para quedarse en "espina prendida en la piel" del hemisferio occidental. Y esa espina producía una fiebre que, según los deseos de los jefes revolucionarios de La Habana, pronto haría temblar a toda Latinoamérica. Su meta, continuamente pregonada, era revolucionar, al ejemplo de Cuba, el resto de los países latinoamericanos. Y el objetivo del otro bando, es decir, de Estados Unidos, también claramente señalado, era impedir este tipo de revolución y el nacimiento de una "segunda Cuba".

Se requerían medios apropiados para emprender esa lucha que Kennedy inició con la Alianza para el Progreso. Sencillas y lógicas eran las pre-



misas de esa concepción. Cuba había dado el ejemplo de que una reducida minoría, que había adoptado teóricamente los ideales democráticos, había levantado a gran parte del pueblo contra un dictador tiránico. Hasta esa fase el ejemplo cubano era todavía aceptable e incluso valioso. Lo que se reprochaba a Castro era la traición a los principios democráticos y su pase a la revolución comunista. Sin embargo, el requisito para la victoria de Castro fue sin duda la dictadura de Batista, así como la ausencia de democracia en el país. Si Estados Unidos contribuía a establecer regímenes auténticamente democráticos en las demás repúblicas sudamericanas, y otorgaba a dichos regímenes la ayuda financiera necesaria para crear unas estructuras económicas más justas, ello equivaldría a cortar las alas al castrismo; ningún jefe revolucionario podría levantar las masas de Latinoamérica so pretexto de una revolución democrática para derrocar al dictador de turno, para una vez logrado el triunfo entregarse al comunismo. Los "expertos de la revolución" buscaban mercado en Sudamérica, pero la ayuda económica a favor del desarrollo democrático impediría la aparición de una "segunda Cuba".

En su discurso inaugural como presidente de Estados Unidos, Kennedy difundió por primera vez la Alianza para el Progreso suscrita en Punta del Este, Uruguay, en agosto de 1961. "La Alianza ha sido creada sobre el principio fundamental de que los hombres libres que obran por medio de instituciones representativas de la democracia puedan satisfacer mejor las esperanzas del individuo". Suscribieron la Alianza veinte Estados miembros de la OEA. Los firmantes se comprometían a reforzar las instituciones democráticas, así como a realizar diversas mejoras sociales, sobre todo la reforma agraria. Por primera vez Estados Unidos no deseaba solamente invertir capitales en los negocios particulares, sino en forma de créditos destinados a fomentar el bienestar social. En un decenio se aportaron un total de veinte mil millones de dólares, la mayor parte por Estados Unidos. Esta inversión de capital, junto con los propios medios de cada país beneficiario, aumentaron en un 2,50 por ciento la renta *per capita* anual.

A pesar del impulso con que propagó Kennedy su nueva estrategia para Sudamérica, sus efectos no alcanzaron a todos los países a los que se destinaban los fondos. La Alianza no era popular en Centro y Sudamérica; no se convirtió en mito, ni se despertó el entusiasmo, ni se captó la voluntad de la gente para lograr reformas democráticas.

Fotografía, obtenida por los aviones de reconocimiento norteamericanos, de una base de cohetes instalada por los rusos en Cuba, motivo del bloqueo de EE. UU. a la isla.

El círculo infernal

En todos los Estados de Hispanoamérica se puede aplicar la tesis de la estabilidad política interior como condición indispensable para un desarrollo razonable y para evitar las recaídas en las tendencias revolucionarias violentas. Sin embargo, a la larga no se pueden conseguir estas condiciones de seguridad, a menos que se reforme rápidamente la estructura económica y social y se aumente el nivel de vida, eliminando de este modo el caldo de cultivo de la agitación revolucionaria.

Por ello, tanto los países hispanoamericanos como Estados Unidos deben luchar con el tiempo si quieren romper el círculo infernal, como también deben decidir qué es lo más importante, si la estabilidad política o el desarrollo económico. La conclusión final nos dice que ambos aspectos son igualmente importantes y que deben desarrollarse en común.

A mediados de 1964, tres años después de que el presidente Kennedy propusiera su Alianza para el Progreso, la inseguridad reinante en Latinoamérica había alcanzado un nuevo punto álgido, aunque en algunas naciones había señales esperanzadoras. La inseguridad se basaba en el hecho de que el fermento de destrucción política y psicológica, unido a las debilidades de la economía, actuaba con mayor rapidez que las inyecciones tranquilizadoras y fortalecedoras con las que la Alianza pretendía enriquecer al continente.

De hecho, la imagen que ofrecía el continente en su totalidad era intranquilizadora. Brasil, que oscilaba de una crisis a otra, consiguió finalmente alejar a Goulart del poder, gracias precisamente a una revolución. Sin embargo, el futuro aún no estaba asegurado. En 1962, los militares derrocaron en la Argentina y el Perú a los Gobiernos legalmente establecidos porque los generales no reconocían los resultados de las elecciones.

Venezuela consiguió pasar en 1963 una fuerte conspiración procomunista que fue apoyada por Cuba. A principios de 1963, se produjeron sendos golpes de Estado militares que derrocaron a los Gobiernos de Guatemala y el Ecuador.

La República Dominicana consiguió la libertad en 1961, después de treinta años de dictadura de Trujillo. En setiembre del mismo año, y tras un breve período democrático, volvió de nuevo al dominio de los militares.

El Gobierno democrático de Honduras fue derribado por el Ejército.

Mientras tanto, Haití vegetaba bajo la dictadura cruel y asesina de François Duvalier.

Sólo México, Costa Rica y Uruguay eran islas de una estabilidad relativa, solitarias en el gran océano latinoamericano, azotado por continuas tormentas; pero en el caso de México, también era engañosa la tranquilidad, porque bajo la superficie proliferaba la fermentación.

(*De Tad Szulc:* Revolución de los sombreros.)

La República Dominicana

La evolución de los hechos en la República Dominicana muestra lo difícil que resultaba alcanzar las metas fijadas por la Alianza. Kennedy abrigaba la intención de convertirla en el "escaparate de la democracia en la zona del Caribe". Sin embargo, su sucesor, Johnson, a pesar de los esfuerzos de la Alianza, decretó al fin la intervención de sus infantes de Marina a fin de evitar una "segunda Cuba".

Cuando, en 1930, Rafael Trujillo se hizo cargo del poder en la República Dominicana, ésta ya venía precedida de una terrible historia. Terror sangriento, traición, venalidad, presidentes asesinados, golpes de Estado, caos y anarquía habían tomado en ese país unas formas más extremas que en otras naciones hispanoamericanas. El propio Trujillo elevó hasta la perfección el imperio del terror. Apoyado por un Ejército privilegiado y despojado de todo sentimiento humanitario, gobernaba por medio de una policía secreta bien organizada y mantenía a sus súbditos atemorizados y sumidos en la pobreza. En cuanto a la política exterior, se doblegó por entero a los deseos norteamericanos, y después de 1945 se proclamó ferviente anticomunista en la época de la "guerra fría". Y como, además, no lesionó para nada los intereses estadounidenses en su país, Washington no tenía nada contra él.

Posteriormente, el Gobierno Eisenhower, después de la sorpresa de Cuba, comprendió que no daba buen resultado confiar los capitales privados a los dictadores nativos en Latinoamérica; veía un mayor peligro en Castro que en Trujillo. No pensaban así los jefes de Estado latinoamericanos que se inclinaban por las reformas sociales y repudiaban el poder arbitrario de Trujillo y su enriquecimiento sin freno. Hicieron caso omiso de los apremios de Eisenhower a que consintiesen en tomar medidas económicas colectivas contra Castro, mientras el dictador dominicano permaneciera sin ser molestado. Enemigo principal de Trujillo era Rómulo Betancourt, elegido en 1968 presidente de Venezuela por vía democrática, y gran entusiasta de las reformas sociales. Eran adversarios personales desde hacía mucho tiempo y ahora se sumaba la rivalidad política; Trujillo, según la manera tradicional de entender el poderío, decidió liquidarlo. Los exiliados venezolanos, que mantenían contacto con los oposicionistas en el país, se mostraron dispuestos a todo. Muerto Betancourt, ellos podrían iniciar una revuelta derechista y hacerse con el poder, según les aseguraba el tirano. Un automóvil aparcado junto al borde de la carretera, con una carga explosiva de 65 kilos de trilita, activada por radio, hizo explosión el 24 de junio de 1960, cuando pasó cerca del lugar el Cadillac del presidente. Resultaron muertos un transeúnte y un oficial de la escolta; Betancourt salió del trance con graves quemaduras. Los autores del hecho fueron rápidamente detenidos. Se acusó a Trujillo de haber sido el instigador del atentado. Una cuidadosa investigación de la OEA confirmó que el promotor del hecho había sido el tirano de la República Dominicana. En una conferencia de ministros de Asuntos Exteriores celebrada el 22 de agosto de 1960, en San José, se decidió sin un solo voto en contra, romper las relaciones diplomáticas con la República Dominicana e iniciar un bloqueo económico parcial, que como primera medida prohibía el envío de armas.

El aislamiento del sanguinario dictador entraba en el espíritu de la Alianza para el Progreso alentada por Kennedy y el asesinato de Trujillo, el 30 de mayo de 1961, se avenía mejor aún con el sentir norteamericano.

Se ha especulado mucho sobre la posible participación de la CIA en el hecho, pero lo cierto es que no existen pruebas materiales de que así fuera.

"El Gobierno Kennedy —escribe el cauteloso Tad Szulc— estaba al corriente de los planes para el atentado, pero no hizo nada para evitarlo."

Después del asesinato, todo les salió mal a los autores. No se informó de los preparativos al ministro de Defensa, general Román, dispuesto a alzarse contra el dictador, sino al fiel general Arturo Espaillat. El general Román no estaba preparado para actuar. Toleró que los autores del atentado fuesen víctimas de la policía política dominicana y de la venganza de Ramfis, el hijo de Trujillo, que le sucedió en el mando. Los sospechosos fueron bárbaramente torturados, se les hizo confesar por la violencia y luego fueron aniquilados. El general Román no se libró de las iras de Ramfis. Después de ser sentenciado a treinta años de prisión, Ramfis le disparó un tiro de su propia mano. A los oficiales encargados de eliminarle se les ordenó que clavasen sus puñales en el cadáver del general, antes de ser arrojado al mar para festín de los tiburones. Un final trágico, pero corriente entre las víctimas de Trujillo.

Como jefe de Estado de la República Dominicana continuó Joaquín Balaguer, un títere manejado por Trujillo, para cuyo hijo desempeñó idéntico papel que en vida del padre. Ramfis mandaba el Ejército, y quien tenía en sus manos el control de las fuerzas armadas era el verdadero amo del país.

"En una serie creciente de lo deseable, veía Kennedy tres posibilidades de desarrollo: un régimen honesto, una permanencia del régimen de



El esqueleto ardiente del vehículo, poco después del atentado escenificado por Trujillo contra el presidente democrático de Venezuela, Rómulo Betancourt, que tuvo que ser internado en un hospital con graves quemaduras.

Trujillo o uno de tipo castrista. Hemos de esforzarnos en conseguir el primero, pero no hemos de renunciar al segundo si queremos evitar el tercero."

John Bartlow Martin, uno de los mejores corresponsales de prensa norteamericanos, recibió del presidente Kennedy el encargo de realizar un viaje de investigación por la República Dominicana. En Washington se necesitaban datos fidedignos sobre la situación en aquel país, con objeto de determinar la política más adecuada a seguir.

Como es natural, Ramfis y Balaguer conocían las ideas básicas de Kennedy. No ignoraban que si apoyaba a un régimen dictatorial, lo hacía muy a regañadientes, pero tenían la seguridad de que jamás consentiría una "segunda Cuba". En estas líneas argumentó con el enviado del presidente norteamericano. Prometieron democratizar el régimen y al mismo tiempo evitar un deslizamiento hacia el comunismo. Ramfis aseguró al norteamericano que los partidos políticos tendrían sus representantes en el Gobierno, que él personalmente apoyaría la democratización del país, mas por otra parte debía seguir controlando al Ejército, a fin de evitar un *putsch* derechista. Todo cuanto se necesitaba era el apoyo norteamericano, levantar las sanciones impuestas por el Gobierno de Estados Unidos e impedir el caos en la nación, enderezar la economía y solucionar por la vía democrática los problemas sociales. Sin duda, un Gobierno Balaguer-Ramfis garantizaría por el momento la estabilidad en la República Dominicana. Respecto a sus promesas de democratización, Martin no tenía la menor confianza en ello. Con Ramfis subsistían el antiguo sistema del terror, la policía secreta y las injusticias sociales. Las inquietudes de este tipo aumentaban bajo la engañosa atmósfera de "tranquilidad y orden" propias de un Estado policíaco. En tales condiciones habría triunfado un segundo Fidel Castro. En las asambleas políticas de los partidos democráticos de la oposición, que se toleraban para congraciarse con los norteamericanos, se escuchaba la voz de las masas: "¡Que se vayan los Trujillo" y "Buuh, Buuh, Balaguer". Las viejas fuerzas del terror trujillano no contaban con la adhesión de las clases progresistas de la República Dominicana. Si en realidad se aspiraba a una evolución democrática del país, se debía eliminar el sangriento régimen. En un informe de más de cien páginas, Martin puso al corriente a Kennedy de la verdadera situación por la que atravesaba el país. No habían indicios de una inminente revolución

comunista, pero tampoco era de esperar un cambio orientado hacia la democracia, al menos bajo la férula de los actuales gobernantes. Balaguer todavía era "aprovechable", pero había que "expulsar del país a los Trujillo" y, si no lo hacían por voluntad propia, habría que recurrir a la fuerza. Kennedy, entusiasmado por el informe de Martin, decidió seguir sus recomendaciones.

El 5 de octubre envió al subsecretario McGhee a la República Dominicana para decir claramente a los Trujillo que abandonasen el país, antes de que éste contase con el levantamiento de las sanciones o con la percepción de ayuda financiera. Las negociaciones salieron mejor de lo que se esperaba. Los hermanos del asesinado dictador abandonaron la República Dominicana y Ramfis declaró que no tardaría en imitarles. Sin embargo, los partidos políticos no consiguieron ponerse de acuerdo y brotaron espontáneamente los disturbios. Los dos hermanos del dictador, los "tíos malvados", regresaron al país. Se debía contar con un *putsch* de los Trujillo. Reinaba honda preocupación en el Ministerio de Asuntos Exteriores norteamericano, que manifestó no estar dispuesto "a contemplar inactivo cómo se instalaba de nuevo un régimen dictatorial". En esta situación se sublevó el general Pedro Rafael Rodríguez Echavarría. Desde Santiago mandó bombardear el centro del poder militar, la base aérea de San Isidro, sita en las proximidades de Santo Domingo. Un consejero militar norteamericano, el teniente coronel Simmons, estaba a su lado, cuando Petán Trujillo, uno de los "tíos malvados", irrumpió en el puesto de mando armado de una metralleta. Con el dedo en el disparador enfiló el cañón del arma en dirección al norteamericano, preguntándole qué buscaba allí. El teniente coronel Simmons le hizo saber que la Flota estadounidense estaba a punto de llegar, a lo que Petán no respondió palabra. Echavarría se inclinó por Balaguer. El juego de los Trujillo en la República Dominicana había sido desbaratado y, por fin, abandonaron el país. Por primera vez en la historia de las intervenciones norteamericanas en Latinoamérica, el presidente Kennedy había amenazado con utilizar el poderío militar en favor de la evolución democrática. Ocho unidades navales norteamericanas, con mil ochocientos infantes de Marina a bordo, se hallaban rozando el límite de las aguas jurisdiccionales dominicanas, dispuestas a desembarcar a sus hombres a la menor llamada de auxilio de Balaguer.

Esta exhibición de las fuerzas armadas norteamericanas no podía salvar por sí sola al presidente de la República Dominicana ni exigir para él el apoyo popular. Aumentaban las manifestaciones contra Balaguer y se producían protestas en masa, disturbios, rotura de cristales, saqueo de tiendas; los rumores de un *putsch* acababan de ennegrecer el ya oscuro panorama. En enero, el general Rodríguez Echavarría empleó sus carros de combate contra el pueblo. Balaguer pidió asilo político en la Nunciatura de Su Santidad. Echavarría pensaba hacerse con el poder, pero a los dos días un contragolpe le despojó del mismo. Para ello bastó la noticia de que la Flota norteamericana se había puesto en movimiento hacia las costas de la República Dominicana.

Se hizo cargo del Gobierno un Consejo Nacional compuesto por siete miembros, bajo la presidencia de Rafael Bonelly. Se levantaron las sanciones impuestas por la OEA y Estados Unidos se mostró dispuesto a reanudar las relaciones diplomáticas con la República Dominicana. John Bartlow Martin fue designado nuevo embajador en Santo Domingo. El presidente Kennedy manifestó que el pueblo dominicano tenía una "grande y única oportunidad de construir una sociedad democrática sobre los escombros de la tiranía. La tarea resultaba ardua, pero no imposible. Deseamos a los dominicanos todo el bien que puedan alcanzar y les aseguramos nuestro gran empeño en ayudarles."

El embajador Martin era la persona encargada de supervisar y dirigir esa "grande y única oportunidad de construir una sociedad democrática sobre los escombros de la tiranía". Los dominicanos habían soportado durante treinta y un años la más brutal de las dictaduras. Su país era huérfano de tradiciones democráticas. La dictadura de Trujillo había dejado a los norteamericanos un pueblo socialmente arruinado y políticamente inmaduro, triste herencia para convertirlo en un "escaparate de la democracia". Martin tenía que resolver tres importantes problemas en el término de unos meses: mantener en el poder al Consejo Nacional, preparar la celebración de unas elecciones democráticas y, por último, contribuir a que el Gobierno elegido desarrollase sus tareas en un ambiente pacífico.

Una vez disuelto el partido único encabezado por Trujillo, sobrevino el vacío político en la nación. Las clases alta y media se aglutinaron en la Unión Civil Nacional (UCN) y la baja se alistó en las filas del Partido Revolucionario Democrático (PRD) de Juan Bosch; había el Partido Socialista Popular (PSP), fiel a Moscú, y el Movimiento Popular Dominicano (MPD), que más bien simpatizaba con Pekín, y una organización castrista formada en su mayor parte por jóvenes intelectuales, que en recuerdo de un fallido intento de invasión, el 14 de junio de 1959, se denominaba Grupo del 14 de Junio. Surgió a la vida política un Partido Social Cristiano Revolucionario (PSCR). En total se contaban no menos

Después de haber gobernado durante tres decenios como un dictador violento, Rafael Trujillo (IZQUIERDA) también fue víctima de la violencia. Los disparos de los terroristas contra su coche (ABAJO) consiguieron alcanzarle mortalmente. Aún tuvo tiempo de sacar su pistola para defenderse, pero una ráfaga de ametralladora terminó con su vida. Cuando el hijo del dictador dominicano, Rafael (Ramfis) Trujillo (DERECHA, con la actriz cinematográfica Kim Novak) —que hasta entonces había sido conocido como un playboy que dilapidaba el dinero procedente de la ayuda norteamericana—, intentó hacerse cargo de la herencia de su padre, los Estados Unidos no se mostraron conformes con estas intenciones. La amenazadora presencia de la Flota norteamericana (ARRIBA) venció definitivamente la soberanía de los Trujillo en la República Dominicana.







de veintiséis agrupaciones políticas, la mayoría escindidas entre sí, que hacían un uso indiscriminado de sus derechos democráticos haciendo propaganda electoral, de acentuado carácter demagógico, sin el menor respeto al espíritu de responsabilidad política y la debida tolerancia hacia las opiniones ajenas. Apenas hubo algún partido que demostrara comprensión por las dificultades por las que atravesaba el Consejo Nacional. Lo hacían todo tan mal como podían, exigían demasiado de dicho Consejo y sin dilación. Cada uno creía estar en posesión de la fórmula mágica que arreglaría los problemas. Se gastaban muchas energías en movilizar las emociones de la gente antes que la razón. Los auditorios aplaudían frenéticamente a sus respectivos jefes políticos. No se encauzaba el diálogo hacia las cuestiones verdaderamente básicas; sólo se buscaba una buena plataforma desde la cual lanzarse a la brecha en las próximas elecciones. Y de nuevo aparecieron en escena los tumultos, los atentados y los levantamientos. La policía del Consejo Nacional tenía mucho quehacer. Los dominicanos odiaban las medidas policíacas de cualquier clase; aún estaba fresco el recuerdo de la era de Trujillo. Los esfuerzos para garantizar un poco de orden no hacían más que alimentar el fuego de la demagogia radical. En vista de la situación, el propio Martin se vio obligado a recomendar las medidas que Bonnelli propuso a la policía de Chicago. Una ley de excepción dominicana establecía que cualquier ciudadano podía ser detenido por veinticuatro horas sin orden de arresto. La policía recorrería las calles en servicio de vigilancia y detendría a los sospechosos de promover disturbios, a los que, después de veinticuatro horas de encierro, podía detener de nuevo a su salida del calabozo. Este juego del agotamiento se prolongaría hasta que los terroristas en potencia decidieran alejarse de Santo Domingo. Mientras tanto, se había descubierto que los comunistas de Castro eran los promotores de los disturbios. Por 150 dólares se disponía de suficientes jóvenes para organizar un alboroto normal; para incendiar automóviles y romper cristales, la tarifa era de 500 dólares. Por eso Martin recomendó emplear medidas policíacas tan poco democráticas. "Las alternativas no parecían aceptables: un *putsch* de izquierdas, otro derechista como reacción, o una matanza callejera."

A pesar de tan caótica situación, el 20 de diciembre se celebraron las anunciadas elecciones libres en la República Dominicana. Resultó vencedor por amplio margen Juan Bosch, del Partido Democrático Revolucionario, con cerca del 60 por ciento de los votos. Le seguían la UCN con el 30 por ciento y con el 5 el Partido Social Cristiano Revolucionario. Los restantes partidos sólo obtuvieron unos miles de votos. En realidad, nada contaba en el escenario político.

Juan Bosch, escritor de profesión, había fundado su partido en Cuba en 1939. Vivió veinte años en el exilio y regresó a la República Dominicana en 1961. Se le consideraba como un apasionado demócrata radical y gozaba del pleno apoyo norteamericano para realizar su difícil empresa.

Inmediatamente después de su victoria en las urnas emprendió un viaje a Estados Unidos y a su regreso a la patria vislumbró las dificultades que le esperaban. A su llegada al aeropuerto quiso dirigir unas palabras a la multitud que había acudido a recibirle, cuando apareció la policía en helicóptero y se llevó del aeródromo tanto a él como a su esposa. Aquella misma tarde Bosch se dirigió a la Embajada norteamericana y se quejó con amargura: "He sido objeto de un trato indigno. Me prohibieron hablar. Parecía una conjura." Del aeropuerto fue llevado a presencia de Imbert. "Era su prisionero. El es el jefe de la policía. Deben decidir en seguida si manda él o yo. Sólo veo tres posibilidades: matarle, encerrarle en prisión o deportarle." El embajador Martin apuntó cauteloso si no habría una cuarta solución. Bosch, obstinado, respondió en tono negativo. "Señor presidente, sabe usted que estamos dispuestos a apoyarle por entero; ya nos preocuparemos para que su Gobierno no sea dirigido ni por la policía ni por los militares. Eso es un elemento decisivo en nuestra política actual. Deseamos que gobierne usted a su discreción; Imbert nunca abandonaría voluntariamente el país y, por tanto, son imprescindibles las medidas de fuerza. Ya sé lo que opina de él, y compartimos sus ideas, pero eliminarle no sería un buen principio para su Gobierno." Sin embargo, el embajador Martin volvió a escuchar otra negativa de labios de Bosch, quien, a pesar de todo, dio a entender que procedería con mucha prudencia. Sólo deseaba estar seguro del pleno apoyo de las fuerzas armadas dominicanas antes de hacer algo contra Imbert, el hombre fuerte de la policía.

Martin no deseaba animar al nuevo presidente para que empleara la fuerza, sino para que tomara hábiles medidas encaminadas a cimentar la evolución democrática del país. Con todos los medios de la presión financiera y la persuasión razonable, el embajador norteamericano, que casi había instalado un segundo Gobierno, quería dar lecciones de democracia a los dominicanos. Agentes del servicio secreto, asesores militares, expertos economistas y diplomáticos trataban de allanar el camino a Bosch. Pero no era éste un hombre de suficiente talla como para dominar los difíciles problemas de la República. Nunca se ganó la confianza del Ejército y los conservadores le acu-

saban de estar en manos de los comunistas. La masa depauperada, por la que había resultado elegido, abrigaba demasiadas esperanzas para darse por satisfecha con los exiguos logros de Bosch. Su nuevo presidente, del que esperaban poco menos que milagros, no logró disminuir sensiblemente el paro obrero ni poner en marcha un plan de desarrollo nacional. Lo que Bosch ofrecía a los dominicanos era una libertad política ilimitada, que les resultaba más perjudicial que beneficiosa. Su prestigio se tambaleaba bajo la continua guerra demagógica de izquierdas y derechas. Sus partidarios le exigían una actitud izquierdista, pero no radical. Pero si lo hacía así, por razón de partido, tenía que contar con un *putsch* de derechas e incluso con la pérdida de la ayuda norteamericana. Así pues, procuraba inclinarse sólo ligeramente hacia la izquierda desde el centro, lo suficiente para acallar a sus impacientes correligionarios, y captarse a la burguesía media, a los conservadores y, sobre todo, a los militares. En realidad se hallaba en una situación comprometida. Sólo un estadista genial hubiese podido romper ese círculo diabólico y, por desdicha, en Juan Bosch no se daba esta condición. No obstante, Martin estaba dispuesto a mantenerlo en el poder; había sido elegido libremente por el pueblo y era y continuaría siendo la oportunidad democrática norteamericana en la zona del Caribe.

La causa principal del fracaso de Martin era la falta de tradición democrática en la República Dominicana. Las reglas de juego de un Gobierno democrático no eran comprendidas en el país. Los partidos políticos no estaban preparados para aceptar el compromiso que pudiera salvar su democracia. En lugar de ello se hostigaban mutuamente y no querían plegarse a la decisión mayoritaria y alcanzar resultados positivos, con lo que se fortalecía a los ultras de izquierda y derecha. Con el pretexto de que Bosch no hacía frente a los comunistas con la suficiente dureza, la Unión Civil Nacional decretó en setiembre de 1963 la huelga de sus afiliados. Con los mismos medios que dos años antes se enfrentaban al heredero del dictador, luchaban ahora contra el Gobierno democrático legítimo de Juan Bosch. El objetivo de la UCN consistía en involucrar en la huelga a los sindicatos y luego, con el apoyo de los militares, derrocar al actual Gobierno.

Bosch se hallaba verdaderamente apurado y Martin hizo todo lo posible para salvarle. Antes que nada había que indicarle los pasos adecuados para eludir el peligro. El embajador norteamericano casi suplicó con fervor al presidente dominicano: "Debe usted golpear duro a los radicales de uno y otro bando. Muy duro. Le hemos apoyado y seguiremos haciéndolo. Le hemos ayudado contra los sindicatos, hemos hecho todo lo posible, hemos perdido amigos y usted me ha injuriado. Pero todo eso no me importa. Seguiremos ayudándole, pero debe ser usted y no otros quienes tomen la iniciativa. El problema es tanto la izquierda como la derecha. Contra ambas debe proceder con energía, dureza y sin compromiso." Esa actividad combativa del embajador norteamericano ejercía poca influencia en el presidente dominicano. Bosch reaccionaba con debilidad.

Martin lo intentó con los militares. La flor y nata de la oficialidad fue invitada a una recepción en la Embajada norteamericana. Martin se retiró a un salón con el ministro de Defensa, Viñas, para informarse mejor de los rumores del *putsch*. Como quiera que Viñas no se mostraba muy dispuesto a hablar, Martin le expuso claramente el punto de vista norteamericano: "Debo manifestarle que mi país no ve en el comunismo un peligro inminente para la República Dominicana; a largo plazo, tal vez, pero no ahora. Además, nosotros apoyamos a Bosch. Es el presidente de la República elegido con arreglo a la Constitución, y nosotros defendemos esos principios. Como usted sabe, nos resultaría difícil reconocer a un Gobierno que tomase el poder por la violencia y sería casi imposible prestarle nuestro apoyo."

A la pregunta directa de Martin sobre si sabía algo concreto sobre los rumores de un *putsch*, respondió que él estaba del lado de la democracia y le aseguró que las fuerzas armadas se hallaban bajo su control. En realidad no residía en Viñas el verdadero peligro, sino en Wessin y Wessin, oficial de las fuerzas acorazadas; era el hombre fuerte en el seno del Ejército, y la política era para él ventear el peligro comunista y erradicarlo lo más rápidamente posible. Y Bosch representaba para él el camino que llevaría a su país hacia la perdición comunista.

Con todo, las palabras de Viñas lograron que Martin se retirase a su domicilio algo más tranquilo aquella noche. Pero a la mañana siguiente le aguardaba un Bosch excitado y nervioso:

"—Se ha organizado un *putsch* y me asesinarán o me arrebatarán el poder.

"—¿Cuándo, señor presidente?

"—Hoy mismo; he enviado a Viñas a entrevistarse con el capitán Wessin y Wessin para tratar de dominar la situación. A pesar de sus deseos, no ha encontrado a Wessin y Wessin, y no le ha podido dar ninguna noticia. Pero se ha enterado de que se ha reunido con altos jefes militares y, sin que lo supieran, ha cambiado las tripulaciones de los carros de combate."

Todo ello significa que Wessin y Wessin estaba dispuesto a iniciar el *putsch;* el embajador Martin estaba convencido de ello. "¿Qué va usted a hacer?", inquirió al presidente. "Esperaré a Viñas;

tal vez ellos (los militares) vengan con él. Si se me presenta la oportunidad, cambiaré el Alto Mando."

Permanecer inactivo esperando una ocasión propicia era lo que el embajador no podía tolerar del presidente dominicano, cuyo Gobierno se hallaba en peligro. Y decidió apremiar a Bosch para que tomase la iniciativa. Martin no creía que los militares desearan lanzarse al *putsch* sea como fuere; más bien les incitaba a ello la UCN; con el pretexto de que Bosch entregaría el país a los comunistas. Tanto Bosch como Estados Unidos sabían que eso no era cierto; había que persuadir de ello a los militares. Tenía que promulgar rápidamente leyes que vedasen los viajes a Cuba y que le permitiesen deportar a las personas *non gratas*.

"Debe usted atacar con dureza a los radicales de izquierda y derecha. Meterles en la cárcel o expulsarles del país. Inicie usted una campaña general contra ellos. Acúseles de haber urdido una conspiración para derribar al Gobierno. Encierre a esa gente, pero deje en paz a los militares."

Bosch debía comunicar por Radio Santo Domingo esas medidas, en tanto que Martin se ofreció a parlamentar con los militares. Sin embargo, esas actividades preocupaban poco a Bosch. Resignado, Martin hizo un resumen de sus esfuerzos: "Las leyes eran opuestas a la Constitución, y él (Bosch) debía esperar a Viñas; tal vez acudiesen todos para matarle o apearle del mando. Parecía no interesarle demasiado. Dio a entender repetidas veces: la revolución ha sido frustrada. No puedo hacer nada contra eso. Por último llegó al convencimiento de que no debía obrar, para que no se esperase nada de él."

A pesar de todo, Martin no quería renunciar. Dictó un telegrama imaginario del Ministerio de Asuntos Exteriores de su país dirigido al embajador en la República Dominicana, con el propósito de engañar a los militares. En términos que no daban lugar a dudas, Washington le "mandaba" instrucciones de cómo debía proceder si estallaba un *putsch:* "El Gobierno de Estados Unidos se opondrá a cualquier tentativa, venga de donde viniere, de derrocar al Gobierno presidido por Juan Bosch, elegido por la vía normal de la democracia. Al Gobierno de Estados Unidos le resultaría en extremo difícil reconocer a un Gobierno que sustituyese por la fuerza al de Juan Bosch y prácticamente imposible otorgarle su apoyo."

Tal vez esto serviría de freno a los indecisos militares. Y para sondearlos a tal fin, se envió a varios asesores militares norteamericanos a entrevistarse con Wessin y Wessin. Los agentes de la CIA efectuarían la misma gestión con los políticos. Martin les ordenó a todos que ejerciesen la "máxima presión". El embajador volvió al lado de Juan Bosch para evitar que flaqueara en cualquier momento. Tal vez su presencia evitaría una posible violencia de los militares.

Entretanto, Bosch había decidido no dejar que sus oficiales fuesen a verle; quería ser él quien acudiera a su encuentro. A medida que se aproximaba la hora de ir a entrevistarse con los militares, Martin le preguntaba en vano si quería que le acompañase. Bosch se negaba; era demócrata, pero también patriota, y le parecía insoportable que sus oficiales le motejaran de "marioneta yanqui". Sin su protector norteamericano se fue solo a meterse en el cubil de la fiera. Y encontró reunidos a los más destacados jefes militares, en esta ocasión incluso a Wessin y Wessin, quien sin preámbulos le conminó a retirarse, diciéndole que si no lo hacía, comparecería ante el Parlamento a la mañana siguiente para dimitir de su cargo. Ninguno de "sus" oficiales apoyó al presidente. En vez de ello le detuvieron bajo arresto domiciliario. Así terminó, el 25 de setiembre de 1963, el Gobierno democrático de Bosch, tras sólo siete meses de existencia. Sus partidarios, que le habían llevado a la suprema magistratura, no se echaron a la calle. Y de nuevo las metralletas gobernaban a la República.

Desengañado por la falta de energía de Bosch, el embajador no tenía otra alternativa que informar a su Gobierno y aguardar que le llamaran en espera de los acontecimientos. Antes de abandonar al país en su inútil lucha, leyó una nota que Bosch consiguió hacerle llegar desde la prisión: "Creemos en la dignidad del pueblo dominicano, en el derecho a la libertad y a la democracia. En siete meses no se ha vertido una sola gota de sangre ni se ha robado un centavo. Hemos tolerado mentiras, soportado calumnias, porque creemos que una democracia ha de ser tolerante. Los hombres pueden caer, pero los ideales permanecen." Bosch era y seguía siendo un demócrata idealista hasta el suicidio político.

Un triunvirato civil, apoyado por los militares, se hizo cargo del poder en la República Dominicana. Se trató de influir favorablemente en los norteamericanos, mostrándose de cara al país lo menos dictatoriales posible, y con vistas al exterior se adoptó una fuerte postura anticubana; al mismo tiempo se recordó a los estadounidenses que se atuviesen al principio de la no intervención, por lo menos que no se inmiscuyeran demasiado en su cuestiones internas.

¿Cómo reaccionaría Estados Unidos ante la situación planteada? A tenor del espíritu de la Alianza para el Progreso, Kennedy se obligaba a negar apoyo a los *putschistas*. Con el aplauso de la prensa norteamericana, y tras el primer arre-

bato de indignación, Washington adoptó una postura intransigente. Pero no se cumplieron los vaticinios de que un contragolpe o disturbios pusieran de nuevo en dificultades a los actuales gobernantes, ofreciendo así un motivo para reclamar la presencia norteamericana. En lugar de ello, el nuevo Gobierno se aposentó, y todo cuanto necesitaban era el dinero y el reconocimiento de Estados Unidos. Si no se les concedían ambas cosas, aumentaría la tensión social en el país, los militares se verían obligados a reinstaurar una férrea dictadura y los elementos de la oposición se solidarizarían más estrechamente con los radicales de ambos bandos. Esta situación podría cristalizar en otra que favoreciera la llegada al poder de un "Castro dominicano". Los *putschistas* de Santo Domingo conocían muy bien ese temor de Estados Unidos y el general Viñas vio una clara ocasión para lograr fondos. Si Estados Unidos negaba ayuda, el régimen seguiría su camino por medios propios. Y si el terror conducía a una guerra civil y a la formación de una guerrilla castrista, se haría cuanto se pudiera. Con el apoyo de Estados Unidos se podía ganar; en caso contrario, no. Washington podía verse obligado a luchar junto a la aborrecida dictadura en contra de las masas.

Los principios de la Alianza y la premisa de evitar una "segunda Cuba" situaron a Estados Unidos ante un verdadero dilema. El objetivo de evitar una "segunda Cuba" quizá se podría lograr, en vista de las actuales circunstancias en la República Dominicana, colaborando con los militares. Pero con ello se vulneraban los principios de la Alianza, que favorecían los regímenes democráticos; este proceder incitaría a otros ambiciosos en potencia a promover golpes de Estado en las restantes naciones latinoamericanas. Ante esta situación conflictiva, Washington optó por el compromiso. Los hombres fuertes de la República Dominicana querían dólares y respaldo político, y el Gobierno norteamericano deseaba el progreso de la democracia. Si esto no se realizaba con carácter inmediato, siempre se podría negociar. La junta dominicana ampliaría su base civil ante las concesiones norteamericanas, redactaría una nueva Constitución, toleraría los partidos políticos y, por último, la celebración de elecciones. Washington estaba dispuesto a esperar que ocurriera todo eso, cuando el presidente Kennedy fue asesinado en Dallas (Texas), el 22 de noviembre de 1963. Johnson se adhirió a las ideas de su predecesor, y el 12 de diciembre reconoció a la junta dominicana; poco tiempo después envió a W. Tapley Bennet como nuevo embajador en Santo Domingo. Entretanto se habían producido luchas intestinas entre los militares y el triunvirato civil. Las posiciones cambiaron con frecuencia hasta que, al fin, Donald J. Reid Cabral se afianzó como "presidente interino". Pero el hombre fuerte del Ejército continuaba siendo Wessin y Wessin, recién ascendido a general.

Así estaban las cosas cuando el 24 de abril de 1965 estalló, de improviso, la guerra civil.

Ya en diciembre de 1964 el PRD de Bosch y los socialcristianos exiliados en Costa Rica se habían comprometido a trabajar en común para derribar al Gobierno de Reid. También los comunistas adictos a Moscú, el PSP, el Movimiento Popular Dominicano prochino, y los castristas del 14 de Junio apoyaban el retorno de Bosch y la Constitución de 1963. Pero los grupos comunistas, en su propaganda, fijaban su propia meta, ya que para ellos la vuelta al régimen de Bosch y la Constitución era un período de transición. Según ellos, sólo habría verdadera libertad cuando se eliminase el sistema capitalista y se estableciera la dictadura del proletariado. Sin embargo, los grupos comunistas eran numéricamente débiles y, además, nadie tomaba en serio sus teorías revolucionarias. Tampoco se pensaba en un levantamiento victorioso del PRD. Los factores decisivos del inicio de la guerra civil fueron que tras la impenetrable fachada de los militares se desarrollaban poderosas intrigas y que la posición de Reid no era tan sólida como se suponía. El antagonismo entre los altos jefes militares y la oficialidad subordinada, que venía de antiguo, aunque siempre había estado latente, pasó a la fase de conflicto abierto. Los militares jóvenes, descontentos, estaban dispuestos al *putsch* bajo la dirección política del PRD de Bosch. El 25 de abril los oficiales del cuartel 27 de Febrero de Santo Domingo se pronunciaron contra Reid. Las masas, que el día anterior salieron a la calle en son de protesta, volvieron a manifestarse. Reid dirigió un ultimátum a los oficiales rebeldes diciéndoles que si antes de las cinco de la tarde no habían depuesto su actitud deberían contar con un ataque militar al cuartel. Sin embargo, las tropas del Gobierno no hicieron nada para que, una vez finalizado el plazo, se cumpliera el ultimátum de Reid. En lugar de ello, los soldados rebeldes, montados en camiones, recorrieron las calles de la capital el domingo, lunes y martes, distribuyendo armas entre la multitud. Armados con más de nueve mil fusiles, los manifestantes se convirtieron en una tropa dispuesta para la guerra civil. Se obligó a los propietarios de estaciones de servicio a llenar, gratis, de gasolina botellas de "Coca-Cola". Innumerables cócteles Molotov aguardaban a los carros de combate gubernamentales y a la policía. Aquello fue el principio de una espantosa matanza.

El sábado, los rebeldes se apoderaron de la emisora de la capital y, sin que nadie se lo impidiera, irrumpieron en los centros oficiales y apre-

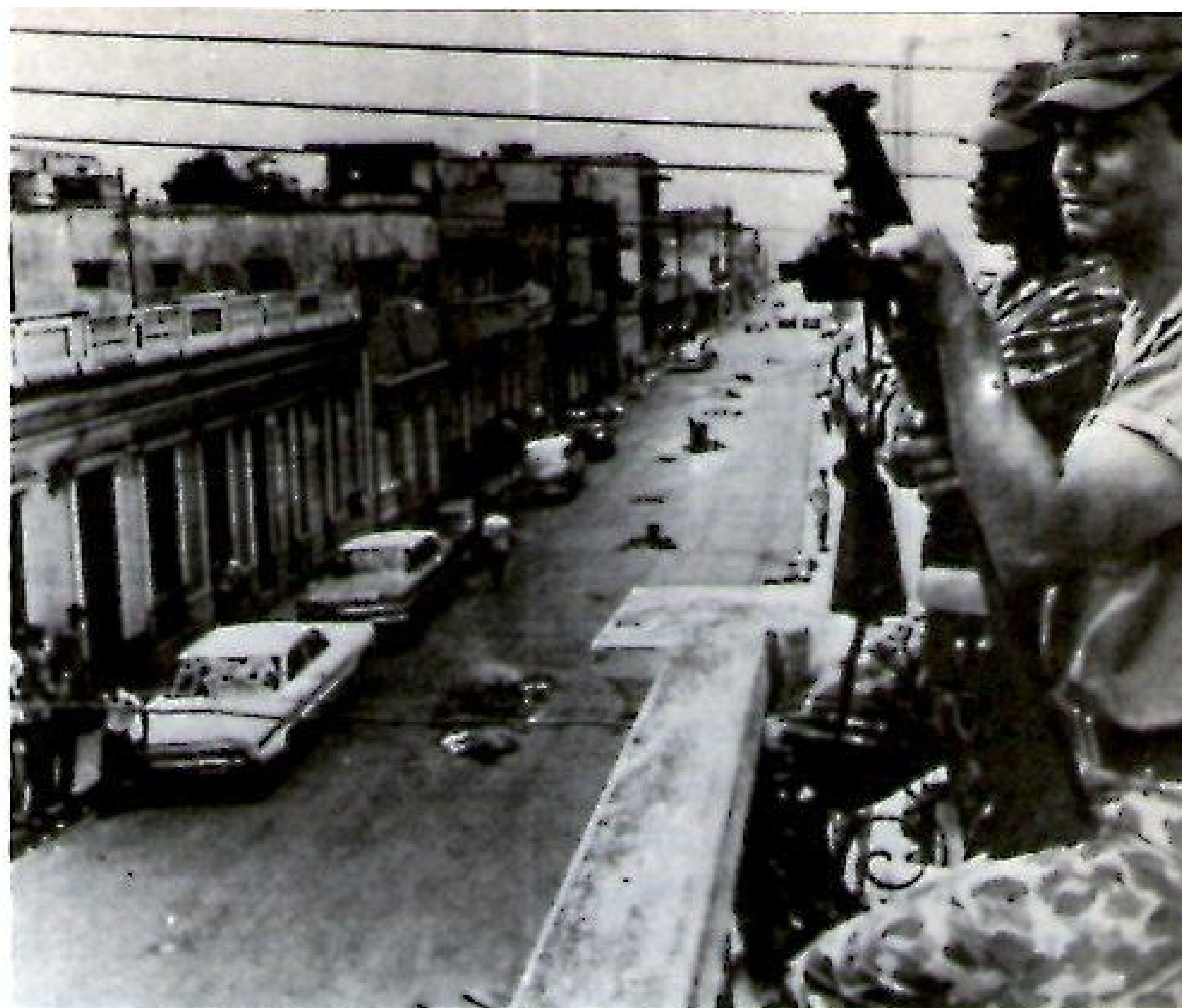


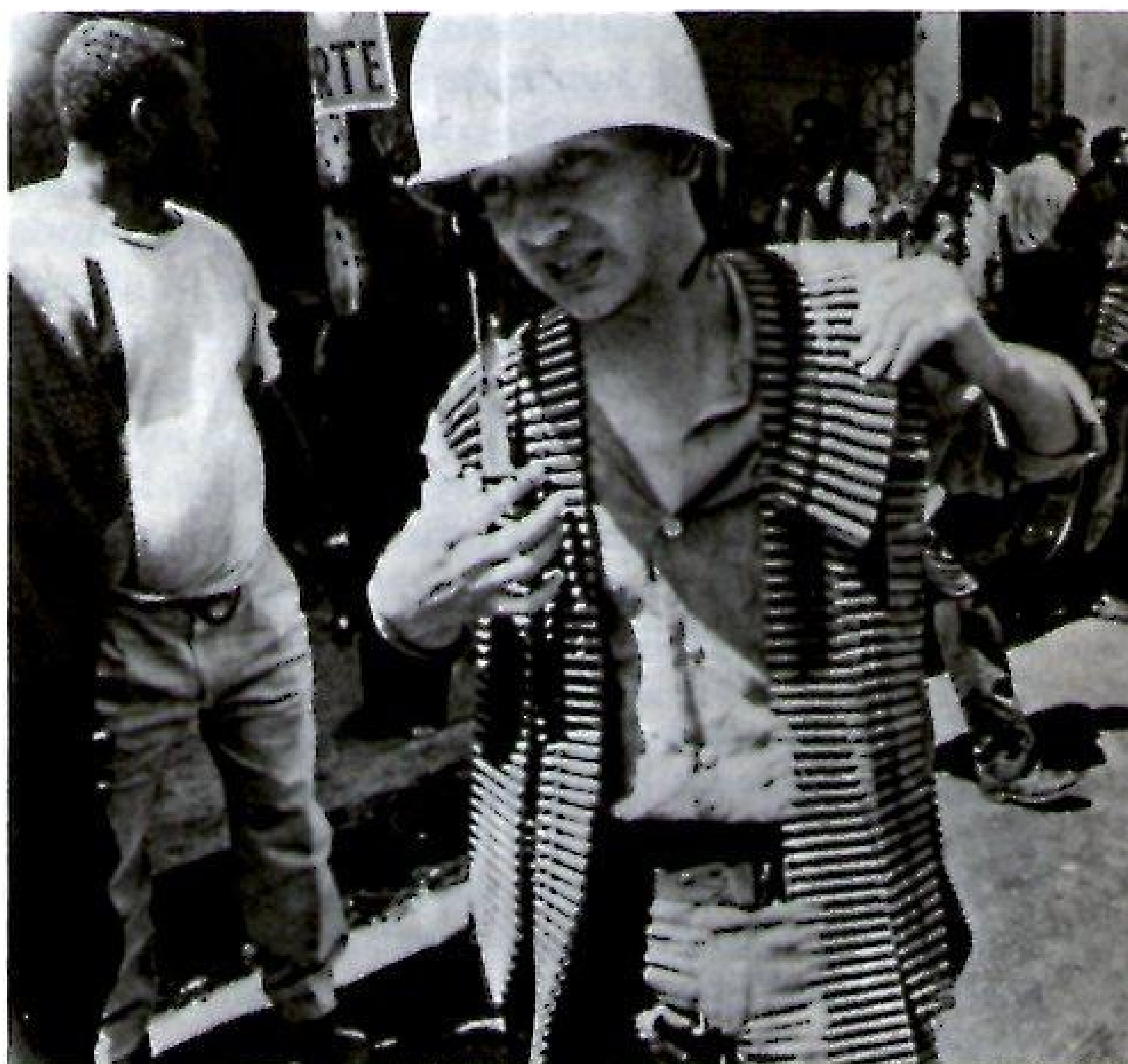
"Partido Comunista Dominicano", lema de esta bandera roja, bajo el retrato de Lenin. Esta imagen y algunas otras indicaciones dieron a entender con seguridad que los comunistas dominicanos participaron en la rebelión estallada en Santo Domingo. Esto constituyó la señal de alarma para el servicio secreto norteamericano y para otros observadores. Se temía la aparición de una "segunda Cuba" en el hemisferio occidental. Para evitarlo, el presidente Johnson no se arredró ante el envío de tropas norteamericanas a la República Dominicana, para que tomaran parte en la guerra civil. DERECHA, ARRIBA: Dos soldados montan la guardia sobre el tejado del Cuartel general de los rebeldes en el antiguo casco urbano de Santo Domingo. DERECHA, CENTRO: Durante el período de la guerra civil no era extraño ver por las calles de Santo Domingo a jóvenes fuertemente armados. DERECHA, ABAJO: Después de que los infantes de marina norteamericanos crearan una zona neutral de seguridad entre los dos partidos implicados en la guerra civil, todos los que querían cruzar la línea eran cacheados en busca de armas.

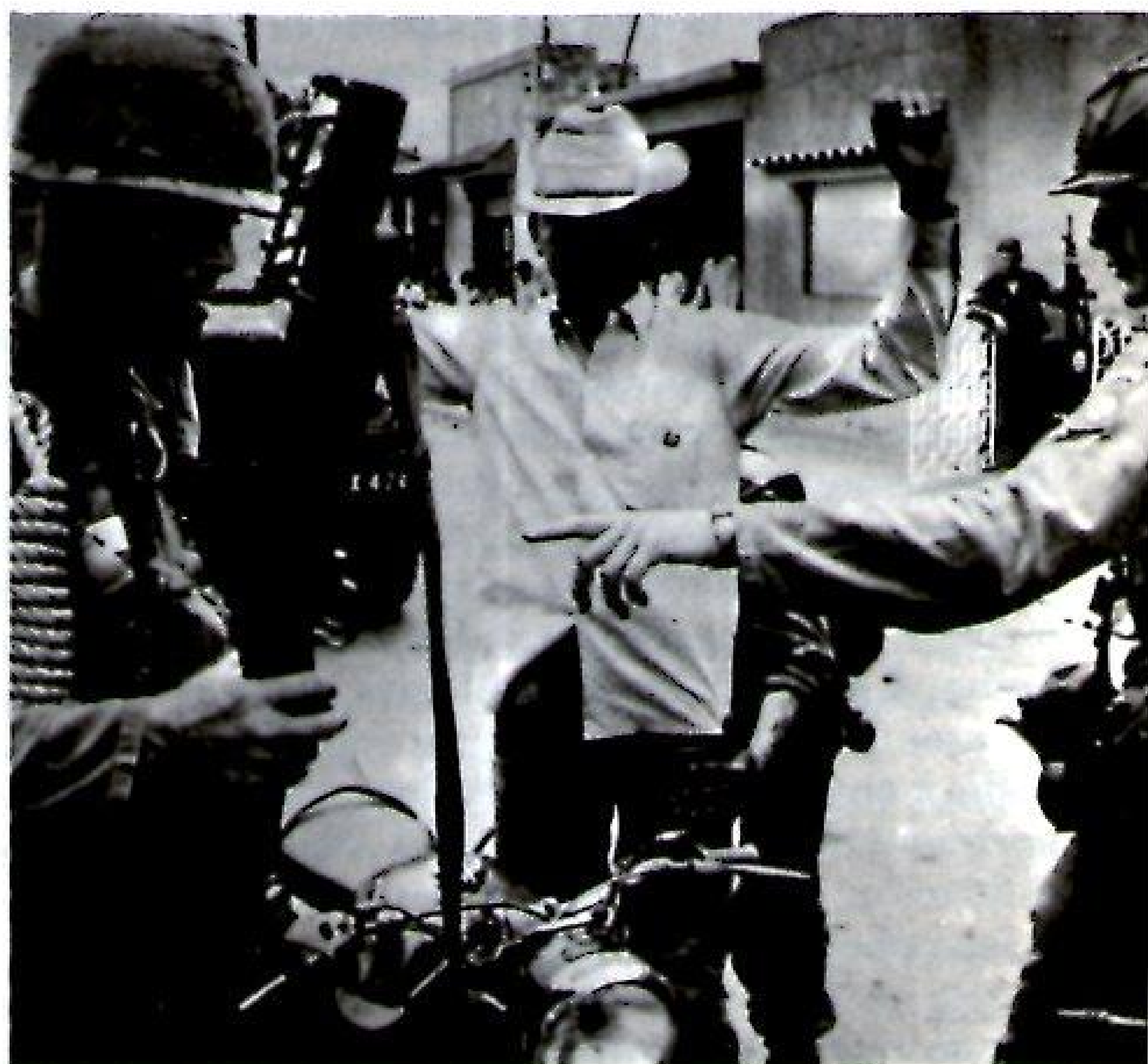
saron a Reid. Varios oficiales solicitaron la inmediata formación de una junta militar, mientras que otros se inclinaban por nombrar presidente a Molina Ureña, que había sido jefe del Parlamento en el Gobierno Bosch. Esta medida sería provisional, hasta la llegada de Bosch. Ahora, los militares en torno a Wessin estaban dispuestos a luchar, mas no por el depuesto presidente Reid, sino en pro del retorno de Juan Bosch, al que odiaban y a quien habían derrocado. Los aviones de las fuerzas aéreas dominicanas bombardearon los centros oficiales, Radio Santo Domingo y la parte antigua de la ciudad, donde se había atrincherado la mayor parte de los elementos rebeldes. El lunes por la mañana continuaron los bombardeos. El objetivo perseguido era el puente Duarte, que los carros de combate de Wesssin tenían que cruzar para unirse a los rebeldes instalados en el distrito de San Isidro. Los sublevados comenzaron a capturar a familiares de los pilotos de las fuerzas aéreas gubernamentales; los hicieron filmar por las cámaras de la televisión para obligar a sus esposos e hijos a cesar en sus ataques. También amenazaron con llevar al puente a las esposas y hermanas de los aviadores, para que éstos no continuaran sus incursiones. Dos comisarías de policía "leales" de Santo Domingo resistieron encarnizadamente el asalto de los rebeldes. La multitud, enardecida, se entregó al saqueo y al incendio. El caos se propagaba rápidamente. Las atrocidades de la guerra civil dominicana llegaron a extremos insospechados. En Washington se quedaron sorprendidos por el estallido de la guerra civil. El embajador Bennett, que el sábado se

había dirigido a Georgia para visitar a su madre enferma, tuvo que trasladarse con urgencia a Washington. Las primeras noticias no eran muy claras, pero traslucían el temor fundamental de Washington. Los agentes de la CIA veían entre la multitud rebelde a comunistas de todos los matices. El temor a una "segunda Cuba" dominaba los espíritus recelosos y la voluntad de evitarlo por todos los medios les impulsaba a obrar en consecuencia sin necesidad de discutir. Johnson hizo suyas las mismas prioridades de Kennedy. Lo más deseable era, naturalmente, un sistema democrático, y si esto no era posible, era preferible un régimen militar antes que uno castrista. Con vistas al exterior, en Washington se declaraban neutrales, pero en su fuero interno se oponían a Juan Bosch, a todo riesgo democrático y completamente a favor de los conservadores. El martes regresó a Santo Domingo el embajador Bennett. Los militares, al mando de Wessin, habían tomado la iniciativa y nuevas tropas habían llegado procedentes de San Cristóbal. Fueron enviadas al puente Duarte para combatir el importante foco rebelde situado al otro lado. En esta situación apareció Molina Ureña acompañado de unos veinte políticos y militares ante el embajador norteamericano. Veían inminente la derrota y trataron, por mediación de Bennett, de entrevistarse con los generales de San Isidro. El embajador norteamericano les dio a entender que consideraba necesario que pusieran fin a la matanza sin pérdida de tiempo, puesto que había muchos comunistas entre las filas rebeldes. No era tiempo de "negociar, sino de capitular". Los rebeldes se retiraron, resignados. Molina-Ureña y otros jefes políticos del PRD y algunos militares solicitaron asilo político en la Embajada. Un coronel rebelde se despidió irritado de Bennett con estas palabras: "Puede estar seguro de que seguiremos luchando, pase lo que pase." El y unos cuantos de su misma opinión no aceptaban entregarse. Sólo veían una salida: matar o morir. Y ese coronel, Francisco Caamaño Deño, se erigió en jefe de los rebeldes de Santo Domingo. Se constituyeron dos frentes bien delimitados: Wessin-Caamaño y San Isidro-Ciudad Nueva, como paradójicamente se denominó a la parte vieja convertida en baluarte rebelde. Lucharon encarnizadamente. Ambos bandos estaban dispuestos a aniquilarse.

Al día siguiente se había modificado la situación de modo sorprendente. De la noche a la mañana, las fuerzas rebeldes, que todos creían que iban a destrozarse mutuamente, se hallaban formadas en nuevo orden de combate. Muchos observadores creyeron que Caamaño sólo pudo reorganizar a sus huestes gracias a la disciplina de sus elementos comunistas. El puente Duarte fue defendido con tenacidad y los carros de combate







de Wessin se vieron obligados a retirarse. En los dos últimos días de la batalla hubo en este lugar novecientos muertos. La victoriosa resistencia de los rebeldes en todos los frentes —ya controlaban la totalidad de la parte vieja de la urbe— quitó la tranquilidad a los militares de San Isidro. Su confianza en la victoria se había esfumado. Ahora se dirigieron a Estados Unidos en demanda de ayuda. Pero antes que nada se creó a toda prisa una junta militar compuesta por tres jefes de las fuerzas de tierra, mar y aire, como Gobierno. El presidente de la junta era el coronel de Aviación Benoit, quien se trasladó inmediatamente a la Embajada norteamericana para pedir el desembarco de mil doscientos infantes de Marina con objeto de que "restablecieran la paz". Como es natural, el hombre fuerte de la junta era el general Wessin, quien expuso como programa de acción lo que los norteamericanos deseaban oír: combatir a los rebeldes para evitar una "segunda Cuba" y, una vez lograda la victoria, convocar "elecciones libres".

A primera hora de la tarde, Bennett envió un telegrama a Washington, pero no veía aún motivo que justificara la intervención de las fuerzas armadas norteamericanas. Sin embargo, ya bien entrada la tarde la situación de los gubernamentales había empeorado de tal modo que Bennett recomendó a la Casa Blanca que podía ir "pensando seriamente en una intervención militar, sólo para proteger las vidas de los súbditos extranjeros". Si fracasaban los esfuerzos de los leales, subirían al poder grupos cuyas metas se identificaban con las de los comunistas. Entonces se podría intervenir para evitar una "segunda Cuba".

El miércoles a las seis de la tarde el presidente Johnson tomó la primera decisión. Con el pretexto de proteger la vida de los residentes norteamericanos, se dispuso que cuatrocientos infantes de Marina entrasen en Santo Domingo. Antes de que Washington hiciese pública esta decisión, se indicó a Bennett que formulase la correspondiente petición por escrito, para disponer de una mejor base jurídica. Una hora después, a las siete de la tarde, llegaban a tierra los primeros infantes de Marina yanquis, cuya misión consistía principalmente en garantizar la seguridad de la embajada de su país y evacuar a los súbditos extranjeros. En modo alguno debían intervenir en la lucha. La situación de los leales empeoraba por momentos y Bennett preguntó a Washington si podían enviar a San Isidro a los asesores militares norteamericanos para ayudar a Wessin en la planificación de la campaña destinada a aniquilar a los rebeldes. Esta proposición —Washington quería seguir haciendo creer a la opinión pública que se mantenía neutral en la guerra civil dominicana— se dejaría pendiente a tenor de la marcha de los acontecimientos. Sin embargo, aquella misma tarde Johnson tomaba la aplazada decisión de llevar a cabo la prevista invasión militar a gran escala. La flota de desembarco, en estado de alerta, recibió la orden de poner rumbo a Santo Domingo. El viernes por la mañana se trasladaron a tierra dos mil hombres, a los que siguieron otros mil, hasta que llegaron a concentrarse en Santo Domingo unos veinte mil infantes de Marina. Nadie podía seguir creyendo en que los norteamericanos sólo trataban de proteger la vida de sus compatriotas. Esta intervención masiva de tropas yanquis indicaba bien a las claras la misión de decidir un conflicto político de un Estado soberano con medios militares en beneficio de Estados Unidos. Era la primera vez en varios decenios que Estados Unidos decidía intervenir militarmente de forma directa en Latinoamérica. No se tomaron la molestia de consultar a los Estados miembros de la OEA. El presidente había vuelto a la política del "garrotazo".

Como es lógico, Washington no tenía interés en que se produjera una matanza, ni tampoco en instalar en el poder a los militares ultra. Lo único que verdaderamente le importaba era evitar una "segunda Cuba". Johnson intentaba antes que nada un armisticio para después, con la presión de sus fuerzas armadas, negociar una paz aceptable. Y Bennett, que se sentía más identificado con los círculos conservadores dominicanos, fue ayudado por Martin, ex embajador de Kennedy, liberal, enviado a Santo Domingo para allanar el camino de una solución pacífica del conflicto. A poco de desembarcar en Santo Domingo, Martin fue encargado de la primera negociación. Bennett y el nuncio de Su Santidad, acompañados por dos jefes rebeldes, se hallaban en la fortaleza de Wessin negociando una tregua. Las opiniones chocaban llenas de indignación y odio. "¿Cómo podría concluir un armisticio —profería furioso Bennett— aquella gente que había acuchillado a cientos de oficiales y soldados, matado prisioneros a sangre fría y clavado en la punta de un palo la cabeza de un oficial para exhibirla en triunfo por las calles?" No menos airadamente hablaban los rebeldes, cuyos partidarios habían sido brutalmente asesinados; los generales de San Isidro podían desechar la idea de firmar una paz con ellos. Ni siquiera consentían unas horas de alto el fuego para retirar los numerosos cadáveres que sembraban las calles. Cuando los mediadores rebeldes abandonaron San Isidro, Martin pudo convencer a Wessin y a los coroneles de la junta para que firmasen un armisticio. Ahora sólo faltaba obtener el consentimiento de Caamaño. Al día siguiente Martin y el nuncio se trasladaron al Cuartel general re-

belde. El coronel Caamaño dio la impresión de ser un hombre decidido. Todo cuanto deseaban los dominicanos era volver a la Constitución de 1963. "Estamos convencidos de que sólo Juan Bosch tiene las cualidades morales para salvar a la República. Tenemos a casi veinticinco mil ciudadanos bajo las armas y sólo ellos pueden llevarnos a cesar la lucha. Sobre ello no hay duda alguna." Además, advirtió a las tropas norteamericanas: "Si no se quedan donde están, si apoyan a las fuerzas de Wessin, entonces abriremos fuego sobre ellos." Aconsejado por Bosch, Caamaño también acabó por firmar.

Martin se formuló la recelosa pregunta de si podía confiar en la tregua. De ella se temían cuatro posibilidades de evolución: un asalto de los comunistas al poder, ocupación en toda regla de las tropas norteamericanas, la ascensión a la cumbre de una de esas dictaduras militares apoyadas por Estados Unidos, o una "segunda Hungría", o sea, un ataque frontal al bastión rebelde en la Ciudad Nueva, en cuyo caso las tropas norteamericanas tendrían que matar a millares de dominicanos.

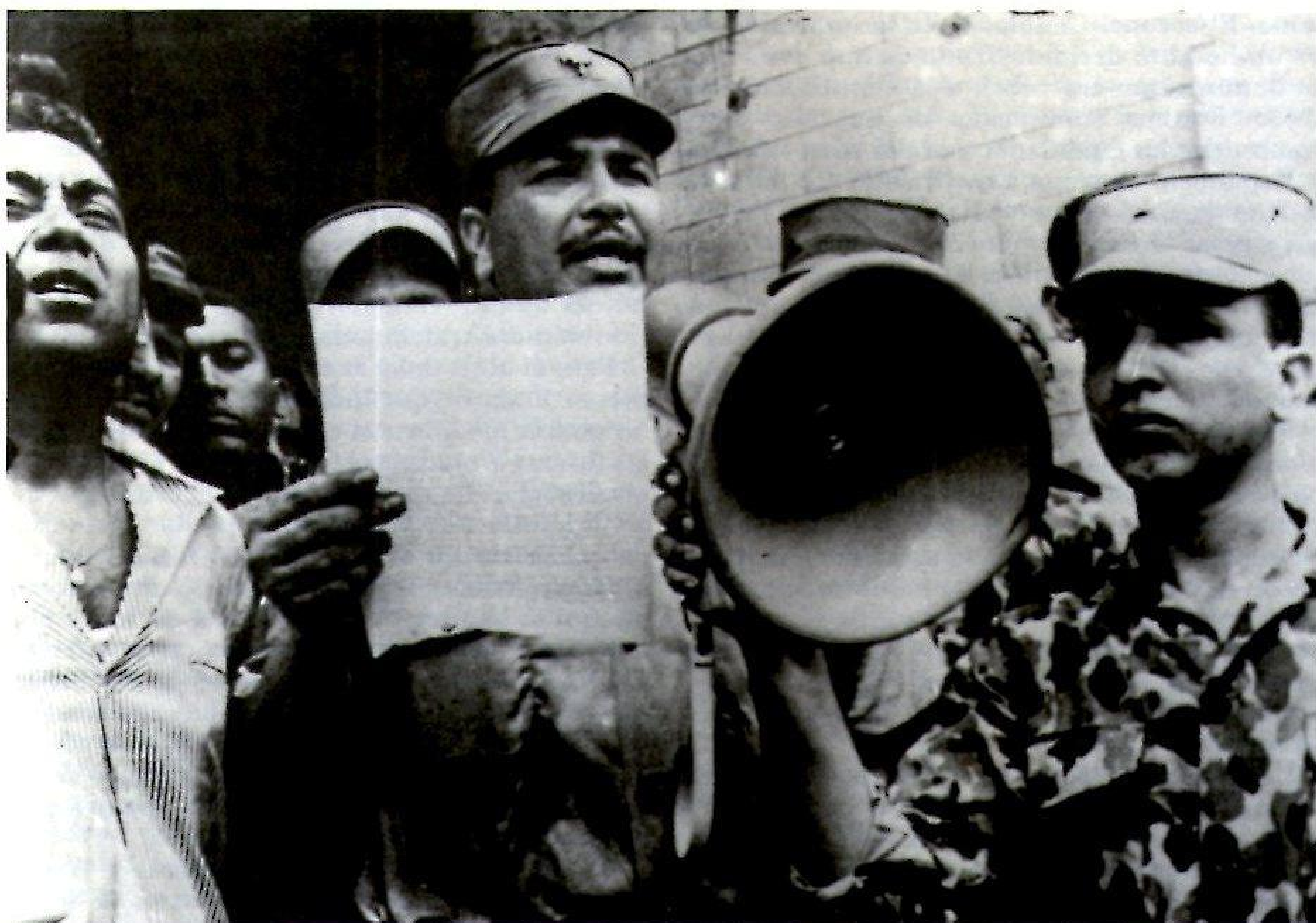
La tregua conseguida no era sino un primer paso para que dichos temores no se hicieran realidad. Por otra parte, las tropas estadounidenses habían establecido mientras tanto una zona de seguridad en la capital hasta el puente Duarte. Desde San Isidro avanzaban fuerzas aerotransportadas hacia los puntos estratégicos más importantes. Los leales no podían salvar el puente en dirección al núcleo principal de los rebeldes. Por su parte, éstos no podían atacar San Isidro, sin entrar en conflicto con las tropas norteamericanas. Tres bandos combatientes en potencia —los tres con los mismos uniformes norteamericanos— había ahora en Santo Domingo. Una intensa labor diplomática se esforzaba por evitar cualquier choque entre ellos. En general se respetaba la tregua, sin embargo no hubo día sin escaramuzas y algún que otro muerto.

En principio, la revuelta militar iba dirigida contra Reid bajo la dirección política del PRD. Cuando los jefes del PRD vieron su causa perdida y abandonaron a los rebeldes, los comunistas llenaron el vacío político. Martin había llegado entretanto a esa interpretación. En Caamaño veía por primera vez una auténtica personalidad dominicana, que bien pudiera convertirse en un segundo Castro. Había ganado una revolución desde abajo. Sus consejeros eran comunistas. "No es incomprensible que Castro se haya vuelto comunista y tampoco lo sería si Caamaño imitase el ejemplo." En la confusión de la guerra civil, en el sangriento caos que imperaba en Santo Domingo, la calle se había radicalizado. En resumen, reflexionaba Martin, sonaba la hora para los comunistas. "Ni el nombre ni el número de los comunistas es decisivo, sino el proceso como tal, el proceso cohesionador de la matanza. La Revolución francesa concluyó en el terror y allanó al déspota Napoleón el camino del poder. Los heroicos levantamientos contra los zares condujeron a la tiranía estalinista. La valiente oposición a Batista llevó a los "procesos" escenificados y al dictador Fidel Castro. De las prisiones de Trujillo salieron héroes de la revolución y ahora esa revolución también era traicionada por sus propios hijos."

Para el observador norteamericano no cabía la menor duda de que incluso el retorno de Bosch no podría modificar el curso de la revuelta. Sólo las fuerzas armadas norteamericanas estaban aún en situación de resolver militarmente la guerra civil dominicana y evitar una posible conquista del poder por los comunistas. Las fuerzas estadounidenses habían separado al grueso de las tropas de ambos bandos y se continuaría así hasta que los contendientes se diesen cuenta de que no podrían vencer contra la voluntad de las fuerzas norteamericanas, muy superiores en capacidad de lucha. Bajo la indudable presión ejercida por un ejército de 20.000 hombres en el escenario de las operaciones, Estados Unidos podía forzar a ambos bandos a aceptar un compromiso.

Como tercera fuerza entre Caamaño y Wessin los norteamericanos tenían a Imbert a su disposición. Imbert, uno de los asesinos de Trujillo que sobrevivieron, desempeñaba un importante papel en el Consejo Nacional; había ocupado un lugar preeminente en la caída del Gobierno Bosch y después se dedicó a robustecer su propia posición. Como jefe de la policía contaba con un pequeño ejército privado de 12.000 hombres. Hasta el momento había permanecido neutral en el presente conflicto. Dio a entender a Martin que era lo bastante fuerte como para apear a los generales de San Isidro y que sólo él podía garantizar un nuevo Gobierno anticomunista estable. El 7 de mayo se formó su Gobierno de Renovación Nacional, del cual se convirtió en presidente. Poco antes el Parlamento incompleto de 1963 había elegido presidente a Caamaño. Dos presidentes se hallaban ahora frente a frente, y Martin estaba dispuesto a mediar entre ambos. Imbert aceptó sin reservas una entrevista con los rebeldes; Caamaño, por el contrario, puso condiciones. De ninguna manera podía tratar con Imbert, mientras los generales de San Isidro detentaban el poder. Su prestigio como jefe sufriría grave quebranto y sus partidarios no lo soportarían jamás. En lugar de una conversación entre presidentes se volvió de nuevo a los disparos.

El martes por la mañana, Martin fue llamado a comparecer en el Cuartel general de Caamaño; las tropas norteamericanas habían roto la tregua.



Dos soldados yanquis resultaron muertos. Caamaño había dado orden de abrir fuego si los norteamericanos no se retiraban a sus posiciones antes de media hora.

Martin preguntó por el jefe rebelde.

" – Está en primera línea, junto a los combatientes.

" – Vayan a buscarle. No quiero hablar con nadie más que él."

Tras una breve pausa acudió al fin Caamaño al aparato. El jefe rebelde dio rienda suelta a su irritación: "¡Las tropas norteamericanas han avanzado! Las hemos obligado a volver atrás. Estamos hartos de hablar. También tenemos nuestra honra, ¿sabe usted? Estamos dispuestos a luchar hasta la muerte."

Martin trató de interrumpirle.

Pero el jefe rebelde prosiguió: "En el caso de que vuelvan a las andadas, será su última hora. Nosotros lucharemos y moriremos; tenemos nuestro honor.

" – No se inician unas conversaciones de paz con un ultimátum – respondió Martin – . No sé exactamente lo que ha sucedido, pero voy a averiguarlo y le volveré a llamar. Yo..."

Una voz extraña terminó la conversación: "El ha vuelto a primera línea."

Por su parte, Imbert también desplegaba una intensa actividad militar. Radio Santo Domingo continuaba en manos de los rebeldes, que día y noche hacían propaganda para su revolución. En el pueblo aumentaba la simpatía por el presidente Caamaño, mientras que el Gobierno Imbert no encontraba el apoyo de la opinión pública. Con tropas de refuerzo y carros de combate, Imbert operaba victoriosamente contra los rebeldes al norte de la ciudad. Después de varios días de dura lucha se hallaba camino del puente Duarte, para desde allí penetrar en la parte antigua de la ciudad, baluarte de los rebeldes. ¿Se produciría la matanza? ¿Tendría lugar una "segunda Hungría"? Algunos consejeros norteamericanos pensaban si no se podría acabar rápidamente con los rebeldes. Sus agitadores se habían infiltrado por todo el país. Radio Santo Domingo repetía periódicamente un discurso de Juan Bosch grabado en cinta magnetofónica, en el que atacaba a Estados Unidos e incitaba a sus compatriotas a la rebelión. Pero Martin continuaba en su idea de detener a las tropas de Imbert en el corredor de segu-







IMAGEN IZQUIERDA: Utilizando un megáfono, el coronel Caamaño hace una breve declaración ante su Cuartel general, en la que anuncia a sus partidarios que se hace cargo de la presidencia provisional de la República Dominicana. Orgulloso, valiente e inquebrantable, no quiso huir ante la enorme superioridad de las fuerzas invasoras norteamericanas. El embajador especial John Bartlow Martin, dijo del coronel Caamaño que era la única personalidad que había encontrado en Santo Domingo que podía convertirse en un "Fidel Castro dominicano". ARRIBA, IZQUIERDA: El general Antonio Imbert, uno de los que participaron en el atentado contra Trujillo, fue rechazado al principio por Estados Unidos, por considerársele demasiado antidemocrático, pero más tarde, durante la guerra civil dominicana, fue reconocido como presidente del Gobierno leal. ARRIBA, CENTRO: Los embajadores norteamericanos John Bartlow Martin (izquierda) y W. Tapley Bennett (derecha) se esforzaron inútilmente por ayudar a las fuerzas democráticas a conseguir la victoria en Santo Domingo. Ante el temor de que los comunistas se hicieran cargo del poder se vieron finalmente obligados a pactar varias veces con los elementos conservadores. ARRIBA, DERECHA: Expresión trágica del dilema dominicano, el ex presidente Juan Bosch.

ridad e impedir que ambos presidentes se combatiesen. Las tropas norteamericanas debían mantener la tregua y dejar que las cosas se arreglaran por vía diplomática. Una comisión mediadora, presidida por McGeorge Bundy, trató de formar un Gobierno sobre una amplia base con Antonio Guzmán, ex ministro de Economía en el gabinete Bosch. Sin embargo, sus esfuerzos fracasaron ante la resistencia de Imbert.

Martin regresó a Washington para informar al presidente. Con la expresión estereotipada de "constitucionalismo, sí; comunismo, no", Johnson dio a entender a sus consejeros lo que esperaba de ellos. Además, quería "desnorteamericanizar" la crisis y hacer compartir a los restantes miembros de la OEA la responsabilidad en la misma. Por catorce votos contra cinco, éstos acordaron poner en pie de guerra una fuerza expedicionaria que garantizase la paz en la República Dominicana. Brasil contribuyó con mil trescientos hombres. Al mando supremo de un general carioca también se pusieron las tropas de Honduras, Costa Rica, Nicaragua y Paraguay, así como un pequeño contingente de fuerzas estadounidenses, pues el grueso de las mismas fue retirado gradualmente tras la llegada de las tropas expedicionarias interamericanas. En conjunto, éstas sufrieron veintiséis muertos y ciento cincuenta heridos, mientras que los muertos dominicanos se elevaron a diez mil.

Las negociaciones resultaron interminables; no cesaron un momento las escaramuzas, hasta que en setiembre se llegó por fin a un acuerdo. Imbert y Caamaño renunciaron a la candidatura presidencial en favor de García-Godoy, ex ministro de Asuntos Exteriores en el gabinete Bosch. García-Godoy fue nombrado presidente interino. El general Wessin tuvo que abandonar el país, al igual que Imbert y Caamaño. Como quiera que se tenía que partir de una situación similar a la reinante después del asesinato de Trujillo, se optó por empezar de nuevo. Se encargó al presidente interino que preparase la convocatoria a elecciones libres, que se celebraron el 1.º de junio de 1966. El PRD de Juan Bosch perdió la aplastante superioridad de 1963; con sus veintiséis escaños en el Parlamento era el segundo partido en importancia. Pasó a ocupar el primer puesto, con cuarenta y ocho escaños, el Partido Reformista (PR).



Su jefe, el doctor Joaquín Balaguer, presidente-títere de Trujillo, se convirtió en el nuevo presidente de la República Dominicana; contaba ahora con el apoyo de Estados Unidos. En vista de los complejos problemas con que se enfrentaba el desolado país, el PRD y el PR formaron una gran coalición. No tardó en acentuarse la presión de Balaguer contra los jefes políticos del PRD. Juan Bosch, para cuya democracia no parecía haber sitio en su patria, volvió de nuevo al exilio.

Si Kennedy había pensado convertir la República Dominicana en escaparate de la democracia, el presidente Johnson la transformó en campo de batalla contra el comunismo. Aún hoy son muchos los críticos, y no sólo de izquierdas, que consideran errónea la decisión de Johnson de ordenar la intervención de los infantes de Marina, sobre todo sin previa consulta con los restantes miembros de la OEA y en contra del principio de no injerencia. No convenció a nadie el pretexto del Gobierno estadounidense, según el cual se trataba de evitar la toma del poder por parte de los comunistas. En lugar de ello los observadores liberales se lamentaron de que Estados Unidos favoreciera de nuevo a la vieja oligarquía, olvidándose de las masas populares. Pero Johnson no era hombre para diferenciar el pro y el contra, el cómo y el porqué, lo probable y lo cierto; le gustaban las decisiones terminantes. Las noticias que llegaban de Santo Domingo indicaban bien a las claras la posibilidad de una "segunda Cuba" y, deseoso de no correr el menor riesgo, decidió sentar ejemplo con el envío de 20.000 marines. Naturalmente, Johnson no ignoraba que con su actitud vulneraba un principio de derecho internacional, ni realizó el menor intento para justificarse con la adición de nuevos párrafos a los convenios en vigor, sino que promulgó de hecho una nueva doctrina, la doctrina Johnson. En una explicación fundamental dada el 3 de mayo de 1965 dio a entender de forma categórica que la meta perseguida en la República Dominicana era "evitar la formación de un segundo Estado comunista en el hemisferio occidental". Y esto no era una medida aislada, sino la base de la política futura. "Defenderemos nuestra nación de todo cuanto trate de alterar el orden establecido en ella o en cualquier otro país de este hemisferio." De esta doctrina se colige sin lugar a dudas que Estados Unidos no se sentía ligado al principio de no intervención, puesto que se trataba de "oponerse a la agresión comunista".

Exactamente igual que para el presidente Kennedy, la máxima prioridad en la política de Johnson para Hispanoamérica era evitar una "segunda Cuba". La Alianza para el Progreso de Kennedy, creada para oponerse a los Gobiernos que deseaban reformas democráticas al estilo castrista, quedaba relegada a segundo plano por la nueva estrategia de Johnson: la *counterinsurgency*. Siete golpes de Estado durante los tres años de mandato de Kennedy probaron que no era factible,

Después de que el presidente Johnson decidiera enviar tropas a la República Dominicana para, como él expresó textualmente, "impedir que los comunistas aprovecharan los sangrientos disturbios para hacerse con el poder", lo que más le importaba era desamericanizar el conflicto. "Informamos a la Organización de Estados Americanos (OEA) de nuestra intervención y solicitamos su apoyo para reinstaurar la paz y la normalidad en la República Dominicana. Los ministros de Asuntos Exteriores de la OEA decidieron formar una tropa interamericana de paz, compuesta por los contingentes de seis Estados miembros que, junto con las unidades militares de Estados Unidos, deberían formar las primeras tropas provisionales para conseguir la paz." Tras el transcurso de su período presidencial, el presidente Johnson consideró como un éxito la formación de estas fuerzas armadas interamericanas, al igual que su política frente a la situación en la República Dominicana, pese a lo cual no dejó de ser criticada: "Después de tres meses de negociaciones, una decisión de la OEA creó las bases sobre las que formar un Gobierno provisional que garantizara unas elecciones libres y asegurara con ello el derecho del pueblo dominicano a elegir por sí mismo a sus propios dirigentes."
IMAGEN IZQUIERDA: Bajo la bandera de la OEA, las tropas interamericanas se esfuerzan por reinstaurar la paz en la República Dominicana.

sin que mediara un período de transición, la democratización de Hispanoamérica. La idea principal de Johnson consistía en sostener a los regímenes militaristas, además de los democráticos, e intensificar la actividad en el terreno de la lucha de guerrillas. La guerra contra el castrismo se elevó del plano político al militar. Johnson, cada vez más involucrado en el conflicto vietnamita, dejó Hispanoamérica al cuidado del Pentágono. Responsable del vasto territorio comprendido entre Río Grande y Tierra del Fuego era el Southern Command, con base en Panamá, una "anti-Cuba", como dio a entender un portavoz. Formado al principio para la defensa del canal de Panamá, su misión principal consistía ahora en combatir la subversión castrista. Pieza clave del Southern Command es la Escuela de las Américas, donde oficiales estadounidenses e hispanoamericanos se adiestran en la lucha antiguerrillera o *counterinsurgency*.

Escribe el autor francés Jean Lartéguy: "Visité las escuelas en plena jungla, con su parque zoológico, provisto de numerosas especies animales, tanto útiles como dañinos; mamíferos, reptiles, peces y aves, comunes en la selva panameña. En este minúsculo Estado crece una variadísima flora, semejante a la del resto de Hispanoamérica y de Vietnam. En dichas escuelas se aprende el arte de sobrevivir en parajes selváticos; en ellas se instruye a los pilotos para el caso de que sean derribados sus aparatos y deban arrojarse en paracaídas. También reciben instrucción los agentes y miembros de comandos que hayan de operar en la selva. Deben habituarse a permanecer en ella varios días, incluso semanas; aprenden a alimentarse a base de raíces y bayas silvestres, a construirse una cabaña, a pescar con los recursos más primitivos, a orientarse con o sin brújula, y a caminar sin dejar rastro, etc.

"Los 'boinas verdes' han participado en los cursillos junto a oficiales hispanoamericanos de países miembros de la OEA. En Grupos de dos, tres o cuatro hombres, son lanzados en paracaídas sobre la zona de Darién, muchas veces desconociendo el lugar exacto. Sólo llevan consigo unos paquetitos de alimentos concentrados, que guardan en los bolsillos y emplean en caso de extrema necesidad; una brújula, un fusil, municiones y un cuchillo. Durante ocho días han de soportar las picaduras de los mosquitos y otros insectos, asar lagartos en fogatas, mascar plantas, que han de elegir con atención, puesto que hay muchas que son venenosas; y deben encontrar solos, cubiertos de heridas y suciedad, el camino de regreso a la base."

El adiestramiento es duro y realista. Las enseñanzas se dan en español y portugués. Bien entrenados, perfectos conocedores de las ideas de Castro, Mao y las consignas revolucionarias de Che Guevara, impuestos en todos los detalles de la lucha de guerrillas, los oficiales hispanoamericanos regresan a su país de origen. En ellos reciben el apoyo de los consejeros militares norteamericanos y son destinados a ocupar puestos importantes en la lucha antisubversiva. Además han dispuesto en Panamá equipos de consejeros norteamericanos para ser llevados rápidamente al país donde surjan actividades guerrilleras.

Poco después de que Castro se hiciera cargo del poder, empezó a mandar agitadores a los países hispanoamericanos, con objeto de propagar su revolución. Es muy considerable el número de revolucionarios y armas que, procedentes de Cuba, han entrado en Centro y Sudamérica. Sin embargo, en las naciones donde los grupos castristas se han mostrado más activos: Guatemala, Nicaragua, Panamá, Venezuela, Colombia, Perú, Chile, Bolivia, Brasil y Argentina, no obtuvieron ningún éxito de importancia decisiva. El propio Régis Debray, teórico de la Revolución castrista, tuvo que admitir las derrotas de su admirado Fidel: "1962 y 1963: años de fracasos y desunión. En Colombia, Ecuador, Perú y Paraguay la lucha armada no resultó victoriosa; en Brasil los campesinos inspirados por Juliao se dividieron en querellas intestinas y no llegaron a alcanzar el nivel de una organización política. En Venezuela, Betancourt logró mantenerse en el poder y la guerra revolucionaria resultaba mucho más difícil





Ya en la época en que fue asesinado el presidente Kennedy, la Alianza para el Progreso, propagada por él, no había podido alcanzar lo que se esperaba de ella. Hacia el final del período presidencial de Johnson, Estados Unidos habían entregado a Latinoamérica unos 7 billones de dólares desde 1960, sin conseguir con ello acelerar en las repúblicas de América del Sur el proceso hacia la democracia. Antes al contrario, este proceso había sido más bien retrógrado. La IMAGEN DE LA DERECHA muestra que a principios de 1969 unos 140 millones de sudamericanos, de un total de 240 millones, tenían que vivir aún bajo la dictadura. IMAGEN IZQUIERDA: Hasta 1968 un total de 22.090 latinoamericanos terminaron sus estudios en la School of the America, en Panamá. A ellos hay que añadir todos los años unos 3.500 expertos latinoamericanos en la lucha contra las guerrillas.

y prolongada de lo calculado. En Chile triunfa Frei en las elecciones, merced al voto femenino. En Brasil se entroniza una dictadura de claro matiz fascista. Una ola reaccionaria invade el centro y el sur del continente." Si bien Debray vaticinaba un pronto cambio de la situación, no se cumplieron sus esperanzas ni las de La Habana. Castro pregonaba sin cesar su revolución, pero sus guerrilleros en el continente no obtenían nuevos triunfos.

Cuando Fidel Castro iniciaba su Revolución en Cuba con once supervivientes del *Granma,* comenzó como portaestandarte de la democracia. Todas las fuerzas anti-Batista se sumaron a su movimiento. Por el momento no hablaba de comunismo, porque sabía que muchos le abandonarían. Pasado algún tiempo dio a entender que si durante la época de lucha hubiese abrazado el comunismo, jamás habría dejado las montañas de Sierra Maestra. Pero ahora toda Hispanoamérica sabía que Castro se había pasado al bando comunista, y no podía contar con el apoyo del amplio frente democrático y anticomunista. De ahí que los revolucionarios de La Habana buscasen la colaboración de los partidos comunistas de los países hispanoamericanos. Pero justamente les faltó ese apoyo, por no hablar de la unidad de acción de todas las fuerzas comunistas bajo el mando de Castro. La Unión Soviética respaldaba a Fidel Castro, pero no tenía el menor interés en extender su revolución a otras naciones hispanoamericanas. Semejante política no se ajustaba a la "coexistencia pacífica" voceada por el Kremlin; sabía que Washington deseaba conservar el hemisferio occidental libre de toda influencia comunista. En el caso de la República Dominicana se había probado sin lugar a dudas que Johnson estaba dispuesto a recurrir a la fuerza militar e incluso al potencial atómico para impedir el triunfo de una revolución comunista en Hispanoamérica, despreciando incluso los tratados y la opinión pública mundial. Pero esto tal vez significase la Tercera Guerra Mundial, la destrucción mutua sin vencedor. La política internacional so-

viética se rige, en primer lugar, no por razones ideológicas, sino por motivos de seguridad. Y esa seguridad no iba a ponerse en juego por satisfacer las románticas ideas del fanático revolucionario cubano. Los partidos comunistas de Hispanoamérica adictos a Moscú recibieron instrucciones de seguir el ejemplo castrista. Tenían la consigna de erigir frentes nacionales, organizar a los campesinos, a la burguesía y al proletariado, o por lo menos ser revolucionarios sobre una base masiva. A pesar de la desviación ideológica entre el camino del socialismo "pacífico" y "violento", para ellos se trataba, en la práctica, de alcanzar el poder por medios más o menos legales. Un miembro del Comité central del partido comunista venezolano, fiel a Moscú, describió así la situación:

"Creemos que Fidel Castro es un revolucionario genuino, pero que carece de formación marxista. Sin embargo, ha cometido el grave error de dejarse arrastrar por su inclinación al caudillaje militar y a la aventura. La guerrilla no es un fin; y cuando un hombre no sabe guardar a tiempo la metralleta, no es apto para gobernar un país ni dirigir su Administración. En determinados casos resulta imprescindible la lucha armada. En Venezuela ha dejado de serlo, pues ya no estamos sometidos al poder de un tirano; nos encontramos en unas condiciones que permiten la evolución política de las masas en forma legal, sin tener que recurrir a la lucha militar. En este aspecto coincidimos con los rusos, al igual que estamos de acuerdo con los restantes partidos comunistas de Hispanoamérica. Ya ha pasado la época de la guerrilla y el terror."

La tirantez existente en el triángulo Moscú-Pekín-La Habana ha provocado la desmembración de las fuerzas comunistas. Los comunistas ortodoxos, castristas, chinos y trotskistas, que reciben sus consignas de México, además de los grupos mixtos como los chino-trotskistas, castro-chino-trotskistas, chino-castristas y otras escisiones en esta misma línea, hacen muy confuso el cuadro de la izquierda comunista.

Con todo, Castro no se deja convencer de que debe dejar de exportar su estrategia revolucionaria. Subordinado económicamente a Moscú, su pobre nación de siete millones de habitantes lucha con los Gobiernos de Hispanoamérica, que reciben apoyo de Estados Unidos. Los esfuerzos cubanos no merecen la aprobación política de Moscú. Justamente lo que Panamá es para los contrarrevolucionarios, simboliza Cuba para los revolucionarios. En las escuelas revolucionarias castristas se adiestran en la lucha de guerrillas jóvenes de casi todas las naciones hispanoamericanas. En ellas aprenden el modo de promover disturbios, a sacar partido de ellos, hacer propaganda contra el imperialismo yanqui, apelar al nacionalismo y a la ideología política, a ejecutar en fin las tareas revolucionarias. Los insurgentes potenciales de Hispanoamérica, estudiantes en su mayoría, reciben "becas" de La Habana, y una vez terminado el período de instrucciones regresan a las Universidades de su país natal para organizar células revolucionarias.

Hasta el presente habrán pasado unos cuatro mil hispanoamericanos por las escuelas de agitación cubanas. Sin embargo, nunca han logrado vencer a sus oponentes de Panamá. Cabe preguntarse por qué los revolucionarios cubanos no cejan en su empeño. Dejando a un lado la ambición personal de los actores, los castristas opinan que Cuba debe seguir siendo un ejemplo para la revolución socialista; lo que ha sido posible en Cuba puede suceder en otros países hispanoamericanos. La victoriosa revolución castrista marca la pauta a los restantes países del continente americano para que se sacudan el yugo del imperialismo yanqui y establezcan un orden social verdaderamente justo. Ernesto Che Guevara, el gran teórico de la lucha de guerrillas, destaca en su obra *La guerra de guerrillas* —convertida en la actualidad en Biblia de los revolucionarios hispanoamericanos— la singular importancia del experimento cubano:

"Del ejemplo de la Revolución cubana pueden extraerse tres importantes enseñanzas aplicables al movimiento revolucionario en los países hispanoamericanos del continente:

"1.ª Las fuerzas populares utilizadas contra un Ejército regular pueden lograr la victoria.

"2.ª No debe esperarse siempre que se den todas las condiciones favorables para la revolución; los jefes de la misma han de crear dichas condiciones.

"3.ª En los países subdesarrollados de Hispanoamérica, la lucha armada debe iniciarse principalmente en las zonas agrícolas."

La Revolución cubana reveló la "pasividad de los revolucionarios o, mejor dicho, de los seudorrevolucionarios que tratan de justificar su inactividad con su verborrea acerca de la invencibilidad de un Ejército regular. Refuta asimismo la opinión de quienes prefieren esperar a que se den las condiciones subjetivas y objetivas favorables a la revolución, sin poner nada de su parte para acelerar el proceso". Es lógico que deban existir unas "condiciones mínimas" para que se forme el "primer núcleo de guerrilleros", pero basta con un grupo de cincuenta hombres resueltos para iniciar una revolución armada en cualquier país de Hispanoamérica. Más allá de esta exageración, es evidente que este modo de ver la revolución se opone al parecer de Moscú. Las condiciones objetivas y subjetivas son de importancia decisiva en una situación revolucionaria, pero las ideas de

La estrategia y la táctica del castrismo

1.° Para los comunistas ortodoxos, en Latinoamérica no se está produciendo ninguna revolución socialista, sino democrática-antifeudal y antiimperialista. Esto explica sus esfuerzos para acordar alianzas, no sólo con el "campesinado" y la "pequeña burguesía", sino también con la "burguesía nacional", así como por crear frentes populares y evitar todo aquello que pudiera provocar o perjudicar a los aliados en potencia procedentes de los círculos burgueses.

Para los castristas, en cambio, la revolución nacionalista-antiimperialista contiene fuertes rasgos socialistas desde el principio. A ellos les parece improcedente tratar de encontrar aliados en las filas de la burguesía, por lo que tratan más bien de destruir a estos aliados potenciales por medio de métodos violentos y revolucionarios.

2.° Los comunistas ortodoxos parten de los intereses comunes del "sistema socialista mundial", cuya estrategia y táctica debe estar subordinada en todos los países. Esto significa que la lucha en cada país debe desarrollarse de acuerdo con la política soviética, que en la actualidad está representada por la coexistencia pacífica.

Para los castristas, esta clase de subordinación representa una traición a la revolución del tercer mundo. La revolución debe ser impulsada, según ellos, sin tener en cuenta para nada la línea política del Kremlin.

3.° Los comunistas ortodoxos creen que la revolución debe apoyarse en la clase trabajadora, incluso durante su fase democrática.

Los castristas, en cambio, consideran a la población campesina como la más importante reserva humana de la revolución.

4.° Los comunistas ortodoxos creen que hay un camino pacífico que les pueda llevar hasta el poder, lo que, naturalmente, no excluye el empleo ocasional de la violencia.

Los castristas consideran que el camino pacífico es una utopía; a sus ojos, afirmar que ese camino se puede recorrer representa un peligro y una tesis que paraliza el desarrollo revolucionario.

5.° Para los comunistas fieles a Moscú, una revolución sólo se puede materializar cuando se haya alcanzado una situación revolucionaria objetiva.

Los castristas no quieren esperar a la "maduración" de una situación revolucionaria objetiva. En su opinión, esta situación puede presentarse como consecuencia de las acciones violentas de pequeñas minorías.

6.° Los comunistas fieles a Moscú sólo consideran a la revolución como movimiento de masas que debe desplegarse sobre todo allí donde se asienta el poder, o sea, en las ciudades.

Para los castristas, la revolución será el resultado de la lucha de pequeños grupos armados que se establezcan en zonas apartadas, ganándose a la población campesina

IMAGEN DERECHA: Esta fotografía fue premiada con el primer premio en el Concurso Internacional de Fotografía de Prensa celebrado en La Haya en 1962. En ella se muestra a un soldado mortalmente herido durante los disturbios promovidos por los castristas en Venezuela, que agoniza en brazos de un sacerdote.

La Iglesia de Latinoamérica también se ha dado cuenta gradualmente de que la gran miseria de las masas sudamericanas sólo se puede remediar por medio de reformas radicales. "Si Cristo hubiera venido a Colombia, también habría cogido una pistola ametralladora y habría ingresado en el movimiento de resistencia clandestino, en vista de las enormes injusticias que se cometen en este país." Esta concepción del sacerdote Camilo Torres, que abandonó los hábitos para entrar a formar parte del grupo de guerrilleros, siendo finalmente muerto, no puede ser en modo alguno la idea oficial de la Iglesia. El Papa sólo conoce el camino pacífico; nunca podrá aceptar la violencia como medio. Y, sin embargo, las palabras pronunciadas en 1967 por un obispo brasileño ya no son nada raro en la actualidad: "Veo a Latinoamérica como un gran pueblo oprimido. No es necesario analizar aquí todas las formas que adquiere la opresión. Quien mantenga los ojos abiertos no puede dejar de verlas. Y lo primero que hará será optar por la liberación. La consecuencia de ello será que la voluntad de todo el pueblo romperá radicalmente con el imperialismo económico, político y cultural. Los campesinos, los trabajadores, los estudiantes, todos los oprimidos están llamados a conseguir su propia liberación, a convertirla en un hecho. ¿Hacia qué dirección conducirá el camino de Latinoamérica? No puedo predecir el camino de nuestro desarrollo. Cuando despierten su propio sentido crítico y su capacidad para la autodeterminación, Latinoamérica sacudirá el yugo de todas las opresiones, y su propio rostro volverá a ser visible. En la medida en que el pueblo latinoamericano consiga liberarse de la injusticia, de la soberanía ejercida por los extranjeros, y del imperialismo, conseguirá también superar la amenaza comunista."


CARNICERIA
LA ALCANTARILLA

y conquistando finalmente todos los núcleos urbanos.

7.° Para los comunistas ortodoxos, la victoria de la revolución presupone la existencia de un partido experimentado, disciplinado, con teorías claras y formado según los principios del "centralismo democrático".

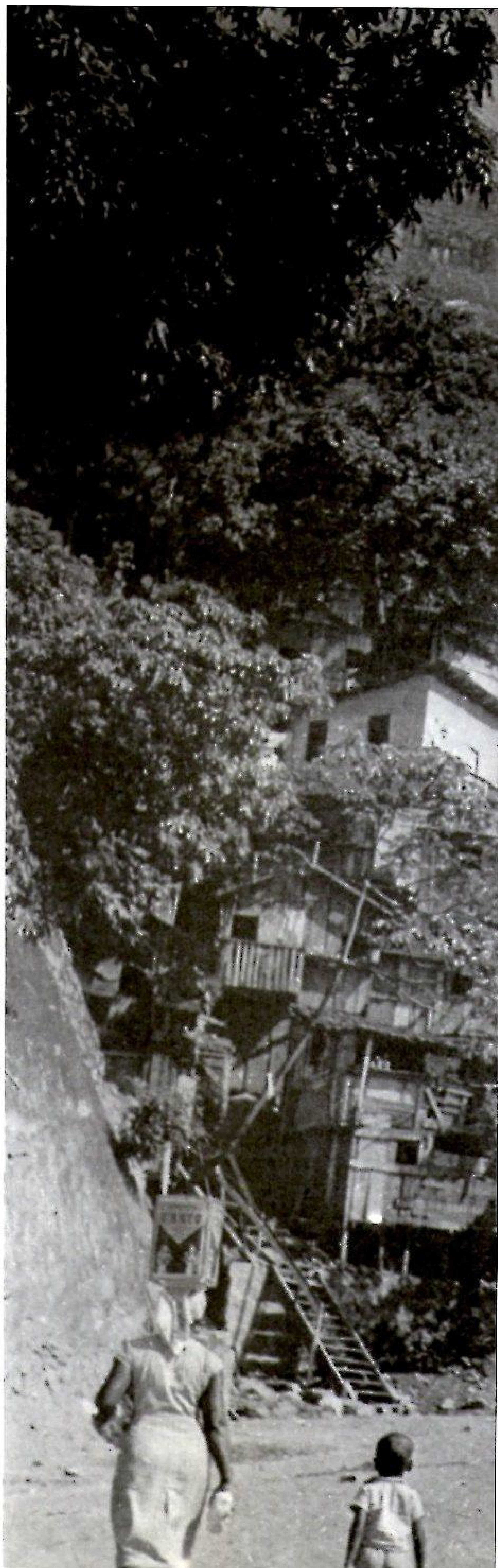
Para los castristas, el partido es sustituido por el grupo de guerrilleros, del que más tarde, tras la victoria, aparecerá un partido revolucionario. La lucha de guerrillas es considerada como el método revolucionario decisivo; mediante la creación de toda una serie de "Vietnams" se debe destruir al imperialismo, creando en su lugar el socialismo.

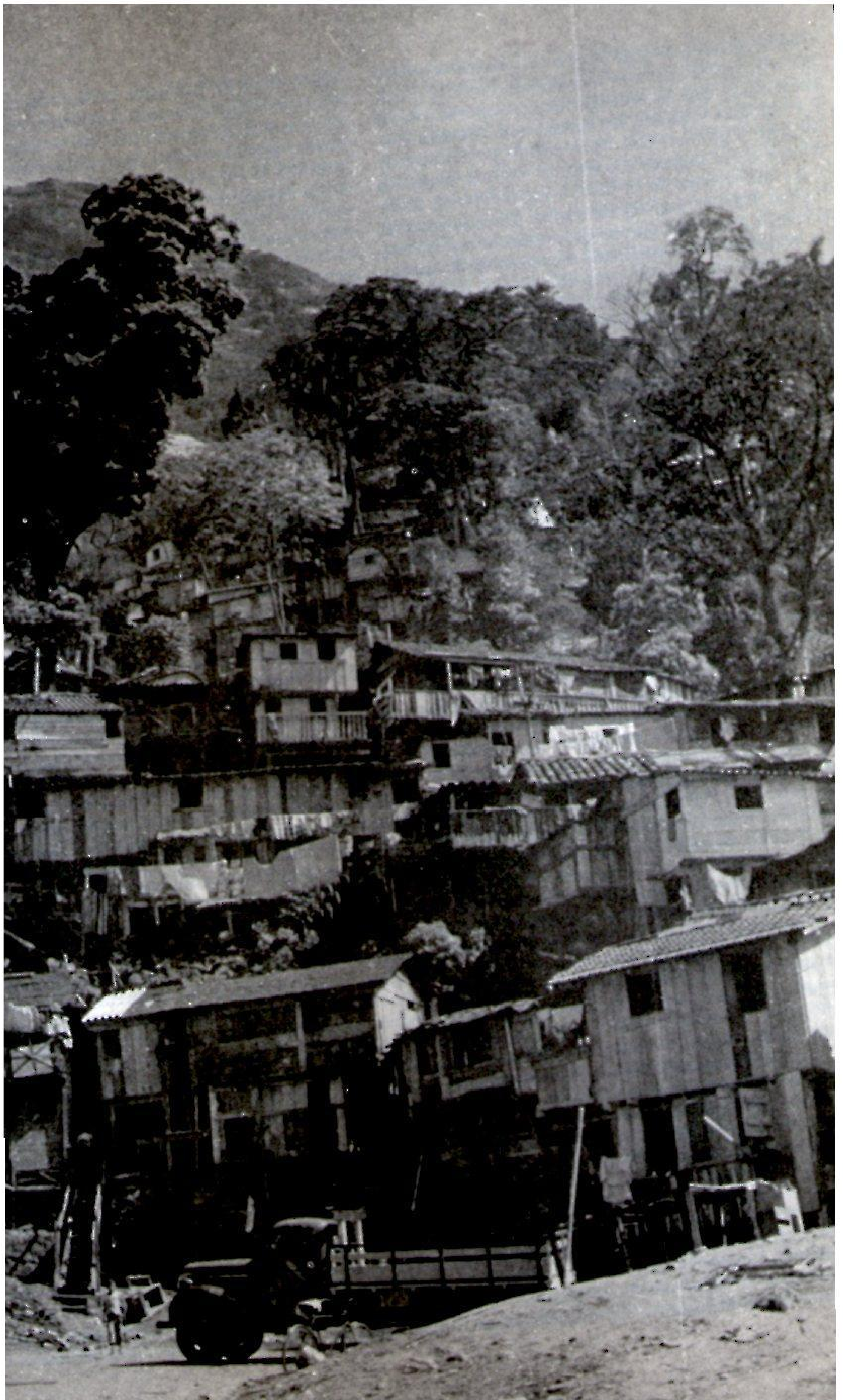
(*Boris Goldenberg:* La teoría revolucionaria de Fidel Castro en conflicto con Moscú, en *Europa-Archiv, 1967.*)

En su libro En busca de un nuevo mundo, *Robert F. Kennedy escribe acerca del problema fundamental de América del Sur, o sea, sobre la pobreza:*

"La última herencia de este desarrollo (feudal), son la pobreza, la humillación y la necesidad, cuyas estadísticas ya casi se han convertido en una letanía. Los ingresos per cápita son a menudo inferiores a los 100 dólares anuales; el promedio para todo el Brasil apenas si llega a los 300 dólares y puede llegar a ser más bajo, por término medio; el 60 por ciento de la población de San Salvador tiene unos ingresos medios anuales de menos de 55 dólares. La enseñanza es irrisoria en la mayor parte de los países sudamericanos. En Colombia, por ejemplo, sólo un 60 por ciento de todos los niños asisten a la escuela, y de éstos, un 90 por ciento apenas asiste durante cuatro años. El 50 por ciento de toda la población latinoamericana es analfabeta. En casi todas partes predominan las enfermedades y la infraalimentación; la mitad de las personas que son enterradas en Latinoamérica no han cumplido los cuatro años. Viajar por estos países, viendo la terrible realidad de la miseria humana significa vivir de un modo estremecedor todas estas estadísticas.

"En todas las grandes ciudades, y sobre todo en las afueras de las mismas, existen enormes barrios pobres, repletos de masas increíbles de chozas hechas con hoja de lata, papel cartón o barro, que sólo disponen de una habitación y todo parece indicar que de cada puerta salen docenas de niños. En Lima se les llama 'barriadas', en Santiago 'callampas', en Buenos Aires 'villas miserias', en Río de Janeiro 'favelos' y en Caracas 'ranchitos'. Todas son iguales: están habitadas por incontables campesinos que han llegado a las ciudades en busca de una vida mejor, pero que no encuentran trabajo, ni escuelas, ni viviendas, ni instalaciones sanitarias, ni médicos, y casi ni esperanza. Su vida sólo es soportable porque en el campo aún era mucho peor."





Castro difieren en este punto. Sin entrar en detalles relativos a posturas ideológicas, hoy día puede asegurarse que la política hispanoamericana de La Habana y Moscú ha entrado en una fase conflictiva. Y si bien Castro depende por entero de Moscú en el aspecto económico, no está dispuesto a ser un satélite de la URSS en el terreno ideológico. Y no se guarda de atacar abiertamente al Kremlin; pero su mayor desprecio lo manifiesta en relación a los partidos comunistas hispanoamericanos leales a Moscú, con lo que indirectamente alude al ruso. "No solidarizarse con el movimiento revolucionario equivale a identificarse con el imperialismo yanqui y con su política de esclavización mundial." Esta censura de los partidos comunistas hispanoamericanos encierra al mismo tiempo un reproche a Moscú.

Che Guevara manifestó así su desprecio por los comunistas venezolanos ante un periodista francés: "Han entregado a la policía a muchos de nuestros hombres, así como un cargamento de armas enviado desde Cuba por Fidel Castro. Esos idiotas se han empeñado en hacer una revolución 'espiritual'. No quieren verter sangre; son revolucionarios al estilo ruso actual." Además, Che Guevara no quería ser llamado comunista, porque temía "ser cortado por el mismo rasero que quienes se llaman comunistas, a quienes aborrezco. Ya no hay comunistas, sobre todo desde que se emplea sistemáticamente la expresión para designar a los rusos. Con esta bonita palabra, los rusos han escarnecido a muchos y han hecho de ella un nauseabundo potaje de pequeño burgués". Cuando Che Guevara, que ya luchaba en Bolivia, se enteró por la radio de que en un periódico de Budapest le había tildado de "figura irresponsable", loando en cambio a los comunistas chilenos adictos a Moscú, anotó furioso en su diario: "¡Cómo me agradaría llegar al poder sólo para desenmascarar a los cobardes y lacayos de toda ralea, y frotarles el hocico en su propia inmundicia!" No hay duda de que Che Guevara se sentía aún más defraudado que Fidel Castro por la actitud de Moscú respecto a Hispanoamérica. Sin embargo, mientras Castro consolidaba su poder en Cuba, luchaba contra el analfabetismo en la isla y movilizaba a las masas cubanas en horas extras voluntarias para trabajos especiales, no podía romper con los soviéticos por depender de ellos, aunque propagaba la revolución en los países hispanoamericanos en contra de los deseos de Moscú; contribuía a ello con su propio esfuerzo y deseaba que sus camaradas de la Sierra Maestra ayudaran no sólo teóricamente, sino que, como Che Guevara, predicasen con el ejemplo y se enrolaran en la guerrilla activa.

Che Guevara, en la actualidad símbolo y mito de la izquierda revolucionaria del mundo entero, nació el 14 de junio de 1928 en la ciudad argentina de Rosario, siendo bautizado con el nombre de Ernesto. El apodo de Che se le adjudicó más tarde, por su hábito de repetir con mucha frecuencia la interjección "¡che!". Su madre, Celia de la Serna, pertenecía a la vieja aristocracia argentina y era una de las más ricas herederas bonaerenses. A pesar de su cuna, tomó partido por el bando republicano en la guerra civil española; actitud evidentemente contradictoria con su clase. Como intelectual de izquierda que era, se la denominaba en sociedad la Rebelde. El padre de Ernesto, también argentino, cuya abuela descendía de irlandeses, había interrumpido sus estudios de arquitectura para entregarse a la vida fácil con Celia de la Serna. El matrimonio llevaba un tren de vida fastuoso, sin importarles la merma que experimentaba el peculio familiar. Parecían estar dispuestos a terminar con la hacienda. Al nacer Ernesto, los Guevara eran aristócratas venidos a menos. Agotados los caudales, no quedaba otro remedio que adaptarse a una vida más modesta. Ernestito padeció de asma a muy temprana edad; su vida se hallaba en continuo peligro. Los Guevara se afincaron en la estación balnearia de Alta Gracia, en la provincia de Córdoba, al pie de la sierra, por lo seco del clima. Todavía cuidaban la vida de relación y, aunque empobrecidos, menospreciaban el dinero. Entre el círculo de sus amistades figuraban exiliados republicanos españoles. Ernesto prestaba mucha atención a las conversaciones que sobre política se desarrollaban a su alrededor, aprendía rápidamente y leía muchos libros de la biblioteca paterna. A los dieciocho años, Ernesto Guevara se trasladó a Buenos Aires para estudiar Medicina. De carácter más bien retraído, tenía en común con el estudiante Fidel Castro el mismo desaliño en la apariencia personal. Si a éste le apodaban Bola de Churre en La Habana, a Ernesto le motejaban en la Argentina con el sobrenombre de Chancho (Cerdo). El joven, aquejado de asma, recorrió más de cuatro mil kilómetros de territorio argentino en una bicicleta provista de un motorcito auxiliar. Había emprendido el viaje sin dinero, ganándose el sustento con trabajos esporádicos. La empresa constructora del motor auxiliar, entusiasmada por la proeza, inició una campaña de propaganda de Micron, el valioso producto. "A consecuencia de ello —escribe Carlos Widmann— Guevara decidió transformarse en trotamundos: un joven de buena familia, sin dinero, sin ocupación la mayor parte del tiempo, poco menos que andrajoso y sucio, y con muchas ganas de conocer mundo. En su primer viaje (1952) deseaba visitar una leprosería de la isla de Pascua, pero no salía ningún barco de Valparaíso y se dirigió al norte: minas de cobre de la Braden Copper Corporation en

Chile; ruinas incas en el Perú, y leprosería cerca de Loreto, en la cuenca amazónica peruana. En agradecimiento a los servicios prestados, los enfermos le construyeron una balsa con la que pudo trasladarse a Colombia, donde actuó de entrenador en un equipo de fútbol. Un avión que transportaba caballos de carreras le llevó gratis a Miami, donde el joven vagabundo, sin dinero, aprendió a conocer a la policía extranjera. De regreso a Buenos Aires, aprobó doce asignaturas en diez meses, compuso una tesis sobre la alergia, y en marzo de 1953 obtuvo el grado de doctor en Medicina. Pudo establecerse, ya que las amistades de la familia le aseguraban una clientela acomodada. Pero en lugar de ello, Guevara emprendió el camino de nuevo."

En su viaje a Venezuela, donde quería cuidar leprosos, cruzó antes Bolivia, donde con gran asombro vio indios armados. Con posterioridad a la Revolución de 1952 se abolió el Ejército y en su lugar se creó la milicia del pueblo. Se nacionalizaron las minas de estaño y se emprendió la reforma agraria. Che Guevara se detuvo en Bolivia por más tiempo del previsto y observó el curso de la revolución. Luego se dejó convencer por un amigo y se trasladó a Guatemala, donde el presidente Arbenz Guzmán ya había comenzado a aplicar la reforma agraria. Pero su caída estaba ya decretada por la CIA. Nadie hizo el menor caso a las advertencias de Guevara, en el sentido de que armasen al pueblo, siguiendo el ejemplo boliviano. Che Guevara —su nombre estaba en la lista negra del nuevo régimen— tuvo que refugiarse en la Embajada argentina, desde donde pasó a México. Hizo amistad con los hermanos Raúl y Fidel Castro. "Conocí a Fidel en una fría noche mexicana y recuerdo que nuestra primera conversación versó sobre política internacional. Al amanecer era ya miembro de su expedición." Durante su período de instrucción en México, el coronel Alberto Bayo le consideró como su más aventajado discípulo. Che Guevara se consagró en Sierra Maestra como un excelente jefe de guerrilleros. Che Guevara, frío, calculador, y Fidel Castro, fanático y agitador, se complementaban de manera ideal. Sabían captarse a los individuos y a las masas, y su indudable valor constituía un buen ejemplo para sus combatientes. Tras la victoria de los rebeldes, Che Guevara permaneció junto a Fidel Castro a la cabeza de la revolución. El y Raúl habían abrazado el comunismo hacía tiempo e inducían a Fidel a hacer lo propio. Decía Che Guevara: "Una revolución, si ha de tener éxito y permanencia, ha de poner en duda las viejas estructuras e imponer el orden definitivo. Para lograrlo ha de ser brutal, inmutable y marxista."

Cuando llegó la hora de asignar los puestos de responsabilidad, Che Guevara fue nombrado presidente del Banco Nacional cubano. Che odiaba el dinero hasta el extremo de querer su abolición; concebía al nuevo hombre socialista sin el menor egoísmo material. Fidel Castro buscaba entre sus barbudos a un "economista". Che Guevara entendió que buscaba un "comunista" y se presentó. Che fue promovido al cargo, y no se cansaba de repetir la graciosa anécdota. Pasó luego al Ministerio de Industria, esforzándose por impulsar la socialización. No tuvo éxito en el empeño. La producción disminuía, Che Guevara tuvo que autocriticarse y su influencia en Cuba comenzó a disminuir.

En un viaje por Asia y Africa de tres meses de duración, que inició a finales de 1964, criticó a los camaradas rusos y cubanos. "Han conquistado muchos privilegios: lindas secretarias, magníficos automóviles y aire acondicionado en sus viviendas. Cuando se han habituado a esas cosas bonitas, empiezan a cerrar las puerta, para que en sus casas refrigeradas no entre el aire caliente. Pero fuera quedan las masas trabajadoras."

No obstante, a su vuelta en marzo de 1965, Fidel Castro le recibió en el aeropuerto de La Habana con el beso fraternal de rigor. Pero no hubo para el Che discurso de bienvenida; Castro desapareció rápidamente en las vastas dependencias del aeropuerto. En adelante, Che Guevara ya no ejercería actividad política alguna; tampoco solía aparecer en público. Pronto circularon rumores de graves divergencias de opinión entre Fidel y Che, e incluso se atribuyó a Castro la muerte de su amigo de Sierra Maestra. La Habana, oficialmente, guardó silencio sobre el Che durante casi medio año; a principios de octubre Fidel Castro leyó ante cinco mil oyentes una carta del misteriosamente desaparecido Che Guevara: "Tengo la impresión de haber cumplido mi tarea, en lo que atañe a Cuba y su revolución. Me despido de ti, de tus camaradas y de tu pueblo, que en adelante será el mío. Renuncio formalmente a mis cargos en la jefatura del partido, a mi cartera ministerial, a mi grado de comandante y a la nacionalidad cubana. Otros países del mundo requieren el concurso de mis modestos esfuerzos. Puedo hacer lo que a ti tu responsabilidad frente a los destinos del pueblo cubano no te permite hacer. Ha llegado la hora de que nos separemos. Llevaré a nuevos campos de batalla la fe y el entusiasmo que debo agradecerte. *Che.*" En primera fila se hallaba Aleida, la segunda esposa de Che Guevara, anegada en llanto.

¿Había muerto Che Guevara, en realidad? ¿No lo habría asesinado Fidel Castro? ¿No sería falsa la carta que leyó Fidel Castro? ¿Habría encontrado Che una muerte gloriosa luchando en la República Dominicana? Las dudas y los rumores

no se acallaban, y el misterio se extendía cada vez más.

Lo cierto es que Che Guevara se había dirigido primeramente a Africa, donde luchó en las filas de los rebeldes comunistas contra Tshombé. En marzo volvió a Cuba, y desde allí, con el consentimiento y apoyo de Fidel Castro, se trasladó al continente. Che Guevara estaba resuelto a sublevar Hispanoamérica, contra la voluntad de Moscú y de los partidos comunistas latinoamericanos, fieles al Kremlin. Creía firmemente en sus argumentos teóricos deducidos de la experiencia cubana, así como en la eficacia de la guerra de guerrillas. Pero el odioso archienemigo de la revolución, el imperialismo yanqui, había redoblado la vigilancia, si bien cabía la posibilidad de vencerle en la lucha de guerrillas. La intervención masiva de los *marines* en la República Dominicana indicaba sin lugar a dudas que Estados Unidos estaba dispuesto a conjurar el peligro comunista por todos los medios a su alcance. Convenía pues obligar al coloso a que dispersara sus fuerzas. De ahí la nueva consigna de Che Guevara: "Cread uno, dos, tres, muchos Vietnam." Lo mismo que en el sudeste asiático, donde los norteamericanos no lograban la victoria, había que dividir y aniquilar a las fuerzas enemigas en Hispanoamérica. "Cada montaña y cada selva del centro y sur de nuestro continente ha de ser una base para los guerrilleros." Con un puñado de hombres dispuestos a luchar, Che Guevara quería materializar sus ideas estratégicas hasta alcanzar la victoria sobre el imperialismo yanqui y conseguir una Hispanoamérica socialista. Che Guevara consideró a Bolivia el país más adecuado para iniciar la lucha de guerrillas. Esta república continuaba siendo la más pobre e inestable de las naciones hispanoamericanas. Desde la fundación del Estado boliviano, en 1825, se han producido más de 170 revoluciones; puede decirse que apenas ha conocido la tranquilidad. Campesinos y mineros descontentos, y un activo movimiento clandestino, unido a un dictador militar considerado débil, le parecieron a Che Guevara "las condiciones objetivas ideales" para su revolución. Sobre todo, Bolivia disponía de un Ejército relativamente pequeño; las tropas norteamericanas tendrían que acudir en auxilio del Gobierno. Sería pues el primero de los muchos Vietnam en Hispanoamérica. Washington se vio obligado a "enviar tropas regulares en mayor número cada vez, con objeto de asegurar la relativa estabilidad de un régimen cuyo Ejército nacional no podía enfrentarse con éxito a los guerrilleros". La intervención de las fuerzas norteamericanas constituía un elemento capital en la estrategia de Che Guevara. La presencia de soldados extranjeros pondría en juego una de las fuerzas más poderosas de Hispanoamérica, el nacionalismo, que, junto con el enconado sentimiento antiyanqui, bastarían para movilizar la guerrilla. Este nacionalismo, hábilmente activado, llevaría la tensión a tal



extremo, que forzaría la intervención violenta de los yanquis hasta provocar el estallido de una guerra civil, que de un país se extendería a todo el continente, transformando éste en un inmenso campo de batalla, donde los nativos lograrían al fin la ansiada libertad.

Desde el punto de vista geográfico, con su abundancia de selva y montañas, Bolivia ofrece condiciones óptimas para la guerrilla. Limita con las repúblicas de Brasil, Paraguay, Argentina, Chile y Perú. Estas naciones también podrían ser focos activos de sedición, de modo que los guerrilleros que operasen en territorio boliviano podrían recibir ayuda directa.

Dos comunistas bolivianos, los hermanos Guido y Roberto Peredo recibieron el encargo de adquirir un terreno en la inhóspita región del sudeste boliviano, donde camuflados de agricultores instalarían un campamento de guerrilleros. Una mujer llamada Tania organizaría el abastecimiento. Empezaron a llegar camiones repletos de alimentos, transmisores, armas y municiones. A principios de octubre, las cosas estaban a punto, en espera de la señal de Ernesto Che Guevara, alias *comandante Ramón*. Con el pelo cortado, lentes con gruesa montura de concha y sin barba, un Che Guevara irreconocible en su nueva personalidad de Adolfo Mena, comerciante, salió de Uruguay para dirigirse a Praga, Frankfurt, París, Zurich, Dakar, Río de Janeiro y, por fin, se internó en Bolivia, escenario de futuras luchas. Aterrizó el 5 de noviembre de 1967, en un punto ignorado. La primera anotación en su célebre diario está fechada el 7 de noviembre, y dice así: "Hoy comienza una nueva etapa. Llegamos de noche a la hacienda. El viaje transcurrió hasta cierto punto sin novedad. Una vez que pasamos por Cochabamba decentemente vestidos, Pachungo y yo buscamos los contactos. Seguimos adelante en *jeep* durante dos días.

"Detuvimos los vehículos tan pronto nos encontramos en las proximidades de la hacienda. Sólo uno proseguiría la marcha, a fin de no atraer las sospechas de los hacendados vecinos. Al continuar el viaje hacia la finca, Bigotes, que ya conocía mi identidad, casi se precipita en un barranco, pero logró dominar el *jeep* en el mismo borde de la sima. Avanzamos unos 20 kilómetros y llegamos a la finca a medianoche. Tres centinelas nos dieron el alto.

"Bigotes se mostraba dispuesto a colaborar con nosotros, no le importaba lo que ordenase el partido; con todo, quería ser leal a Monje, a quien parecía apreciar mucho. De igual modo, Rodolfo se puso a nuestra disposición y también Coco, pero había que esperar la decisión del partido para comenzar la lucha. Les rogué que no dijesen nada hasta la llegada de Monje, que estaba de viaje por Bulgaria, y nos ayudaría. Ambos indicaron su conformidad."

El partido citado es, naturalmente, el comunista boliviano, y Mario Monje su secretario ge-

Ya cuando era joven, al Che Guevara le atraía la aventura. Aunque padecía de asma, en 1950 emprendió un viaje agotador con una bicicleta a través de toda Argentina. "Para mis admiradoras cordobesas. El rey de los caminos", escribió en la fotografía que se hizo por aquella época (DERECHA). Durante su viaje de 1953 estuvo presente en el desarrollo revolucionario que se produjo en Bolivia. Lo que más le asombró fue la disolución del Ejército regular y la formación de milicias armadas, compuestas en su mayor parte por indios (IZQUIERDA). Cuando catorce años después Che Guevara regresó a Bolivia como jefe de guerrilleros, no consiguió ayuda de los nativos.





Uno de los motivos que explican el fracaso de Che Guevara en Sudamérica fue el nacionalismo boliviano, que veía en el revolucionario argentino y en sus compañeros cubanos a un invasor extranjero. Este nacionalismo de cada uno de los países sudamericanos —apenas existe uno que no haya tenido disputas fronterizas con los países vecinos— hace que la solidaridad latinoamericana sea una pura ilusión. La "guerra del fútbol", estallada en julio de 1969 entre El Salvador y Honduras, nos muestra un extremo de hasta dónde puede llegar este exacerbado nacionalismo. Cuando el equipo nacional de El Salvador llegó a Honduras para jugar un partido de clasificación para el campeonato mundial de fútbol, los fanáticos del juego gritaron y aullaron durante dos noches seguidas ante el hotel donde se hospedaba el equipo nacional de El Salvador, con objeto de fatigar al once salvadoreño. Los jugadores, prácticamente agotados de no poder dormir, perdieron por 1 a 0. Cuando se celebró el encuentro de vuelta en la capital de El Salvador, el campo de fútbol parecía un "Vietnam", según palabras del entrenador de Honduras. "Unos 14.000 seguidores acompañaron a nuestro equipo hasta San Salvador, siendo acogidos por las hordas salvadore-



ñas, que los apedrearon. Muchachas jóvenes fueron violadas ante la mirada impotente de sus padres. Los hombres tuvieron que ver cómo los enfurecidos salvadoreños violaban a sus mujeres." El partido de vuelta terminó con un 1 a 0 para los locales. Cuando se celebró el encuentro de desempate en México, ante 20.000 policías de El Salvador, ganando éstos por 3 a 2, ambos Estados rompieron sus relaciones diplomáticas. A continuación, 12.000 salvadoreños fueron expulsados de Honduras. El fanatismo futbolístico aumentó hasta el grado de convertirse en una guerra. Nuestra foto muestra a unos soldados hondureños ante unos caídos salvadoreños.

Cuba ha eliminado en poco tiempo el nivel material e ideológico de la reacción imperialista, demostrando ser un luchador revolucionario de vanguardia.

Si a corto plazo, el imperialismo pudo sacar más ventajas de la Revolución cubana que las propias fuerzas revolucionarias, ello no se debe a su mayor grado de inteligencia. Basándose en su mejor situación, el imperialismo puede poner en práctica con mayor rapidez las lecciones que tan bien ha aprendido de la Revolución cubana, porque cuenta para ello con todas las posibilidades materiales de la violencia organizada, así como de la crueldad que ejerce continuamente, desplegada por propio instinto de conservación.

En lo que se refiere a la situación material, no se debe sobrevalorar el extraordinario incremento de las medidas represivas que se ha producido desde 1960. La otra cara de la medalla, o sea, la "Alianza para el Progreso", la ayuda militar a los Gobiernos latinoamericanos, ha adquirido una naturaleza y una intensidad totalmente nuevas. Un mes antes de que Dillon anunciara en Punta del Este sus planes optimistas para conseguir la transformación de Latinoamérica en "un paraíso de letrinas de oro" —planes cuyos inevitables errores ya fueron analizados en su tiempo por Che Guevara—, Kennedy presentó al Congreso, en julio de 1961, un programa militar especial cuyo objeto era el de "garantizar la seguridad interior de Latinoamérica contra la subversión". Como consecuencia de ello, el New York Times *del 4 de julio presenta el programa como una transformación radical de todos los programas militares destinados al hemisferio occidental. Hasta entonces el objetivo principal había sido el de organizar algunas unidades aéreas y navales para asegurar la defensa común del hemisferio contra un posible ataque desde el exterior. A partir de entonces se concedió la mayor importancia a la defensa interior contra la subversión. Sólo durante el año 1961 se gastaron 21 millones de dólares en la lucha antisubversiva. Miles de jóvenes oficiales pertenecientes a las fuerzas de policía de los países latinoamericanos pasaron cada año por la escuela antiguerrilla instalada en Panamá; la cifra exacta es un secreto militar. Las misiones militares de Estados Unidos organizaron y entrenaron a los batallones antiguerrilla colombianos, a los paracaidistas ecuatorianos, a los comandos peruanos, a los* rangers *bolivianos y a los policías argentinos (dotados de armas pesadas). Antes de la Revolución cubana, estas fuerzas aún se encontraban en una fase inicial de creación y organización, pero en la actualidad cualquiera puede exigir la eliminación de un foco rebelde en su país, pues la existencia de estas fuerzas es bien conocida.*

(De "Problemas de la estrategia revolucionaria en Latinoamérica", en La larga marcha, *de Regis Debray.)*

neral. Era adicto a Moscú, lo mismo que el partido que actuaba en la clandestinidad. Oficialmente, Che Guevara no esperaba contar con el apoyo de los elementos comunistas bolivianos, pero sólo ellos le podrían facilitar los guerrilleros indígenas que necesitaba. Che Guevara confiaba en ganar a Monje para su causa, pese a las instrucciones contrarias de Moscú. Por ello aguardaba impaciente su llegada.

La cuestión se resolvió el 31 de diciembre. No era de esperar una negativa terminante por parte de Monje, pues el crédito y la popularidad de Ché Guevara eran demasiado grandes para contestarle con un rotundo "no". Pero él fijó condiciones inaceptables y dejó la negativa a discreción del oponente.

La entrevista con Monje se inició con generalidades, pero no se tardó en llegar a la cuestión de fondo, que abarcaba tres condiciones fundamentales:

1.ª El (Monje) pasaría el asunto a la jefatura del partido y trataría, al menos, de conseguir cuadros de mando para la lucha.

2.ª Se haría cargo de la dirección político-militar de las operaciones, en tanto la revolución se desarrollase en territorio boliviano.

3.ª También dirigiría las relaciones con los demás partidos sudamericanos e intentaría obtener una actitud favorable para el movimiento de liberación (citó como ejemplo a Douglas Bravo).

Aunque Che Guevara no formuló reparos en cuanto a los puntos primero y tercero, no se mostró de acuerdo respecto al segundo.

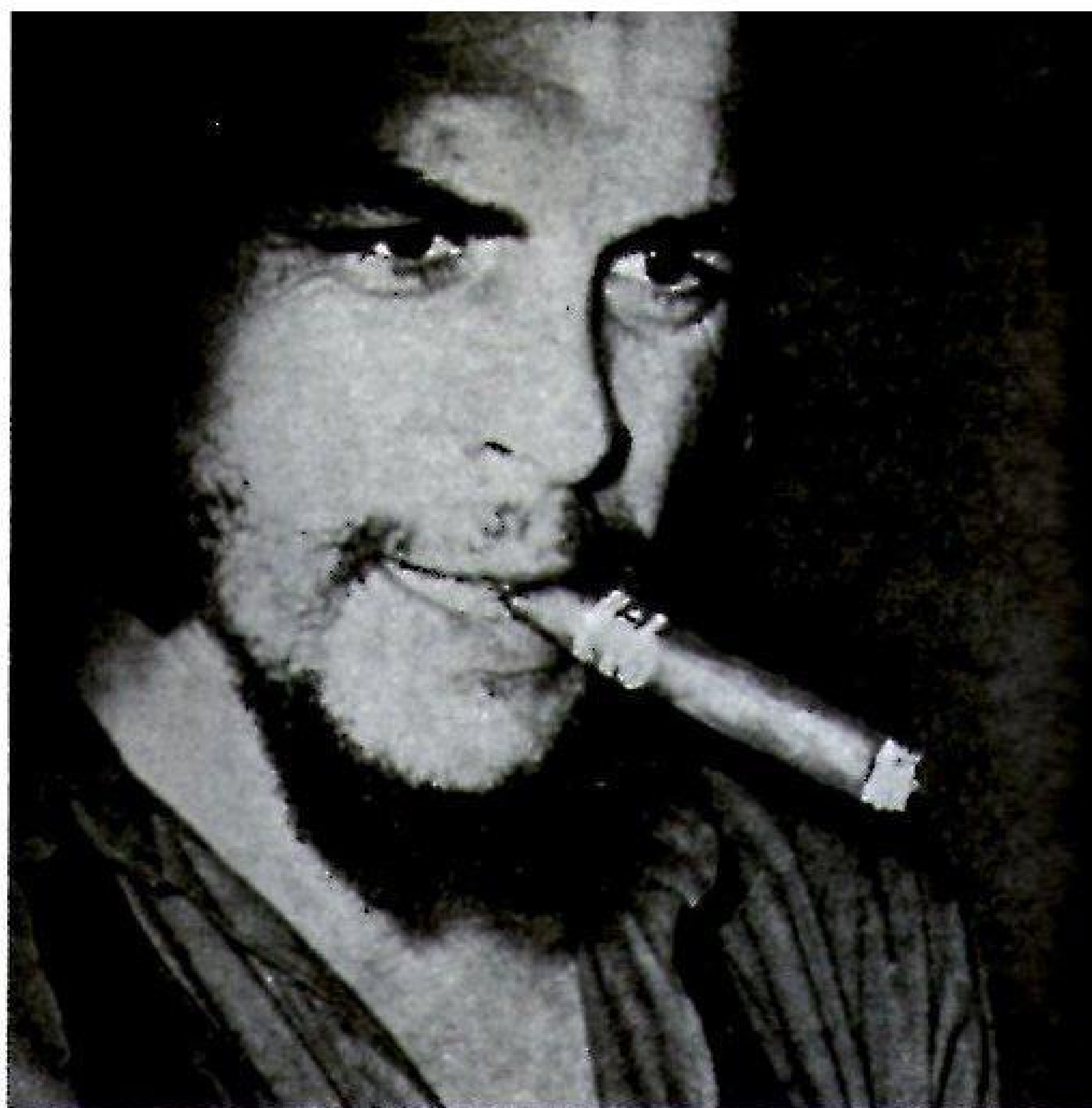
"No puedo aceptar bajo ningún concepto el punto número dos. Yo soy el jefe militar; de eso no hay la menor duda." Aquí se estancó la discusión, girando en círculo vicioso.

"Al fin acordamos que él lo pensaría y hablaría con sus camaradas bolivianos. Nos trasladamos a un nuevo campamento, y allí habló con todos y les puso ante una alternativa: quedarse o apoyar al partido. Todos desearon quedarse, lo que al parecer le molestó.

"A la mañana siguiente me dijo Monje, sin discutir conmigo, que se volvía con el propósito de presentar la dimisión de su cargo en el partido el 8 de enero. Opinaba que su labor había terminado. Se marchó como si fuera camino del patíbulo. Mi idea es que al enterarse por medio de Coco de mi decisión de no ceder en los puntos estratégicos, resolvió provocar la ruptura, pues sus razones eran insostenibles.

"Al mediodía convoqué a todos para explicarles la conducta de Monje, con lo cual proclamé que sólo formaríamos la unidad con quienes realmente desearan hacer la revolución."

En sus *Análisis del mes*, que redactaba con cierta periodicidad, Che Guevara enjuicia la situación



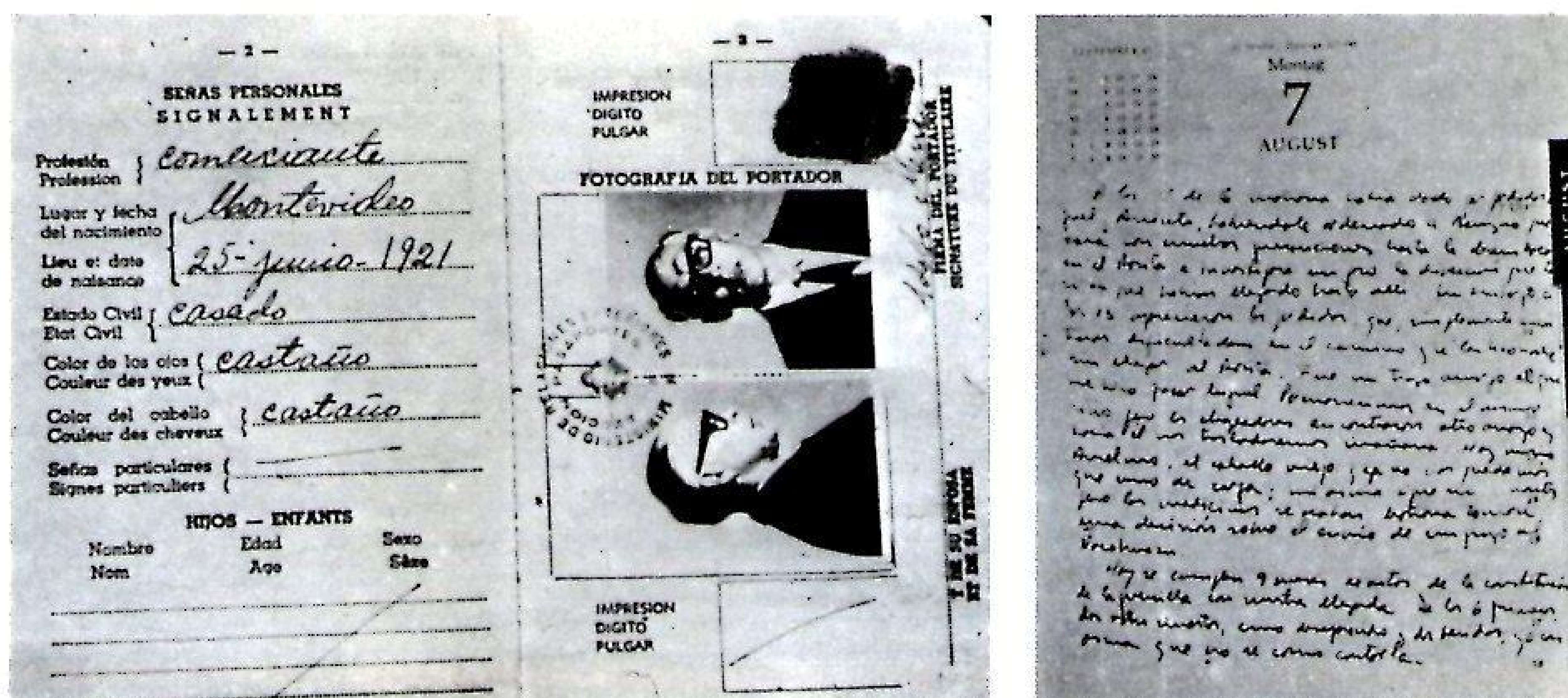
Che Guevara —aquí con un grueso puro habano—, que tampoco rechazaba los placeres de la vida, y que en la Cuba de Castro se convirtió en uno de los hombres más influyentes, fue y sigue siendo el revolucionario más convencido

a finales de enero: "Como yo esperaba, la postura de Monje fue irregular desde el primer momento y, luego, traicionera. Ya estaba tratando de dirigir sobre nosotros las armas del partido. No sé adónde le habría conducido eso, pero no nos hubiera frenado y tal vez, a la larga, nos hubiese favorecido (estoy casi seguro de ello). Los elementos más decididos a luchar están de nuestra parte, aun cuando más o menos sufran graves crisis de conciencia."

A pesar de todo, Che Guevara no consiguió ganarse al partido comunista boliviano para sus operaciones guerrilleras. Este seguía la línea de Moscú con absoluta fidelidad. Con todo, el comandante Ramón no se dejó amilanar por el primer revés; incluso lo tomó por su faceta positiva. Su optimismo no resultó menoscabado.

Con su "fuerza" de treinta hombres inició la primera marcha de entrenamiento, dejando a cuatro hombres de vigilancia. "Ahora comienza la verdadera fase de la guerrilla. Pondremos a prueba la tropa. El tiempo dirá hasta dónde pueden llegar y qué perspectivas tiene la Revolución boliviana."

La marcha fue larga y penosa. Lluvias torrenciales, calor poco menos que insoportable, bruscas diferencias de altura, terreno escabroso, labriegos desconfiados, hambre y problemas disciplinarios agotaban a la tropa. Las anotaciones de Che Guevara en su diario no omiten detalle de esa prueba general de los futuros guerrilleros.


— 2 —

SEÑAS PERSONALES
SIGNALEMENT

Profesión / Profession: comerciante

Lugar y fecha del nacimiento / Lieu et date de naissance: Montevideo 25-junio-1921

Estado Civil / Etat Civil: casado

Color de los ojos / Couleur des yeux: castaño

Color del cabello / Couleur des cheveux: castaño

Señas particulares / Signes particuliers

HIJOS — ENFANTS

Nombre / Nom	Edad / Age	Sexo / Sexe

— 3 —

IMPRESION DIGITO PULGAR

FOTOGRAFIA DEL PORTADOR

FIRMA DEL PORTADOR / SIGNATURE DU TITULAIRE

Y DE SU ESPOSA / ET DE SA FEMME

IMPRESION DIGITO PULGAR

que haya existido. Desapareció de Cuba en circunstancias misteriosas, y sólo apareció ante la opinión pública en la selva boliviana. IMAGEN IZQUIERDA: El pasaporte falso del comerciante Adolfo Mena, alias comandante Ramón, alias Che Guevara. IMAGEN DERECHA: Facsímil de una página del famoso diario de Che Guevara. El calendario donde escribía sus anotaciones lo adquirió en Frankfurt del Main, cuando pasó por esta ciudad camino de Bolivia.

"4 de febrero: anduvimos desde el amanecer hasta las cuatro de la tarde, con una pausa de dos horas para tomar una sopa. El camino serpenteaba junto al Nancahuasu; es bastante bueno, pero fatal para los zapatos. Algunos camaradas iban casi descalzos. La tropa estaba exhausta.

"17 de febrero: Ha llovido durante toda la mañana. Ha diluviado, casi sin interrupción, unas 18 horas. Todo está cubierto de agua, y el río ha experimentado una gran avenida. Inti no se encuentra bien; resultado de comer en demasía.

"21 de febrero: Inti se halla enfermo, por segunda vez en una semana a causa de un 'hartazgo'.

"25 de febrero: Cuando Benigno se marchó, me llamó Pacho para decirme que había tenido una pelea con Marcos; éste le había dado órdenes terminantes, le había amenazado con un machete y con la empuñadura del mismo le había golpeado el rostro cuando Pacho volvió de nuevo junto a él para decirle que no deseaba seguir adelante. Marcos le amenazó otra vez con el machete y le sacudió con violencia, destrozándole la vestimenta.

"Como el incidente había sido de cuidado, llamé a Inti y a Rolando, quienes confirmaron que en la vanguardia reinaba una atmósfera muy tensa debido al carácter de Marcos. Me comunicaron además algunas impertinencias de Pacho.

"26 de febrero: Benjamín se ha quedado atrás a causa de unas dificultades con su mochila y por agotamiento. Cuando nos alcanzó di orden de continuar la marcha, y nos siguió. Pero anduvo solamente unos cincuenta metros y perdió el sendero que conducía arriba. Trató de encontrarlo en medio de un roquedal. Envié a Urbano para que lo guiara, cuando hizo un falso movimiento y cayó al agua. No sabía nadar. La corriente era intensa y lo arrastró río abajo, mientras trataba de ponerse en pie. Corrimos en su ayuda y mientras nos despojábamos de la ropa, desapareció en un remolino. Rolando se lanzó al agua para intentar salvarle, pero la corriente lo alejaba por momentos. A los cinco minutos perdimos la esperanza de rescatarlo. Había sido un hombre débil y completamente inútil, pero con una fuerte voluntad de vencer. La prueba resultó demasiado dura para él, que no era muy fuerte. Fue nuestro primer bautismo de muerte a orillas del río Grande, por cierto que de un modo absurdo.

"1.º de marzo: por la noche me comunican que a Polo le han quitado un bote de leche, y a Eusebio otro bote de leche y una lata de sardinas. Ahora se tendrán que quedar sin comer nada hasta la próxima distribución de raciones. Mala señal.

"4 de marzo: los exploradores cazaron dos monos, un papagayo y una paloma. Esto y los brotes de palmera, muy abundantes junto al arroyo, constituyen nuestra comida. Hay que economizar las conservas.

"16 de marzo: decidimos comernos el caballo,

pues teníamos mucha hambre. A partir de las cinco de la tarde hubo un auténtico festín de carne de caballo. Es probable que mañana paguemos las consecuencias. Espero que hoy mismo llegue Rolando al campamento."

Mientras Che Guevara y sus extenuados hombres vagaban por la selva, los guardianes que dejaron en el campamento desertaron para alertar al Ejército boliviano. "Sin duda tendremos que reanudar la marcha antes de lo que imaginaba. La situaciones no es buena. Ahora empieza para la guerrilla una nueva etapa de prueba, que nos hará ganar un buen trecho si los hombres la superan."

El 23 de marzo tuvo lugar el primer encuentro. "Día de actividad guerrera. Sobre las ocho de la mañana se presentó Coco con la noticia de que una sección del Ejército boliviano había caído en una emboscada: capturamos 3 morteros de 60 mm, 16 fusiles Máuser, 2 bazookas, 3 carabinas, 30 metralletas, 2 radiotransmisores, botas, etc. Hubo 7 muertos y apresamos a dieciocho hombres, 4 de ellos heridos. No tuvimos necesidad de llevarnos las provisiones. Su esquema operativo cayó en nuestras manos. En él observamos que tenían proyectado un avance por ambas márgenes del Nancahuasu; ambas puntas de lanza convergían en un lugar medio. Tendríamos que llevar sin demora un destacamento a la orilla opuesta; Marcos tomó posiciones al final del camino con casi toda la vanguardia, mientras que el grueso de la tropa y parte de la retaguardia preparaban la defensa. Así pasamos la noche, y aguardamos hasta que a la mañana siguiente aparecieron los famosos *rangers*. Un comandante y un capitán, prisioneros ambos, charlaban como cotorras."

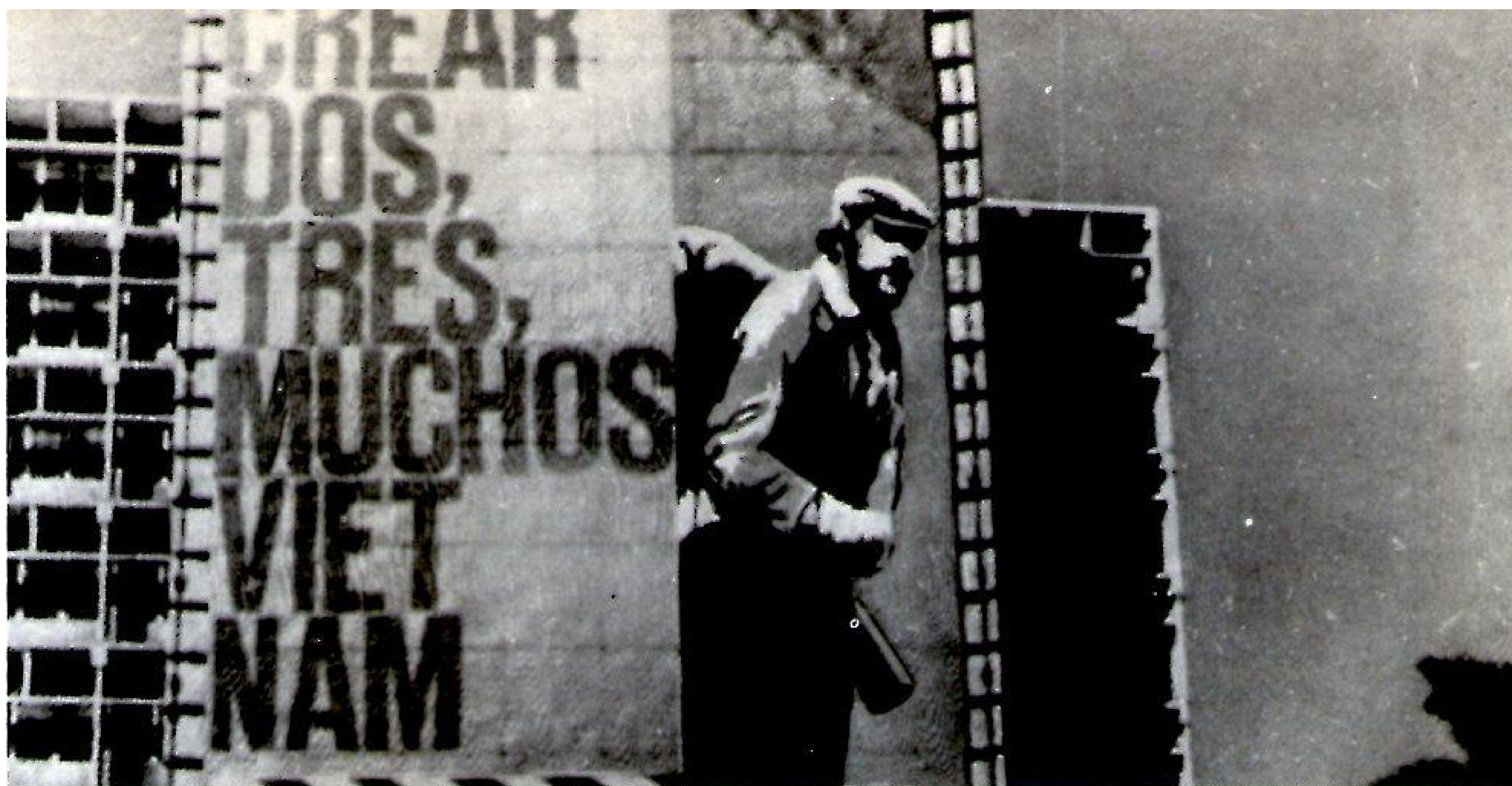
Siguiendo su propia regla —"no iniciar la pelea en ningún caso a menos de tener garantizado el éxito" y "escapar del aniquilamiento cualquiera que sean las circunstancias"— comenzó la guerra de guerrillas en la selva boliviana. Una vanguardia de 11 hombres, una retaguardia de 9 y un grupo principal de 17 componían lo que Che Guevara nombraba oficialmente como Ejército de Liberación Nacional de Bolivia. Por mediación de Radio La Paz, Che Guevara se enteró de que el dictador militar Barrientos sabía dónde se ocultaban los guerrilleros. "Han determinado con absoluta precisión nuestro emplazamiento entre el Yaki y el Nancahuasu." Hablando sobre las intenciones del enemigo, dijo: "Me temo que traten de acorralarnos." Las dificultades de la prueba general se presentaron también en su aspecto más grave: la incesante caminata bajo las más adversas condiciones y el aislamiento total socavaban la moral de la tropa.

A mediados de mayo apareció Régis Debray en el campamento rebelde. Se puso en marcha en unión de los guerrilleros, pero fue apresado por los soldados bolivianos cuando, en abril, emprendía el regreso con un fotógrafo inglés y el camarada argentino Carlos. Interrogado por agentes de la CIA, Régis Debray confesó que el jefe de los guerrilleros bolivianos no era otro que Che Guevara. "Danton (Debray) y Carlos fueron víctimas de su propio apresuramiento, de su desesperación por salir del atolladero y de mi falta de energía por no haber impedido su captura, pues quedaba rota la comunicación con Cuba (por medio de Danton) y el campo de acción argentino estaba perdido como consecuencia del cautiverio de Carlos."

No se produjo la anhelada incorporación a la lucha de los camaradas rebeldes del Perú, la Argentina y Bolivia. La avanzada se equivocó de camino y se perdió, sin lograr restablecer el enlace con el grupo principal. El hambre se cebaba en los agotados combatientes. "Hacía tres días que no comíamos nada aceptable. Ñato ha matado un pájaro de un tiro de honda. Se iniciaba para nosotros la temporada de los pájaros. La gente estaba fatigada y presentaba edemas. Había disputas por la comida. Tuve que hablar seriamente con Benigno y Urbano. El primer día de lucha habían terminado su ración de conservas y Urbano se comió parte de la cecina que guardaba Rubio en el campamento. Los botes de leche se malgastaban sin tasa. Era éste un factor que nos perjudicaba. Y volvió la racha de comer en demasía y sus consecuencias no dejaron de atormentarnos. Día de ventosidades de todo género, vómitos y seguidillas; un verdadero concierto de órgano. Nos quedamos completamente inmóviles y tratamos de digerir el cerdo comido el día anterior." Tres días más tarde: "Cuando decidimos partir me sobrevino un violento cólico intestinal, acompañado de fuertes vómitos y diarreas. Me administraron un medicamento (Demerol) y perdí el conocimiento. Me acomodaron en una hamaca y al volver en mí noté gran alivio, pero me había ensuciado como un lactante."

Los ataques de asma también le molestaban sin cesar. "Mi asma empeora por momentos; ya no puedo respirar con normalidad." Las enfermedades se abatieron sobre los guerrilleros como una plaga; el médico sufría de un lumbago tan agudo que no pudo proseguir la marcha a pie. "Moisés se quedó en el grupo de los rezagados a causa de un fuerte cólico hepático. Raúl se vio aquejado de un absceso maligno en la rodilla. En una segunda punción se sacaron aún 40 cc de pus."

Incluso las operaciones militares no salían siempre bien: "26 de agosto: nada sale a derechas. Los siete hombres acudieron, pero se desperdiga-



"Crear dos, tres, muchos Vietnam." Este fue el nuevo lema de Ernesto Che Guevara. Aunque esta consigna se encuentra en clara contradicción con los planes de Moscú para Sudamérica, este tipo de grandes carteles se pueden encontrar en todas partes, en Cuba. A pesar de la desaprobación de Moscú, Fidel Castro hizo todo lo posible por apoyar a sus compañeros de lucha. Che Guevara, cuyo propósito era crear socialistas mejores, sentía un odio insoportable contra Estados Unidos. "Cada uno de nuestros actos es una llamada de guerra contra el mayor enemigo del género humano: Estados Unidos. Sea bienvenida la muerte, allí donde nos alcance, si nuestra llamada de guerra ha penetrado en la mente de alguien y otra mano se extiende para recoger nuestra arma, y otras personas se muestran dispuestas a entonar la música fúnebre con ráfagas de ametralladora y nuevos gritos de guerra y de victoria", se dice en el Mensaje a los pueblos del mundo, *escrito por Che Guevara a principios del año 1967, el mismo en el que encontraría la muerte. IMAGEN INFERIOR: Che Guevara en un paraje solitario de Bolivia, en su afán por crear un nuevo Vietnam.*

ron cinco río arriba y dos lo cruzaron. Antonio, que era el responsable de la emboscada, abrió el fuego con precipitación y no dio en el blanco, de manera que los dos hombres salieron corriendo en busca de refuerzos; los otros cinco también se apresuraron a desaparecer al ver lo poco hospitalario que era el lugar. Inti y Coco trataron de darles alcance, pero desistieron al poco rato. Mientras observaba la persecución me di cuenta de que las balas disparadas por los nuestros caían cerca de ellos. Eché a correr y comprobé que Eusebio había tirado porque Antonio no le había advertido. Me cogió un acceso de ira, perdí el dominio de mí mismo y comencé a insultar a Antonio." Poco antes Che Guevara había sufrido otro arrebato de cólera y había clavado el cuchillo en el pescuezo de un caballo sacrificado. "Este asunto de la pequeña yegua demostraba que había momentos en los que perdía el control."

Los ataques de asma del "comandante" y sus posteriores accesos de ira propagaron la incertidumbre entre los guerrilleros. Muertos, heridos, desertores, algunos que deseaban entregarse, disminuían la moral combativa de la tropa. Pero lo más grave era el total aislamiento de la misma: "Los guerrilleros deben tener la seguridad de que en todas partes cuentan con el apoyo de la población local", decía Che Guevara en sus escritos teóricos; en la práctica, sus hombres veían algo muy distinto. Los labriegos nativos eran medrosos y desconfiados; tampoco estaban dispuestos a colaborar. De las anotaciones en el diario de Che Guevara se deduce tan desalentadora certeza. Finales de abril: "El aislamiento continúa siendo total. Aún no se ha desarrollado entre los campesinos el espíritu de ayuda a la guerrilla." Finales de mayo: "Sigue la ausencia de toda clase de apoyo por parte de la población aborigen." Finales de julio: "Venimos observando desde hace mucho tiempo que nos falta el entusiasmo de los campesinos." Finales de agosto: "Seguimos adelante sin contactos en ningún lado y sin la menor esperanza de conseguirlos." A finales de setiembre, en su resumen del mes, Che Guevara escribe resignado que "la gran masa de la población no nos presta la menor ayuda y ellos (los campesinos) acaban por traicionarnos."

A pesar de tan penosa situación y de las catastróficas "condiciones objetivas", Che Guevara veía indicios para el triunfo de la revolución. "Lo más interesante del caso es la agitación política que reina en el país, la casi fantástica cantidad de pactos y contrapactos que se suscriben en el plano político. Nunca se había mostrado con tanta claridad las posibilidades de la guerrilla en su función de catalizador", anotó en su diario el 13 de junio, un día antes de cumplir los treinta y nueve años.

A finales de junio manifestó su gran optimismo, sin fundamento aparente: "La leyenda de la guerrilla sube como la espuma. Pronto seremos los superhombres invencibles."

Che Guevara no parecía preocuparse en demasía por sus enemigos: "Barrientos ha convocado una conferencia de prensa en la que ha admitido mi presencia y ha prometido mi destrucción para dentro de unos días. No dice más que estupideces y nos llama víboras y ratas. Hasta el momento, el Ejército (boliviano) ha demostrado su total incapacidad militar."

Pero el general Barrientos no estaba solo. La certeza de que Che Guevara estaba haciendo de las suyas en Bolivia alertó al Southern Command. Inmediatamente, el Ejército boliviano fue dotado de mejor armamento. A mediados de abril el coronel Milton Bull se trasladó a Bolivia desde Panamá. Al cabo de algún tiempo se le unió un grupo de 16 norteamericanos expertos en la lucha de guerrillas. En la ciudad de Santa Cruz, no lejos de la zona rebelde, montaron un campamento donde instruyeron a 600 indios en las tácticas antiguerrilla. El general Alfredo Ovando, comandante en jefe del Ejército boliviano, compuesto por 10.000 soldados, rodeó con 2.000 hombres la zona donde operaban los rebeldes. A mediados de julio se hallaban dispuestos los seiscientos indios adiestrados por los norteamericanos. La presión militar sobre los rebeldes se acentuó. A principios de setiembre resultó aniquilada la avanzada rebelde, que se había perdido. Sólo quedó un superviviente. Entre los muertos figuraba Tania, a la que Che Guevara había enviado a restablecer el contacto entre los dos grupos de combate rebeldes. A finales de setiembre Ché Guevara admitió que "el Ejército boliviano ponía más bravura en sus acciones". Che Guevara decidió, por tanto, salir del terreno donde se hallaban y buscar una zona de operaciones más conveniente.

"30 de setiembre: otro día lleno de zozobra. Por la mañana anunció Radio Balmaceda de Chile que altos centros militares habían dado la información de que Che Guevara había sido cercado en un lugar de la selva. Las emisoras locales permanecían mudas. Parece que anda en juego la traición y nos tienen perfectamente localizados. Pronto empezó el ir y venir de los soldados de un lado para otro. Al mediodía llegaron 40 hombres formando una hilera apretada, con los fusiles a punto de hacer fuego.

"6 de octubre: una emisora chilena ha dado una información según la cual hay unos mil ochocientos hombres en el territorio donde nos encontramos, dispuestos a capturarnos.

"7 de octubre: han transcurrido 11 meses desde que iniciamos nuestras actividades. Los 17 que

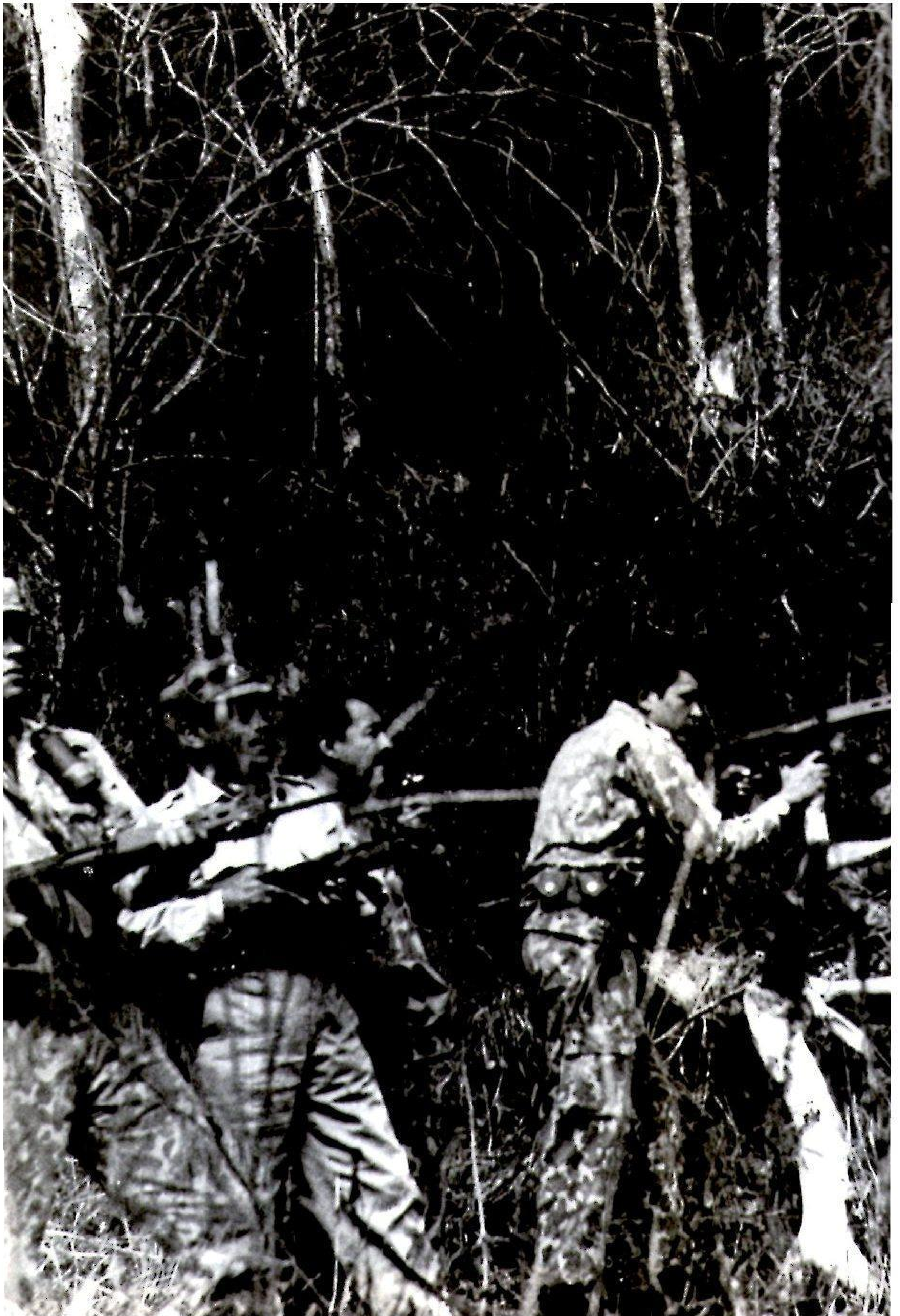
aún quedamos emprendemos la marcha a la débil luz de la luna. El paso por la quebrada donde nos hallamos resulta muy fatigoso. Dejamos tras nosotros innumerables huellas." Esta es la última anotación que hizo Che Guevara en su diario.

En su fuga ante los *rangers*, el reducido y extenuado grupo rebelde acampó en un patatal. Un peón agrícola que montaba vigilancia en la finca delató al Ejército boliviano la presencia de los rebeldes, espoleado tal vez por la recompensa de 50.000 pesos que ofrecían por la cabeza de Che Guevara. Gary Prado, jefe del comando de *rangers*, puso en movimiento a sus hombres, distribuyéndolos en cuatro secciones. El 8 de octubre descubrieron al enemigo. He aquí el parte del capitán Prado: "He oído los primeros disparos a las dos y media. Era la ráfaga de una de nuestras ametralladoras, a la que siguieron otras; comprendí que habíamos establecido contacto con los rebeldes. No podían escapársenos. El (Che Guevara) había sido alcanzado en las piernas. Willy se lo echó al hombro y trató de llevárselo monte arriba, pero yo había apostado allí a varios de mis hombres. Se reanudó la lucha. Una bala se llevó por el aire la boina del Che, que resultó herido de nuevo en las piernas y en el pecho. Willy lo depositó en tierra, mis hombres le gritaron que se entregara, pero Willy levantó el arma con intención de hacer fuego. Mis hombres dispararon sobre él. Che Guevara estaba en nuestras manos.

"La lucha prosiguió hasta oscurecer. Matamos a seis rebeldes; diez de ellos lograron escapar. Cuando todo hubo terminado, hablé con Che Guevara. Me dijo quién era y que sabía pertenecíamos a los *rangers*, una tropa especial. Me preguntó si había sido adiestrado en Panamá por los *marines* norteamericanos. Al parecer sufría agudos dolores y no podía moverse. Al principio trató de incorporarse, aunque sin conseguirlo. Nos lo llevamos en una lona."

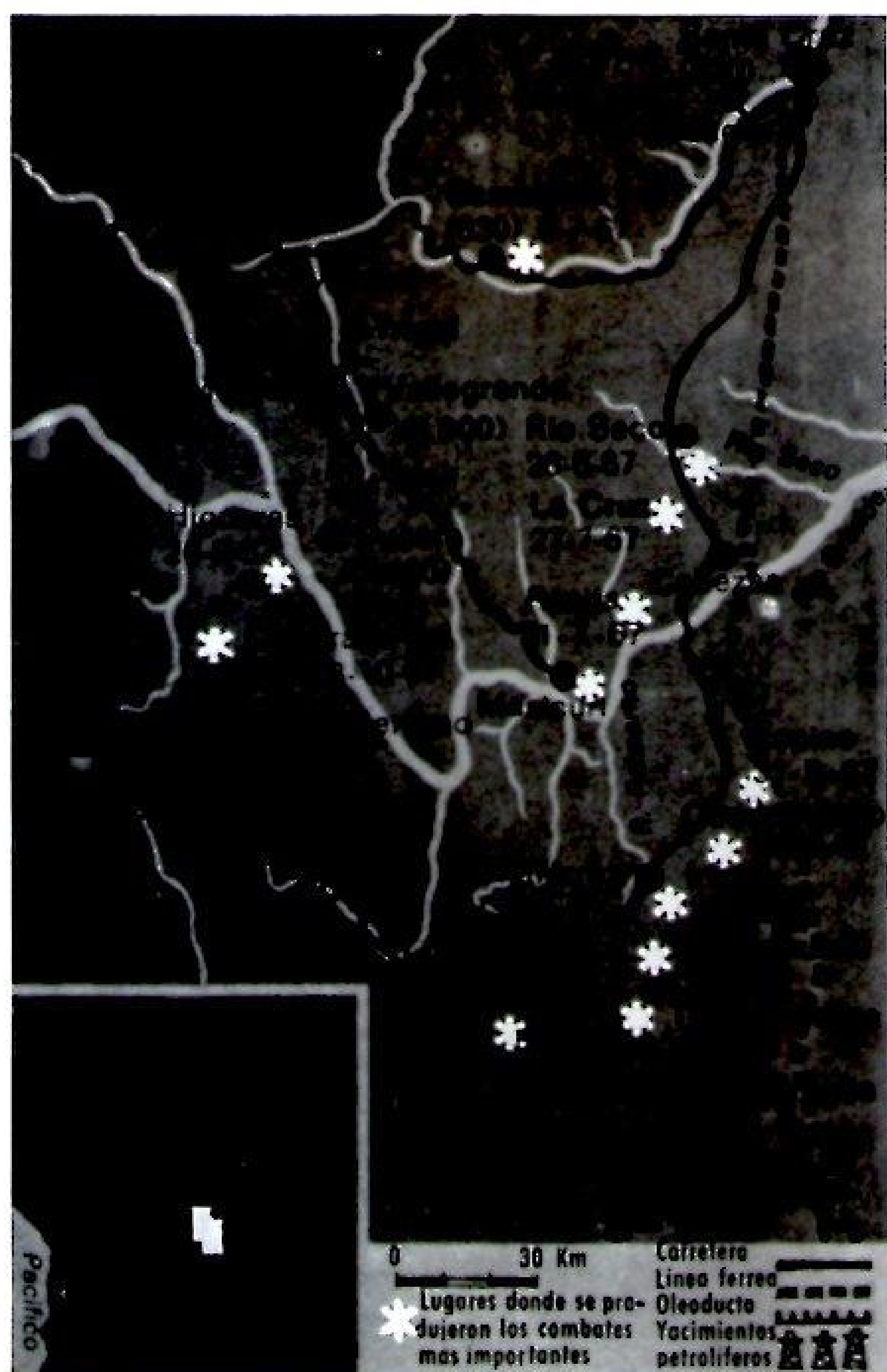


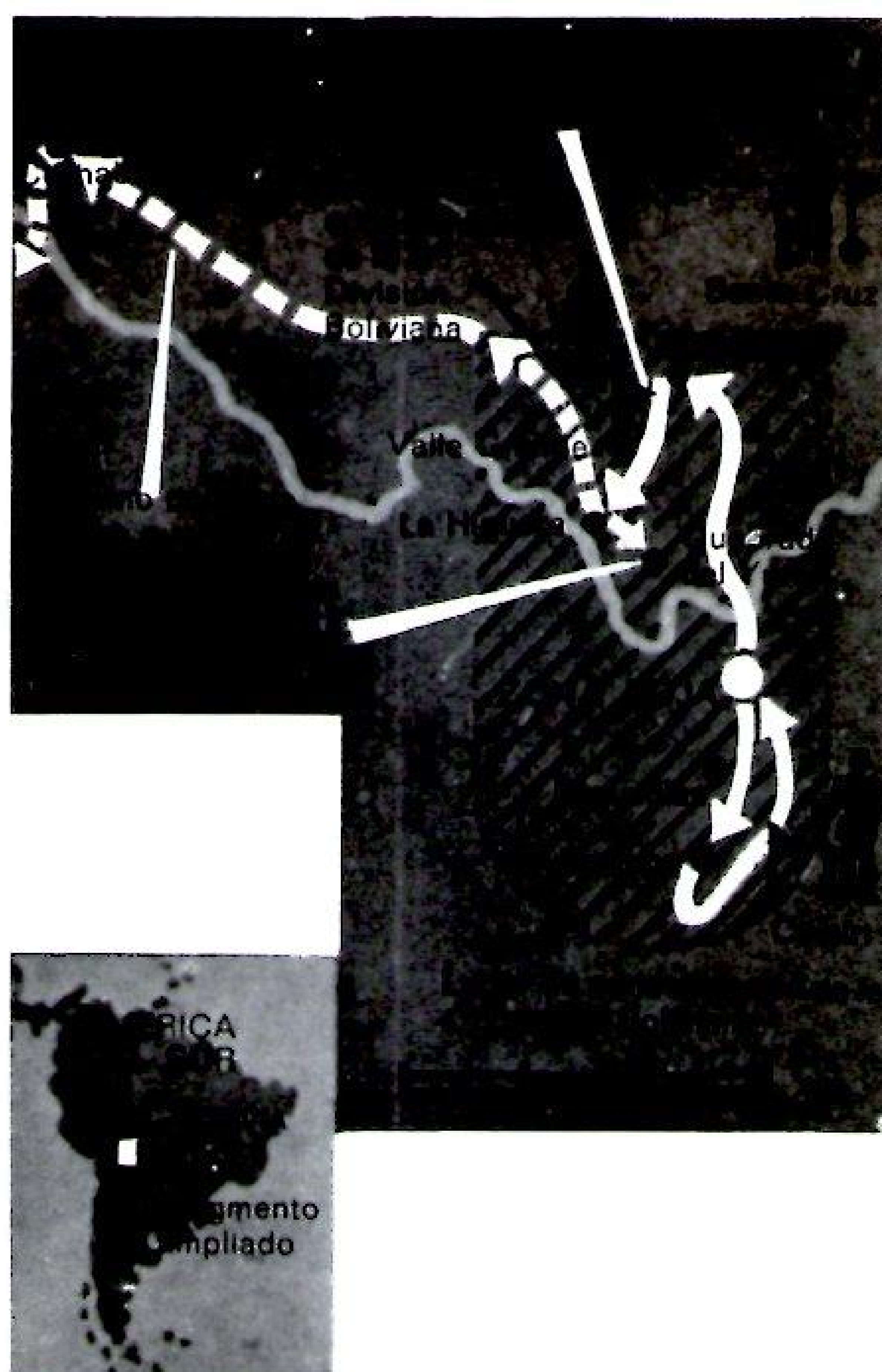
"Che" Guevara ha muerto. El Estado Mayor boliviano lo anunció oficialmente en La Paz, el día 9 de octubre de 1967. Ernesto Guevara, antiguo ministro de Industria y compañero de Fidel Castro, había resultado muerto en la selva de Bolivia junto con otros componentes de la guerrilla, durante un violento combate con los rangers *bolivianos, tropas especiales de lucha antiguerrilla adiestradas por los norteamericanos. Los periodistas fueron convocados para la identificación del cadáver, dado el escepticismo que demostraban los medios oficiales estadounidenses y mundiales. La noticia de la muerte de Guevara fue transmitida en el boletín informativo de Radio Cuba sin ningún tipo de comentario.*



Che Guevara, herido aunque no mortalmente, cayó en manos de quienes ansiaba destruir. En Bolivia no había pena de muerte, pero en La Paz estaban dispuestos a no dejar con vida al revolucionario y se dio la orden de acabar con él. "El comandante Miguel Ayoroa y el coronel Andrés Selnich, dos *rangers* entrenados por los norteamericanos —así describe Fidel Castro el suceso—, ordenaron al brigadier Mario Terán que liquidase a Che Guevara. Cuando el brigadier entró en la casa completamente ebrio, dijo el Che, al observar que el otro vacilaba: '¡Dispara, hombre, no tengas miedo!' Terán volvió sobre sus pasos y fue necesario que sus superiores Ayoroa y Selnich le repitieran la orden para que Terán la ejecutara. Le disparó al Che una ráfaga de su metralleta, desde la cintura para abajo. Mientras tanto, se había propalado la versión de que Che Guevara había muerto en combate unas horas antes, y los ejecutores de la orden siguieron las instrucciones de no tirar sobre la cabeza o el pecho, a fin de no causarle heridas demasiado visibles. Pero las que le ocasionaron en la región abdominal hacían padecer cruelmente al Che Guevara, hasta que un sargento, también ebrio, le dio el tiro de gracia con una pistola."

No se ha determinado con certeza hasta qué punto esta versión se ajusta a la verdad. De lo que no cabe duda es de que Ernesto Che Guevara fue muerto el 9 de octubre de 1967, en la peque-





Con muy buen acierto, Che Guevara escribió: "La Revolución cubana pudo vencer en parte porque el imperialismo norteamericano estaba desorientado y no fue capaz de medir toda la profundidad de la revolución. Cuando el imperialismo intentó reaccionar, cuando comprendió que el grupo de jóvenes inexpertos que cruzaron triunfalmente las calles de La Habana conocía muy bien sus deberes y estaba decidido a actuar en consecuencia, ya era demasiado tarde para los norteamericanos. Y así, en enero de 1959, nació la primera revolución social de la zona del Caribe y la más profunda de las revoluciones americanas". Doce años más tarde, cuando Che Guevara trataba de repetir el éxito de Cuba en Bolivia, el "imperialismo norteamericano" ya había comprendido muy bien la decisión de que estaban animados los rebeldes comunistas. Las fuerzas militares antiguerrilla de Bolivia, instruidas por consejeros norteamericanos (IZQUIERDA), consiguieron acorralar al pequeño puñado de desesperados rebeldes. La vigilancia ejercida por Washington, y el empleo de una táctica muy hábil para luchar contra la subversión, fueron los dos motivos principales que explican el fracaso de Che Guevara.

ña escuela de Higuera, donde le trasladaron herido. En el Hospital de los Caballeros de Malta de Valle Grande se instaló la capilla ardiente, donde su cadáver se exhibió por un día a los periodistas. Luego, los militares bolivianos hicieron desaparecer los restos mortales del que fue célebre jefe de guerrilleros. Ni una sencilla lápida con inscripción para honrar al mártir de la revolución hispanoamericana.

Con la muerte de Che Guevara terminaban también las esperanzas de Fidel Castro: revolucionar el continente hispanoamericano según el prototipo cubano. Ernesto Che Guevara había fracasado como guerrillero práctico. Las "condiciones objetivas" que esperaba encontrar en Bolivia no fueron calculadas con acierto; sobre todo no logró captar para su movimiento a los indios de su zona de operaciones. Los nativos, desconfiados, le traicionaron. Ernesto Che Guevara, que en sus escritos teóricos lo esperaba casi todo del apoyo de los nativos, se vio obligado a "implantar el terror" para "neutralizar" al menos a los campesinos.

En el libro de Che Guevara *La guerrilla* figura un pasaje que dice así: "En las zonas agrícolas donde el pueblo lucha por sus derechos, y sobre todo por la modificación de las condiciones vigentes del uso del suelo, los guerrilleros aparecieron sobre todo como campeones de la reforma agraria." En Bolivia ya se había efectuado una reforma agraria después de la Revolución de 1952, si bien discreta; los indios ya no eran esclavos, sino campesinos con sus propios minifundios. Tampoco Barrientos, después de su *putsch,* podía anular lo que se había iniciado. El, al contrario de los guerrilleros, dominaba el lenguaje de los indios y no era para ellos el más alto representante de un régimen que considerasen intolerable. Las relaciones sociales en Bolivia eran muy diferentes a Cuba; Barrientos no era ningún Batista.

Además, los indios no sabían una palabra de



antiimperialismo. En su mundo aislado nunca habían visto a un yanqui y no sabían qué hacer con las consignas políticas de los rebeldes. Norteamericano o cubano, Che Guevara seguía siendo un extranjero para ellos y sus palabras como "liberación" y otras no hallaban eco en sus filas. La falta de apoyo de la población nativa, el sabotaje de los partidos comunistas fieles a la línea moscovita, el error de apreciación en cuanto al nacionalismo boliviano y no en menor grado la vigilancia de Washington, el Southern Command y la CIA, creadora de unas tácticas efectivas para combatir la guerrilla, hicieron fracasar la campaña iniciada en Bolivia por Che Guevara y sus camaradas cubanos.

El mismo Fidel Castro, con sus aguerridos colegas de Sierra Maestra, no hubiera logrado repetir en Bolivia el éxito alcanzado en Cuba.

Pero el dictador cubano no es un hombre que sólo propugne la lucha de guerrillas, sino que también cree en el socialismo, en un socialismo de matiz totalitario, único, según él, capaz de eliminar la injusticia en el mundo. La injusticia social bajo una dictadura no socialista le había allanado el camino hacia el poder. Y regímenes como ésos dominan todavía gran parte del mundo hispanoamericano, en forma más o menos totalitaria. Mientras no se llene el amplio vacío que existe entre los muchísimos pobres y los pocos ricos, mientras los ricos abusen del poder, para salvaguardar sus intereses, se continuará escuchando la voz de Fidel Castro. Dijo el presidente Kennedy: "En este hemisferio no terminará la revolución hasta que cada niño pueda comer a diario, tenga la oportunidad de asistir a la escuela y hasta que los adultos encuentren trabajo con normalidad, una vivienda y gocen de jubilación retribuida." La revolución en el continente sudamericano, ¿sería democrática o socialista? La pregunta sigue sin respuesta definitiva, mientras la sombra del cubano aún se proyecta sobre los países hispanoamericanos.



"La solidaridad del mundo progresista con el pueblo de Vietnam, se asemeja, por amarga ironía, a los gritos de ánimo que el pueblo daba a los gladiadores que se enfrentaban en el circo romano. No es suficiente desear éxito a quienes han sido atacados; se debe estar dispuesto a compartir su destino, acompañándoles hasta la muerte o la victoria." Como revolucionario que era, Che Guevara cumplió hasta el final con estas palabras suyas. Murió combatiendo por su idea. Y para materializar esa idea tuvo que emplear la violencia, llegando incluso a matar a personas inocentes. La moral de los guerrilleros es muy cruel. La vida propia y extraña cuenta muy poco siempre que se trate de impulsar la revolución. Pero a fin de cuentas, a todo revolucionario sólo le importa conseguir la creación de un orden social mejor, más justo y libre. En la carta de despedida que dirigió a sus cinco hijos, Che Guevara expresó muy bien lo que sintió por sí mismo: "Si alguna vez llegáis a leer esta carta, yo ya no estaré con vosotros. Vosotros apenas os acordaréis de mí y los más pequeños no me recordarán en absoluto. Vuestro padre fue una persona que actuó como pensaba y que siempre fue fiel a sus convicciones. Sobre todo, desearía que fuerais capaces de sentir en vuestro interior cualquier injusticia que se cometa contra cualquier persona, en cualquier parte del mundo. Esta es la mayor virtud de un revolucionario." IMAGEN SUPERIOR: En esta cabaña de Valle Grande fue expuesto el cadáver de Che Guevara el 9 de octubre de 1967. IMAGEN IZQUIERDA: El cadáver de Che Guevara.

"Y así emprendieron tres guerras en dos decenios para obtener su libertad. Al final, los judíos volvían a estar solos. Al igual que al principio, no eran muy numerosos, pero sí valientes. Y arrollaron tan destructora y rápidamente a los enemigos que les rodeaban, que todo el mundo sintió respeto por ellos. Este no parecía ser un ejército de mortales.

"Y esta terrible odisea terminó. Los judíos ya no tendrán que repetirse dolorosamente 'el próximo año en Jerusalén'.

"Al igual que en los gloriosos tiempos de los reyes y de los profetas, entre ellos se encontraban poderosos guerreros, rabinos y sabios.

"Y cuando se ganó la tercera y última guerra, todos acudieron a su antigua capital. Muchos de ellos habían cambiado sus nombres durante el exilio, adoptando otros antiguos: Ben Gurion, Dayan, Rabin, Meir y Eban.

"Y se acercaron al muro de las Lamentaciones, y oraron, bailaron y lloraron de alegría.

"Y el Señor tuvo compasión de ellos porque habían permanecido fieles a su fe y habían sufrido mucho. Y les ordenó construir un tercer templo y vivir en su tierra para toda la eternidad."

Con estas palabras describe el autor judío León Uris el sentimiento de los israelíes después de la guerra de los seis días en junio de 1967. Habla de los judíos que vivirán en "su tierra para toda la eternidad". Pero no habla de los árabes que niegan a Israel el derecho a esta existencia. Sin embargo, Jean Lacouture, que aún siendo un autor judío como León Uris, no es un sionista, no soslaya esta problemática.

"El famoso eslogan israelita de 'un país sin hombres para unos hombres sin país' descansa sobre premisas falsas. Precisamente porque no todos los hijos de Abraham fueron arrojados de allí, la tierra de los profetas se ha convertido desde hace medio siglo en escenario de una amarga lucha en la que el más atormentado de todos los pueblos se enfrenta a uno de los más humillados y afligidos. La tragedia se encuentra en el choque de dos derechos que son imprescriptibles y que son sentidos como tales.

"Cuando los soldados hebreos terminaron la batalla, besaron el muro de las Lamentaciones y citaron un verso del Jesaja, *predominaba en ellos la sensación de haber conseguido que se hiciera justicia después de dos mil años de esfuerzos inútiles. Sin embargo, tengo ante mí la carta de un sacerdote católico árabe que fue escrita aquel mismo día y en un lugar muy cercano. El contenido de esta carta es un solo grito de dolor en contra de ese sentimiento de los soldados israelíes."*

La gran hostilidad entre judíos y árabes que condujo a tres guerras después de 1945, se desarrolló a partir de la Primera Guerra Mundial. El sueño de los sionistas de crear un Estado propio, conseguido tras un largo y difícil camino el 15 de mayo de 1948, se ha convertido en el trauma del nacionalismo árabe. Cada nueva acción de terror y cada represalia es una nueva victoria de la intransigencia. Ambas partes mantienen su derecho. No aparecen signos de que deseen llegar a un compromiso. Desde 1948 no existe la paz en estos territorios. Y ni siquiera la gran victoria israelita de junio de 1967 ha solucionado ninguno de los problemas fundamentales que tiene planteados el Próximo Oriente.

"Y así, ambas partes siguen siendo tan intransigentes como antes, y mantienen el fusil a los pies, como hace veinte años, antes del estallido de la primera guerra árabe-israelí", escribe Dietrich Strothmann en Zeit. *"Nada ha cambiado en la posición básica de los israelitas que en mayo de 1948 fue formulada por el ministro de Asuntos Exteriores, Abba Eban, ante el Consejo de Seguridad de la ONU: 'Si los Estados árabes quieren la paz, pueden alcanzarla. Pero si desean la guerra, también la tendrán. Pero tanto si quieren la guerra como la paz, ambas cosas sólo las tendrán del Estado de Israel.' Tampoco ha cambiado nada en la convicción de los árabes, que Nasser expresara continuamente: 'No abandonaremos ningún pedazo de tierra en ningún Estado árabe, aunque eso signifique nuestra muerte. No tenemos otra alternativa más que la victoria. Nuestro destino es la lucha y no hay más remedio que enfrentarnos con nuestro destino.' "*